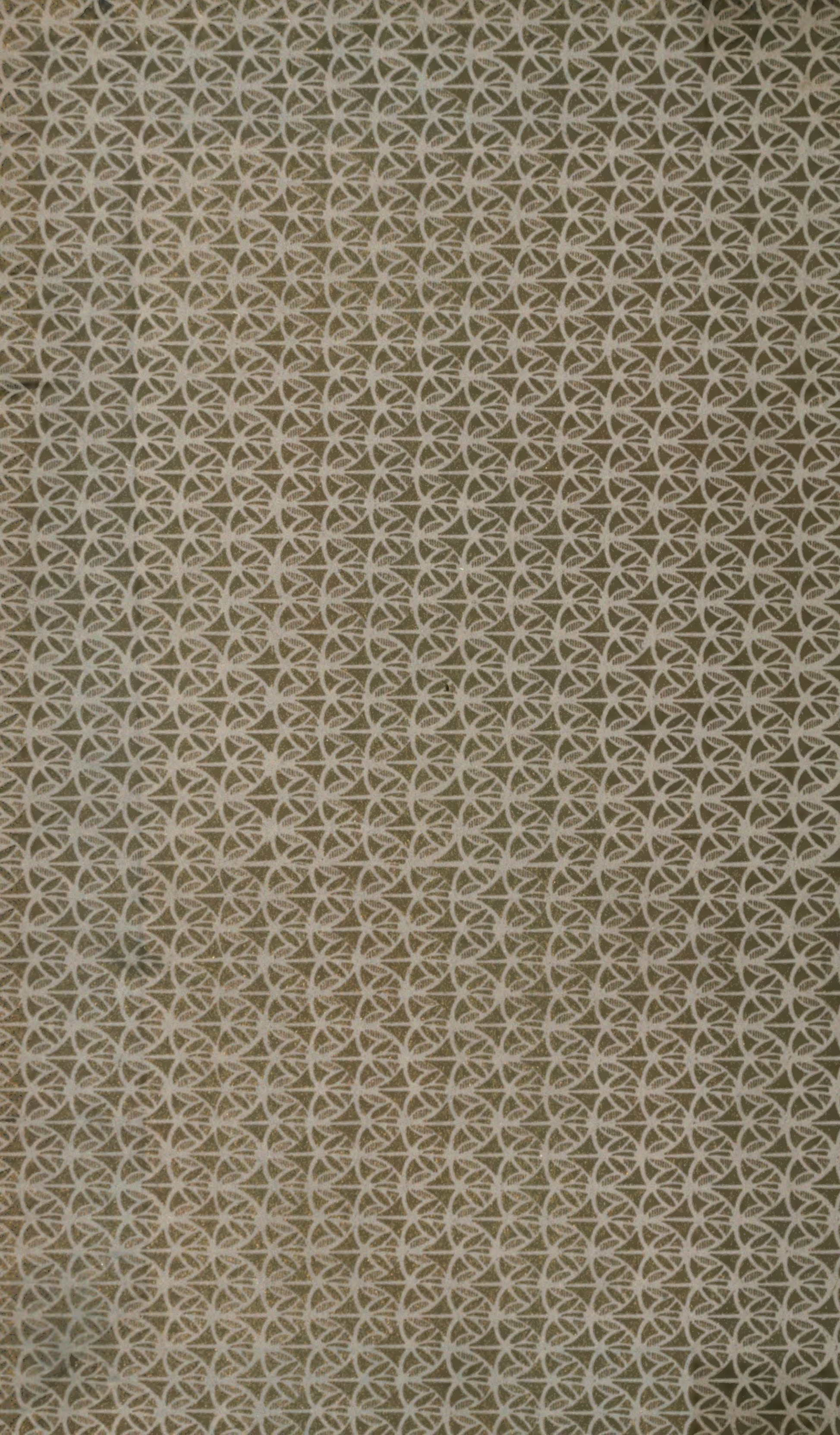






TRADICIONES

Y

RECUERDOS HISTÓRICOS

POR

RAMÓN J. LASSAGA



BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOG. Y ENCUADERNACIÓN DE J. PEUSER
Calle San Martín esquina Cangallo

1896



RAMÓN J. LASSAGA

TRADICIONES

Y

RECUERDOS HISTÓRICOS

POR

RAMÓN J. LASSAGA



BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernacion de Jacobo Peuser

Calle San Martin esquina Cangallo

1895



Al

Dr. D. Estanislao S. Zeballos

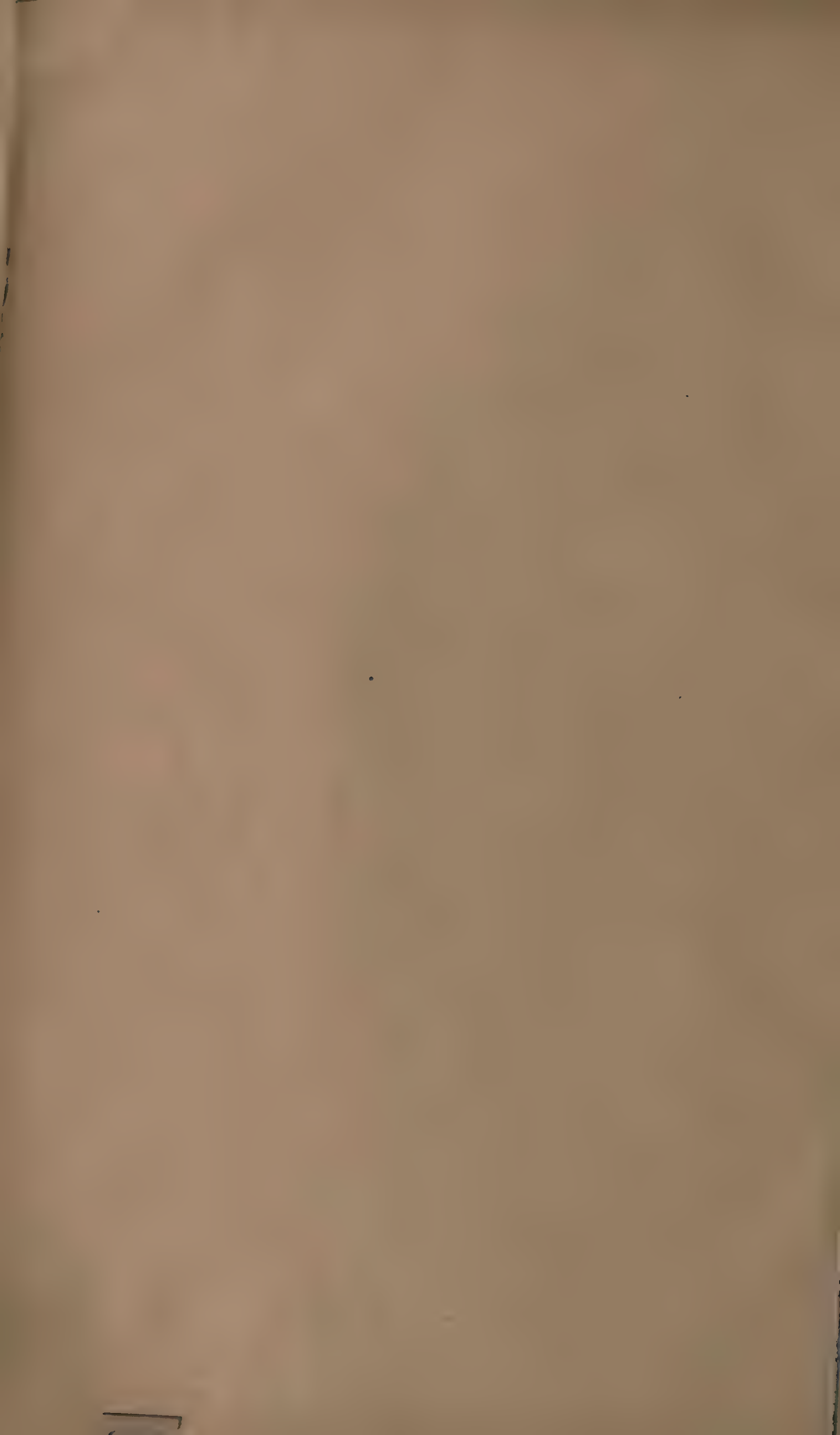
su comprovinciano y amigo

Ramón J. Lassaga

Santa Fé, 1895.



FUENTES HISTÓRICAS



TRADICIONES Y RECUERDOS

Hállanse en los archivos de provincia, sepultados bajo capas de polvo que acumulan los años, preciosos documentos, del todo desconocidos, que siendo fuente segura de información histórica revelarían con su publicación acontecimientos memorables ignorados ó harían plena luz sobre puntos aun oscuros de nuestra corta pero gloriosa historia nacional.

Envueltos nuestros pueblos casi en su totalidad en la vorágine espantosa de la guerra civil, luchando con el desierto que los circuía y que los ahogaba entre el recinto estrecho de sus muros ó en combate perpetuo por la organización general del país, los viejos archivos fueron del todo descuidados y en gran parte destruídos merced á la indiferencia con que se miraban los amarillentos legajos, que encerraban sin embargo un tesoro inapreciable para la historia de la República.

Entre esos documentos y figurando en primera línea se encuentran los libros de los antiguos cabildos, verdaderos monumentos del coloniaje — como dice el erudito Dr. Carranza — que como esas nebulosas cuyo resplandor guía al navegante siglos después de haber desaparecido, acaso proyecten alguna luz sobre una edad, sino ignorada, al menos vaga y confusa.

Vive, palpita en cada una de las páginas de esos libros la edad primera de nuestras ciudades con sus afanes y sus esfuerzos por la conservación de la existencia, con sus anhelos de progreso, sus rencillas domésticas, su ciega fe religiosa, sus supersticiones hijas de una ignorancia en aquellos tiempos explicable y sus aspiraciones vagas por conseguir el *gobierno de lo propio*, germen que fué paulatinamente desarrollándose en el corazón y en la mente de los criollos hasta que llegó el momento de realizar, por un esfuerzo heroico, esos ideales y coronar con la emancipación esas aspiraciones nobilísimas.

Uno de nuestros más notables publicistas, el Doctor Vicente Fidel López, dice en el prefacio del Libro I del Archivo Municipal de Buenos Aires, que fué publicado bajo su hábil dirección: «Para los que saben que en la vida de las naciones y en la de las ciudades que las representan en el concierto de los pueblos civilizados, todos los progresos de su carrera se van ligando á sus antecedentes sucesivos, desde el embrión hasta el complemento de su organismo, no puede caber la más ligera duda del interés, cada día más apremiante y fundado que hay en estudiar los asientos primitivos de nuestros cabildos para conocer los fenómenos, las eventualidades los propósitos y el orden interno de cosas en que se ha revelado poco á poco el secreto de aquellos rasgos característicos, que en el momento de la grande evolución han venido á concretarse en el todo de una fuerte y completa nacionalidad, como si fuera la historia de una colosal fortuna adquirida por el trabajo asi-

duo y por el mérito individual de aquel que supo crearla y trasmitirla poderosa á manos de los suyos.

Y en este estudio — agrega — no sólo está interesado el patriotismo, sino también el adelanto de los estudios económicos y administrativos, que en un país bien organizado y bien gobernado deben ser hechos y aplicados de acuerdo con las fuentes de su prosperidad y en relación con los antecedentes sociales que las hayan puesto en movimiento y en producción».

La historia argentina no será nunca debidamente escrita mientras todas y cada una de las provincias que componen la República no tengan la propia historia de su origen y de su desarrollo, de la tendencia de sus sociedades, de las ideas políticas de los ciudadanos que las habitaron, de sus relaciones con los pueblos hermanos y de la influencia, más ó menos decisiva, que hayan podido tener, como componentes del cuerpo nacional, en la vida de la República.

Los archivos provinciales están en su mayor parte inexplorados todavía y muchos se hallan destruídos totalmente.

Y sin embargo ¡cuántas revelaciones, cuántos datos preciosos y cuánta luz no arrojarían sobre ciertos hechos que permanecen todavía envueltos entre las sombras del misterio!

Del estudio detenido de esos documentos resultarán de seguro revelaciones de importancia sobre los acontecimientos que se han desarrollado en cada una de las

provincias, y sobre los hombres que han actuado en la escena local, ejerciendo influencia en su vida política ó social.

Muchos de los estados que componen la República Argentina han permanecido alejados, por más ó menos tiempo y por diversas causas, de las provincias hermanas; otros se han hecho la guerra con encarnizamiento, tratándose como irreconciliables enemigos, antes de unirse con vínculos indisolubles á la sombra de la bandera nacional.

Y durante esa separación ó mientras se desarrollaba el drama luctuoso de la guerra civil ¡cuántas figuras históricas no han sido empequeñecidas por la calumnia ó engrandecidas por la adulación ó la pasión política, que ofusca y enceguece!

Los hombres que han actuado en el escenario reducido de una provincia no son aún del todo conocidos, ni los acontecimientos locales han sido debidamente estudiados todavía.

Y sin embargo, aquéllos y éstos debieran ocupar muchas páginas en la historia argentina, y vendrían quizá, al ser con desapasionamiento juzgados, á aclarar puntos oscuros y hacer desaparecer muchas dudas y desvanecer muchos errores.

Los archivos de Santa Fé guardan aún, á pesar de los años transcurridos y de la incuria con que fueron tratados, innumerables documentos de alta importancia para la historia de este país.

Y es esto perfectamente explicable; desde las horas primeras de la conquista española en el Río de la Plata, fué hasta el presente su territorio teatro de acontecimientos memorables que han tenido poderosa influencia en la existencia de la Nación Argentina.

Hablando sobre los elementos con que se cuenta en la República para escribir su historia, decía Olegario V. Andrade en 1859 desde las columnas de *El Patriota:*

« La Provincia de Santa Fé es privilegiada en esta « parte. A los fuertes levantados por Gaboto sobre « nuestras grandes barrancas, sigue la figura dramá- « tica de Lucía Miranda; Liropeya sacrificándose á sí « misma como la Lucrecia Romana; el teniente Bazán « atravesando el Chaco, la conspiración de los siete « jefes; los viajes de Zavala y su muerte en nuestro te- « rritorio; la fundación de las reducciones de Cayastá, « San Javier y San Gerónimo; las misiones jesuíticas « y mil acontecimientos en la época del coloniaje. Más « tarde cuando el sol de la independencia vertió sus « rayos de vida sobre la tierra americana y el soplo de « las grandes ideas agitó la inteligencia de nuestros « padres, no ha quedado un punto en nuestras vastas « campañas que no tenga su historia, ni una ola de « nuestros ríos que no haya llevado al Plata un eco de « triunfo ó el ¡ay! de los vencidos. Después cuando el « potro de las revoluciones cruzó desbocado toda la ex- « tensión de la República, y monumentos, instituciones « y recuerdos cayeron aplastados bajo sus plantas; « cuando la noche de la anarquía envolvió al pueblo

« argentino entre sus sombras de muerte, los relámpa-
« gos de esperanza que han aparecido, los destellos
« providenciales que han iluminado nuestro camino,
« los brazos pujantes que han hecho cambiar de rumbo
« al torrente desbordado, han tenido por teatro esta
« provincia ó descansado en su bravura á toda prueba».

No es aventurado asegurar que después del Archivo de Buenos Aires es el de Santa Fé el más rico en documentos históricos y el que puede suministrar al historiógrafo más numerosas é importantes informaciones.

Abandonado por completo, fué una parte destruída cuando las tropas del general Lavalle penetraron en Santa Fé, después de una heroica resistencia de sus defensores en 1840.

Arrojados los legajos por la soldadesca á la calle pública y á los patios de la casa del Cabildo, se avivaba con ellos la llama de los fogones, perdiéndose así una parte importante del archivo.

El coronel don Pedro Rodríguez del Fresno, hijo de Santa Fé, comandante general de la ciudad y uno de compañeros de Lavalle, salvó una parte de esos legajos que hizo trasladar á la oficina donde el resto se encontraba.

Más tarde, puestos estos documentos tan valiosos en manos inhábiles y confiados al cuidado de gente que no sabía apreciar su valor, continuaron destruyéndose, sirviendo en más de una ocasión para envolver yerba y azúcar en los boliches de aquel tiempo.

El gobernador D. Servando Bayo puso especial em-

peño por organizar debidamente el archivo de gobierno, no omitiendo medida alguna para recuperar los documentos que se hallaban en manos de particulares.

Con este objeto nombró en Mayo de 1875 al doctor Benjamín Paz, residente en Buenos Aires, para que en representación del Gobierno reclamase la entrega de documentos que se hallasen en poder de particulares, facultándole para presentarse judicialmente en caso necesario. Se procedió después al arreglo y encuadernación del archivo que hoy se halla perfectamente organizado.

Una feliz casualidad hizo que el autor de esta obra hallase casi abandonados en un estante del archivo general los libros becerros del antiguo Cabildo, desencuadernados y mal traídos.

Era un tesoro que había necesidad urgente de salvar, y así se hizo. El doctor Gabriel Carrasco, ministro entonces del gobernador Cafferata, en 1892, dispuso todo lo necesario para su arreglo, y á estas disposiciones acertadas y á los empeños del archivero general—que lo era á la sazón don Pedro Lassaga—se debe la conservación de dichos libros.

Comprendiendo su importancia y á iniciativa de quien esto escribe, el entonces Intendente Municipal de Santa Fé don José Ignacio Llobet, inició la publicación de los libros de Cabildo, viniendo la revolución del 30 de Julio de 1893 á impedir se realizase obra tan útil y necesaria, que hubiera enriquecido con datos

importantes la historia de la provincia, en la época de la conquista y del coloniaje.

La lectura de esos libros en que se consignan con minuciosos detalles acontecimientos de verdadera trascendencia, impulsóme á reunir en un libro una serie de artículos históricos publicados en diarios y revistas, aumentado con capítulos inéditos en que se narran los sucesos que en las actas de las sesiones del antiguo Cabildo se consignan.

He agregado algunos hechos que la tradición conservára, para que no se pierdan totalmente, de manera que el historiador futuro pueda aprovechar lo que crea útil, separando el trigo de la zizaña. Tal es el origen de este libro destinado á rememorar acontecimientos históricos imperfectamente conocidos y muchos de ellos ignorados.

La provincia de Santa Fé ha tenido una vida borrascosa; sus luchas de los primeros días se han continuado hasta la organización definitiva de la República, de manera que sus hijos han podido disponer de muy poco tiempo para engolfarse en investigaciones históricas, teniendo que vivir sobre las armas durante muchos años.

Contribuimos con un grano de arena para el monumento que se ha de levantar en el porvenir á los que hicieron bien á este pedazo de suelo argentino, tan digno de consideración por los progresos del presente, como de admiración por sus proezas en el pasado.

¿Será inútil este trabajo?

Creemos que no; propender al conocimiento de la

historia de la patria es enseñar á conocerla, y por consiguiente á amarla.

Precisamente pasa Santa Fé por un período de transición; la lucha política, ardiente y ruda, hace que parezca entibiarse en los espíritus el sentimiento nacional, y es necesario reanimar esa llama que alienta y fecundiza y reanimarla para que brille siempre y sin intervalos.

Uno de los medios para conseguirlo, es presentar al pueblo sus nobles antecedentes.

R. J. L.

Santa Fé, Junio 1894.

I

SANTA FÉ

Facsimile de algunas firmas de personas notables que acompañaron á Garay en la fundacion de Santa Fé en 1573

Juan de Garay

Hernán Sanchez

Francisco de Sierra

Pedro de Espinosa

Diego Ramírez

Mateo Gil

Antón Rodríguez

Hernán Ruiz de Salas

Antonio Thomas

P. de Oliver

Juan de Espinosa

Juan de Orantes

Tomadas de las Actas originales del Cabildo de Santa Fé - en el Archivo

I

SANTA FÉ

APUNTES SOBRE SU FUNDACIÓN

Garay el río arriba se ha tornado
Y puebla á Santa Fé, ciudad famosa:

"La Argentina"
Barco Centenera.—Canto VII.

I

Muchos años antes de que los conquistadores españoles que venían de Chile y el Perú tomasen posesión del inmenso territorio de Tucumán, una raza fuerte, inteligente é iniciada ya en los secretos de la civilización, se había posesionado de ese territorio sujetándolo á un imperio poderoso.

La conquista estaba del todo asegurada con la sumisión de las tribus bárbaras que en otro tiempo lo poblaron y la extinción de sus idiomas ó dialectos. Los dominadores habían difundido su religión, su lengua y sus costumbres entre las tribus sojuzgadas, inoculándoles su espíritu emprendedor y sus hábitos de trabajo; los que antes no tenían paradero fijo, vagando como verdaderos nómades de un punto á otro, destruyéndose

mutuamente y sin más industrias que las primitivas de la caza y de la pesca, fueron congregados en centros de población con templos y campos de labranza, incorporándolos de tal manera al imperio cuya conquista asombró al mundo con los inmensos tesoros que produjo á España y con el alto grado de adelanto en que se hallaba.

Desde que Ripac Viracocha, el soberano caballero y profeta, octavo inca del Perú á contar desde Manco Capac, recibiera los enviados del cacique Tucma solicitando ser su vasallo, los ejércitos que obedecían al monarca del Cuzco habían extendido sus conquistas casi hasta el Paraná, dominando y poblando una gran parte de este vasto territorio.

Algunas indómitas tribus se habían opuesto á esta avasalladora cruzada, luchando por conservar su libertad salvaje, pero arrolladas por los ejércitos disciplinados de los Incas, prefirieron abandonar su tierra antes que inclinar al yugo la cerviz, llegando hasta los bosques seculares de esa región todavía en gran parte misteriosa, que en su pintoresco lenguaje llamaron *Chacú* ó Chaco los quichuas conquistadores.

«Guanacos ariscos refugiados en los bosques de un país impenetrable» dieron éstos en su nomenclatura geográfica por nombre á la región donde se refugiaron los indios que huían ante sus huestes, indios de diversas tribus y de diversas razas, que no ha conseguido el transcurso del tiempo unir hasta el presente.

Fueron sin embargo detenidos en su marcha avasalladora los conquistadores del Perú por los guerreros

de la extendida raza guaraní, que poblaba en las riberas de los grandes ríos.

Con heroico valor opusieron sus pechos al invasor enemigo que había fundado como capital de sus dominios en el gobierno del Sur á *Cozquin*, el nuevo Cuzco, obligándolo á respetar sus derechos á la tierra que poblaban y á la absoluta libertad de que gozaban.

Carcarañáa llamaron los vasallos del Inca poderoso al río que servía de límite á sus dominios, *frontera de los cueros sucios* significa, porque así designaban por desprecio á los indios que no habían aceptado su yugo y con él su género de vida, su religión y sus costumbres.

No se detuvieron sin embargo en las orillas de ese río, que era gigantesco el plan de su conquista; á no mediar la presencia de los españoles no hubieran pasado muchos años sin que llegasen vencedores hasta las orillas del Plata, pisasen el país de las llanuras—*Pampas*—y no se detuviesen en su triunfal carrera hasta dominar los campos ondulados—*Patagonia*—sobre los que tenían ya fijas sus miradas.

Dejaron señaladas las huellas de sus pasos por la hoy provincia de Santa Fé, entre muchas voces de uso común á varias tribus, dando nombre al camino de *Ascochingas*—muchos tigres—y deteniéndose sobre las riberas del Quiloaza en *Cayastak*—el punto final, hasta aquí llegamos—para lanzarse más al Norte y sojuzgar las indómitas tribus del gran Chaco.

Una raza vigorosa y valiente, ayudada por las armas que la civilización puso en sus manos, ambiciosa de glo-

ria y de riquezas, conquistó á su vez á la nación conquistadora, y los españoles siguiendo las huellas que dejaron los ejércitos incásicos y aprovechándose de sus mismos trabajos, descendieron desde las sierras andinas hasta las márgenes del Carcarañáa, y poblaron ciudades sobre los cimientos de las poblaciones indígenas.

Pero los conquistadores del Paraguay no tenían las facilidades que encontraron para realizar su empresa los conquistadores españoles que del Perú vinieron. Había que luchar con ejércitos formidables de indios bárbaros, valerosos, de constitución de hierro, que en su cráneo achatado y frente deprimida revelaban el grado de atraso en que se encontraban todavía.

Idólatras de su libertad, la defendían con heroica bravura y con admirable constancia, oponiéndose como muralla de acero á la marcha del cristiano, empeñado en descubrir nuevos imperios y en difundir su fe religiosa en el territorio conquistado y poblado á fuerza de sacrificios.

No habían jamás obedecido á un amo los indios guaraníes; vivían como el tigre en sus selvas, independientes y dueños absolutos de sí mismos, en poblaciones que podían con facilidad suma abandonar para trasladar á otro punto donde abundasen la caza y la pesca sus primitivas chozas. Solamente el peligro unía las diversas tribus y se separaban nuevamente para continuar su existencia selvática y aislada, bajo la férula de un cacique al que se obedecía tan sólo ciegamente en las épocas de guerra, cuando volvían cargados de botín ó derrotados.

Costó así sacrificios sin número la conquista; solamente el espíritu emprendedor y el valor legendario de los soldados españoles pudieron resistir á las contrariedades, desafiando los peligros y vencer finalmente desalojando á la barbarie de su imperio dilatado.

Necesitaban los colonos de la Asunción encontrar un camino que les facilitase la comunicación con el Tucumán y con el Perú. Era imposible tenerlo sin la fundación de algunos pueblos, que en tan inmenso territorio, poblado por feroces tribus, les sirviesen de seguro refugio y como centinelas avanzados hacia el corazón del desierto. Buscaban punto estratégico para los casos de guerra y la facilidad también para las comunicaciones con España por el Plata.

En 1572, el teniente general Martín Suárez de Toledo había proyectado la fundación de una ciudad en San Gabriel, San Salvador ó San Juan, que sirviese de puerto, alistándose ochenta pobladores para llevar á cabo el pensamiento.

Al año siguiente, el capitán Juan de Garay levantaba el pendón de la conquista á orillas del Quiloaza, tributario del Paraná y abría los cimientos de la ciudad de Santa Fé.

II

En Villalba de Losa y á fines del año 1528 nació el fundador ilustre de Buenos Aires y Santa Fé.

Acompañando al Virrey Blasco Nuñez de Vela llegó á tierra americana quien tantos servicios debía prestar

á la civilización del nuevo mundo, en Enero de 1544.

Venía al amparo de su tío el licenciado Pedro Ortiz de Zárate que ocupaba puesto importante en la Real Audiencia de Lima, y joven aún dió muestras de la intrepidez de su carácter mezclándose en acontecimientos memorables de la época, abriéndose camino merced á méritos reconocidos.

Unía á un valor comprobado por hazañas heroicas todas las dotes de un verdadero general. Prudente en sus resoluciones, previsor en sus medidas, impetuoso cuando el caso lo requería; era como valiente, noble y generoso con el vencido, fiando más en su generosidad y en su nobleza que en la pujanza de su brazo ó en el buen temple de su acero.

Como conquistador ha dejado memoria perdurable en las páginas de la historia, pero se agiganta aun más su figura al estudiarlo como creador de nuevos pueblos destinados á perpetuar su nombre en el espacio y en el tiempo.

Fueron grandes sus servicios en la conquista, servicios oficialmente reconocidos muchos años después de su trágica muerte en las orillas del Paraná. Concurrió á la población del Valle de Tarija, y siendo ya capitán de una compañía, lo que prueba que no era novicio en el arte de la guerra, descollando por otra parte por sus hazañas, acompañó á Andrés Manzo en el descubrimiento y conquista de la población del país de los Chiriguanos y llanos de Condonillo, fundando un pueblo que llamó Santo Domingo de la Nueva Rioja.

Sus servicios militares habían puesto en sus manos

riquezas suficientes para descansar sosegadamente de tantos trabajos, pero su espíritu emprendedor lo llevó á armar á su costa á los soldados que lo acompañaron en la expedición hecha en compañía de Ñuflo de Chaves para la fundación de Santa Cruz de la Sierra, siendo Juan de Garay el primero que introdujo en la Provincia el ganado vacuno.

Residente en la Asunción en la época de las discordias entre Cáceres y el Obispo del Paraguay, desavenencias que terminaron con la prisión del primero, abstúvose de tomar parte en ellas conservándose neutral en medio de aquella lucha que exaltó todos los ánimos y conmovió á la población dividiéndola en bandos al parecer irreconciliables, por ventilarse cuestiones en que se hallaba unida la religión á la política.

Resuelto el envío de Cáceres á España y preparado el Obispo para ir personalmente á la Corte á exponer sus agravios y demandar justicia contra aquel, Juan de Garay armó á su costa una expedición para realizar el pensamiento dominante de fundar una ciudad que protegiese el comercio del Paraná con el Perú, ya sobre las ruinas de Sancti Spiritus, ya en el punto que el jefe juzgase más á propósito para ese fin.

Bajo la bandera del noble vizcaino alistáronse nueve españoles y setenta y cinco criollos, jóvenes en su mayor parte, destinados á llevar á cabo la empresa de la fundación de la ciudad proyectada.

Armados de setenta y cinco arcabuces, una culebrina de pequeño calibre, pólvora y balas de piedra en suficiente cantidad, llevando más de cincuenta caballos,

yeguas y vacas y los víveres necesarios, salieron los expedicionarios de la Asunción el 14 de Abril de 1573, escoltando la carabela en que iban el Obispo triunfante y Cáceres prisionero.

No tuvieron grandes dificultades en el viaje; además de la carabela se había alistado un bergantín que llevaba á una parte de los exploradores mientras la otra continuaba por tierra su marcha siguiendo un camino hasta entonces solamente de los indios conocido.

Unidos en la laguna del Qarandá, separóse Garay con sus compañeros de los que á España se dirigían en la carabela, y recorriendo el Paraná penetró en el río Quiloaza tomando puerto en un sitio llamado por los conquistadores que obedecían al Inca, Cayastak.

Poblaban en los alrededores de aquel llano de hermoso aspecto que cautivó desde el principio la atención del futuro poblador, tribus al parecer dóciles y sumisas de indios Calchines, Mocoretaes, Colastinés y Pairindíes, pertenecientes á la nación guaranítica que se extendía sobre una gran parte del territorio de Sud América, cuya posesión había disputado con heroico arrojo á la raza dominadora de los quichuas.

Establecido su real en aquel punto, el capitán Garay exploró los alrededores encontrando en ellos caza y pesca en abundancia, un suelo fértil y un clima apacible, leña abundante en el inmediato bosque y pobladores pacíficos que recibieron á los conquistadores ofreciéndoles los escasos dones que podía suministrarles su industria primitiva.

Era lo que buscaba el animoso capitán, y el 6 de

Julio de 1573, el mismo día en que D. Gerónimo Luis Cabrera fundaba la ciudad de Córdoba, abría los cimientos de un fuerte de tapia de una cuadra de extensión con torreones y baluartes, repartiendo solares entre sus compañeros y dando á la ciudad que fundaba el nombre de Santa Fé, por escudo de armas las reales de España con las cinco llagas de Jesucristo y por patrono al máximo doctor de la Iglesia, San Gerónimo.

III

Terminada la fundación y ordenado todo lo concerniente al mantenimiento de la nueva ciudad, partió con cuarenta soldados á reconocer el país y empadronar á los indios que lo habitaban, llegando hasta las tolderías de los indios de Corinda donde se encontró con Cabrera que había tomado posesión de esas tierras poniéndolas bajo la jurisdicción de Córdoba.

La entrevista entre el conquistador del Norte y el del Paraguay dió origen á un conflicto que se sometió á la decisión de la real audiencia de Charcas algunos meses más tarde.

Vuelto á Santa Fé, Juan de Garay procedió con todas las solemnidades del caso á terminar la obra comenzada el 6 de Julio, y el Domingo 15 de Noviembre, rodeado por los soldados que lo habían en su empresa acompañado, hizo labrar el acta de fundación de la ciudad cuyo plano había ya delineado en un pergamino.

« Yo Juan de Garay—dice ese documento que con

mano profana se ha desglosado del primer libro de Cabildo—capitan y Justicia Mayor en esta conquista y poblacion de El Paraná y Rio de la Plata. Digo que en nombre de la Santíssima Trinidad y de la Vírgen Santa Maria y de la Unibersidad de todos los Santos y en nombre de la Real Magestad del Rey Don Felipe, nuestro Señor y de El muy Ilustre Señor Juan Ortiz de Zárate Gobernador y Capitan General y Alguazil Mayor de todas las Provincias del dicho Rio de la Plata y por virtud de los poderes que para ello tengo de Martin Suarez de Toledo Teniente de Gobernador que al pressente recide en la ciudad de la Asumpción, digo en el dicho nombre y forma que tengo, fundo y asiento y nombro esta Ciudad de Santa Fé en esta Provincia de Calchines y Mocoretas por parezerme que en ella ay las Partes y Cossas que combiene para la perpetuación de dicha Ciudad de Aguas y Leña y Pastos que querrá. Y las Casas y Tierras y Estancias para los vezinos y moradores de ella y repartirles como Su Magestad Lo manda y asiéntola y pueblola con Aditamento que todas las vezes que pareziere ó se hallare otro asiento mas conbeniente y probechoso para la perpetuidad Lo pueda hazer con aquerdo y parezer de El Cabildo y Justicia que en esta Ciudad hubiere como pareziere que al servicio de Dios y de Su Magestad mas convenga y porque Su Magestad manda á los Gobernadores que assi poblasen y fundasen muchos pueblos ó ciudades y les dá poder y comissión para que puedan nombrar en su Real nombre Alcaldes y Rexido-

« res para que tengan en justicia y buen Gobierno y
« Policía Las tales ciudades ó pueblos, assi yo en
« nombre de Su Magestad y de El dicho Señor Go-
« bernador nombro y señalo por Alcaldes á Juan de
« Espinoza y á Horduño de Arbillo, y por Rexidores
« á Benito de Morales y á Bernardo de Zolas y á Matheo
« Gil y á Diego Ramirez y á Lázaro de Venialbo y á
« Juan de Santa Cruz; y assi en nombre de Su Mages-
« tad y de El dicho Señor Gobernador les doy poder y
« facultad para que ussen y exersan los dichos oficios
« de Alcaldes y Rexidores en aquellas causas y cossas
« conbenientes y á ellas tocantes conforme á las hor-
« denanzas que Su Magestad tiene hechas para la
« Ciudad y Pueblos de las Indias, para que ussen assi
« de Alcaldes hordinarios como de la Hermandad en
« todos los negocios á Ellos tocantes, y no obstante
« que Su Magestad por sus Reales mandamientos por
« Tales Los nombro y señalo—pero pareziéndome que
« la elección que se ha de acostumbrar hazer sea un día
« señalado como es usso y costumbre en todas las Ciu-
« dades y Reynos de Su Magestad—Digo que les doy
« poder y facultad en nombre de Su Magestad para que
« exersan y ussen los dichos oficios y cargos desde el
« día de la fecha de ésta hasta el día de El año nuevo
« que vendrá, que es el principio del año que reina de
« Mil y quinientos y setenta y cinco; y assi mando y
« por hordenanza que aquel día antes de Missa todos los
« años tengan de costumbre Junttarsse en su Cabildo
« los Alcaldes y Rexidores con El Escrivano de Cabildo
« y hazer su nombramiento y elección como Dios mexor

Les diere á enttender á la manera y forma que se « acostumbra en todos los Reinos de El Perú.

« Otrossi: mando á los Alcaldes y Rexidores Bayan « conmigo, y en el conmedio de la Plaza de esta Ciudad « me ayuden á alzar y enarbolar un Palo Para Rollo « para allí en nombre de Su Magestad y del Señor « Gobernador Juan Ortiz de Zárate se pueda executar « la Justicia en los delinquentes conforme á las Leyes y « Ordenanzas Reales.

« Otrossi: nombro y señalo por jurisdicción de esta « Ciudad por la parte del camino del Paraguay hasta el « cavo de los anegadizos chicos y por el Río avaxo ca- « mino de Buenos Aires veinte y cinco leguas mas « avaxo de Santi Espíritus y assia las partes del Tu- « cuman cincuenta leguas á la tierra adentro desde las « barrancas de este Río, y de la otra parte de El Paraná « otras cincuenta.

« Otrossi: mando que el assiento y repartimiento de « los Solares cassas de los vezinos de esta Ciudad se « edifiquen y assienten y se guarden conforme á las « Trazas que tengo señaladas en un pergamino que es « fecho en este assiento y ciudad de Santa Fé oy Do- « mingo á quinze de Noviembre de mill é quientos é « setenta y tres años.

« Otrossi: en la tierra de esta ciudad tengo señalados « dos solares para Iglesia Mayor, la cual nombro la « Advocación de todos los Santtos. Testigos que á todo « lo dicho fueron presentes Francisco de Sierra, Maes- « tre de Campo de esta conquista, y Antonio Thomas y « Diego Sanchez, fecha, día, mes y año.—Juan de Ga-

« RAY—Por testigo Francisco de Sierra—por testigo « Diego Sanchez—Por mandato del Señor Capitan, Pe- « dro de Espíndola, escribano nombrado por la jus- « ticia.»

IV

Fundóse así la Ciudad de Santa Fé en la Provincia de la Nueva Vizcaya destinada á ser por mucho tiempo la centinela avanzada contra la barbarie indígena que no perdonó hora ni fatiga para recuperar las posiciones que le hiciera perder el inmortal Juan de Garay.

Como un oasis en medio del desierto sirvió de base para la fundación de Buenos Aires, la gran capital Argentina, viniendo á ella desde la Asunción del Paraguay los denodados pobladores que con menos elementos que los que del Plata trajo el primer Adelantado Don Pedro de Mendoza, realizaron su pensamiento con éxito feliz.

II

LA CRUZ DE SANTA FÉ

II

LA CRUZ DE SANTA FÉ

Al presbítero Genaro G. Silva

> La historia tiene su verdad, la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica; es la invención que tiene por resultado la realidad. Por lo demás la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto.
>
> VÍCTOR HUGO.

I

Cuando por una deplorable fatalidad han faltado en los primeros albores de los pueblos, historiadores ó cronistas que dejen á la posteridad el recuerdo de los sucesos pasados grabados en imborrables caracteres, es necesario recurrir á la historia viviente, á la narración hecha de palabra por los ancianos y que de padres á hijos trasmitida se perpetúa y palpita en el recuerdo y en los labios de la generación presente.

La tradición, quizá desfigurando en algo los detalles, pero conservando íntegro el suceso, es una rica fuente para descubrir los secretos de la historia que el tiempo y el olvido han ocultado entre brumas y entre sombras.

Los poemas de Homero se conservaron en Grecia por medio de fragmentos y necesario fué que Pisistrato

ofreciese premios para que reunidos en una colección y recogidos de labio del pueblo y de los cantores ambulantes, hasta nosotros llegasen esos monumentos del pensamiento humano, admiración del mundo y vida y gloria de la heroica Grecia, cuyo nombre será tan eterno como la admiración que despiertan y como las bellezas que encierran la Iliada y la Odisea.

Los romances y cantos de los trovadores no son otra cosa que la historia rimada de los pueblos; la tradición engalanada con los atavíos de la poesía, los hechos grandes de los héroes perpetuados en el feudal castillo y en la cabaña rústica y repetidos al compás melancólico del arpa.

La historia estudia, escudriña, indaga lo que la tradición inicia, y le pone su sello eterno. Raro, rarísimo será aquel pueblo que sin necesidad de recurrir á esta madre de la historia pueda escribir completos sus anales.

La Provincia de Santa Fé, como la mayor parte de las provincias argentinas, no tiene ni historiadores ni cronistas; los documentos públicos que podían ser consultados se han perdido, ya por la incuria de sus guardadores, ya por la obra destructora de los siglos, ya por haber sido destruídos en las épocas de barbarie en que tratada la ciudad capital como un pueblo conquistado, pudieron ver sus habitantes que en el centro de su plaza de Mayo se encendían hogueras con los valiosos documentos de sus riquísimos archivos.

Y para rehacer su historia donde faltan pruebas escritas, hay necesidad de recurrir á la tradición trasmitida á nuestros padres por sus lejanos ascendientes

para poder más tarde reunir en un solo volumen la narración de las hazañas, los dolores y las alegrías de un pueblo que desde el día primero de su fundación presenta ancho campo para las investigaciones de los hombres estudiosos.

Como decía muy bien el eminente poeta argentino Olegario V. Andrade en 1859: « No ha quedado un punto en nuestras vastas campañas que no tenga su historia, ni una ola de nuestros ríos que no haya llevado al Plata un eco de triunfo ó el ¡ay! de los vencidos ».

Y en efecto; su fundación, sus primeros movimientos revolucionarios, su martirio por el salvaje, su desesperada traslación, su peregrinación penosísima á través del desierto, perseguidos sus habitantes por hordas desvastadoras de bárbaros infieles, su engrandecimiento asombroso después y su ruina casi total en seguida, todo se presta para formar el libro de sus tradiciones grandiosas, el poema de sus dolores y grandezas.

El episodio siguiente pertenece á los primeros días de Santa Fé. La tradición lo recogió hace más de tres siglos, y tres siglos no han bastado para borrar el recuerdo del suceso.

II

Se había levantado ya la base del fuerte que debía guardar la población del ataque del indio y servir de muralla á sus defensores. Débiles eran en verdad las recién construídas fortificaciones; un cuadrado de tapia reforzado con maderas duras del bosque más cercano

rodeaba aquel sitio que tenía por el Este el río Quiloaza, también como defensa.

Comenzaban recién á construirse pobres y débiles ranchos dentro del recinto fortificado, único albergue á que podían aspirar por entonces aquellos hombres de temple de acero y de corazón caballeresco.

Era el 15 de Noviembre de 1573.

Con sus mejores ropas vestidos y con todas sus armas armados, oficiales y soldados rodeaban al noble capitán Juan de Garay que en amarillo pergamino y á la sombra de la Cruz, que cobijára entre sus brazos la población naciente, delineaba el plano de la ciudad é iba á hacer labrar el acta de fundación con todas las ceremonias y solemnidades en aquella época exigidas.

Los indios auxiliares dirigidos por algunos conquistadores trabajaban afanosos terraplenando el muro aun no concluído, mientras cortaban otros en el bosque la madera necesaria para terminar la construcción.

Se había iniciado por fin la segunda creación de aquella tierra é interrumpido con el himno del trabajo el silencio de siglos de aquellas selvas grandiosas, donde tan sólo de tiempo en tiempo resonára el rugido aterrador de las fieras ó el atrayente canto de los pájaros.

El golpe seco del hacha repetido por el eco lejano anunciaba en aquel territorio el primer trabajo que produjera también la primera manifestación de la vida del progreso, y aquel animado cuadro llamaba la atención del salvaje que escondido en la fronda espiaba confundido y temeroso los movimientos de aquellos hombres extraños revestidos de singulares atavíos.

Había llegado á sus oídos la noticia de la venida de aquellos extraños visisitantes. Ya frecuentes veces habían encendido los fuegos de la guerra para convocar á los hermanos de las tribus distantes á formar la confederación sagrada en defensa del territorio amenazado, pero la sorpresa había sido completa; además en las filas de los blancos se contaban también algunos hijos de la tierra, y los sencillos Quiloazas se habían prestado á servir á los extraños, que disponían del rayo en la pelea y despreciaban sus flechas que caían quebradas al chocar contra sus relucientes armaduras.

III

El armonioso concierto del trabajo continuaba, mientras Garay y los principales expedicionarios terminaban los aprestos necesarios para la solemnidad del acto de fundación de Santa Fé.

Redoblaban los trabajadores sus esfuerzos para concluir el fuerte que debía ampararlos cuando el indio los combatiese, que aun cuando sumisos los de las cercanías habían aceptado el yugo del conquistador, los belicosos Timbúes y los guerreros Corindas hacía poco habían demostrado que iban á empeñar una guerra sin cuartel con los osados extranjeros.

Quizá Garay en ese instante soñaba con el porvenir de la ciudad que fundaba; quizá forjaba sus planes para el futuro y hacía de Santa Fé la base para efectuar las operaciones que por resultado le diesen la fundación de la Buenos Aires de Mendoza, destruída por los

bárbaros hasta el cimiento, ciudades que debían perpetuar su nombre y eternizar su memoria de generación en generación, de gente en gente.

Quizá su espíritu elevado á más altas esferas, al contemplar la obra comenzada para propagación de su fe religiosa, ponía la ciudad recién fundada bajo la protección de Dios, pidiendo para ella toda clase de bendiciones, cuando una exclamación que partía del bosque interrumpió las meditaciones del fundador y el trabajo de los obreros.

No era esa, exclamación de dolor ó de miedo — no era ese, grito de terror ni de aliento. Había algo de unción religiosa en ese acento que repitieron los ecos del bosque hasta lugares bien distantes.

Pero Garay y los que en el fuerte se encontraban creyeron que eran atacados por los salvajes, y caballerescos y osados en vez de encastillarse en los reductos para luchar con más ventaja y defenderse con mayor éxito, viendo que había algunos compañeros en el bosque y creyendo fuesen ellos los que habían recibido el primer ataque, lanzáronse hacia el lugar de donde el grito había partido sin averiguar cuál era el enemigo ni detenerse en conocer su número.

IV

No habían llegado aún al punto hacia donde se dirigían apresurados, cuando salían del bosque con dirección al fuerte cristianos y salvajes, llevando encerrado

en las manos un objeto el oficial más caracterizado de aquellos.

—*Señor Capitán*—le dice este á Garay—*acaba de operarse un milagro porque he hecho un hallazgo muy valioso!*

Y entreabriendo sus manos ofreció al fundador el objeto causante de tanta admiración. No era oro, ni finas perlas, ni preciadas piedras el tan maravilloso hallazgo que el oficial mostrára con el semblante alterado por la emoción: era una cruz pequeña, de madera desconocida y de una sola pieza, tan perfectamente trabajada que sólo mano diestra pudiera haberle dado aquella forma tan simétrica.

Al cortar con ruda mano uno de los gigantes de aquel bosque, hundióse el hacha en la corteza, y cayendo ésta en pedazos á los golpes sucesivos, dejó entrever un hueco en el cual para admiración de los presentes encontróse el símbolo del cristianismo.

¿Quién la colocó allí? ¿quién de los viejos indios que en épocas pasadas poblaron aquel bosque fué tan hábil artífice para labrar esa cruz pequeña de madera, y tan diestro para esconderla de tal modo dentro el árbol que pudiera conservarla en su crecimiento?

El estado de barbarie de los indios del Plata fué extremado—gran parte de los que poblaban las riberas de los ríos tributarios eran tribus nómades que trasladaban continuamente sus aduares, y sólo dejaron como recuerdo de su paso toscas armas labradas en piedra ó en madera, ó fragmentos de su alfarería. No adoraban la Cruz como los Mejicanos que la grabaron

en Palenque ó la perpetuaron en útiles de uso doméstico y en objetos de adorno.

¿De dónde provenía la cruz encontrada en el árbol viejo de la selva?

Dominados por un espíritu eminentemente religioso y animados por una fe ciega, los españoles de aquellas épocas no se detenían en disquisiciones semejantes. A la simple vista del signo de la redención tan extrañamente encontrado por el oficial, Garay y los suyos atribuyeron á un milagro la existencia de aquella cruz que condujeron con respeto hasta una de las chozas del fuerte rindiéndole allí su fervorosa adoración.

Y la ciudad que fundaban en la Provincia de la Nueva Vizcaya y á la que daba Garay el nombre de SANTA FÉ como cristiano y español, rememorando en él también el Real que los católicos monarcas fundaron frente mismo á los muros de Granada al terminar la guerra centenaria contra los moros, llevó también el nombre de la VERA CRUZ en recuerdo de aquella cruz misteriosa hallada en esos sitios donde jamás resonó hasta entonces la palabra de vida del Evangelio.

Grandes en sus empresas y sencillos en sus creencias. aquel grupo denodado de españoles y americanos sintieron renacer sus esperanzas al llenar el hallazgo de alegría sus religiosos corazones.

V

La Cruz del milagro fué durante mucho tiempo el más valioso tesoro del patrimonio de familia del oficial

que la encontrára. El pueblo de Santa Fé la hizo objeto especial de su veneración, rindiéndole culto en la Iglesia Parroquial y tomando parte las autoridades en las fiestas solemnes que el día tres de Mayo anualmente se celebraban.

Fué colocada en otra cruz de mayores dimensiones, incrustada de perlas y preciosas piedras y adornada con relieves trabajados en riquísimos metales.

Después el tiempo enfrió en el corazón de los habitantes de Santa .Fé la devoción por la histórica reliquia, que era revestida en grandes festividades con valiosas joyas y preciosos encajes. El olvido fué haciendo poco á poco borrar el recuerdo de la Cruz milagrosa, que se encuentra hoy en poder de una familia distinguida en la capital de la Provincia de Entre Ríos.

Quizá algún día en alguno de nuestros templos vuelva alguna mano piadosa á colocar en los altares el símbolo cristiano encontrado por los fundadores en el bosque de Cayastá.

III

GARAY Y CABRERA

III

GARAY Y CABRERA

CONFLICTO ENTRE AMBOS FUNDADORES

Al Dr. Ramón J. Cárcano

Dos corrientes humanas contribuyeron á fundar esta civilización..... La una venía directamente de la madre patria, la España, atravesando los mares, y ocupaba y poblaba los litorales de la cuenca del Plata en nombre del derecho de descubrimiento y de conquista, fecundándolos por el trabajo. La otra venía del antiguo imperio de los Incas....

BARTOLOMÉ MITRE — *Historia de Belgrano.*

I

Es notable en la historia del descubrimiento, conquista y población de la América Española, la concurrencia de hechos que acaecidos en la misma fecha pero en distintas regiones, dieron por resultado la colonización del Río de la Plata. Parece que una fuerza desconocida impulsaba á los conquistadores del Norte y del Sud á converger hacia un sitio determinado al extenderse desde su punto de partida en direcciones opuestas.

Este notabilísimo sincronismo ha sido ya estudiado y comentado por uno de nuestros más ilustres publicistas.

La fuerza inicial que lanzó las poderosas corrientes que dieron cima á la colonización argentina, hace su aparición en el mismo año en regiones bien opuestas; Juan Díaz de Solís penetra en el estuario del Plata, viniendo de las costas del Atlántico, casi al mismo tiempo en que los españoles tomaban posesión de las islas de las Perlas en el golfo de Panamá, en el Pacífico — y después de transcurridos más de cincuenta años en que siguen eslabonándose sucesos casi del todo idénticos en las tierras que bañan ambos océanos, van acercándose siguiendo su fuerza impulsiva hasta encontrarse y confundirse á orillas del Paraná en territorio de la hoy provincia de Santa Fé.

Y este sincronismo de la conquista es explicable. Caído el imperio incásico en manos de los aventureros heroicos que lo subyugaron, y aumentadas las huestes conquistadoras con poderosos refuerzos que atraía hacia el Perú el deslumbrante esplendor de sus riquezas, fué necesario señalar nuevos rumbos á los descubrimientos para encontrar en las aun inexploradas tierras, nuevos veneros de oro que saciasen la creciente codicia de los capitanes y soldados españoles. Lánzanse así los compañeros de Pizarro, ávidos de riquezas, á exploraciones atrevidas, tocando hasta el valle que pueblan los belicosos Calchaquíes, mientras los conquistadores de Chile se desprenden desde las altas cumbres de los Andes por el Oeste, é inician la conquista del Tucumán fundando sus ciudades muchas veces sobre las ruinas de las poblaciones indígenas.

Los colonizadores del Plata por su parte remontan el

curso del gran río, penetran por sus afluentes, se internan en los territorios que bañan y se esfuerzan, siguiendo siempre al Norte, por darse la mano con los soldados de Pizarro.

Buscan los unos las riquezas fabulosas descendiendo hacia las costas que el Atlántico baña, mientras los otros procuran llegar remontando al Norte hacia las ciudades fantásticas que deslumbran con su riqueza y esplendor. Pero ni aun su insaciable codicia los detiene en su misión civilizadora; soldados de la fe y súbditos de un monarca, tratan de asegurar las difíciles conquistas para su Dios y para su Rey, y á medida que avanzan en su avasalladora carrera fundan pueblos que van dejando como jalones á lo largo del camino.

Encuéntranse por fin después de haber partido de puntos tan distantes y su encuentro señala el final de uno de los más memorables períodos de la conquista.

II

El 6 de Julio de 1573 el capitán Juan de Garay había abiertos los cimientos del pueblo de Santa Fé. Empadronados los indios de las cercanías, quiso el fundador darse personalmente cuenta del número de pobladores del territorio que como jurisdicción de Santa Fé había señalado, y dejando bien custodiado el fuerte recién construído llevó consigo cuarenta hombres, con los cuales embarcado en un navío de remos y velas y dos chalupas descendió por el río Quiloaza hasta pene-

trar en un brazo del Paraná que lo condujo muy cerca de la fortaleza de Sancti Spiritus y á inmediaciones del punto donde levantaban sus rústicos toldos los Corindas.

Numerosas tribus poblaban las riberas de los ríos que el hidalgo vizcaíno recorriera; veinte y cinco mil indígenas llevaba empadronados y repartidos en encomiendas cuando resolvió descansar de las pesadas fatigas en el sitio indicado, á invitación de los naturales que tramaban contra él una horrible traición y procuraban distraerlo con falsos y engañadores halagos.

Fresca estaba en su memoria la catástrofe de Sancti Spiritus, producida por una traición de los Timbúes: quizás sobre sus ruinas habían juntos encendido las hogueras de la fiesta en celebración de su sangrienta hazaña, y temerosos de que los nuevos huéspedes no quisieran vengar las víctimas que con ferocidad inmoláran, habían resuelto emplear nuevamente la traición para que les fuese menos difícil la victoria sobre los españoles. Para ganar su confianza emplearon los indios al principio caricias y agasajos; alrededor del real que ocupaban Garay y sus compañeros, empezaban á agruparse en crecido número, brotando á centenares de los bosques vecinos y llegando en canoas desde las islas cercanas.

Y aún cuando fueran sus demostraciones signo de su amabilidad y mansedumbre, el capitán español, tan prudente como valeroso, comenzó á recelar de sus numerosos visitantes y de sus halagadores agasajos; este recelo era justificado por otra parte.

En la madrugada del sábado 19 de Setiembre engro-

saron de tal modo los escuadrones infieles, que Garay ordenó á su gente se embarcase en el bergantín y aprestase sus armas para servirse de ellas en el momento oportuno.

En todas direcciones se habían encendido por los indios las hogueras de la guerra; ardían sobre las costas, las islas parecían entregadas al incendio y se adivinaban en el interior las señales de la bélica convocación, por las distantes columnas de humo que se elevaban hasta el cielo sobrepasando las copas de los árboles.

Inquieto el capitán por tan inequívocas señales de un ataque inmediato, hizo subir un marinero al mastelero mayor del bergantín con el objeto de que viese lo que ocurría por los alrededores; sus informaciones confirmaron las sospechas de Garay.

En la vasta circunferencia que abarcaba la vista experimentada del marino no se veían sino columnas de indios que con todas sus armas se acercaban al lugar de la cita, y bajaban y subían por el río, teniendo á la nave española como punto de concentración numerosas canoas llenas de guerreros apercibidos al combatate.

La huida era imposible; estrechado el bergantín por la flotilla confederada é imposibilitados sus movimientos por lo angosto del canal, no tenían los españoles más remedió que aceptar el reto de los indios y aprestarse á entrar en desigual combate.

Un desembarco en aquellas circunstancias era lanzarse á la muerte, pues tenían que ser aplastados por el número.

Sin vacilar un instante el esforzado fundador de Santa Fé dirigió la palabra á sus soldados. Evocóles el recuerdo de las patrias hazañas y de las glorias adquiridas; ofrecióles el auxilio de Dios que no podría permitir la derrota de sus hijos por mano de infieles y les puso de manifiesto la pérdida total de las conquistas á fuerza de sacrificios alcanzadas, si un momento de vacilación por su parte daba el triunfo al enemigo.

Aquellos hombres avezados á los peligros acogieron entusiastas la voz de su jefe valeroso; más que soldados extranjeros eran en su mayor parte hijos de aquella tierra que sus padres habían conquistado á fuerza de sangre y sacrificios. Las palabras de Garay habían hallado eco en aquellos espíritus que no amilanaban los peligros ni apocaban las dificultades por más insuperables que se presentasen á su vista.

Ya iba á comenzar la lucha, pues las canoas se acercaban y empezaban á mostrarse por tierra las filas primeras de los guerreros indios, cuando el vigía anunció que éstos comenzaban á huir por todos lados y que se distinguía un hombre de á caballo.

Resonaban aún en los oídos de los conquistadores las palabras del capitán ofreciéndoles el auxilio divino para alcanzar la victoria, y la presencia de ese hombre de á caballo tan imposible parecía, humanamente hablando, que se atribuyó á un milagro de la Providencia. Quizá evocaron en ese instante el recuerdo de las leyendas españolas, que refieren que jinete en albo corcel y armado de punta en blanco, el apóstol Santiago guerreaba contra los moros al frente de los ejércitos de Castilla.

Pronto confirmó el marinero su anterior anuncio comunicando que eran seis ya los jinetes que se veían escaramuceando con los indios que antes venían en son de guerra con dirección al bergantín, y que al sentirse atacados por la espalda por aquellos monstruos para ellos desconocidos, que devoraban el espacio con la rapidez de sus flechas y saltaban con la ligereza del gamo los obstáculos, abandonaron su empresa y se dieron á la más precipitada fuga.

Cundió la noticia entre las huestes de los bárbaros y espoleados por el peligro se desbandaron éstos en todas direcciones dejando libre el campo que hollaban arrogantes hacía muy pocos momentos.

Sin darse cuenta Garay de quiénes pudieran ser aquellos hombres que recorrían á caballo un territorio que, según él, no había ningún español conquistado todavía, envió con una carta á su encuentro á un indio que tenía á su servicio, preguntándoles quiénes eran y agradeciéndoles el oportuno auxilio.

Pronto llegaron al borde de la barranca cerca del bergantín, é informaron al fundador de Santa Fé que eran soldados del ilustre señor don Gerónimo Luis de Cabrera, gobernador, capitán general y justicia mayor de las provincias de Nueva Andalucía, quien después de fundar la ciudad de Córdoba, había salido á explorar el territorio sujeto á sus dominios y á buscar una salida hacia el Río de la Plata, como la que había encontrado en el puerto de San Luis, en el sitio donde se había levantado el fuerte de Gaboto. Invitáronlo al mismo tiempo á que bajase á tierra para ir al punto

donde Cabrera se encontraba; pero alarmado Garay con aquel avance de jurisdicción sobre un terreno que él con razón juzgaba pertenecer á la conquista del Paraguay, negóse con cortesía á acceder á semejante invitación, con lo que los soldados de Cabrera se retiraron.

La noticia de la presencia de Garay en aquel sitio alarmó también al fundador de Córdoba, y sin pérdida de tiempo se dirigió al encuentro del fundador de Santa Fé.

III

La vasta provincia del Tucumán que obedecía antes de la conquista á los monarcas del Cuzco, bajo cuya protección el cacique Tucma la colocára durante el reinado de Tupac Viracocha, se había visto casi simultáneamente invadida por los conquistadores del Perú y Chile, respectivamente comandados por el capitán Juan Núñez del Prado y Francisco de Villagrán, teniente de Valdivia.

El primero había fundado cerca del Río Escoba la ciudad del Barco de la Sierra que el segundo sometió á la jurisdicción del gobierno de Chile después de haber estado en grave peligro de perderse la conquista, con tantos sacrificicios realizada, por los celos de los conquistadores.

La declaración hecha en Guadalajara por Felipe II en 29 de Agosto de 1563, de pertenecer el Tucumán al distrito de la Audiencia de la Plata quitó á Chile su anhelada posesión de la parte oriental de los Andes y

continuóse el descubrimiento y la población por los conquistadores del Perú.

Preso y procesado el capitán Francisco de Aguirre y vacante el gobierno de Tucumán, fué nombrado para desempeñarlo don Gerónimo Luis de Cabrera, natural de Sevilla, de la Orden de Santiago y sobrino del primer Marqués de Moya.

Caballero de noble alcurnia, valiente y animoso, mereció la confianza del Virrey don Francisco de Toledo, quien al expedirle el título de gobernador y capitán general de las provincias de Tucumán, Xuríes y Diaguitas, declaraba reconocer en Cabrera una persona de *calidad, confianza, voluntad, experiencia y conciencia*, encargándole sustentase la conquista, promoviendo la difusión de la fe católica y la fundación de los centros de población que juzgase necesarios.

Acompañado en su gobierno por personas de calidad y con elementos suficientes para dar cima á la empresa que le estaba encomendada, empleó los primeros tiempos en la sumisión de las belicosas tribus de indios que habitaban en el territorio de su mando; la tierra de los comechigones no había sido sometida al yugo de los españoles, y Cabrera resolvió en el año 1573 llevarla á cabo.

Al frente de cuarenta y ocho soldados escogidos y llevando experimentados oficiales que secundarían su iniciativa, dió comienzo á su empresa llegando el 24 de Junio á las márgenes de un río llamado Suquia por los naturales y al que puso por nombre San Juan, el noble conquistador.

Sentado en su real en Quiaquizacate, fundó en 6 de Julio una nueva ciudad á la que puso por nombre CÓRDOBA, encontrando en el territorio elegido «todas las cossas necesarias y bastantes y suficientes que han de tener las ciudades que en nombre de su Magestad se fundan, *como son dos ríos caudales que tiene en término de tres leguas de muy escogidas aguas con mucho pescado y que el uno alcanza á entrar en el Río de la Plata donde ha de tener puerto esta ciudad para contratarse por el mar del norte con los reinos de Castilla y estar el puerto á poco más de veinte leguas de aquí.*»

Nombró Cabrera provincia de la Nueva Andalucía al territorio donde fundara á Córdoba y haciendo colocar como rollo ó picota para administrar justicia un árbol desnudo de hojas con tres gajos, sacó la espada y cortando con ella varias ramas de un sauce cercano y transportándolos de un sitio á otro, tomó posesion de la ciudad y provincias en nombre de la Real Majestad del Rey Católico.

Clavó después la Cruz en el terreno destinado para iglesia Matriz, organizó el Cabildo, creó el escudo, dió á la ciudad por patrono á San Gerónimo y cumplió con todas las formalidades que la legislación española prescribía á los fundadores de las ciudades del nuevo mundo.

Concluídos los primeros trabajos y en el afán de dar á las provincias que gobernaba un puerto sobre el Río de la Plata, afán manifestado en el acta misma de la fundación de Córdoba, dejó en el fuerte que había le-

vantado una guarnición á las órdenes del capitán don Lorenzo Xuárez de Figueroa, y seguido por el resto de su gente se puso en marcha con dirección al Paraná.

El 17 de Setiembre llegaron los expedicionarios á la confluencia de este río con el Carcarañá (uno de los ríos caudales de que habla en el acta de fundación y que figuraba en el escudo primitivo) junto á las ruinas del fuerte de Sancti Spiritus que Gaboto fundára y allí tomó posesión del puerto anhelado por el gobernador Cabrera *para que se traten y contraten estas provincias y las del Perú y otras partes con los reinos de Castilla.*

Nombróle puerto de San Luis de la ciudad de Córdoba, y dando al acto toda la solemnidad posible, hizo desplegar el estandarte real al son de las trompetas, cortó con su espada ramas de los árboles que coronaban la barranca, paseóse en la playa como señor de la comarca y llegando al agua metió las manos en ella y arrojóla á tierra, señalando como jurisdicción y distrito de la ciudad de Córdoba el puerto y las tierras de San Luis y el gran Río de la Plata con sus islas.

Deseoso de terminar su empresa, continuó las exploraciones llegando el día 18 hasta un punto que los naturales denominaban Omad Cobera, cerca del sitio de Corindas, á distancia de siete leguas de Sancti Spiritus, y repitiendo allí las solemnes ceremonias del puerto de San Luis y tomando de la mano al indio Cabiste, de la toldería del cacique de Coronda, declaró que el puerto, islas é indios que en el río había, pertenecían al dominio y jurisdicción de la ciudad de Córdoba.

Llegaron así los conquistadores del Perú hasta las márgenes del Paraná, descendiendo de las altas cerranías de los Andes á las inmensas llanuras de las Pampas para darse la mano con los conquistadores del Río de la Plata y del Paraguay, los que en el mismo día en que don Gerónimo Luis de Cabrera fundaba la ciudad de Córdoba en territorio de la Nueva Andalucía, representados por don Juan de Garay echaban los cimientos de Santa Fé de la Vera Cruz en la provincia de la Nueva Vizcaya.

IV

Hallándose en aquel mismo sitio cerca de los toldos del cacique Coronda donde había establecido Cabrera su campamento, seis de sus compañeros salieron á caballo el 19 de Setiembre á explorar los alrededores, quizá recelosos de ver el inusitado movimiento que entre los indios se notaba.

Numerosas partidas de guerreros armados se dirigían hacia la ribera.

Hallábanse encendidas las hogueras en señal de convocatoria para la guerra y la actitud de los salvajes reveló bien pronto á los fundadores de Córdoba sus intenciones hostiles.

Y sin fijarse en la enorme desproporción de su número al de los belicosos Timbúes comparado, fiados en la fuerza de su brazo y en el temple de sus espadas, arremetieron contra ellos lanzando el grito de guerra que infundía nuevos bríos en sus almas en los instantes supremos del peligro.

Los indios asombrados al sentir el ataque de aquellos hombres que suponían formar un solo cuerpo con los soldados que montaban, espantados con la ligereza y el tamaño de los corceles — pues jamás habían visto animales semejantes y aturdidos con la repentina y rápida embestida de los españoles, se dieron á una precipitada fuga.

Arrojaban sus armas y huían despavoridos á esconderse entre los árboles y malezales de las cercanías, no atreviéndose á medir sus fuerzas con aquellos seres extraordinarios que los acosaban con sus violentas cargas sembrando la confusión y el terror entre sus filas.

Pronto el campo quedó en poder de los españoles.

Repuestos apenas estos de las fatigas del combate, vieron venir á su encuentro un indio que hablándoles en su propio lenguaje entregó una carta á los asombrados caballeros que no podían explicarse suceso semejante. No creían al partir de Córdoba encontrar en el desierto territorio más que bárbaros pobladores y se hallaban repentinamente cerca de otros expedicionarios, españoles como ellos, según se informaron por el mensajero y por la carta.

Eran la carta y el mensajero que les había enviado, agradeciéndoles el oportuno servicio que le prestaran, el capitán Juan de Garay, cuyas embarcaciones no habían podido ver, ocultas como estaban por los altos y frondosos árboles del bosque.

Cabrera sabedor de lo acaecido llegó con su comitiva hasta la misma barranca del río en que se hallaban fondeadas las naves de Garay.

La entrevista de los dos fundadores fué glacial. La alegría natural que debía producirles el hallarse en tan apartadas tierras hombres nacidos bajo el mismo cielo y más allá de los mares, súbditos de un mismo monarca y empeñados en idéntica empresa, no fué suficiente para matar la desconfianza que nació en sus corazones en el momento de encontrarse.

Temían sin duda que uno de ellos arrebatase al otro los laureles de la conquista. El fundador de Córdoba creía que todo el extenso territorio que baña el Plata y sus afluentes pertenecía á la jurisdicción del Tucumán y lo había señalado entre los términos que diera á su ciudad hasta el Océano. Este dominio iba á serle seguramente disputado por el fundador de Santa Fé, que á su vez consideraba aquella región como perteneciente al Paraguay y en nombre de su gobierno había levantado el fuerte á las márgenes del Quiloaza.

La rivalidad debió haber nacido en el instante mismo del encuentro; pero ambos eran hidalgos y caballeros y saludáronse con cortesía. Manifestada por Garay la razón de su estadía en aquel sitio, mandó Cabrera desplegar el estandarte real por el alférez don Juan Rodríguez Xuárez y pidió y requirió en nombre del Rey al fundador de Santa Fé *que no poblase ningún pueblo ni conquistase indios fuera de los límites y términos de la gobernación del Paraguay.*

Contestóle Garay discutiendo sus derechos para conquistar y poblar el territorio, derechos que eran desconocidos por Cabrera. Prudente y precavido el fundador de Santa Fe, viéndose con fuerzas inferiores á las del

gobernador de Tucumán ó evitando quizá un rompimiento que viniese á manchar la conquista con sangre de cristianos, simuló finalmente acceder á los deseos del conquistador de los comechigones.

Hiciéronse invitaciones recíprocas para bajar al bergantín ó subir á la barranca; pero ambos recelosos prefirieron despedirse desde el sitio en que se hallaban, tomando Cabrera la dirección al puerto de San Luis creyendo que sería obedecido por Garay, y éste hizo los aprestos para regresar al fuerte y terminar la comenzada fundación de Santa Fé, dispuesto á sostener sus derechos y á no ceder á las pretensiones de su rival.

V

Llegado á Sancti Spiritus, dos días después de su encuentro con el capitán Juan de Garay, Cabrera llenó en ese sitio un requisito que había olvidado al fundar la ciudad de Córdoba: señalar los límites de su jurisdicción.

El encuentro con el fundador de Santa Fé lo obligaría sin duda á no esperar su arribo á Córdoba para fijar esos límites, que señaló « *para agora é siempre jamás por esta parte de los llanos lo que hay de este puerto é Rio Grande hasta la dicha ciudad de Córdoba que será por camino derecho cuarenta leguas poco más ó menos, é de ancho el dicho Rio Grande arriba desde este dicho puerto de San Luis de Córdoba veinte leguas é desde el dicho puerto el dicho Rio Grande abajo otras veinte leguas con todos los galpones de indios é*

pueblos, é caciques principales é indios que hay é ha habido é hubiere naturales ó advenedizos.»

La demarcación de Cabrera tomaba para Córdoba una gran extensión del territorio de Santa Fé. El martes 22 de Setiembre presentáronse en aquel mismo sitio al Alcalde Mejía de Mirabal, los regidores Rodrigo Fernández, Juan Rodríguez Juárez, Ramón Chaves, Antón Berrú, Diego Hernández y Juan Molina con el Alguacil Mayor Damián Osorio, pidiéndole la posesión del puerto y de las tierras conforme á la merced que á Córdoba había hecho su fundador.

Mejía de Mirabal, en cumplimiento de la promisión de Cabrera, tomó de la mano á los Regidores paseándolos por el puerto y la barranca para que tomasen de ellos posesión; desnudaron después sus espadas cortando ramas y yerbas y concluyeron la ceremonía haciendo un mojón de tierra al pie de un algarrobo que tenía una cruz hecha con *hacha de hierro* por el Procurador de Córdoba Alonso García de Salas. Al siguiente día con el objeto de terminar los actos ceremoniosos principiados desde su llegada al puerto de San Luis, el Procurador antes nombrado se presentó por escrito al Gobernador Cabrera pidiendo señalase como límite á Córdoba *treinta y cinco leguas, asi hacia la parte del Rio arriba como del Rio abajo tomando por mojón la fortaleza donde estuvo Gaboto,* petición á que se accedió señalando veinte y cinco leguas como término, extendiendo de esta manera la merced primitiva del Gobernador.

Esta demarcación fué el principio del conflicto sus-

citado entre los capitanes fundadores de Córdoba y Santa Fé.

La corte de España demostraba una ignorancia supina de todo lo que á sus vastos dominios americanos pertenecía; en el afán de descubrir y conquistar imperios poderosos en que abundasen las riquezas, se descuidaba el señalar á los exploradores el límite de los territorios concedidos para su conquista, dando por resultado cuestiones interminables, que aun muchas de de ellas subsisten, poniendo en peligro la paz de los estados limítrofes.

VI

Juan de Garay se dirigió al fuerte de Santa Fé terminando todas las operaciones indispensables para la fundación de la ciudad, fundación á que dió fin el 15 de Noviembre, trazando el sitio que debía ocupar la planta urbana, señalando su jurisdicción y creando su primer Cabildo.

Alejado por una considerable distancia de su punto de partida y perdido en medio de un territorio poblado por naciones bárbaras que contaban á miles sus guerreros, debió ser ímproba la tarea del hidalgo vizcaíno en la organización de todo lo concerniente á la seguridad de la población recién fundada. Los indios de los alrededores habían aceptado felizmente sin protestar el yugo blando del conquistador y contribuían con su ayuda á los trabajos más penosos y auxiliaban á los españoles suministrándoles los víveres necesarios.

Cabrera, por su parte, no había descuidado hacer las diligencias para arrebatar el anhelado dominio del Plata á los conquistadores del Paraguay. Comprendía que la situación mediterránea de Córdoba era un impedimento para su desarrollo, sin puertas que le asegurasen una comunicación fácil y rápida con el Océano Atlántico, cerrada la salida para el Pacífico por la mole inmensa de los Andes.

Estaba además comprometido su amor propio en esta empresa. Dejar á Garay en posesión de Santa Fé era reconocer con su silencio los derechos de la Gobernación del Paraguay hacia comarca tan dilatada y tan privilegiada por la naturaleza, con ríos caudalosos y puertos seguros que facilitarían su engrandecimiento.

Con objeto de asegurarse la posesión de Santa Fé y del territorio que había anexado á la gobernación del Tucumán, envió apenas llegado á Córdoba al capitán Onofre de Aguilar con treinta soldados para exigir de Garay la entrega de la ciudad y el abandono de la conquista.

Pero las circunstancias habían cambiado totalmente; con fuerzas superiores á las que tenía en Coronda el 19 de Setiembre y por consiguiense á las que traía el enviado del gobernador de Córdoba, discutió con energía é hizo con habilidad la defensa de sus derechos, negando la jurisdicción de Cabrera sobre el territorio que ocupaba y manifestando que hacía más de treinta y ocho años, con la aprobación de su Majestad, los conquistadores del Río de la Plata ocupaban y poblaban esa región.

Mientras en Santa Fé se trataba este asunto, encontrando Aguilar en la justa resistencia de Garay el desvanecimiento de las esperanzas que fundara el gobernador de Córdoba al enviarlo á exigir la entrega de la ciudad, el Adelantado don Juan Ortiz de Zárate que había llegado hacía poco al Río de la Plata, era hostilizado sin tregua por los indios Charrúas que habían conseguido derrotarlo llevándolo al ultimo extremo de miseria. Con el enemigo al frente el Adelantado aprovechó las traidoras ofertas de un cacique guaraní, de nombre Yamandú, que haciendo demostraciones de hipócrita condolencia le había manifestado saber el paradero de Garay y tener noticias de que éste, sabiendo el sitio donde el Adelantado se encontrára, lo auxiliaría con víveres y soldados.

Ortiz de Zárate escribió á Garay enviándole copias de las reales provisiones, y nombrándolo su lugarteniente le pedía lo auxiliase en el trance peligroso en que comprometido se encontraba.

El fementido indio tenía noticia de que muy pronto debían echarse sobre Santa Fé y destruirla, librándose de esa manera de la esclavitud que se les había impuesto al repartirlos en encomiendas. Resolvió no entregar las cartas de que era portador hasta conocer el resultado de la invasión de Terú, que aprestaba sus valientes guerreros para romper el yugo del cristiano.

En Febrero de 1574 las hogueras numerosas encendidas en los alrededores de Santa Fé demostraron que los indios se preparaban para romper las hostilidades; su numeroso ejército se hallaba extendido rodeando el

fuerte donde se encontraban los españoles encerrados. y parecían dispuestos los asaltantes á terminar en aquel día con los que se habían atrevido á arrebatarles su tierra y su libertad.

Quiloazas, Mepenes, Pairindies, Colastinés, Timbúes, todos los representantes de las numerosas tribus en que se hallaba dividida la gran nación guaraní que poblaba la comarca, se habían dado cita en aquel punto. Sus salvajes alaridos llenaban el espacio y saludaban con frenéticos gritos la llegada de los nuevos destacamentos con que engrosaban sus bien compactas filas.

El ánimo de Juan de Garay y de sus valerosos compañeros no decayó entretanto ante aquel peligro formidable; el animoso hidalgo preparó sus elementos de resistencia, habló á sus soldados con ese lenguaje entusiasta propio de los hombres de su temple y rompió el fuego haciendo algunos tiros con las pequeñas culebrinas de los torreones del fuerte.

Los indios sorprendidos con las detonaciones y con el extrago que causaron los proyectiles en sus filas retrocedieron de su puesto y abandonaron su formación primera, dividiéndose en bandas y se pusieron lejos del alcance de las balas. Aprovechando ese instante de confusión, Garay dejó al capitán Onofre de Aguilar al cuidado de la fortaleza, y poniéndose al frente de sus soldados acometió á caballo á los salvajes con ímpetu y decisión.

Al verlos fuera de los muros y al sentirse con tales bríos atacados volvieron los salvajes á unirse encerran-

do dentro de un círculo temible de guerreros á la escasa tropa española, que atacada con furia tuvo que desorganizarse dejando comprometida la acción y casi victoriosos á los bárbaros.

El resto de la guarnición al comprender el peligro en que sus compañeros se encontraban no trepidó en abandonar su posición, y lanzándose al campo de batalla junto con el capitán Aguilar y los soldados que de Córdoba traía, arremetieron contra los indios, dando lugar á que Garay y su gente se rehiciese y entrase de nuevo á combatir.

Este oportuno auxilio decidió de la batalla. Arrollados los bárbaros abandonaron el campo á sus enemigos, dejando como señal de su derrota numerosos cadáveres caídos bajo la espada de los españoles.

El cacique Terú, escarmentado por el resultado fatal de su empresa, retiróse lejos de aquel sitio y solicitó más tarde la protección del vencedor.

VII

Una vez libre Santa Fé del enemigo continuóse la discusión entre su fundador y el enviado de Cabrera que no cejaba en sus pretensiones, cuando un día vieron llegar por el río tres piraguas tripuladas por indios guaraníes, los que desembarcaron en el puerto dando muestras de venir con amistosas intenciones.

Era el cacique Yamandú, que noticioso de la derrota de las tribus confederadas, y no conviniéndole por otra parte quedar mal con los españoles había resuelto en-

tregar á Garay las cartas del Adelantado. Venían ellas en momento oportuno para convencer al enviado cordobés de la sinrazón de sus pretensiones y á confirmar las doctrinas sostenidas por Garay desde el comienzo de la disputa.

Ortiz de Zárate, no solo nombraba al fundador de Santa Fé como gobernador de esta ciudad y territorios, sino que acompañaba copia de las cédulas reales, por las que se le nombraba gobernador del Paraguay, señalando como límites de su jurisdicción doscientas leguas desde el Plata al Sur y hasta el reino de Chile, quedando de esta manera comprendida una gran extensión del Tucumán hasta la misma ciudad de Córdoba.

Fuerte con tales documentos, que confirmaban sus derechos, destruyendo la concesión real las pretensiones de Cabrera, intimó Garay á su enviado en nombre del Adelantado Ortiz de Zárate abandonase la empresa en que se hallaba empeñado y lo dejase en quieta posesión de Santa Fé.

Acató el capitán Aguilar la intimación y esa noche misma emprendió el viaje de retorno á Córdoba, para llevar á su gobernador la alarmante noticia de que el Rey de España había concedido á otro la conquista y gobierno del territorio disputado, no siendo difícil que hasta el Tucumán mismo quedase comprendido en la merced hecha al Adelantado Ortiz de Zárate.

Desaprobada la conducta de Aguilar porque había aceptado la intimación de Garay reconociendo sus derechos por cédulas reales constatadas, el Cabildo de

Córdoba resolvió en su sesión del 4 de Marzo de 1574 despachar como diputados á la Real Audiencia y Cancillería de la Plata al alcalde Pedro López Centeno y á Diego Hernández para sostener sus pretensiones.

Debían los diputados solicitar de tan alto tribunal la confirmación de los límites dados á Córdoba por su fundador, la prohibición á Juan de Garay, y á cualquier otro capitán del Paraguay, de que continuase empadronando indios en la jurisdicción disputada, y pedían se mandasen personas de la Audiencia para desagraviar á la ciudad que representaban por los avances del fundador de Santa Fé.

Y empeñados en obtener el triunfo de sus pretensiones y la realización de sus deseos, escribieron con los mismos diputados al presidente y oidores, al Virrey del Perú, al Deán y Cabildo de la Iglesia de la Plata, empeñándose con los primeros por el despacho favorable de la solicitud y pidiendo la protección poderosa de los últimos como dependientes de su diócesis. Incitábanlos á defender sus derechos, excitando su celo para que conservasen la jurisdicción que les correspondía, según sus ideas, sobre este territorio que de otra manera vendría á quedar sujeto al obispado del Paraguay.

« De dos procuradores—decía la carta del Cabildo—
« que al presente, de esta Ciudad de Córdoba iban á dar
« cuenta del asiento de esta ciudad y demás cosas de
« esta provincia, sabrá V. E. luego lo que de aquí puede
« avisársele, y como ovejas menesterosas siempre del
« amparo de su pastor acudiremos á él como debemos
« para que en lo que se ofreciere V. E. nos lo haga.

« Aquí se ha ofrecido que en tierra de esta jurisdicción
« han poblado gente de la del Paraguay aprovechán-
« dose de lo que es nuestro y que es en todo derecho
« humano y divino estamos obligados á volver por vos.
« *V. E. volviendo por lo que es suyo y amparando el*
« *Obispado con las armas de su Iglesia*, háganos á todo
« merced y envíenos el remedio necesario, y porque de
« todo los mensajeros darían más larga relación, Nues-
« tro Señor la muy ilustre y reverenda persona de V. E.
« guarde y en mayor dignidad acreciente como sus ser-
« vidores deseamos.

« De esta ciudad de Córdoba é de Marzo ocho de mil
« y quinientos y setenta y cuatro años. »

VIII

Iniciado el pleito ante la Audiencia trabajaron en pro de Córdoba el Virrey del Perú y los miembros del clero de Charcas. Durante su tramitación un acontecimiento de importancia vino á dar nuevos rumbos á la conquista del Paraguay y Río de la Plata, obligando á don Juan de Garay á trasladarse á Chuquisaca.

El Adelantado Juan Ortiz de Zárate había fallecido en la Asunción encargando al fundador de Santa Fé, por cláusula testamentaria, de la tutoría de su hija natural doña Juana de Zárate Yupangui, residente en aquella ciudad y disponiendo que el gobierno pasase á manos del que con ella se casase.

En cumplimiento de la última voluntad del Adelantado nombró gobernador interino á Diego de Zárate

Mendieta, y partió sin dilación á Chuquisaca. Aprovechóse de su viaje para dilucidar la cuestión en que se hallaba comprometido con el Cabildo de Córdoba sobre la jurisdicción de Santa Fé, poniendo en la empresa la misma actividad que desplegaba en todos los asuntos de la administración y de la guerra.

Dos obstáculos, para otros que no tuvieran su carácter insuperables, se oponían al éxito feliz de sus gestiones: la parcialidad del Cabildo eclesiástico de la Plata, manifestaba claramente en sus trabajos en pro de don Gerónimo Luis de Cabrera, y la codicia y ambición que en algunos despertaban las riquezas y los títulos de la heredera de Ortiz de Zárate.

En efecto, la nieta de Manco Inga Yupangui, heredaba, según un autor contemporáneo « siete mil ducados de renta en España, minas en el Potosí, fincas en la ciudad de Chuquisaca, estancias y ganados en Charcas, con el honor de la gobernación del Plata y el título de Marquesa del Paraguay! ».

Bocado tan apetitoso no podía menos de llamar la atención y provocar el deseo de los ambiciosos. Uno de ellos era el hijo del licenciado Matienzo.

Pero doña Juana de Zárate había elegido como compañero de su vida al licenciado Juan de Torres de Vera y Aragón, y á pesar de los obstáculos que á su matrimonio oponía el Virrey Toledo influenciado por el padre del otro pretendiente, Garay y su pupila consiguieron su objeto, verificándose el casamiento el 7 de Diciembre de 1577.

El fundador de Santa Fé obtuvo por otra parte la

realización de sus deseos respecto al pleito interpuesto por el fundador de Córdoba. La exhibición de las cédulas reales diòle pronto la victoria; la Real Audiencia falló en su favor declarando que Santa Fé y su territorio pertenecían á la gobernación del Paraguay, terminando de esa manera el conflicto suscitado entre los dos ilustres fundadores.

No fueron ciertamente mezquinos celos ni rivalidades pequeñas las que dieron origen al litigio que alejó á Garay de Cabrera, desde las barrancas de Coronda, haciendo nacer la desconfianza en sus espíritus y obligándoles á no estrechar sus manos en aquella entrevista memorable.

Eran demasiado nobles para dejarse dominar por esas bajas pasiones; pero la ignorancia de los que concedían por merced el derecho de descubrir, conquistar y poblar los territorios de América crearon ese alejamiento entre hombres nacidos en el mismo país, y vinculados por la identidad de su misión: aumentar los dominios de su rey y difundir la fe de sus padres en los territorios que entregaban á la civilización europea.

Garay sostuvo los derechos de sus superiores con constancia y decisión; Cabrera procuró por todos los medios permitidos extender el dominio de su ciudad de Córdoba é impulsar su engrandecimiento venciendo las desventajas de su posición mediterránea al darle puerto sobre el Plata para su comunicación con el Atlántico.

Siglos más tarde, las ciudades que ambos capitanes fundaran se han convertido en capitales florecientes de

dos riquísimas provincias de la Nación Argentina, y la ciencia y el trabajo—que todo lo transforman avasallando obstáculos y venciendo dificultades—se encuentran empeñadas en realizar los nobles anhelos y los grandes ideales de Cabrera dando un puerto á Córdoba, con la canalización del Río Tercero, en la provincia de Santa Fé, precisamente en el punto mismo en que el gobernador del Tucumán designó con ese objeto el 17 de Setiembre de 1573.

IV

LA PRIMERA REVOLUCIÓN EN SANTA FÉ

1577



CABILDO DE SANTA FÉ

IV

LA PRIMERA REVOLUCIÓN EN SANTA FÉ

1577

Con el gobierno interino quedó Diego de Mendieta, sobrino suyo, joven bullicioso, de procederes ruines y costumbres perdidas, tan desenvuelto en lascivias como desenfrenado en tiranías.

Guevara.— HISTORIA DEL PARAGUAY.

Aqueste Sierra era muy honrado
Y de los naturales, muy querido.

« LA ARGENTINA »
Barco Centenera — Canto XIX.

I

Germen fecundo de bienes, entre los que puede contarse el entusiasmo ardiente despertado en los pueblos apenas oyeron de boca de los próceres las palabras ¡Patria y Libertad! fué sin duda alguna la institución de los Cabildos en las colonias españolas de América, institución que contribuyó eficazmente á inocular en los habitantes el espíritu de vida municipal que los congregó en los momentos solemnes para solucionar problemas que afectaban intereses, locales al principio, que salieron después fuera del límite de la ciudad y se extendieron más tarde á la provincia y la nación.

Si se estudia la filiación de la revolución Americana,

desde Méjico al Plata, se verá en cada una de las manifestaciones populares llevadas á cabo contra las autoridades españolas, al pueblo del municipio reunido y vinculado por aspiración común, siguiendo muchas veces á los miembros del Cabildo, solucionando los conflictos y haciendo sentir el peso de su voluntad contra y sobre las decisiones de Virreyes, Audiencias, é Intendentes.

Si la educación y las costumbres formaban en nuestros antepasados el hábito de la obediencia pasiva; si á través de la distancia que prolongaba el Océano con sus borrascas y huracanes y sus aterrorizadores misterios, veían en la persona del Monarca una divinidad humanada, y encarnada en su persona la autoridad divina, sea la proximidad á sus representantes en América por la reducida población de la colonia, sea por la inmediata observación de sus acciones no siempre ajustadas á la equidad y á la honradez, los colonos y con especialidad sus hijos, nacidos en el país, es decir, los *criollos*, no vieron en sus magistrados esa espléndida aureola de luz que en su imaginación soñadora veían rodear la frente del Soberano á quien la distancia engrandecía, y si entera obediencia prestaban á sus racionales disposiciones, las rechazaban otras cuando se herían sus derechos y sus legítimos intereses.

Formados sus Cabildos por individuos pertenecientes á lo más selecto de la Colonia, contando con la adhesión de la mayoría de los vecinos é interesados directamente en el bien de la comunidad de que formaban

parte, puede decirse que representaban la voluntad popular. Bajo esa base de gobierno democrático estableciéronse las repúblicas nacientes y fueron por lo general los Cabildos los primeros en balbucear la palabra libertad al oído del pueblo, para que éste la trasmitiese desde el hogar á la plaza pública, desde la plaza pública al campo de batalla, y desde aquí, entre el estampido del cañón y el himno de la victoria, llegó á penetrar hasta el alcázar de los reyes.

El Cabildo levantábase sobre la piedra fundamental de las ciudades nuevas, al lado de la cruz y de la horca; la vida religiosa, política y civil, hacían su aparición primera por medio de sus símbolos.

En la dilatada llanura ó en la fragosa sierra, á orillas del mar mugiente ó en medio de las selvas seculares de los territorios mediterráneos, era siempre igual la escena é iguales los actores; el fraile misionero que bendice en nombre del Altísimo — el conquistador que funda pueblos en nombre de su Rey — el Cabildo que velará por los intereses de ese pueblo confiado á sus cuidados y que hará en la vida municipal el ejercicio de la vida libre á que está destinado, en nombre de su propia soberanía, desconocida hasta entonces, pero existente y real aunque velada.

No de otra suerte los pueblos del Norte de América ensayábanse en la vida de la libertad eligiendo sus Ayuntamientos, compuesto de hombres probos - select-men — para gobernar el municipio, siguiendo en ello las prácticas de sus antepasados como los pueblos de raza latina seguían las prácticas de Roma.

Santa Fé recibió también en su pila bautismal el deber y el derecho de constituir su Cabildo para el gobierno comunal. Su noble fundador nombraba el 15 de Noviembre de 1573 á Juan de Espinosa, y Horduño de Arbillo, como Alcaldes, y Regidores á Benito de Morales, Fernando de Salas, Matteo Gil, Diego Ramírez, Lázaro de Venialvo y Juan de Santa Cruz (algunos de estos, mártires algunos años después por su prematuro grito de libertad é independencia), ordenando *que el día primero del año que vendrá, antes de missa todos los años tengan la costumbre de juntarse en su Cabildo los Alcaldes y Rexidores con el escribano de Cabildo y hacer su nombramiento y elección como Dios mexor les diere á entender.* (1)

Los fueros vascongados debían ser perfectamente conocidos por vizcaíno Garay, y ellos tienen por base las libertades comunales, la libre organización del gobierno municipal, origen de los gobiernos democráticos, y no podía olvidarlos el fundador de Santa Fé, cumpliendo al disponer la organización del Cabildo con una prescripción del Soberano y con una tendencia de su espíritu.

Aunada la aspiración del pueblo con la aspiración del Ayuntamiento, diciéndose éste defensor de los intereses de aquel, cuatro años después de fundada Santa Fé se insurreccionaba ésta contra la primera autoridad de la provincia, cuando aun estaba en pañales la conquista.

(1) Acta de fundación de Santa Fé. Archivo de Gobierno.

II

El Adelantado, Gobernador y Capitán General del Río de la Plata y Paraguay, don Juan Ortiz de Zárate, caballero de la Orden de Santiago y noble acaudalado, había bajado á la tumba en 1575, dejando á los colonos recuerdos tristísimos de su gobierno, y como complemento de ellos señalando un sucesor cuyo nombre ha pasado á la posteridad con infamantes notas y con celebridad bien triste.

Ortiz de Zárate, que antes de empuñar las riendas del gobierno, modelo fuera de integuérrimo caballero, se acarreó con sus decantadas medidas en la Asunción el odio de los colonos, llevado á tal extremo que, á creer en aseveraciones dignas de fe, no trepidaron en apresurar su muerte por medio del veneno.

¡Bien pronto y bien caro pagaron aquellos su delito!

Por disposición testamentaria nombraba el Adelantado gobernador interino á su sobrino don Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, mientras su única y universal heredera doña Juana de Zárate, á la sazón en Chuquisaca, no contrajese matrimonio, en cuyo caso debía pasar el gobierno á manos de su esposo.

Nombrado en el mismo testamento don Juan de Garay teniente gobernador de Santa Fé, albacea del Adelantado y tutor de su hija, marchó al Perú á cumplir su cometido, dejando en su lugar al capitán Francisco de Sierra, uno de los primeros pobladores, persona que á estar á los informes del procurador de la ciudad

don Pedro de Espinosa, confirmados por el Cabildo, gozaba entre los vecinos de singulares simpatías.

Zárate y Mendieta no tenía aún veinte años cuando se hizo cargo del gobierno del Paraguay. Vanidoso por carácter, creyóse absoluto dueño y señor de vidas y haciendas, y en su criminal desenfreno ni la condición ni el sexo bastaron á detenerlo en sus vandálicas acciones.

Como el emperador Cómmodo, á quien historiadores y cronistas lo comparan, llenó en su gobierno de lágrimas y luto las ciudades que se encontraban bajo su dominio. Como joven, irreflexivo, y por naturaleza perverso, dió rienda suelta á sus pasiones y desató el torrente de sus maldades sobre la Asunción que gimió aterrorizada entre las garras de aquel tigre.

Muchos vecinos perecieron en la horca; muchos sufrieron en el tormento torturas indecibles; muchos pagaron con crueles sufrimientos el crimen de criticar la conducta de aquel neurópata furioso que podía figurar muy bien en la galería del alienismo histórico de Saint Victor.

Dominando el vasto escenario de su gobierno, y dominándolo sin trabas ni control, pues había ordenado á Martín Duré, consejero nombrado por su tío moribundo, que, so pena de la vida, no se entrometiese en sus acciones, pronto fué Mendieta y su seides Ochoa y Galiano Meyra, acompañados de algunos otros jóvenes tan disolutos como ellos, los dueños absolutos del país.

Sus compañeros, como por lo regular sucede con los

validos y privados, azuzaban las pasiones de aquel joven que llevaba ya desde la cuna el germen de la locura en su cerebro, germen que se desarrollaba con vida exuberante por su edad y por el medio en que actuaba, en esa tierra del Paraguay que recibe los besos ardientes de un sol tropical, que parece fatigar el espíritu é inclinar la materia á una prolongada somnolencia, en medio de inmensos bosques que invitan con su sombra más que al descanso, al marasmo, embriagando al alma con los perfumes de sus hojas y sus flores.

De las irregularidades administrativas pasó á los abusos de autoridad y á los escándalos sociales. Lascivo como un sátiro, encrespábanse sus pasiones á la sola imagen de la mujer retratada por el deseo en su imaginación calenturienta, como se encrespan al soplo de una leve brisa las aguas del mar, y como el mar, no reconocía obstáculos su frenesí salvaje.

Todo el poder absoluto de que disponía estaba al servicio de su concupiscencia--las cárceles y el destierro y las persecuciones y el patíbulo le servían para verse libre de aquellos que podían oponerse á su desordenado apetito, y el placer brutal que le ofrecía la satisfacción de sus deseos, servía tan solo para enardecer aquella naturaleza de veinte años que desarrollaba sus fuerzas en tierra de vida y en medio de una sociedad temerosa y sumisa.

Y para hacer el contraste más notable, mientras la cárcel ó el patíbulo eran los medios con más frecuencia empleados para remover obstáculos y vencer resisten-

cias, el joven y orgulloso gobernante inclinaba la frente ante su favorita ofreciéndole fiestas y saraos, lidias de toros y juegos de sortija que rompían la monotonía de la vida colonial, confundiéndose con los aplausos y las risas de los cortesanos los ayes y lamentos de las víctimas.

No recargamos con negros colores este cuadro, que contestes están las crónicas de la época en presentarlo aún más sombrío. Si el ilustre Azara trató de reformarlo, quizá obedeciendo á un impulso generoso de su corazón, el Padre Guevara, en su elocuente laconismo esboza la figura del tirano diciendo que *era joven bullicioso, de procederes ruines y costumbres perdidas, tan desenvuelto en lascivias como desenfrenado en tiranías.* [1] y el Arcediano Barco Centenera en su desaliñado poema emplea un buen número de octavas en pintar á lo vivo sus desmanes, especificando muchos de ellos, mientras el jesuíta Lozano, después de narrar las persecuciones de que Mendieta hacía objeto al vecindario, dice:

«Con abultar tanto estas sin razones fueran tolerables á los vecinos de la Asunción si tuvieran seguro el honor..... Era por extremo lascivo, que este vicio tan blando se sabe hermanar muy bien con un ánimo tan cruel cuando se ve auxiliado del poder. Valíase su lascivia de la fuerza y del dominio, y ejecutaba el delito á pesar de la resistencia, en que hallaba su bestial gusto nuevo incentivo para cometer el estupro ó el adulterio, sirvien-

(1) Historia del Paraguay, etc., por el P. José Guevara.

do su torpeza de unir en una misma acción la torpeza y la venganza». [1] Y el Deán Gregorio Fúnes, al historiar el gobierno del joven calavera, dice: « A la verdad no es fácil concebir tanta depravación en los cuatro lustros de que apenas se componía su edad. El poder de que se halló revestido sólo parecía haberlo aceptado para ponerse en disposición de consumar su delito. Leyes, costumbres, humanidad, razón, todo era ultrajado hasta el exceso». [2]

Bajo la férula de ese hombre, por algunos apellidado el doctor Francia del Paraguay Colonial, los vecinos de la Asunción parecían haber abdicado de sus derechos y perdido el espíritu belicoso de otros tiempos, cuando dirimían sus cuestiones con las armas, llevaban al patíbulo á sus gobernadores, ó los levantaban triunfantes en las plazas públicas sobre el escudo de la opinión.

Al principio algunas voces varoniles dejáronse escuchar en medio de aquel silencio de muerte; pero tan nobles protestas fueron ahogadas bien pronto en las mazmorras ó en el rollo. Apareció el miedo con su cortejo de delaciones y de intrigas—generalizóse el contagio moral y el temor asumió las proporciones de una epidemia.

Los vínculos de la sangre, los lazos del cariño, la unión conyugal, todo desapareció en medio de aquella atmósfera caliginosa. La infección bajó de la alta clase á la ínfima plebe y llegó un momento en que hasta el

(1) Historia del Río de la Plata, etc., por el P. Pedro Lozano.
(2) Historia Civil, etc., por el doctor Gregorio Fúnes.

padre desconfiara del hijo y el esposo de la esposa, temeroso de que la más inofensiva de sus palabras llegase á oídos del tirano.

El espíritu fuerte y el ánimo viril de los descendientes de Ayolas y de Irala habíase perdido. Zárate reinaba en medio de todos los silencios y como sobre un pueblo de difuntos.

III

Santa Fé continuaba entretanto su vida quieta y dulce, entregados sus vecinos á las faenas agrícolas y pastoriles en las que eran ayudados por los indios que habían aceptado sumisos el yugo relativamente blando del conquistador. Juan de Garay hacía probar en caso necesario la pujanza de su brazo y el filo de su acero, para conquistar más tarde al enemigo con la generosidad de su corazón.

No había por otra parte en esta región del Plata minas que explotar y en donde los indios pereciesen á miles bajo el látigo del amo y el peso de un trabajo abrumador; no había yerbales en donde sacrificar centenares de salvajes al rayo del sol ardiente y exponerlos á envenenar su sangre con las emanaciones pestíferas de los pantanos; la Pampa dilatada se extendía inmensurable ante la vista, cubierta de sabrosos pastos para el alimento del ganado y ofreciendo al arado el seno virgen para abrir el surco y recibir la semilla del agricultor. Establecíase entre el amo y el criado una prudente intimidad nacida en el trabajo que ambos

compartían y llevada después hasta el hogar, satisfaciendo las necesidades de uno y otro los frutos obtenidas como resultado de la labor común.

Francisco de Sierra gobernaba la ciudad y su jurisdicción con general contento. Aunque separados de su esposa y de sus hijos, residentes en la ciudad de la Asunción, parecía obligado á permanecer en Santa Fé por el cariño que allí todos le profesaban, el acatamiento que se hacía á sus órdenes y el obedecimiento á sus prudentes medidas y la pacífica quietud de que se gozaba en aquel centro que él había contribuído á fundar y á sostener.

Como un eco lejano llegaban á la ciudad de Garay los rumores de las locuras de Mendieta, hasta que un día llegó un despacho del Paraguay, en que el tirano basándose en desatinadas consideraciones mandaba y ordenaba un nombre nuevo para Santa Fé, que en adelante debería llamarse "Santa Fé de Luyando" so pena de una multa de *doscientos pesos oro* para la Cámara de su Majestad al que contraviniese su mandato.

« Y porque la Ciudad de Santa Fé,—dice Zárate Men-
« dieta en tan original documento.—ha tenido y tiene
« muy buenos principios en su fundación y sustentación
« y está en parte y lugar muy conveniente así para el
« trato y comercio de las provincias del Tucumán y
« mucha parte de los reinos del Perú, como para poder
« dar calor y favor de aquí en adelante al puerto y pue-
« blo de San Salvador de la ciudad Zaratina ó á los que
« de nuevo se poblaren con ayuda de Dios nuestro Se-

« ñor, y para escala y descanso de los navíos y gente de
« esta ciudad de la Asunción que bajaren á los pueblos
« y puertos que hubiere hasta Buenos Aires y San Ga-
« briel y para mejor y más facilidad conquistar y atraer
« los indios naturales de aquellas comarcas á la obe-
« diencia y servicio de su Majestad, al conocimiento de
« nuestra Santa Fe Católica y que reciban el agua del
« Santo Bautismo, para que mediante la Divina mise-
« ricordia se puedan salvar; yo en nombre de Su Ma-
« jestad el rey Don Felipe, nuestro señor, por las causas
« que van declaradas y especificadas y por que otras
« que me mueven y han movido, de su Majestad se
« tendrá por servido cuando ello sea certificado y avi-
« sado, mando y ordeno, expresa y determinadamente,
« que desde la publicación de ésta, en adelante y para
« todo tiempo, la dicha Ciudad de Santa Fé, se llame,
« nombre é intitule la ciudad de Santa Fé de Luyando
« y en todos los autos y escrituras y testimonios y
« subscripciones así la llamen y nombren; y todos
« los escribanos de estas Provincias así sean obligados
« á la nombrar é intitular, so pena de cada doscientos
« pesos de oro ampliados para la Cámara de su Ma-
« jestad en que desde luego les condeno y he por con-
« denados.»

Esta resolución tomada el 23 de Junio de 1576 fué leída y pregonada según manifiesta voluntad de Zárate y Mendieta en *Santa Fe de Luyando*, y el 26 de Setiembre de ese año figuraba por vez primera con ese nombre en el libro becerro en que se asentaban las sesiones del Cabildo, cuyas primeras hojas desgraciada-

mente se han perdido, debido á la negligencia y á la incuria con que ha sido tratado. (1)

Muy pronto la faz de la ciudad iba á verse alterada. Como guiado por superior destino, Zárate Mendieta. cansado ya sin duda de imperar en la Capital de la Provincia y de hacer sentir á aquellos habitantes la dura ley de sus caprichos, resolvió visitar el territorio de su mando, escondiendo en este pretexto su proyectado viaje hacia el Perú.

¿Qué móvil lo impulsaba á trasladarse á aquellas regiones tan opulentas como lejanas, dejando en la Asunción el triste recuerdo de su gobierno y el germen de una sublevación que pudiera dar por tierra con su reinado?

Nada se sabe—quizás en sus sueños de grandeza imaginase prolongar el término de su gobierno casándose con su prima doña Juana de Zárate, heredera universal del extinto Adelantado y cuyo esposo, según disposición testamentaria, debía suceder en el mando á Ortiz de Zárate.

Juan de Garay había desde el primer momento abandonado á Santa Fé para trasladarse al Perú, cumpliendo con la última voluntad del Adelantado, y no es aventurado suponer que el gobernador interino quisiese alcanzar en propiedad el gobierno con la mano de su prima, para lo que iba á seguir en su camino al teniente gobernador de Santa Fé.

Zárate y Mendieta iba á partir á su destino, no como

---

(1) Libros de Cabildo de Santa Fé.

el viajero que cruza apresurado los desiertos llevando apenas los hombres necesarios para su seguridad y su servicio. Necesitaba rodearse quizá para matar el tedio de las difíciles jornadas, no sólo de la corte que en la Asunción se convertía en instrumento de sus locos desvaríos, sino de soldados que lo escoltasen, formando á modo de una guardia de honor de su persona.

IV

Llevando además de su séquito de palaciegos, más de ciento treinta arcabuceros y dejando la Asunción destruída y sin defensa, embarcóse el joven gobernante con su gente en una carabela y tres bergantines y dióse á la vela con dirección á Santa Fé, en donde se tenían noticias de sus crímenes y era repudiada su persona.

Apenas llegado á su destino, Zárate Mendieta dió á los santafesinos una prueba palpable de que nada se había exagerado al hablar de su carácter díscolo y de sus torcidas intenciones. Conocedor de las antipatías que despertaba entre todos los que lo conocían, y deseoso de hacer imperar su voluntad sin trabas en la ciudad que ha pocos días habitára, mandó al capitán Sierra y á las primeras autoridades locales saliesen á sojuzgar algunas tribus de indios sublevadas, dándoles una parte de las fuerzas que lo habían de la Asunción acompañado.

Entre estos soldados que sólo por temor al castigo lo seguían, pues tenían en el Paraguay sus esposas y sus hijos, encontrábanse algunos que espiaban sin duda la

ocasión más propicia para alejarse de aquel hombre que había sembrado el terror por todas partes, y aprovechándose de la coyuntura favorable que aquella le deparaba, dieciocho de ellos abandonaron las filas y apoderándose de un bergantín huyeron lejos del temido gobernante.

Esa chispa bastó para producir el incendio. Zárate Mendieta cargó sobre Sierra y sus compañeros la culpa de aquella deserción, y como á oídos de las víctimas llegaron noticias de que el gobernador llevaría su encono hasta atentar contra sus vidas, valiéndose de la horca y el puñal, fiados en su propia inocencia y fuertes en su derecho, desafiando sus tan temidas iras, presentáronse ante él, y exponiendo las razones que los asistía y la inocencia que los escudaba, pidieron *averiguase, inquiriese y supiese* [1] cuales fueron las causas de aquella deserción, y que si por ventura resultaban culpables fuesen castigados debidamente, empleando para ello de todo el rigor de la ley.

Tan perverso como hipócrita, Zárate Mendieta fingió creer en su inocencia despachándolos con palabras tan comedidas que contrastaban con las palabras enérgicas y agrias y las amargas quejas del teniente gobernador Sierra, que, herido en lo más íntimo, defendió varonilmente sus derechos, probando que despreciaba la muerte cuando de su honra se trataba.

Pero el lobo, de cordero disfrazado, preparó astutamente á sus sicarios para que esa misma noche diesen

(1) Libros de Cabildo de Santa Fé. Palabras del acuerdo.

muerte al capitán Sierra, y otros vecinos respetables; el plan fracasó, y el tirano entonces pretendió valerse de una trama digna de su diabólico carácter usando de la traición, arma de los cobardes y los viles, para llevar adelante su obra de exterminio.

El pueblo entretanto, que profesaba acendrado cariño á su gobernador, y sus alcaldes, rebozaba en indignación, indignación que no escapaba á Zárate y Mendieta· pero que despreciaba, acostumbrado á imponer su voluntad sin sufrir demoras ni permitir observaciones.

Pero en Santa Fé el miedo no había echado como en la Asunción hondas raíces y se esperaba tan sólo la ocasión oportuna para dar rienda suelta á la vía popular; esta ocasión no se hizo esperar por largo tiempo. Enceguecido por su carácter altanero, Zárate y Mendieta quiso terminar de un golpe con aquella situación, y una vez frustrado el golpe que con los suyos forjára para ser llevado á cabo con toda impunidad, merced á las tinieblas de la noche, resolvió consumar su obra en pleno día. Ocultando, ya bien aleccionados, á los ejecutores de su venganza, hizo llamar á su presencia separadamente á las víctimas elegidas para imponerles un silencio eterno con la muerte.

El plan empero se hizo público, y el capitán Francisco de Sierra, creyendo que ante el recinto sagrado detendríase la sed de sangre de aquel monstruo, buscó en la iglesia su salvación. Pero ese al parecer seguro asilo, era barrera de papel para el tirano, y acompañado de sus seides, sin imponerle la majestad del santuario, sin imponer á su espíritu extraviado ningún

respeto la casa de Dios, penetró allí con descarado cinismo y sacó de ella al capitán Sierra con brutales ademanes, espada en mano, dándole espaldarazos, pomazos y estocadas, cebando en su víctima indefensa sus brutales apetitos. (1)

Pero el pueblo no dormía y el Cabildo velaba esperando el instante de manifestarse enérgico y decidido. A la primera noticia del atropello, con tanta ignominia para la primera autoridad llevado á cabo, los cabildantes primero, y el pueblo en seguida, numeroso y compacto, mezclándose con él mucha gente de la que había venido de la Asunción, acudieron á las puertas de la iglesia encontrando en el camino al capitán Sierra que era conducido preso en medio de una escolta de sayones.

A la indignación sorda siguió pronto la enérgica protesta, – relucieron los aceros en manos de los militares, armóse el pueblo como pudo y la revolución latente desde hacía muchos días, se pronunció con decisión.

La juventud *criolla* en su mayor parte, embistió decidida; siguiéronla los demás amotinados y puesto el capitán Sierra en libertad por el pueblo, pudo empuñar la espada y arremeter al grupo donde el gobernador Zárate y Mendieta se encontraba.

La victoria no podía permanecer indecisa; el pueblo combatía por defender el templo de su Dios y la persona de su honrado gobernante, y la convicción de que estaba la justicia de su parte, dió alas á su ardimiento.

(1) Libros de Cabildo de Santa Fé.

Huyó seguido de sus parciales el gobernador del Paraguay dejando en manos del pueblo prisioneros dos ó tres de los más criminales de sus seides, y encerróse parapetado en una casa que fué al instante sitiada por la muchedumbre ensoberbecida ya con su victoria.

Vió bien pronto Mendieta perdida toda esperanza de salvación, pues los revolucionarios quisieron llegar al práctico resultado de su triunfo y tornaron á hacer los aprestos necesarios para prender fuego á la casa aquella noche misma, lo que obligó al tirano á ofrecer suplicante la renuncia de su puesto pidiendo favor en nombre de Jesús.

Calmóse un tanto la tormenta al ver la cobardía de aquel que poco antes juzgóse dueño y señor de la ciudad y sus vecinos, y arreglada la capitulación renunció Diego Ortiz de Zárate y Mendieta al gobierno del Paraguay y Río de La Plata ante el escribano de Cabildo, forzado á ello por la voluntad decidida de aquel pueblo que demostró en ocasión semejante su temple y su coraje. Pocas horas de lucha habían bastado para destruir el imperio de aquel mozo soberbio que logró por algunos meses imponer su voluntad omnímoda á la Asunción del Paraguay.

Pero ese pueblo había entrado ya al terreno de las exigencias, y después de la forzada renuncia obligóse al ex-gobernador, amenazándolo á reducir la casa á cenizas si no satisfacía la voluntad del pueblo, á que les entregase á sus privados Ochoa y Galiano Meyra, los que cargados de cadenas fueron á purgar sus delitos en los calabozos de la ciudad.

V

Para coronar la obra bajo tan buenos auspicios comenzada, dióse libertad á Zárate Mendieta, el que en cumplimiento de su palabra dirigióse al Ayuntamiento y allí en presencia del teniente gobernador Francisco de Sierra, de los alcaldes Juan Espinosa y Diego Bañuelos y de los regidores Matheo Gil, Fernando de Salas, Lázaro de Venialvo, Fernando Mosquera, Francisco Fernández y Juan de Orantes ratificó su renuncia hecha ante escribano público y dejó el bastón, símbolo de la autoridad que investía, con las formalidades prescriptas para casos semejantes.

Con el objeto de evitar que tratase el ex-gobernador de levantar una facción que amenazase la tranquilidad pública, pues á pesar del odio general que le profesaban no le faltaban partidarios que supo atraerse en los días de prosperidad, haciéndolos cómplices de sus fechorías y partícipes en sus fiestas, diéronle la casa por cárcel teniéndola guardada con centinelas de vista, aun cuando se le permitía algunas veces pasear por los alrededores de la ciudad.

Entregado en sus paseos solitarios á la meditación, desesperábase Zárate y Mendieta con la mudanza de su suerte que lo elevára ayer al pináculo de su grandeza y lo arrojára hoy, no sólo á la dura condición del prisionero sino á la odiosidad de todos los que lo conocieron, sin atreverse sus escasos partidarios á compartir con él su desventura.

Su humillación en este trance estuvo en relación con

su anterior orgullo y sombra era tan sólo aquel desgraciado joven altanero de otros días, infatuado por su posición, ensoberbecido por su carácter y deificado por la adulación palaciega.

Continuaba entre tanto el doble proceso que se le formaba en la Asunción, libre ya de su yugo intolerable, y en Santa Fé victoriosa del tirano y libertadora de aquella tiranía. Terminado el proceso en que se acumulaban acusaciones terribles, basadas en pruebas irrefutables, el Cabildo de Santa Fé resolvió enviar á España á Zárate Mendieta en la carabela que lo había traído del Paraguay, para que diese ante la corte estrecha cuenta de los *muchos motivos, daños, fuerzas, tiranías y deshonras, que ha hecho en la Asunción y en Santa Fé empezaba á hacer*, ordenando al alcalde Espinosa, hermano del procurador de la ciudad que tanto había trabajado en esta ocasión *por todo lo que al bien de la República atañe*, que lo escoltase en embarcación separada hasta más allá de la isla de San Gabriel.

La esperanza renacía en el corazón del prisionero apenas se alejaba de la ciudad que con tanto brío lo había arrojado de su solio; á las súplicas siguieron bien pronto las amenazas, redoblándose éstas cuando por este cambio de conducta redobláronse también los centinelas para evitar se llevase á cabo cualquier tentativa de libertad. Pero esas esperanzas desaparecieron de nuevo cuando se vió Mendieta desairado por Pedro de Quirós teniente de gobernador de San Gabriel, al que había en tiempos de prosperidad llenado de favores

y que al verlo caído volvíale la espalda, correspondiendo con desprecios á las ofertas del prisionero.

En San Gabriel, el alcalde Espinosa entregó el reo con las formalidades del caso al piloto mayor de la carabela, quien juró entregarlo al Real Consejo junto con los procesos en que constaban las tropelías del gobernante y la revolución con tan buen éxito llevada á cabo por los santafesinos, usando de sus legítimos derechos.

Pero puesto el piloto de acuerdo con Zárate Mendieta arribaron unidos por estrecha amistad á San Vicente, en donde la juventud de éste, su arrogante porte y los bríos que había recuperado cautivaron la voluntad del gobernador, quien no sólo dióle hombres y pertrechos bélicos para reconquistar la gobernación del Plata, sino que, soñando con un triunfo fácil, ofreció al joven español con su protección la mano de su hija.

Bien pertrechada la carabela, sus depósitos llenos de víveres y municiones, con buen número de soldados y halagado con la idea de escarmentar á sus adversarios, tomando completa venganza con su victoria y volver á ser el semi-dios del Paraguay, dióse á la vela con dirección al Plata, esperando ser durante el viaje alcanzado por un navío que debía su futuro suegro enviarle con tropas de refresco.

Pero ya no era Zárate y Mendieta, el humilde cautivo de Santa Fé, que conmovía con sus quejas hasta á sus más ardientes adversarios. Apenas vióse colocado al frente de la expedición, el orgullo volvió á hacer presa de su alma y malquistóse con la tripulación y los soldados, á quienes trataba, más que como á auxiliares

ó aliados, como á esclavos. Olvidóse bien pronto de la lección que poco antes recibiera, y llevó á tal extremo su soberanía, que la tripulación enfurecida empezó á conspirar; se inició el incendio atizado por el mismo que debía ser su víctima y sólo fué un misterio para el hombre infeliz que precipitaba su caída por falta de cordura.

Habíase resuelto ya por los soldados regresar al Brasil, cuando desencadenóse una horrible tempestad, y la carabela, juguete de las olas, fué arrojada á las costas del Mbiaza que fueron abordadas por Mendieta y algunos marineros, entablándcse relaciones al principio cordiales con los indígenas que las poblaban.

Estos, á pesar de sus salvajes costumbres, acogieron con halagos á los náufragos, lo que envalentonó de tal suerte á Zárate Mendieta que muy pronto se hizo odioso á sus compañeros y á los naturales de la tierra. El carácter de ese hombre iba precipitándolo al abismo de su perdición, é incapaz de comprender el bien, llevado siempre por tenaz ofuscación, aumentó el largo catálogo de sus crímenes haciendo descuartizar á dos hombres, por delitos que las circunstancias hacían leves.

La tripulación de la carabela comprendió que se hallaba expuesta á mil atropellos permaneciendo al lado de Mendieta, y una noche, después de haber hecho embarcar á sus compañeros, se levó anclas dejando abandonado á su suerte al ex-gobernador y á siete de sus más conspicuos paniaguados.

Libres entonces los naturales de la presencia de marineros y soldados dieron rienda suelta á sus instintos

y embistieron á Zárate Mendieta y compañeros, los que fueron devorados en seguida entre la algazara de aquel horrible festín de carne humana.

Terminó así la corta pero tormentosa vida llena de crímenes atroces de aquel joven orgulloso que fué el precursor de esa serie de tiranos que han convertido el Paraguay en un osario y en instrumento ciego de la voluntad de sus despóticos mandatarios á esa masa de sus habitantes, tan digna de lástima por sus sufrimientos y de admiración por su valor.

VI

Terminada apenas en Santa Fé la revolución que diera por tierra con el despotismo de Zárate y Mendieta y cuando aun éste permanecía en la ciudad en calidad de prisionero esperando llegase el momento en que terminados los procesos fuese remitido á la corte bajo segura custodia, el capitán Francisco de Sierra, víctima del atropello antes narrado, lastimado en su honra por aquel loco enfurecido creyó que su dignidad le exigía la renuncia de su empleo, y con desprendimiento admirable hizo dimisión del mando, haciendo ante el Cabildo *solemne dejación de la vara de teniente gobernador*, resolviendo retirarse á la Asunción á terminar en paz sus días entre las delicias del hogar al lado de su esposa y de sus hijos.

Ese desprendimiento no era seguramente general en aquella época, como es escasísimo en la nuestra. El mando tiene halagos que sólo las almas elevadas, los

verdaderos nobles caracteres, desprecian; hay en esta página histórica una lección y un alto ejemplo.

Pero la resolución del capitán Sierra quebróse ante la voluntad decidida del Cabildo, que al no aceptar la renuncia, premió los servicios del benemérito gobernante, al mismo tiempo que le imponía, so pena de un castigo, la continuación en el mando.

El domingo 5 de Mayo de 1577, estando reunidos en las casas del Ayuntamiento los muy magníficos señores Justicia y Regidores, como de costumbre lo tenían, el procurador de la República don Pedro Espinosa, en presencia del escribano de Cabildo y Gobernación don Alfonso Montiel, expuso las tropelías cometidas por don Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, narró la revolución del vecindario y su victorioso resultado y manifestó la renuncia que el capitán Sierra había hecho del puesto de gobernador, *que tan en servicio de Dios Nuestro Señor había desempeñado en esta ciudad y sus distritos, y tan en concordia, paz y sosiego de todos los vecinos y estantes en ella, que tanto respeto, amor y voluntad le tienen y por tanto en nombre de la República, vecinos, estantes y habitantes en ella, pidió y requirió una, dos y tres veces* y *tantas cuantas de derecho puede y desea, manden ante todas cosas al Señor Capitán Francisco de Sierra parezca ante el Cabildo y Ayuntamiento, y le manden compeler y apremien en nombre de Su Majestad, tome nuevamente la vara de gobernador y use y ejercite un empleo desempeñado tan quieta y pacíficamente hasta entonces, esperando que la magnificencia de la ilustre se-*

ñora doña Juana de Zárate otra cosa disponga y ordene. [1]

Esta medida aconsejada por el procurador de la ciudad, quien protestaba, si así no se hacía, contra los Cabildantes responsabilizándolos de todo el daño, alboroto, escándalo y despoblación de esta ciudad; esta medida —decíamos— después de discutida suficientemente reputóse razonable y conveniente y ordenóse la comparencia del renunciante ante el Cabildo.

En su presencia, todos á una voz mandáronle en nombre del rey don Felipe, tome y traiga la vara de justicia, dándolo, en caso de negativa, por condenado en la pena de *doscientos pesos oro* aplicados á la Cámara de Su Majestad.

Leyóse en seguida el pedimento del procurador, al que contestó el capitán Sierra que á los señores Cabildantes les constaba su mucha edad y sus muchos trabajos llevados á cabo durante cuatro años consecutivos empleados en la fundación y sustentamiento de Santa Fé, alejado desde entonces de su esposa y de sus hijos, razones expuestas para pedir á sus Mercedes le librasen de la pesada carga del gobierno, habiendo otros á quienes se podía encomendar.

El Cabildo ordenó que, no obstante esa respuesta, se hiciese nuevamente cargo del gobierno, y mientras con tal mandamiento no cumpliesen ordenaron sus Mercedes fuese preso, con su propia casa por cárcel, sin poder salir de ella ni *en sus pies ni en ajenos*; y que si no

---

(1) Libros de Cabildo de Santa Fé.

cumpliera el mandato en el término perentorio de veinticuatro horas, sería ejecutado en sus bienes y propiedades.

Ante tal conminación, el capitán Sierra conformóse con lo resuelto por el Cabildo y aceptó el empleo de teniente gobernador *ansí por temor del castigo* —son sus propias palabras— *como por entender como entiende que en ello sirve á la majestad del rey á quien siempre tuvo celo de servir.*

Y los cabildantes, vencedores gracias á su entereza, aprobaron y ratificaron los poderes, en virtud de los cuales don Francisco de Sierra gobernaba la ciudad, tomándole de nuevo juramento de que había de gobernar bien y fielmente como hasta entonces. [1]

VII

Terminó así la primera revolución de Santa Fé, revolución en que se ve al pueblo levantarse contra la primera autoridad de estas provincias, luchar y vencer, despojar al tirano del mando, procesarlo y enviarlo á la Metrópoli á responder de su conducta, librando á las poblaciones del Paraguay y del Río de la Plata de un déspota sanguinario, y ejercitando sus derechos de soberano en la oscura época del coloniaje en los tiempos primeros de la conquista.

No es de extrañarse pues, que pocos años más tarde el pueblo, dando un paso atrevido y arrojándose á una

(1) Libros de Cabildo de Santa Fé.

lucha desesperada, se sublevase contra la madre patria dando el primero en América el grito santo de la independencia.

De esta página histórica se desprenden lecciones que se aprovecharon más tarde, y prueba ella que los hijos de los primeros pobladores de estos territorios no eran esclavos sumisos de sus gobernantes, pues sabían hacer respetar sus derechos é imponer su voluntad cuando las circunstancias lo exigían.

Santa Fé, Mayo de 1891.

V

LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA

REVOLUCIÓN DE LOS SIETE JEFES

1580

Facsimile de las firmas de algunos de los revolucionarios de 1580

Diego de Leyva

Pedro Gallego

Lázaro de Benialvo

Cristóbal de Arévalo

Rodrigo Mosquera

Tomadas de las Actas originales del Cabildo de Santa Fé - en el Archivo

V

LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA

REVOLUCIÓN DE LOS SIETE JEFES

1580

Al Dr. Gabriel Carrasco

La gran necesidad que estas provincias de presente tienen es jente española, porque ay yá muy pocos de los viejos conquistadores, la jente de manzebos ansy criollos como mestizos son muy muchos y cada día van en mayor aumento..... Son amigos de cosas nuevas, vance cada día más desvergonzando con sus mayores, tienenlos y an tenido en poco..... porque si nuestro señor no rremediara lo que sucedió en la ciudad de Santa Fé víspera de Corpus-cristi el año de 80, saltara alguna centella.

Carta de Hernando de Montalvo á S. M.

En esto en Santa Fé gran melonada
Se junta de mestizos .... .
Y mandan que saliesen desterrados
Los españoles todos .....

Barco Centenera — « LA ARGENTINA » — Canto XXI.

I

La independencia de la América latina no fué el resultado de combinaciones políticas concertadas en Europa ni la consecuencia forzosa de los conflictos en que envolviera al viejo mundo la ambición del gran capitán del siglo XIX.

A lo más estos sacudimientos pudieron precipitar la revolución, encender la chispa precursora del incendio

en el que debían fundirse las cadenas coloniales. De no haberse efectuado, hubiera habido un retardo quizá más ó menos prolongado del movimiento revolucionario, pero el estallido se hubiera dejado sentir en tiempo no lejano.

La línea divisoria que alejaba á los criollos de los españoles, imperceptible al principio, ensánchase con el transcurso de los años y tiñóse de rojo, para que más visible fuese. con la sangre derramada por los precursores de la independencia Americana.

No se había aún terminado la conquista cuando ya se levantaba el pendón independiente; y no era una sola región del territorio inmenso la que suscitaba conflictos á las autoridades españolas y se lanzaba á la lucha armada en busca de la realización de tan nobles aspiraciones, no! —En la extensión entera del Nuevo Mundo se sentían de tiempo en tiempo esas conmociones revolucionarias que terminaban por lo regular cuando los cadáveres de los caudillos populares se balanceaban en la horca ó eran expuestas sus cabezas en la picota infamante.

Pero el germen no se esterilizaba porque fuese arrojado entre lagos de sangre; fecundizábase por el contrario, como hallando más vida, recuperando y aumentando sus fuerzas vitales en medio de la persecución y entre los horrores del martirio.

La fuerza vencía, es cierto; el poder de los dominaderes era incontrastable en aquella época lejana en que la idea de la independencia hacía su prematura aparición. Multiplicábanse los cadalsos y el número

de las víctimas aumentaba en el martirologio de la libertad, pero la idea continuaba palpitante, latente, en el cerebro de los americanos, hasta que se realizó por el esfuerzo poderoso de los pueblos.

II

Ni de una región ni de una raza fué exclusiva la aspiración por la emancipación de las colonias — criollos, indios, negros y mestizos, ya separados ó ya unidos se levantaban dispuestos á morir ó á vencer en la contienda.

Aparte de las numerosas sublevaciones de indígenas acaecidas en las dos Américas desde el descubrimiento hasta la más memorable de ellas en la del Sur — la del cacique Tupac Amaru en 1780 — pueden citarse la de los negros en Méjico en 1537 que terminó con el bárbaro descuartizamiento de sus caudillos; la conspiración de Martín Cortés en el mismo territorio; la revolución municipal del Paraguay; la rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú y la sublevación de los siete jefes en Santa Fé, en 1580.

Cada una de esas etapas revolucionarias demuestra el espíritu predominante en una parte no escasa de la población de las colonias españolas; cada uno de esos estallidos era una manifestación del espíritu independiente que minó durante muchos años hasta el cimiento del edificio colonial.

El indio, porque aspiraba á la independencia salvaje de otros días y anhelaba tomar sangrienta revancha contra

los verdugos de su libertad; el negro, porque la esclavitud no le hacía perder sus instintos y le era insoportable el yugo de sus amos; el criollo, porque se consideraba dueño de la tierra en que naciera y sus padres con heroismo conquistaron, creyéndose también vejado por los españoles peninsulares; el mestizo, criado casi siempre en el hogar de los primeros pobladores, sentía los anhelos de libertad del indio y la aspiración del criollo por la independencia del territorio en que había nacido.

Esta comunidad de ideas trajo como forzosa consecuencia la alianza entre individuos impulsados por los mismos sentimientos y vinculados por una aspiración común.

Podían momentáneamente separarse y obrar aisladamente haciendo más inútiles sus esfuerzos y más estériles sus sacrificios, pero se encontraban casi siempre en el momento del peligro, cuando la hora de la convulsión había sonado y esperaban dar forma á sus sueños halagadores.

La tendencia separatista de los criollos fué conocida desde la conquista.

En lo referente á las regiones del Plata, Hernando de Montalvo que pudo estudiar muy bien este fenómeno en el teatro mismo donde se desarrollaba, escribía á España en 1579 refiriéndose á los hijos de españoles «. . . . de las cinco partes de la jente española, las cuatro de ellos, y cada día va en aumento, teniendo muy poco respeto á la justicia, á sus padres y mayores, muy curiosos en las armas, diestros á pie y á caballo, fuertes

en los trabajos, amigos de la guerra y muy amigos de novedades», agregando años más tarde (1585) lo siguiente: «La gran necesidad que estas provincias de presente tienen es jente española, porque ay yá muy pocos de los viejos conquistadores.... Son amigos de cosas nuevas, vance cada día más desvergonzando con sus mayores, tienenlos y an tenido en poco.... porque si nuestro señor no rremediara lo que sucedió en la ciudad de Santa Fé víspera de Corpus-cristi el año de 80, saltara alguna centella».

Y tanto conocía el tesorero Montalvo á los criollos, que en el mismo informe dirigido á S. M. decía «Tienen por uso y costumbre estos manzevos nascidos en esta tierra, de que se rrepartan entrellos los oficios de la rrepública como ser alcaldes ordinarios y rregidores y alguacil mayor y menores, y están tan enpuestos yá en ello, *que como son los más salen con lo que quieren*».

Y esta opinión fué — siglos más tarde — confirmada por dos sabios españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa: «No deja de parecer cosa impropia — dicen en NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA, citadas por el General Mitre — que entre gente de una misma nación y aun de una misma sangre haya tanta enemistad, encono y odio, y que las ciudades y poblaciones grandes sean un teatro de discordias y de continua oposición entre españoles y criollos. Basta ser europeo ó *chapetón*, como le llaman, para declararse contrario á los criollos; y es suficiente el haber nacido en Indias para aborrecer á los españoles. Desde que los hijos de europeos nacen y sienten las luces aunque endebles de la razón ó desde

que la racionalidad empieza á correr los velos de la inocencia principia en ellos la oposición á los europeos. Es cosa muy común el oir repetir á algunos, que si pudieran sacarse la sangre de españoles que tienen de sus padres, lo harían, porque no estuviese mezclada con la sangre de sus madres».

Se ve, pues, que no hay un solo punto de intersección en la línea divisoria ya marcada entre criollos y españoles. Dibujóse desde la aparición de los hijos de los conquistadores en el territorio, se ensanchó con el tiempo y convirtióse más tarde en un abismo que debía separar por muchos años á los americanos de los hijos de la madre patria.

La revolución de Santa Fé en 1580 fué una manifestación bien definida de esa rivalidad.

III

Los mismos conquistadores españoles olvidaron en más de una ocasión las vinculaciones que por el nacimiento los ataban á su patria lejana.

Ya ensoberbecidos por una posición que no habían soñado obtener, ya enceguecidos por la ambición que mata los sentimientos generosos y nobles, ya ofuscados por el brillo de las riquezas á costa de sacrificios obtenidas, ya ansiosos de venganzas por injusticias del Soberano de que se creían víctimas, alzaron también el pendón de la rebelión más de una vez.

Es notable en la vida colonial de la América española la revolución encabezada por Gonzalo Pizarro. Sus

fines y tendencias eran completamente separatistas por más que se procurára encubrirlas bajo las protestas de sumisión al Soberano.

Francisco de Carvajal, apellidado el *Demonio de los Andes* por su bravura y su crueldad, levantaba la primera bandera independiente en América después de quemar la española en un brasero, y el feroz revolucionario escribía á Pizarro estas palabras memorables que traducen en toda su extensión la aspiración de los rebeldes manifestada por el más pujante de sus caudillos: « Debéis declararos Rey de esta tierra conquistada « por vuestras armas y las de vuestros hermanos.

« Harto mejores son vuestros títulos que los de los « reyes de España. ¿ En qué cláusula de su testamento « les legó Adán el imperio de los Incas? No os intimi- « déis porque hablillas vulgares os acusen de desleal- « tad; ninguno que llegó á ser Rey tuvo jamás el nom- « bre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el « tiempo los hace legítimos.

« Contad conmigo en vida y en muerte, y cuando todo « turbio corra, tan buen palmo de pescuezo tengo yo « para la horca como cualquier hijo de vecino ».

Contribuían, pues, todas estas fuerzas á conservar latente el espíritu revolucionario en América, y la sublevación de los siete jefes es una de las manifestaciones de la idea predominante entre los criollos, la primera protesta armada contra la dominación española en los territorios argentinos.

IV

En su afán por *abrir puertas á la tierra* el capitán Juan de Garay, sin tomar descanso de pesadas fatigas y de largos y peligrosos viajes, se había lanzado hasta las orillas del Río de la Plata seguido por sesenta y cuatro hombres animosos y desprendidos á objeto de reconstruir la ciudad de Buenos Aires, como lo efectuó, labrando el acta de fundación el 11 de Febrero de 1580.

Hacía más de un año que el capitán Simón Jaques regía los destinos de Santa Fé de la Vera Cruz y su territorio, llevado á ese puesto por Garay en recompensa de los servicios prestados en el Paraguay y como garantía de buen gobierno, dados sus antecedentes reconocidos como dignos de encomio por el ilustrado fundador.

El capitán Jaques procuró llenar su misión á medida de sus fuerzas, pero la población de Santa Fé, criolla en su mayor parte, pues de los 84 primeros pobladores eran setenta y cinco *mancebos naturales de la tierra*, no podían olvidar que habían nacido ó se habían criado en medio de las turbulencias municipales del Paraguay, y llevaban á la nueva ciudad junto con su espíritu inquieto é impresionable, el deseo justo y legítimo de gobernar sin auxilio de extraños la tierra de su nacimiento.

Su fuerza en Santa Fé podía ser incontrastable por el número, y ya el pueblo estaba acostumbrado á solucionar los problemas que á su desarrollo afectaban, por medio de la revolución.

El momento era por otra parte propicio para desarrollar el plan que debía satisfacer sus deseos. El general Juan de Garay había partido de la Asunción en los comienzos de 1580 y llevaba en su compañía importantes elementos que no concurrirían por eso en el momento supremo á oponerse á la revolución proyectada.

Débil era, pues, el enemigo; el partido criollo fuerte y decidido, resolvió lanzarse á la lucha sin más trámites. Entre Garay y Gonzalo de Abreu, á la sazón gobernador del Tucumán, existían rivalidades que los revolucionarios trataron de explotar y enviáronle embajadores para que coadyuvase á la empresa.

Fueron elegidos dos jóvenes cuya sagacidad y cuyo tino prendas eran de buen éxito en la comisión que les encomendaban; llamábanse Francisco Villalta y Diego Ruiz, santafesinos, ambos nacidos en la fortaleza de Corpus-Christi, situada en el lugar donde la opulenta ciudad del Rosario debía ser fundada siglos más tarde.

Una vez asegurado el apoyo del Gobernador del Tucumán, quedaba reducida la empresa á combatir á Garay, preocupado en la repoblación de Buenos Aires, y á las autoridades del Paraguay que permanecían fieles á la corona, aun cuando entre el elemento criollo de la Asunción contábanse muchos descontentos que hubieran podido ayudar de una manera eficaz á los revolucionarios.

Algunas prendas tendrían de seguro sobre la alianza con Abreu los caudillos de la revolución, cuando después de la partida de los emisarios no se dieron un

punto de reposo en la adopción de las medidas que podían llevarlos al triunfo de sus planes.

Los *criollos* estaban de su lado: ocupaban muchos de ellos expectables posiciones en la colonia y disponía cada uno de los jefes de elementos valiosos, que una vez puestos en juego no dejarían indecisa la victoria.

Contábanse entre ellos algunos de aquellos *treinta mozos valerosos*, de que habla Barco Centenera, que guiados por Garay en medio de campos desiertos para socorrer al Adelantado Ortiz de Zárate combatieron á los charrúas con heroico arrojo en acciones memorables.

Y eran sus caudillos el gallardo Antonio de Leiva nacido en «Corpus-Christi», descendiente del ilustre general español de ese apellido, que al servicio de Carlos V defendió heroicamente á Pavía en 1524 contra las tropas de Francisco I. Al lado de Garay se había batido cuerpo á cuerpo con el valiente Abuyabá y había muerto en personal encuentro á Tabobá, el intrépido. Era reputado como uno de los más esforzados entre los hijos de la tierra, y desempeñaba en 1580 el puesto de miembro del Cabildo, que había también ocupado en años anteriores.

Y Lázaro de Venialvo, uno de los primeros pobladores de la ciudad de Garay; su hoja de servicios militares estaba escrita con sangre de enemigos. Se había batido como bueno en la guerra contra el charrúa, y librado á Leiva de una muerte segura atravesando con su espada el corazón de Abuyabá, y matando en seguida á bote de lanza al temible Zapicán. Desempeñaba en Enero de 1580 el puesto de Alcalde, bajo el gobierno

de Jaques y electo miembro del Cabildo en el mismo año.

Y Rodrigo Mosquera, hijo de la Asunción, regidor en el Cabildo de Santa Fé en 1577, procurador de la ciudad en 1578, uno de los más distinguidos entre los primeros pobladores.

Y Pedro Gallegos, santafesino como Ruiz Romero, Leiva, Villalta y Diego Ruiz, que habían tenido parte en el gobierno municipal de la ciudad y se distinguían entre los miembros de la población naciente por su intrepidez y su valor.

Tales eran los jefes que acompañados por personas de valía entre los pobladores de Santa Fé, debían ponerse á la cabeza de la revolución, hacerla triunfar momentáneamente y expiar con la muerte sus proyectos atrevidos.

V

No se ha probado aún la parte que el gobernador de Tucumán tuviere en el movimiento revolucionario, pero tanto Centenera como Guevara y Lozano están contestes en que Gonzalo de Abreu se carteaba con los conspiradores, mientras los emisarios trataban con él las bases para que favoreciese la empresa proyectada, ya tomando en ella una participación directa, ya haciéndose el indiferente en presencia de los sucesos desarrollados, lo que importaba eliminar un peligro que podía impedir el buen éxito del movimiento.

Los emisarios regresaron á Santa Fé la víspera del

día de Corpus-Christi, encontrando todo dispuesto para lanzarse al combate; su llegada era la señal de que debía estallar la revolución.

En efecto, esa misma noche reunidos en casa de Venialvo los principales conjurados, después de armarse convenientemente, llevando á la cabeza á Romero, Leiva, Villalta, Gallegos, Venialvo, Ruiz y Mosquera, divididos en grupos para prender al mismo tiempo á las primeras autoridades de la ciudad, se lanzaron á las calles dispuestos á vencer ó á morir en la contienda.

Era fácil de preveer el resultado; el vasto plan de los revolucionarios no podría realizarse sin contar de antemano con fuerzas suficientes para llevarlo á cabo á pesar de obstáculos insuperables. No se circunscribía el movimiento á deponer las autoridades locales; debía ir más allá, hasta Buenos Aires, apoderarse de la ciudad y de Garay, y quizá como complemento de la empresa dirigirse á la Asunción, valerse del espíritu inquieto y turbulento de sus vecinos y adueñarse por la razón y por la fuerza de todo el territorio.

Contaban para ello con la prescindencia del gobernador Abreu, que pudiera ser obstáculo á sus planes á no entrar también en ellos, con la aspiración de los nativos por gobernar su patria y con la mayoría de la población de Santa Fé, *porque supieron*—dice el P. Lozano—*pintar sus pretensiones con tales coloridos que consiguieron atraer á su partido la mayor parte de la ciudad, porque muchos aplaudieron su proposición y la abrazaron gustosos.*

El éxito coronó momentáneamente sus esfuerzos.

El capitán Simón Jaques, teniente de gobernador, el alcalde Pedro de Oliver, Alonso Fernández Montiel escribano de Cabildo y enemigo de los revolucionarios, y Alonso de Vera y Aragón sobrino del Adelantado y accidentalmente en Santa Fé de paso para el Perú, fueron presos y conducidos á la cárcel sin que encontrasen ninguna resistencia los que ejecutaban esas prisiones.

Dueños de la ciudad y triunfantes, sin haber derramado una sola gota de sangre y sin provocar la más mínima protesta, al día siguiente del pronunciamiento, *armados de cotas, morriones y arcabuces*, convocaron al vecindario para que concurriese á casa de Venialvo á objeto de resolver lo que se juzgase oportuno en aquellas circunstancias.

El pueblo no se mostró remiso en acudir á la cita de sus caudillos; habían sabido estos infundirle su entusiasmo por la causa, su fe en el triunfo, su esperanza en la consolidación firme y duradera de la obra por ellos iniciada y coronada en pocas horas por la victoria más completa.

Los españoles aceptaron callados, sancionando con su silencio los hechos acaecidos, temerosos sin duda de que la más mínima protesta, la más pequeña señal de descontento produjese consecuencias dolorosas para los nacidos en la península, divididos profundamente como se hallaban de los criollos.

No faltó, sin embargo, una protesta enérgica contra la revolución y sus autores, siendo lo más notable del caso que quien protestó fué una mujer *de ánimo varo-*

nil como la llama el jesuíta Lozano, *heroica y fiel* cómo la clasifica el Dean Funes, *bella* según Barco Centenera: la esposa del joven y gallardo Leiva.

Recriminó al compañero de su vida, por su participación en el movimiento dándole el epíteto de traidor, y resistió á las frases amorosas y apasionadas de su esposo que le pintaba con brillantes colores el porvenir que la esperaba, pronosticándole á él y á sus compañeros el fin desastroso que tuvieron más tarde.

VI

La reunión en casa de Lázaro de Venialvo contó, pues, no sólo con los conjurados, sino también con muchos que por diversas causas no tomaron parte en los primeros trabajos para la revolución.

Fué aquella asamblea una de las primeras en la América de la que surgiese un gobierno popular, llevando á ocupar los primeros puestos públicos á los que el voto de la mayoría designaba como aptos y dignos para desempeñarlos.

Y no se circunscribieron tampoco al nombramiento de las autoridades para la ciudad de Santa Fé y el territorio de su jurisdicción; engañados por el éxito momentáneo y llevados por su afán de crear una nacionalidad que tuviese por límites los señalados á los gobernadores del Paraguay y del Río de la Plata, resolvieron extender la autoridad de sus gobernantes hasta Buenos Aires y la Asunción, de cuya anexión esperaban y en las que contaban seguramente con algunos partidarios.

Entre los comprometidos en la arriesgada empresa llevada á cabo sin embargo sin obstáculos, encontrábase Cristóbal de Arévalo, persona de decisiva influencia en Santa Fé, respetado por todos, querido por el pueblo y al parecer empeñado decididamente en consolidar el gobierno que iba á surgir de aquella democracia embrionaria.

No bien se puso á votación el puesto de teniente general de Santa Fé, Asunción y Buenos Aires, se aclamó el nombre de Arévalo con entusiasmo y resultó electo por unanimidad de votos una vez efectuado el escrutinio.

Por desinterés ó por disimulo para conocer cuáles fueran para con él las intenciones de los revolucionarios ó quizá premeditando de antemano la traición que llevára más tarde á cabo, Arévalo desechó la designación que en su persona se hiciera, renunciando en el mismo acto el nombramiento de gobernador.

Pero era tal su prestigio, que la Asamblea sin tomar en cuenta tal renuncia antes bien, creyéndola acto de desprendimiento generoso, obligólo á aceptar con el mando la responsabilidad de los sucesos que acaecieran, esperando de su pericia y su valor que en el momento del peligro sabría ponerse á la altura de sus anteriores hechos.

La aceptación forzosa de Arévalo fué recibida en medio de aplausos entusiastas y de aclamaciones jubilosas.

Su misión era civil y política; faltaba designar al individuo que puesto al frente de las fuerzas militares

las dirigiese como caudillo y se hiciese cargo de todos los asuntos referentes al servicio militar.

Lázaro de Venialvo fué el electo; se tenía confianza en el valor del maestre de campo, bien probado en más de una ocasión, y por su decidida participación en los sucesos revolucionarios considerado como uno de los primeros y más resueltos conspiradores.

Instalado el Gobierno, dictáronse al momento las medidas conducentes á asegurarlo y fueron ellas de tal naturaleza que no queda la más mínima duda de que el propósito de los autores del movimiento popular de Santa Fé era la independencia de los monarcas españoles.

Por pronta providencia se declaró que no se prestaría obediencia al Rey de España ni á sus representantes, y publicóse un bando en la plaza, con las solemnidades de estilo, ordenando que en perentorio término saliesen desterrados de Santa Fé *todos los nacidos en España con sus mujeres y sus muebles* porque no tenían derecho á poseer la tierra sino los que habían nacido en ella ó la habían conquistado á fuerza de valor y sacrificios.

Como se ve, eran extremas las medidas y las resoluciones violentas, tremenda la responsabilidad de los que se aventuraban valerosos á procurarse *el gobierno de lo propio*, cuando el poder absoluto de los reyes de España era incontrastable y su autoridad omnímoda, y á fe que merecen los revolucionarios de 1580 una página de la historia en que se narren los esfuerzos de los *hijos de la tierra* por conseguir su libertad y su soberanía.

VII

La causa independiente iba á perderse sin embargo.

Trabajaban en contra de ella más que los españoles, que como era lógico tenían que ser enemigos de la revolución, y algunos pocos criollos descontentos con el giro de los sucesos, los celos suscitados entre los caudillos y la ambición de algunos que no habían podido llegar al poder como lo soñaron antes de llevarse á cabo el movimiento.

Entre Arévalo y Venialvo debían existir rivalidades antiguas, pues bastó la más mínima chispa para encender el odio en sus corazones.

El primero, atribuyéndose facultades que correspondían al segundo, ordenó á los revolucionarios por bando que se presentasen llevando todas las armas que tuvieran á objeto de registrarlas para conocer el material de guerra conque se contaba para resistir á cualquier enemigo que se presentase.

Lázaro de Venialvo miró como una ofensa la intromisión de Arévalo en lo tocante á asuntos de guerra que á él pertenecían. Desconfiaba ya de la sinceridad del teniente general, á quien se suponía poco afecto á la revolución por la renuncia que hizo del mando en el acto de su nombramiento, y el bando publicado dió alas á sus sospechas y se sintió presa de la indignación.

Y sin hesitar un instante al conocer el bando, apersonóse al Gobernador y con arrogancia suma y con energía inspirada por el desprecio de que se creía vícti-

ma, increpó á Cristóbal de Arévalo su conducta, manifestándole que habiéndosele confiado por el pueblo el cuidado de sus armas no había descuidado un sólo momento en velar vigilante por su seguridad; que cuidase por su parte, como le correspondía, de mantener la paz y la tranquilidad del vecindario, puesto que él se bastaba para los aprestos militares *que eran tales — según sus palabras — que tenían lo suficiente para contrastar el mayor poder que se pudiese juntar contra ellos.*

Desde aquel momento peligró la revolución á consecuencia de las rivalidades de sus jefes; la unidad de acción tan necesaria resintióse por la falta de confianza, y á haber podido juzgar los demás caudillos los funestos resultados de la división producida hubieran de seguro adoptado medidas serias para impedir el fracaso.

Pero nada se hizo; Arévalo inquieto por la conducta digna del maestre de campo comprendió que su autoridad estaría amenazada con la repetición de escenas semejantes, y si como es de presumir por aserciones confusas de los cronistas de la época, era aparente la adhesión del teniente general á la causa de los criollos, el conflicto con Venialvo debió marcar en el ánimo de aquel la senda que debía seguir satisfaciendo sus deseos y procurando el medio para salir airoso en su empresa.

Con el sigilo que las circunstancias exigían púsose al habla con los españoles y con los que por miedo ó descontento habían permanecido fieles á las autorida-

des prisioneras, insinuándoles la conveniencia de llevar á cabo una contra revolución, y prometiéndoles su ayuda poderosa.

Por su parte Lázaro de Venialvo, cual si supiese con entera certeza los planes de su rival, no se dió un momento de descanso en levantar el espíritu de sus parciales en pro de sus proyectos; organizó las tropas, reunió todos los elementos de guerra posibles en aquel tiempo, y á objeto de realizar de una vez el plan trazado y arrebatar al enemigo hasta la última esperanza de triunfo, activó la salida de Santa Fé de todos los españoles aún antes del tiempo señalado, medida que le atrajo el odio de los desterrados. Arévalo opúsose con firmeza á las pretensiones de su rival porque necesitaba de esos elementos para efectuar la contra-revolución.

Los descontentos no creyeron al principio en las ofertas del gobernador de Santa Fé, pues les parecía imposible que en tan corto tiempo hubiese cambiado de bandera, pero tales mañas se dió Arévalo, tal entusiasmo demostró por la causa del Rey y fueron tales las demostraciones de arrepentimiento por haberse enrolado en las filas revolucionarias, que al fin aceptaron sus proposiciones y la conspiración española tomó cuerpo adoptándose todas las precauciones precisas para que no abortase.

Cristóbal de Arévalo fué el alma de esa conspiración en que se añadieron nuevos nombres al martirologio de la libertad americana.

VIII

Reunidos con Arévalo, Hernando de Santa Cruz, Pedro Ramirez, Juan de Aguilera, Juan Martín, Leandro Ponce de León y el portugués Antonio Suárez Mejía, urdieron la trama en que debían caer envueltos los criollos victoriosos.

Puestas las manos sobre los Evangelios juraron la muerte de Venialvo y de sus denodados compañeros, habiendo llevado á la cita algunos otros conjurados; resolvieron que sin pérdida de instantes se pusieran sobre las armas todos sus parciales y que al día siguiente, á una hora convenida, divididos los jefes en comisiones de á dos para evitar sospechas atacarían á los siete jefes en sus propios domicilios, dándoles muerte mientras otros procurarían reunir el mayor número posible de adeptos á la causa real, sostener el pronunciamiento con las armas y soltar á los prisioneros.

El plan se llevó á cabo con toda habilidad.

La aurora apenas teñía los cielos cuando Arévalo y Hernando de Santa Cruz penetraban en la casa de Lázaro de Venialvo; salió éste á recibir sonriente á los recién venidos sin imaginar que esa visita señalaba la postrer hora de su vida, y antes de que tuviese tiempo de recriminar siquiera á los asesinos que lo buscaban para ultimarlo cayó muerto á consecuencia de una puñalada que le asestára Santa Cruz en la garganta.

Suarez Mejía y Ponce de Leon agitaban en la plaza un lienzo blanco á los gritos de *¡ Viva Felipe II y mueran los traidores!* reuniendo á sus parciales mientras

las escenas de sangre se sucedían en el domicilio de cada uno de los caudillos infortunados.

Pedro Gallego sale al encuentro de su compadre Aguilera, que lo embiste en compañía de Juan Martín; éste le da una estocada, y al verse herido tiende sus brazos al amigo pidiéndole su ayuda. Aguilera le da un golpe feroz en el cráneo haciéndole saltar los sesos y al rodar por el suelo la víctima desgraciada, *¡El Rey es mi compadre!* exclamó el asesino.

Leiva el gallardo, dormía todavía cuando fué su casa asaltada por Pedro Ramírez acompañado de algunos parientes y secuaces; animoso y valiente no concebía la traición ni la perfidia; sin armarse saltó del lecho en camisa saliendo al encuentro de la muerte. Cayó allí para siempre sin poder demostrar la entereza de su espíritu reconocida por el Arcediano que dice:

. . . . el joven que dormía
en camisa salió, que á estar en vela
mostrára su valor y valentía.

Su esposa, que profetizára fin tan desgraciado, apenas tuvo conocimiento de la revolución, lloró sobre el cadáver del infeliz caudillo, y á falta de flores que deshojar sobre sus despojos mortales los cubrió con el oro de sus cabellos.

Entretanto nuevos elementos concurrían á robustecer las filas de los conjurados agrupándose á la sombra de la bandera reaccionaria; los españoles anhelosos de tomar la revancha y afianzar con ella su dominación,— los criollos que habían permanecido indecisos ó indife-

rentes, para asegurarse el respeto de los vencedores — la turba, voluble é insconstante, siguiendo siempre los pasos del triunfador.

Uno de los jefes revolucionarios, Diego Ruiz, *bello, valiente y esforzado*, — según Barco Centenera — sin darse cuenta de los vivas á España que se escuchaban, y sin temer las consecuencias de lanzarse sólo á indagar las causas de esa algarabía, llegóse á los grupos por los que fué despedazado, alzando su cadáver á la horca. Eran tales sus buenas condiciones y tal el aprecio que se había conquistado, que hasta sus mismos matadores lloraron su muerte.

Ruiz Romero fué arrastrado mal herido hasta el pie del patíbulo, llamándose á un sacerdote para que le prestase los últimos auxilios y una vez cumplidos sus religiosos deberes, en el corto espacio de tiempo concedido, fué suspendido del rollo por mano del verdugo.

Así murieron cinco de los siete caudillos santafesinos que encabezaron la revolución de 1580; ordenóse que inmediatamente fuesen hechos cuartos los cadáveres y colocados los miembros en los caminos, coronando los sangrientos trofeos rótulos infamantes que indicasen á todos que el crimen de esos hombres fué el sublevarse contra los dominadores de su patria.

Muertos cinco de los jefes revolucionarios y sin temor de Villalta y Mosquera que habían desaparecido, Cristóbal de Arévalo hizo poner en libertad á los prisioneros españoles y entregó al teniente de gobernador Simón Jaques la bandera y el bastón simbólico del mando, pidiéndo que se hiciese constar por escribano público

el servicio que acababa de prestar al Rey de España. Aun temería después de su traición ser castigado por los mismos á quienes había restituído con una felonía la libertad y el dominio del país!

IX

Dos de los caudillos habían escapado á la saña de los españoles: Rodrigo Mosquera y Villalta, que aprovechando la confusión de los primeros momentos lograron ocultarse salvando momentáneamente su existencia.

La noticia de la sublevación de Santa Fé honda sensación produjo en todas partes: atribuyóse á Abreu en el Perú una participación directa y apresuró con ello su caída. En Córdoba fué objeto de preocupación por parte del Cabildo, el que en Junta de 29 de Junio de 1580 resolvió que hubiese *velas y centinelas en esta dicha ciudad y en sus términos...... y porque se ha sabido antes de agora que los vecinos de la ciudad de Santa Fé se habían revelado contra la corona Real del Rey Don Felipe Nuestro Señor.*

Los caudillos prófugos buscaron protección en la gobernación de Tucumán, contando seguramente con la buena voluntad del gobernador Abreu. Mosquera se dirigió á Córdoba, pero fué preso á requisición de las autoridades de Santa Fé; pero el capitán Diego de Rubira teniente gobernador de esa ciudad no se preocupó mucho del prisionero, conocedor quizá de las ideas de Abreu, y á los pocos días Mosquera escalaba con toda

seguridad las paredes de la cárcel y llegaba á Santiago del Estero.

Villalta que en la confusión producida en Santa Fé por el estallido de la conjuración había huído escondiéndose en ignorado sitio, volvió después á la ciudad buscando asilo en el convento de San Francisco cuyo Guardián lo tomó bajo su amparo. Pero no seguro en el templo logró burlar la vigilancia de los españoles y se dirigió á Santiago buscando como Mosquera la protección de Abreu.

Pero éste se hallaba preso por orden del nuevo gobernador Hernando de Lerma, llegado á la capital de la gobernación el 16 de Junio de 1580.

Conocedor del paradero de los caudillos santafesinos, Hernando de Lerma cuya crueldad es notoria, y cuyos hechos criminosos, lleváronlo más tarde á morir en una cárcel de Madrid, ordenó su prisión, formóles proceso y los condenó á muerte de horca; ejecutada la sentencia fueron descuartizados los cadáveres y colocados en picas los miembros para escarmiento de rebeldes.

Tal fué el fin de los revolucionarios santafesinos en 1580—era prematura su aspiración patriótica, pero son ellos merecedores de la admiración de la posteridad; no sombrearán sus sepulcros los laureles del vencedor afortunado, pero son dignos de las palmas del martirio.

Con su muerte, la *canalla* Argentina reposaba, según la hiriente frase del Arcediano, testigo presencial de aquellos sangrientos sucesos.

En cuanto á los demás conjurados, fueron á requisición de Cristóbal de Arévalo aprisionados y sometidos

á la justicia—jóvenes en su mayor parte, eran hijos ó descendientes de los primeros conquistadores, título que quizá no les librase de la muerte si Juan de Garay no cerrase con acto de magnanimidad y de clemencia aquel período de agitación y de venganzas.

Sin terminar del todo las tareas que llevaba aparejada la fundación de Buenos Aires, Garay, terminada apenas la distribución de los terrenos entre los pobladores, delegó el mando en el alcalde Rodrigo Ortiz de Zárate y se dirigió á Santa Fé anheloso de poner término á la inquietud y sobresalto del vecindario conmovido profundamente por los movimientos revolucionarios.

Hombre de criterio comprendió el ilustre fundador que más conseguiría con la generosidad que con medidas extremas, y haciendo suspender el proceso puso en libertad á los prisioneros obteniendo la anhelada calma con ese rasgo de clemencia.

X

Aventurada fué sin duda alguna la revolución de Santa Fé; su triunfo no hubiera quizá podido ser duradero, pero ya que no les fué propicia la fortuna es para los revolucionarios timbre de gloria ser de los primeros hijos de la América que se lanzaron con la energía que á la raza criolla caracteriza, á desafiar ¡en pleno siglo XVI! á la metrópoli española, negando obediencia á su monarca y constituyendo un gobierno independiente.

Juzgando la revolución de 1580, dice un autor con-

temporáneo: «El movimiento comunal de Santa Fé, ya por el espíritu independiente y atrevido que tiene, ya por el sentimiento de patriotismo que revela, es tanto más digno de atención cuanto que los mismos funcionarios del Rey de España comenzaron á señalar muy poco después como un peligro para el orden, la falta de respeto y la soberbia con que los nacidos en la tierra protestaban contra la posición relativa á que se les subordinaba creyéndose ya con derechos superiores á los no nacidos en ella».

VI

EL PRIMER ESCRIBANO

VI

EL PRIMER ESCRIBANO

Escribano tanto quiere decir como home que es sabidor de escrebir.

PARTIDA 3ª, TÍT. XIX, LEY Iª.

I

Tres escribanos autenticaron los documentos referentes á la fundación de Santa Fé, organización de su gobierno y disposiciones posteriores dictadas por Don Juan de Garay ó sus representantes como tenientes de gobernador ó por el Cabildo y Ayuntamiento.

Pedro de Espíndola que signó el acta de fundación. Juan de Salazar autorizado por el Cabildo para dar fe de sus resoluciones y Alfonso Montiel que ejerció estas mismas funciones antes de que el gobernador del Paraguay nombrase en propiedad al primer escribano de Santa Fé.

Estos tres funcionarios desempeñaron ese empleo interinamente y con objeto de que los actos que se producían y los documentos en que quedaban consignados no careciesen de esa formalidad, no estando por otra parte autorizados para usar de su oficio en los contratos civiles ni en las causas criminales que se entablasen y en que la presencia del escribano era de necesidad

imprescindible según las disposiciones de las leyes españolas.

Y respecto al primero de los funcionarios antes nombrados, surge una duda que sólo podría ser aclarada por el acta original de la fundación, que desgraciadamente se ha perdido. En las copias que de ellas se han publicado y en la que existe autorizada en el tomo 1° del Archivo General de Gobierno, aparece como *escribano nombrado por la justicia*, un Pedro de Espíndola que no figura más en ninguno de los documentos ni en la historia de aquella época.

¿No habrán convertido, los que esa copia sacaron, en el apellido Espíndola el de Pedro de Espinosa, equivocación á que se presta la firma un tanto confusa del que más tarde fué *Procurador de la República*, la identidad de los nombres y la semejanza de los apellidos?

Figuran solamente dos Espíndola en la época de la fundación y la conquista, y ambos en la Asunción del Paraguay, pero ninguno de ellos lleva el nombre del que aparece labrando el acta de la fundación de Santa Fé.

Uno de ellos — Francisco — se nombra ya en 1545 entre los partidarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, siendo Alcalde de la Asunción en el período de tiempo comprendido entre 1572 y 1578, y regidos en 1586. El otro — Bernardino — seguramente hijo del anterior, habitaba en la Capital del Paraguay en 1593, veinte años después de la fundación de Santa Fé.

Dados estos antecedentes no sería de extrañar que el Espíndola de la copia del acta de 15 de Noviembre de 1573 fuera Pedro de Espinosa, uno de los primeros

pobladores y sustentadores de la conquista y persona de espectabilidad, dados los puestos que desempeñó más tarde con todo lucimiento.

II

Comprendiendo la necesidad que había en Santa Fé de tener un escribano público que autorizase los actos oficiales é interviniese en las transacciones de los particulares, que por la legislación de la época tenían como condición indispensable la presencia de tal funcionario, el capitán Juan de Garay extendió el nombramiento de Pedro de Espinosa el 6 de Diciembre de 1580, ordenando en él fuese reconocido como tal escribano público de la ciudad de Santa Fé y su jurisdicción.

Espinosa era vecino de la Asunción en 1572 y fué uno de los primeros voluntarios que se presentaron para llevar á cabo la fundación de una ciudad en uno de los puertos del río Uruguay propuesta por el entonces Teniente Gobernador Martín Suárez de Toledo.

La idea de éste respondía á la necesidad de dar un puerto al Paraguay sobre el Río de la Plata para facilitar las comunicaciones con España por el Atlántico, idea que fué en parte realizada por el capitán Juan de Garay, y Espinosa que voluntario se presentó en 1572 para la población de San Gabriel, San Salvador ó San Juan, no trepidó en ser también de los primeros en formar en la expedición, que compuesta de nueve españoles y setenta y cinco jóvenes criollos, encabezó el capitán ilustre que anhelaba y sostenía *con calor* —

según sus propias palabras—*que debían abrirse puertos á la tierra y no permanecer encerrados en la Asunción.*

Esta expedición, que partió de la capital del Paraguay el 14 de Abril de 1573, llegaba al llano de Cayastak y abría los cimientos del fuerte de la ciudad de Santa Fé el 6 de Julio del mismo año.

En 1577 era Pedro de Espinosa procurador de la ciudad y en este carácter se presentó al Cabildo exigiendo se ordenase al capitán Francisco de Sierra se hiciera cargo de la vara de Teniente Gobernador, de la que había hecho dejación, y protestando en caso contrario contra los cabildantes por todo *el daño, alborotos, escándalos y despoblación de la ciudad.*

Regístranse en los fragmentos de los Libros Capitulares, deshechos por la incuria de los que debían guardarlos como preciosa joya pues en ellas estaban consignados el nacimiento y desarrollo de Santa Fé, muchas de las presentaciones de Pedro de Espinosa, todas tendentes al bien general y á la perpetuidad de la nueva población, presentaciones escritas con claros caracteres y en estilo fluido y á veces elegante que revelan que era el Procurador de 1577 y Escribano de 1580 un hombre de despejada inteligencia y de no escasos conocimientos, de espíritu cultivado y contraído al desempeño de los diferentes puestos públicos con que fué por sus superiores distinguido.

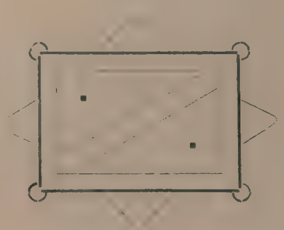
III

Tomando en consideración estas circunstancias el fundador de Santa Fé eligiólo para confiarle el delicado puesto de escribano, que no se concedía sino por el Rey de España ó por sus representantes, según lo estatuye el Fuero Real en su Ley 1ª, Libro 1º del Título VIII: *Onde establecemos que en la ciudad é villas mayores que sean puestos escribanos públicos é que sean jurados é puestos por el Rey ó por quien él mandare e no por otro home.*

He aquí el nombramianto de Pedro de Espinosa:

«Juan de Garay, teniente general de gobernador y
« capp.tan general, justicia mayor y alguazil mayor
« de todas estas provincias del Río de la platta por el
« muy ylle. señor El licenciado Juan de Torres de vera
« y aragon del concejo de sum y su oydor en la rreal
« audiencia de la ciudad de la plata en los Reynos del
« Pirú, adelantado, governador, capitan general, justi-
« cia mayor y alguazil mayor de las dichas provincias
« por sum como subcesor ques del muy Ille. señor ade-
« lantado Juan Ortiz de Zárate q' en gloria sea ect.
« Atento ala necesidad que de presente ay en esta ciudad
« de escrivanos ante quien pasen y se hagan los nego-
« cios que de presente se ofrecen: atento á lo susodicho,
« acatando El havilidad, suficiencia é ydoneidad de
« vos, pedro de espinosa, vecino desta ciudad de Santa
« Fe y que en vos concurren las calidades q' en tal
« casso se requieren: por la presente os crío señalo y
« nombro por escribano público desta ciudad y su dis-

« trito, y doy poder y facultad para que useis el dicho
« oficio en todas las cosas y casos ceviles y criminales,
« autos, testimonios y escrituras que se ofrecieren, los
« cuales en que nos hicieredes nuestro signo tal como
« este:



« que nos hicistes aquí de tuya propia mano, valgan y
« hagan fée en juicio y fuera del como escrituras de
« escribano público auténtico y fiel y legal y por la
« presente mando y rrequiero á todas las juzticias y
« juezees, concejos y cabildos, vezinos estantes y habi-
« tantes, desta dicha ciüdad os hagan y tengan por tal
« y usen con vos sus oficios como con tal escrivano y
« os reciban y admitan y admitan ael y acudan y ha-
« gan recudir con vuestros salarios y derechos y os
« guarden las gracias, preheminencias y libertades q' á
« los tales escrivanos se les debe guardar y son conce-
« didas por sum y no dexen de lo así hacer y recebir
« por tal, sin embargo de cualquier contradicción, so
« pena de quinientos pesos de oro para la Cámara de
« su mag: que ya por la presente os doy por tal escri-
« vano sin embargo de lo susodicho, con tanto que ante
« todas cosas hagais el juramento q' en tal caso se
« rrefiere, en fée de lo qual dí la presente firmada de mi

« nombre y rrefrendada del escrivano suscripto. En la « dicha ciudad de Santa Fée, á seis dias del mes de « Diciembre de mill quinientos y ochentas años ».

JUAN DE GARAY.

Pasó ante mí.

Al. F. Monthiel.

IV

El 6 de Enero de 1581, estando reunido el Cabildo y Ayuntamiento con presencia de Don Gonzalo Martel de Guzmán, Teniente de Gobernador de Santa Fe, y de los regidores Hernando de Salas, Diego Ramírez, Pedro de Oliver, Francisco de Vallejo, Antonio Thomas y y Pedro Sevillano, presentó Pedro de Espinosa el título anterior, del que enteradas dichas autoridades le recibieron como tal escribano público, tomándole el juramento de uso por Dios y su santa madre, prometiendo el agraciado hacer y ejercer su oficio lo mejor que Dios le diere á entender, presentando como fiador á Felipe de Suárez.

Quedó así nombrado y recibido Pedro de Espinosa como primer escribano público de la ciudad de Santa Fé y su distrito, prestando á la comunidad nuevos servicios además de los que había hecho desde los primeros días de la fundación.

VII

EL PRIMER MAESTRO DE ESCUELA

VII

EL PRIMER MAESTRO DE ESCUELA

A la memoria de mi maestro
D. Clemente San Martín.

I

Hemos sido exageradamente severos con España al juzgar el sistema de colonización que implantára al poblar sus extensas posesiones en América.

Como lógico resultado de la guerra titánica sostenida para alcanzar nuestra independencia, fué apasionadísimo el juicio formulado sobre la madre patria en los tiempos inmediatos á la revolución de Mayo, y al alejarnos en el tiempo de esa época recogemos todavía sus preocupaciones y apasionamientos, que, á Dios gracias. tienden á desaparecer en el presente.

Cuando en los tiempos venideros pueda formularse el juicio exacto, sin odiosidades ni pasiones, el fallo de la historia ha de ser á España en mucho favorable.

Las sombras que en la vida colonial arrojan los aventureros sanguinarios, los ejércitos destructores, los religiosos fanáticos y los conquistadores desalmados no son bastante espesas para oscurecer la figura de nobles capitanes, de ilustres fundadores y de abnegados misioneros.

Más altas que los escombros amontonados por la mano de la conquista están las ciudades fundadas por los pobladores españoles. Pirámides de ruinas señalan, es cierto, en extensión inmensa el derrotero que siguieron los ejércitos lanzados para sujetar los ricos imperios de la América; pero sobre ellos levántase la enseña civilizadora que corona los monumentos de las ciudades populosas y las rústicas construcciones de las humildes aldeas.

El fantasma del fanático Valverde se agitará eternamente sobre el patíbulo de Atahualpa y las matanzas de indígenas sin cuento oscurecerán la fama de los Cortés y los Pizarros—pero el juicio histórico no puede formularse basado solamente en las páginas de sangre de la conquista, cuando á los conquistadores de imperios (de corazón tan duro como el acero de sus armaduras y tizonas) pueden oponerse fundadores de ciudades cuyas almas nobles y buenos sentimientos los levantan con los siglos hasta colocarlos sobre pedestales altísimos.

Tampoco pueden ser juzgados los que emprendieron la espiritual conquista de los indios teniendo en cuenta solamente á los sacerdotes enceguecidos que zahumaron las alturas con el humo de las hogueras inquisitoriales, porque hubo también misioneros abnegados, verdaderos apóstoles del evangelio, de la caridad y del amor: el piadoso Las Casas y el infatigable González de Solano iluminan sólos con su abnegación y sus virtudes más páginas de la historia que las que oscurecen con sus crímenes todos los fanáticos de la era colonial.

II

España dió á América todo lo que darle podía en una época de relativo atraso como aquella.

Con su sangre, su idioma y sus costumbres, su legendaria hidalguía, su amor por la independencia, su valor y su fe, é instituciones benéficas que hemos conservado, aún después de rotos los vínculos coloniales por la espada de la libertad.

Uno de los historiadores argentinos que goza de más merecida fama, dice en el prefacio de su monumental historia:

«Sería evidentemente injusto no reconocer la mode-
«ración y la sensatez del régimen administrativo que
«ella (España) nos dió. De libertades políticas no ha-
«blemos porque la madre patria no podía darnos ni
«consentirnos lo que ella no tenía, lo que ella no gozaba
«y lo que, fuera de Inglaterra, no apreciaba ni com-
«prendía entonces ninguna otra de las potencias colo-
«nizadoras de aquel tiempo. Pero aparte de esto, el
«régimen colonial español fué siempre grave, serio y
«templado en sus condiciones nominales para con los
«pueblos de su raza que ocupaban el país».

La verdad empieza á hacerse; reconocer los timbres que pueda España ostentar para exigir nuestro agradecimiento no importa pretender que se marchiten lauros inmortales ni amenguar glorias que son indiscutibles ni empequeñecer figuras que van agrandándose con el

transcurso de los siglos; importa solamente hacer justicia y disipar errores que no pueden ser jamás benéficos para nadie, mucho menos en épocas en que van desapareciendo viejas odiosidades y se estrechan la mano los rivales de otros tiempos con fraternal efusión.

III

La lucha del indio americano defendiendo su independencia amenazada y su territorio conquistado fué terrible.

Además del innegable valor de los españoles y del espíritu guerrero que los empujaba á la pelea, tenían á su favor la superioridad de las armas y la superioridad de su inteligencia, más ó menos cultivada, pero siempre más desarrollada que la del salvaje americano.

Pero á pesar de estas ventajas tuvieron que ganar el terreno disputado palmo á palmo y delinear las ciudades con la espada, pues siempre en vela y sin escarmentarlo con la derrota, el indio espiaba con ojos de lince la primera ocasión, el descuido más ligero para arrojarse sobre el real cristiano ó invadir la ciudad recién fundada.

Más preocupados los capitanes españoles en asegurar la conquista por la fuerza que en dotar á la población naciente de las instituciones necesarias para desarrollar las facultades intelectuales y morales de sus habitantes, fueron los frailes los primeros en organizar escuelas de enseñanza primaria dentro de los templos

mismos, y á ellos se debe que las primeras generaciones de criollos no se criasen sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

No es de extrañarse tampoco tal descuido en aquella época y en aquellas circunstancias.

El cultivo de las letras fué casi exclusivo privilegio de los hombres que por su nacimiento no podían ostentar títulos nobiliarios; juzgaban los nobles aquella ocupación indigna de su alcurnia y contraria á la caballería, y hasta confiaban á inferiores — dice un reputado escritor — los asuntos de sus secretarías y negocios en que se requería alguna contabilidad y escritura.

Y si al tratar de esta materia se salvan las fronteras de las colonias españolas y se llega á las poblaciones inglesas en América, han de hallarse también notables deficiencias que chocan con las ideas predominantes sobre la superioridad de la colonización anglo-sajona comparándola con la colonización latina.

Virginia fué poblada por descendientes de casas nobiliarias de Inglaterra, y su gobierno —según Sarmiento — fué idéntico al de la madre patria en negligencia, corrupción y rapacidad.

Y en cuanto á las ideas — agrega el estadista argen« tino — que prevalecían en el espíritu de los hombres « de aquella clase y de aquellos tiempos, recuérdase el « concepto de uno de los magistrados, que merece un « lugar en la historia de los progresos hechos en la « carrera de la civilización: Doy gracias á Dios — decía « uno de los gobernadores de Virginia — de que no « exista aquí escuela gratuita ni imprenta alguna, ni

« espero que la haya ni en un siglo; pues la instruc-
« ción ha producido la desobediencia, la herejía y las
« distintas sectas que conmueven el mundo ».

IV

No era pues exclusiva de los conquistadores españoles la indiferencia con que se miraba la instrucción de los niños que vivían en sus posesiones de América; era resultado preciso de la época de transición porque se atravesaba y no debe hacerse recaer la culpabilidad sobre una nación sola, cuando puede decirse con certeza que toda la humanidad participaba de las mismas ideas.

Se destruía para crear; caían los imperios poderosos que contaban siglos de existencia y cuyos esplendores quizás fueron los últimos vestigios de civilizaciones prehistóricas para que se fundasen nuevas ciudades con poblaciones que tenían más levantados ideales y que serían el germen de nuevas nacionalidades con el transcurso de los siglos.

Era la época de la fuerza, y de la fuerza se usaba y se abusaba cometiendo excesos de todo género y triunfando por la superioridad que los españoles tenían sobre los aborígenes de América.

Pero si es cierto que tan lamentable descuido fué general durante la conquista, es un hecho que no todos los fundadores de ciudades y los soldados vencedores y los abnegados misioneros olvidaran la instruc-

ción de los niños que habían nacido y se criaban en los nuevos planteles de población.

Así vemos que mientras en Chile paseaba Valdivia sus banderas victoriosas, no se preocupó un solo instante de cuestión tan vital y tan benéfica. No se halla en los documentos de su primer período histórico — al decir del historiador Barros Arana — el menor vestigio de haber existido la intención de crear una escuela de primeras letras, ni referencia alguna de haberse dado instrucción privada á los hijos de los conquistadores.

Y en 1589 fray Cristóbal Núñez, representante ante la Corte, de los Dominicanos del reino de Chile, decía en una representación al Rey: que el Obispo de Medellín «había tenido mucha rotura para ordenar mesti- « zos y á lo que se platica y yo he visto dos son muy « ignorantes porque no saben leer ni han estudiado».

Pero en contraposición á tales hechos puede decirse que ya en 1522 fray Juan de Ayora y su compañero el lego Pedro fundaban en Texcoco las primeras Escuelas de la Nueva España; que Fray Gerónimo de Loaiza, Obispo de Cartagena, solicitaba y obtenía del Rey el permiso para fundar un Colegio en Nueva Granada con recomendación expresa de dar educación gratuita á los hijos de los indios principales, y que varias reales cédulas disponían la creación de colegios en el nuevo mundo para indios y huérfanos de españoles y mestizos

V

Nada se conoce sobre las disposiciones adoptadas por los españoles que concurrieron á la conquista y población del Paraguay en lo que á la educación de los niños se refiere; pero deben haber sido eficaces en cuanto á la fundación de Santa Fé, efectuada treinta y siete años después que se fundara la Asunción, pues concurrieron con don Juan de Garay «setenta y cinco mancebos, naturales de la tierra», muchos de los cuales sabían leer y escribir según puede comprobarse por sus firmas en el primer libro de actas del Cabildo santafesino.

Lo que parece estar fuera de toda duda es que el insigne fundador de Santa Fé no descuidó por su parte la instrución de la niñez y que poco tiempo después de establecer las autoridades políticas y municipales en la nueva ciudad, funcionaba una escuela bajo la dirección del maestro Pedro de Vega.

Los funcionarios públicos parece que se habían preocupado de cuestión de tan vital interés y que hacían los mayores esfuerzos con el objeto de que no resultasen fallidas sus esperanzas.

Pocos días habían transcurrido desde aquél en que el pueblo de Santa Fé, indignado por abusos incalificables, había depuesto, preso y engrillado al Gobernador del Paraguay Diego Ortiz de Zárate Mendieta, cuando cundió la noticia de que el maestro de escuela contando con el permiso del Teniente Gobernador Sierra se preparaba para abandonar la ciudad.

La consternación debió ser general á juzgar por las rigurosas medidas que para impedirlo se adoptaron.

El Procurador de la ciudad, el Cabildo y el vecindario hicieron de su parte todos los esfuerzos posibles á fin de conjurar el mal que amenazaba á Santa Fé, con la misma decisión y con la misma energía que desplegaron cuando, en defensa de sus derechos ultrajados por Zárate y Mendieta, adoptaron el último extremo para conjurar la tormenta.

VI

En cumplimiento de las disposiciones testamentarias del Adelantado Ortiz de Zárate, Juan de Garay después de adoptar todas las medidas conducentes á la defensa de Santa Fé y nombrar la persona que debía sustituirlo en el mando durante su ausencia, emprendió el viaje á Chuquisaca á mediados del año 1576 llevando consigo cincuenta soldados que ayudaron á Gonzalo de Abreu, Gobernador del Tucumán, en la población del valle de Calchaquí.

La ausencia del ilustre fundador, la debilitación de la guarnición de la ciudad por la partida de los soldados que marcharon escoltándolo y la frecuente salida de muchos pobladores que se dirigían al Perú en procura de sus tesoros fabulosos, habían producido hondas perturbaciones en Santa Fé, que fueron aprovechadas por los indios anhelosos siempre por sacudir el odioso yugo de sus dominadores.

La sublevación en masa de cercanas tolderías no se hizo esperar por mucho tiempo.

Cerca de los sitios que habitaban, á un paso de sus tugurios, ofrecíales seguro albergue, después de llevar á cabo sus saqueos, el Chaco, lleno para el cristiano de leyendas pavorosas desde donde otras tribus indómitas y feroces se aprestaban á hacer al cristiano una guerra sin cuartel.

Pocos fueron los indígenas que quedaron sujetos al dominio de los conquistadores, y eran esos pocos los que rodeaban la ciudad sirviendo de guardia avanzada á los atemorizados pobladores.

Esta situación difícil necesitaba ser cuanto antes conjurada, y para el efecto se tomaron con prontitud medidas extraordinarias.

Pedro de Espinosa, *Procurador de la República*, el mismo que poco tiempo antes pidiera no fuese aceptada la renuncia del Teniente Gobernador Sierra, exigiendo del Cabildo se le mandase, compeliese y apremiase en nombre del Rey para que se hiciera cargo nuevamente de su alta investidura, se presentó en la Sala Capitular el lunes 13 de Marzo de 1577 presentando un memorial en que hacía referencia á la despoblación de la ciudad y pedía para evitarla un eficaz remedio, aconsejando al mismo tiempo las medidas que creía oportunas para obtenerla.

El Cabildo accedió á su solicitud justísima convencidos sus miembros del noble deseo que lo impulsaba á dar ese paso y de la poderosa razón que lo asistía.

VII

Pero en el mismo escrito el Procurador Espinosa señalaba al Cabildo un nuevo peligro para Santa Fé: el maestro de escuela se marchaba y era imposible reemplazarlo!

En la ciudad no había una sola persona que se encargase de la pesada tarea dejando su trabajo para dedicarse á la enseñanza, es decir, no se encontraba quien sacrificase sus propios intereses, favoreciendo con ese sacrificio el interés de los demás.

La Asunción del Paraguay no contaba con maestros suficientes para llenar la necesidad sentida en Santa Fé y la metrópoli... ¡hallábase tan lejos y eran tan largos y difíciles los viajes!

Parece sin embargo que la palabra imposible no existía para el Procurador Espinosa; se hallaba sin duda convencido de que el bien del pueblo es la suprema ley, y así como aconsejaba se impidiese á los españoles que abandonasen la ciudad bajo ningún pretexto y que al Teniente de Gobernador se le ordenase no diese licencia alguna para salir, pidió y requirió también de parte de Dios, Nuestro Señor y de S. M. á los señores cabildantes que prohibiesen al maestro Pedro de Vega *que se vaya de la tierra, siendo como es su salida un gran desservicio de Dios Nuestro Señor y de Su Magestad y notorio daño y perjuicio de los vecinos estantes y habitantes en esta dicha ciudad, assí por la falta que haría para la doctrina cristiana á los hijos de dichos veci-*

nos, como porque no aprenderían á LEER Y ESCRIBIR *faltando el dicho Vega que les enseña, y no haber como no hay en esta dicha ciudad persona alguna que las pueda enseñar, aunque como dice el apóstol San Pablo: «por la caridad todas las cossas se han de dejar» y especialmente por cossa tan importante á la República.*

Y assiéndolo assí harán lo que deben y son obligados al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Magestad y del bien general de la República, y lo contrario haciéndolo protesto también contra dicho señor Theniente que presente está, como ante Vuestras Mercedes, por todo el daño que á la dicha República viniere, é todo lo demas que en este caso protestare me conviene se dé como assí lo pido y requiero al presente.

Actitud tan digna no puede menos de ser elogiada. El Procurador Espinosa se había dado cuenta exacta de los bien entendidos intereses del pueblo por cuya tranquilidad, conservación y engrandecimiento velaba, y sin temor alguno, aún cuando su petición importaba indirectamente una crítica á la conducta del Teniente Gobernador Sierra, afrontó con decisión tan trascendental asunto, firme en sus convicciones y resuelto á hacerlas triunfar á toda costa.

VIII

El Cabildo por su parte no se mostró remiso en acceder á los deseos del Procurador atendiendo á su solicitud justísima.

Parecía que animado por un mismo espíritu y por

aspiración idéntica llevado se hallaba de antemano dispuesto á resolver favorablemente asunto de tanta importancia, pues inmediatamente de ser leído el escrito de Pedro de Espinosa pusieron los cabildantes la solicitud en discusión, resolviendo *unánimes y conformes* aceptar en un todo sus conclusiones y proveer de conformidad al pedimento, que reputaron: *justo é importante para el servicio de Dios, del Rey, de la fé cathólica y de la doctrina cristiana.*

Y en aquel mismo acto requirieron al Teniente Gobernador Francisco de Sierra — en nombre de Su Majestad — que no dejase salir de Santa Fé á ninguno de sus vecinos que quisieran trasladarse á otro territorio con ánimo de no volver, NI MENOS *dexe salir della á Pedro de Vega, pues es el que enseña la doctrina christiana á los niños de poca edad y á leer y escrebir á los demás*, protestando como protestaban y protestaron juntamente con el dicho Procurador, lo que en tal caso protestar les convenía.

Y en seguida el Capitán Francisco de Sierra declaró: *que viendo como vée cuan justo sea lo que el dicho Procurador y los dichos señores Justicia y Rexidores le piden y requieren, queel está puesto y aparexado de no dar licencia á persona alguna de los residentes y estantes en dicha ciudad atento á la necesidad que ay en ella, y al dicho Pedro de Vega, entendiendo Su Merced el gran desservicio que á Dios N. S. se hace en faltar la doctrina christiana, dando licencia al susodicho se fuese de la tierra, y que mandaba y mandó á my el susodicho escribano presente que se esté el suso-*

dicho usando EL OFICIO QUE USA Y EN QUE TANTO SIRVE Á DIOS Y Á LA REPÚBLICA HACE GRAN BIEN, hasta tanto que Dios N. S. sea servido que venga á esta ciudad persona ó personass que lo sepan hacer, SO PENA DE DOSCIENTOS CASTELLANOS PARA LA CÁMARA DE SU MAGESTAD, *en la que dicha pena desde agora le daba y dió por condenado lo contrario haciendo.*

Al siguiente día el maestro de escuela fué notificado de ese mandamiento, y acatando las resoluciones del Cabildo y del Teniente Gobernador resolvió seguir llevando en Santa Fé la pesada pero noble tarea de enseñar al que no sabe, que es una de las obras de misericordia.

Es en extremo ejemplar la resolución del Cabildo y del Capitán Sierra, y su actividad y su celo son tan recomendables como el celo y la actividad del Procurador don Pedro de Espinosa.

IX

No eran, pues, sólo soldados valerosos los primeros pobladores del rico territorio que fecundan las aguas del Plata caudaloso, sabían esgrimir la espada con brazo pujante y marchar al combate con el corazón sereno y el ánimo tranquilo; pero pasado el período de las agitaciones y apenas establecida la calma entregábanse á trabajar por la estabilidad y engrandecimiento de las ciudades que fundaban á costa de grandes sacrificios.

La espada destruía, pero el salvaje retiraba sus aduares hacia los bosques impenetrables del Chaco Gualamba ó hacia las Pampas sin límites, mientras las aldeas humildes del cristiano, que eran gérmenes de ciudades populosas, se desarrollaban lentamente sí, pero adquiriendo una vitalidad robusta y duradera. Con su engrandecimiento revelábase á las claras el triunfo inevitable de la civilización en lucha con la barbarie primitiva, la luz contra las tinieblas.

Y cuando aún no estaba del todo afianzada la conquista, cuando el indio salvaje se preparaba para asaltar las débiles murallas de la ciudad naciente, los principales vecinos de Santa Fé representados por sus autoridades municipales, tenían en cuenta ¡en pleno siglo XVI y en un apartado territorio de la América! que es la instrucción la base, el fundamento de la prosperidad de los pueblos y de la felicidad de los hombres, y obligaban por eso, bajo severas penas, á que no abandonase á los niños santafecinos el primer maestro de escuela que hubo en el Río de la Plata,

Magister docuit!.

———

VIII

LOS AHORROS DE NUESTROS ABUELOS

VIII

LOS AHORROS DE NUESTROS ABUELOS

De muchos cabitos se hace
un cirio pascual.

I

Al dar cuenta al Congreso Nacional de la situación en que hallaba la República en 1876 el Presidente doctor Avellaneda exclamaba en ese inimitable lenguaje y con la elocuencia con que sabía conjurar las tempestades políticas y resistir el embate furioso de las crisis económicas:

« Hay dos millones de argentinos que economizarían « hasta sobre su hambre y su sed para responder en una « situación suprema á los compromisos de nuestra fe « pública en los mercados extranjeros. »

La frase se ha hecho proverbial.

Pueblos y gobiernos recurren á ella en los momentos supremos, y es voz de aliento y programa económico, incitación al sacrificio por el patriotismo, para salvar el crédito del Estado y hasta incentivo para el ahorro, que sin necesidad de la frase del Presidente literato, se priva hasta de lo más indispensable para la vida, ahorrando sobre su hambre y sobre su sed con el fin de aumentar

el tesoro acumulado á fuerza de privaciones y de usuras judaicas.

El Cabildo de Santa Fé, á fines del siglo XVIII, tuvo también necesidad urgentísima de ahorrar sus módicos recursos para destinarlos á una obra sin cuya realización era casi segura la ruina de la ciudad; pero á pesar de esa necesidad apremiante no recurrió á economizar sobre su hambre y sobre la sed del vecindario que demasiadas privaciones padecía, por otra parte, causadas por la medida adoptada por el Virrey del Río de la Plata quitando á Santa Fé el privilegio antiguo de que gozaba, de ser el obligado puerto de registro para las embarcaciones que hacían el comercio entre Buenos Aires y el Paraguay.

Ahorró sobre las palmas del día de ramos y sobre el sermón de la fiesta de desagravios al Señor Sacramentado!

Parecía que hubiera aprendido á preocuparse de pequeñeces semejantes en la máxima del Eclesiástico, de que *aquel que descuida las cosas pequeñas perecerá de á poquitos* ó que como medida económica conducente al fin que se proponía, proclamase el adagio antiguo de que, *de muchos cabitos se hace un cirio pascual.*

II

Los eternos enemigos de Santa Fé — los indios — habían vuelto á recuperar sus bríos perdidos cuando sintieron pisadas de soldados cristianos en el santuario de la barbarie, en el Chaco misterioso, recorrido por los

bravos tercios que comandára el noble Echagüe y Andía, uno de los primeros en cambiar la táctica de la defensiva por medio de cantones avanzados, empleada por los españoles, por la ofensiva, lanzando sobre el enemigo tropas ligeras que sin darle tregua ni descanso lo acosaba á todas horas y en todas direcciones, llevándolo de derrota en derrota hasta más allá de sus lejanas tolderías.

El desierto volvía á renacer de nuevo merced al descuido de las autoridades superiores de la colonia, como el fénix fabuloso de entre sus propias cenizas.

Las reducciones que fundára aquel glorioso soldado, reuniendo á las tribus sometidas en pequeñas aldeas puestas bajo la paternal custodia de los abnegados misioneros, empezaban á despoblarse abandonadas á sus propios recursos, volviendo los indios á su vida anterior y comenzando de nuevo sus vandálicas correrías.

Como consecuencia precisa de semejante estado de cosas, la despoblación comenzó, reconcentrándose estancieros y chacareros á la misma ciudad presa ya del terror que inspiraban los bárbaros enemigos.

Los recursos con que la ciudad contaba eran sin embargo suficientes para costear los gastos más precisos: se le habían concedido por real cédula los derechos de arbitrios sobre las embarcaciones del Paraguay y del Río de la Plata, de manera que podía llenar sus más apremiantes necesidades con el producido de esos derechos.

Pero el decreto del Mariscal Vertiz y Salcedo, Virrey y Capitán General del Río de la Plata, de fecha 13 de

Abril de 1780, ordenando que las embarcaciones del Paraguay pasasen á los puertos de las Conchas ó Riachuelo de Buenos Aires y allí se recaudasen los derechos de arbitrios, privó á Santa Fé de sus más pingües rentas.

No era nueva la tentativa de despojar á la ciudad de Garay de este privilegio. Aparte de otras veces en que se intentó hacerlo, puédese recordar el informe del Cabildo de Buenos Aires en 1771. Con fecha 26 de Octubre de ese año el entonces Gobernador Vertiz, deseoso de hacer construir un muelle de carga y descarga en en las inmediaciones de la Capital *para hacer bajar* — dice en su nota — *los subidos precios de los abastos y demás consumos de Buenos Aires,* pedía que el Cabildo le informase sobre los recursos con que se podría contar para llevar á cabo la obra proyectada.

El Cabildo propuso se suprimiese el privilegio de Santa Fé de ser *puerto preciso* imponiendo á las embarcaciones que llegasen del Paraguay á las Conchas una contribución. Otras atenciones de distinto carácter impidieron la adopción de la medida aconsejada que importaba despojar de sus derechos á un puerto para dar incremento al de las Conchas, es decir, desnudar á un santo para cubrir la desnudez de otro.

Pero el decreto de 1780 realizó las esperanzas del Cabildo de Buenos Aires, y Santa Fé se vió amenazada con su total destrucción, como lo manifiesta el Procurador de la ciudad don Francisco de Larrechea, en Agosto de 1780, siendo teniente de gobernador don Melchor Echagüe y Andía.

El Cabildo de Santa Fé nombró como diputados de la ciudad para reclamar contra esta medida al alcalde de 2° voto don José Teodoro de Aguiar y al escribano de Cabildo y Real Hacienda don Ambrosio Ignacio de Caminos.

Los diputados agotaron en vano sus razonamientos haciendo un verdadero derroche de paciencia y de constancia para salir airosos en la empresa. No contentos con exponer las razones económicas, religiosas, políticas y sociales que amparaban los derechos de su parte, recurrieron al último medio que les sugirió el interés verdadaramente patriótico que los llevaba en sus reclamaciones.

En memorial extenso expusieron los derechos de Santa Fé, concedidos por Real Cédula de 18 de Agosto de 1726, que no podía ser por un simple decreto de un Virrey derogada, y haciendo mérito de las glorias y servicios de su ciudad y de la triste condición á que se hallaba sujeta, escribieron una pequeña reseña histórica de Santa Fé, que es el primer trabajo de ésta naturaleza que se haya hecho, trabajo que hemos felizmente salvado de su pérdida.

III

No accedió el Virrey á las justas exigencias de los diputados santafesinos, y éstos se vieron obligados á recurrir directamente al Monarca Español, interponiendo súplica contra la *expoliativa* providencia de

Vertiz y Salcedo y la indolencia con que sus reclamaciones se habían mirado en Buenos Aires.

Y el interés demostrado por el Cabildo de Santa Fé para gestionar la devolución del derecho de que había sido despojado, no se basaba en interés egoísta ni en mezquinas consideraciones. Era cuestión de vida ó muerte para ella, pues no sólo eran los indios los que conspiraban por su ruina, sino los mismos comerciantes del Paraguay y Buenos Aires. quienes haciendo estación en su puerto y recibiendo proposiciones para comprarles los frutos que conducían á dinero de contado y á los mismos precios que en la capital del Virreynato, se negaban á ello *sin más motivo* — dice un acta del Ayuntamiento — *que el encono y pasión con que los comerciantes de esta carrera miran á los vecinos y moradores de esta ciudad, por cuya razón quieren exponer al riesgo de la navegación los frutos que traen y que acopiados en Buenos Aires se venden á menos precio.*

Empezaba á carecerse de artículos necesarios y la despoblación de la ciudad estaba cercana, á continuar estado semejante.

Los representantes de Santa Fé encomendaron la tramitación de sus reclamaciones ante el Monarca á don Diego Muñiz, enviándole junto con su nombramiento la cantidad de quinientos pesos para los primeros gastos.

Pero el Procurador Muñiz debía conocer muy á fondo cómo se administraba justicia en la Corte de España y de sus Indias. ó muy interesado sería y amigo de ate-

sorar á costa de sus clientes, pues los quinientos pesos se acabaron antes de mucho tiempo, evaporándose como el humo, y las repetidas peticiones de dinero multiplicáronse, al extremo de que el Cabildo se vió un día imposibilitado para acceder á los deseos de aquel tonel de las Danaides.

No contando con el producido del derecho de arbitrios y exhausto el Tesoro, pues el ramo de propios estaba poco menos que agotado, se congregaron en las casas capitulares el 29 de Noviembre de 1781 con el objeto de resolver el arduo problema de encontrar recursos, sometido á su consideración.

Había llegado el momento de aguzar el ingenio y avivar la imaginación.

Enfermo el Teniente de Gobernador don Melchor de Echagüe, que era uno de los más empeñados en hallar la ansiada solución, reuniéronse en sesión el Alcalde de 2º Voto don Manuel de Toro y Villalobos, el Regidor Decano don Juan Francisco Aldao, el Alguacil Mayor don Cayetano Giménez y el Regidor don Vicente Hereñú.

Puesto en el tapete de la discusión el problema de satisfacer las crecientes exigencias del Procurador Muñiz, agotáronse los razonamientos para adoptar el medio conducente á mover esa máquina que necesitaba aceite de metal para ponerse en movimiento, y después de sesudas consideraciones y de discusiones luminosas, adoptóse el procedimiento que se creyó más oportuno para llegar al fin propuesto.

IV

Con fecha 19 de Junio de 1711 el Monarca Español expidió desde Carella una Real Cédula mandando que cada año en todos los reinos y ciudades dependientes de la corona se celebrára una misa con sermón como acto de desagravios á Cristo Sacramentado, sin permitir á Virreyes, Audiencias, Presidentes, Gobernadores, Arzobispos, Obispos ni Cabildos que alterasen disposiciones semejantes *para que de esta suerte se perpetuase la memoria de los ultrajes, desacatos y desprecios que la Divina Majestad Sacramentada había padecido.*

Esta fiesta era costeada en Santa Fé con los dineros del Cabildo.

Además de este gasto, había otro que llamó la atención de los Regidores. El Domingo de Ramos era celebrado con toda solemnidad, pagándose de las rentas de la ciudad las palmas que se distribuían en las cuatro iglesias de Santa Fé, palmas cuya cantidad aumentaba año por año, pues, como hasta hace poco tiempo, bajaban para asistir á las ceremonias de la Semana Mayor un número considerable de individuos de ambos sexos de la campaña, que venían á cumplir con sus deberes religiosos, tan imperiosos en aquella época bien distinta de la nuestra, en que se viaja al campo para distraerse los días en que la Iglesia conmemora la pasión y la muerte del Mártir del Calvario.

No encontraron los Cabildantes mejor medio para allegar recursos y satisfacer los pedidos de dinero de su procurador en la Corte, que ahorrar cuanto era posible, empezando por cosas bien pequeñas.

Con la solemnidad con que acompañaban todos sus actos, de común acuerdo resolvieron que: *en atención á que en la Capital de este Virreinato y Provincia se solemniza la función de desagravio en la Domínica infra-octava de Concepción sólo con missa cantada y que la palma para la Domínica de Ramos se costea de las rentas de la Iglesia Cathedral repartiéndose á las demás Iglesias, se establezca también lo mismo en esta ciudad, passándose las respectivas noticias al Señor Cura y Rector y Prelado de las sagradas Religiones, advirtiendo á estas que se omitirá desde este año el convite para la assistencia á la función de desagravios, y passándose oficio al Señor Vicario para que se sirva prevenir al Mayordomo de fábrica que debe cuidar anualmente de costear la palma para las Iglesias.*

Y con el objeto de que se cumpliese esta disposición y fuese llevada al conocimiento del Cura y Prelados, fué disputado el Alcalde de 2° Voto don Manuel de Toro y Villalobos.

Empezaron con las palmas y los sermones los pequeños ahorros que en su presupuesto introdujo el Cabildo de la ciudad de Santa Fé.

V

Pero era insaciable el Procurador Muñiz. Cada correo que de la Metrópoli llegaba, traía una nueva petición de dineros, lo que á los Cabildantes tenía confusos y sobresaltados, pues no encontraban medios suficientes para satisfacer las exigencias de su apoderado.

El 9 de Junio de ese mismo año había comunicado desde Madrid que en 24 de Mayo había entregado el memorial en el Ministerio de Indias, pasándose por orden de Su Majestad al Real Supremo Consejo de las Indias y Su Alteza había mandado dar vista al Fiscal, quien habíase expedido favorable á Santa Fé, estando el expediente en manos de Su Majested para resolver sobre la cuestión en definitiva!

Pero hallábase paralizado porque.... faltaba plata!

Era necesario hacer gastos para pagar costas y costos y para la expedición de Cédulas que seguramente necesitaban pesos para ser Reales. Y Muñiz continuaba con sus peticiones y sus súplicas!

A mediados de 1782 la tramitación del pleito se hallaba entorpecido por falta de dinero y así el Procurador exigía el envío de nuevas remesas que no podía mandar el Cabildo estando vacías sus arcas y no teniendo á quien pedir recursos.

Pero era tal el interés de los Cabildantes por el buen éxito de la cuestión, que don Teodoro de Larramendi propuso que en vista del universal regocijo producido por las noticias favorables á Santa Fé recientemente

recibidas contribuyeran los miembros del Ayuntamiento con veinte y cinco pesos cada uno, debiendo además levantarse una suscrición voluntaria entre el vecindario, y que computado el monto á que ascendían los donativos — pues no era la suscrición pagadera en en el acto—por excitar sin duda la codicia del Procurador, se le avisa de que estaba á su disposición *ese dinero y que si es conseguible el empeño lo esfuerce con la condición de que sacado el costo que se causare, el sobrante le quedaría en gratificación de su diligencia.*

VI

Ni quedaron en eso los pequeños ahorros de los Cabildantes de Santa Fé.

Samuel Smiles, hablando sobre la utilidad del ahorro en uno de los libros de su obra magistral, llamada con razón y con justicia Evangelio Social, dice: «Muchos peniques forman una libra esterlina; un penique ahorrado es semilla de las libras ahorradas.»

Los individuos del Cabildo de 1782 lo creían también así; después de las palmas y el sermón de desagravios trataron de economizar sobre la cera de los cirios que se llevaban á las procesiones de los días santos.

En sesión de 24 de Diciembre y siempre teniendo en vista las exigencias del Procurador Muñiz, el Regidor manifestó que desde tiempo inmemorial los Alcaldes Ordinarios repartían la cera que se usaba en las procesiones de Jueves y Viernes Santo, lo que exigía gastos

muy crecidos, pues la concurrencia aumentaba año tras año. Que era perjudicial é insoportable costumbre semejante, pues además de la razón antes expuesta, el precio de la cera *era excesivo á causa de las guerras que mantiene la corona y cortas posibililidades del vecindario,* haciendo moción porque se suprimiese tal costumbre.

Unánimes y conformes aceptaron los Cabildantes la proposición del Decano, haciendo saber por público bando al vecindario, que así como en las procesiones de los Lunes, Martes y Miércoles Santos llevaba velas costeadas con su peculio propio, lo hiciese lo mismo en las de Jueves y Viernes, pues el Cabildo no estaba en condiciones de costear luminarias á ninguno que no tuviese título de Alcalde.

Es excusado decir que al público no se le hizo saber que el causante de esas economías de palmas, sermones y cirios era don Diego Muñiz, Procurador de Santa Fé ante la Corte de Madrid.

1893.

IX

LOS BANDOS Y REVISTAS

DE

JUAN ARIAS DE SAAVEDRA

1658 y 1659

IX

LOS BANDOS Y REVISTAS

DE

JUAN ARIAS DE SAAVEDRA

1658 y 1659

I

El ilustre Hernando Arias de Saavedra, primer Gobernador americano que tuviera la provincia del Paraguay y Río de la Plata, aclamado con justicia y con razón por el doctor Vicente Fidel López como el *primer patriota*, á la edad de veintiún años y siendo capitán á la sazón, casóse en Santa Fé en 1582 con doña Gerónima de Contreras, hija del noble fundador de Santa Fé y de Buenos Aires.

Había establecido en la primera ciudad su domicilio. Fruto de esa unión fué el que más tarde llamóse el Maestre de Campo Juan Arias de Saavedra, Teniente Gobernador, Justicia Mayor y Superintendente General de Armas de Santa Fé y de San Juan de Vera de las siete Corrientes.

Á su buen tino, valor probado y sin igual constancia debióse la traslación de Santa Fé del primitivo sitio en que Garay la fundára al que actualmente ocupa, tras-

lación necesaria é indispensable á causa de su posición mediterránea, de los frecuentes desbordes del río Quiloaza y de las invasiones repetidas del salvaje, que había hecho de los bosques impenetrables del Chaco Gualamba su inespugnable guarida, convirtiéndolo en el asilo seguro de numerosas hordas que habían jurado guerra sin cuartel á los cristianos.

Pero antes de verificar su traslación tuvo el Maestre de Campo que hacer uso de toda su energía para impedir que nuevas víctimas de la barbarie se agregasen al ya largo martirologio de Santa Fé; el arrojo de sus pobladores no reconocía límites ni les oponían barrera á su audacia los frecuentes asesinatos cometidos en los alrededores de la ciudad por los indios tan ensoberbecidos como astutos.

Tenían como diversión favorita los pobladores de la ciudad atribulada con el peso de desgracias sin cuento, el separarse á largas distancias de los muros de la población, engolfándose en la selva enmarañada, deseosos de encontrar indios con quienes guerrear en desigual batalla para poder presentarse, llevando victoriosos con orgullo á sus familias intranquilas por la ausencia prolongada, los despojos arrancados con la vida al enemigo.

Otras veces trataban de descansar de las fatigas de la guerra ó del cansancio por las tareas agrícolas ó pastoriles producida, y audaces y atrevidos lanzábanse á los placeres de la caza persiguiendo al ciervo veloz en desenfrenada carrera ó desafiando la furia del tigre, al que buscaban con ahinco en su misma madriguera.

II

Con el objeto de impedir la repetición de estos abusos que ya costaban el sacrificio de muchas vidas, tanto más preciosas cuanto había comenzado desde hacía tiempo la despoblación consiguiente al estado precario de la ciudad, Arias de Saavedra, que como militar experto había tratado de poner en pie de guerra á Santa Fé desde los comienzos de su gobierno, adoptó las providencias oportunas, poniendo así un freno al imprudente arrojo de los cristianos y cortando de raíz la costumbre de exponer su vida por el placer de *cervear* (cazar ciervos) tan arraigada en esos tiempos.

Para hacer prácticas sus ideas á este respecto, y habiendo tenido noticias por algunos vecinos de Santa Fé que como á unas veinte leguas de la ciudad y hacia el valle de Calchaquí, habían visto gente de guerra, cuya procedencia se ignoraba, como también se ignoraban sus propósitos, hizo saber por bando que á son de cajas de guerra se publicó en la plaza, que se prohibía bajo severísimas penas á todos los vecinos y moradores de la ciudad, estantes y habitantes en ella, que no saliese persona alguna sin previo permiso, ordenando al mismo tiempo que se hiciese una revista de armas para preparar los tercios en el caso de que la *gente de guerra* avistada poco antes, tuviese el propósito de robar ó inquietar al vecindario.

Bajo ese pretexto encubría el Teniente Gobernador

la idea de la traslación de la ciudad que hacía ya algún tiempo meditaba. Lanzarse á la ardua empresa sin preparar los indispensables elementos era más que exponer á las claras su propósito antes de madurar el plan que concebía y de tener el éxito seguro, fuera exponerse á que el vecindario, con la traslación alarmado. abandonase las faenas agrícolas y comprometiese el resultado de la empresa.

El 20 de Noviembre de 1658 teniendo en cuenta que á pesar de las noticias recibidas habían salido algunos soldados sueltos á *cervear* y no poderse por motivo semejante recolectar la pingüe cosecha de trigo producida en ese año. llamó Arias de Saavedra á consejo de guerra á todas las personas más importantes del vecindario y repitió su bando anterior, imponiendo penas aun más severas á los contraventores.

Resultó del consejo celebrado la aprobación total de sus medidas, pero juzgando al mismo tiempo que era imposible hacer salida para recorrer el valle de Calchaquí por hallarse la ciudad falta de bastimentos y sin recogerse las cosechas, ocasionando su pérdida la expedición proyectada, porque haciéndose esa *correduría* tenían que distraerse no sólo los soldados y vecinos. sino hasta los indios amigos. que eran una ayuda eficaz en los trabajos agrícolas.

Pero de los vecinos que habían partido por su cuenta á Calchaquí sólo regresaron unos pocos; entusiasmados con el placer que la caza de ciervos producía, quedaron sin darse cuenta del eminente peligro que corrían algunos individuos cuya suerte se ignoraba. resolvién-

dose entonces que saliesen con apremio seis hombres ligeros que los socorriesen libertándolos de la muerte casi segura á que los había conducido su impremeditación.

III

En ese mismo día 20 de Noviembre se hizo la revista de armas para darse cuenta exacta el Maestre de Campo de los materiales de guerra con que podía contar en caso de un conflicto con los indios ó para realizar su idea de trasladar á sitio seguro la ciudad.

Verificóse la muestra de armas con las solemnidades del caso y en presencia del Gobernador, resultando de ella la siguiente:

—El general Diego de Vega y Frías, Alcalde Ordinario; armas de á pie y de á caballo y munición suficiente.

—El teniente Cristóbal Ximénez de Fuigueroa, Alcalde Ordinario, armas de á pie con munición bastante.

—Bonifacio de Medina, Regidor, armas de á pie con una libra de pólvora y munición bastante.

—El capitán Miguel Martínez de la Rosa, Regidor, armas de á pie y de á caballo y munición bastante.

—El capitán Diego Thomas de Santuchos, armas de á pie y de á caballos y munición bastante.

—El capitán Hernando Montiel, armas de á pie, pólvora y balas.

—El sargento mayor Antonio de Vera y Mugica,

todas las armas de á pie y de á caballo, una libra de pólvora, munición y cuerda.

—Alfonso Delgadillo y Atencio, todas las armas de á pie, una libra de pólvora y otra de plomo.

—Miguel de Santuchos, lanza y adarga y celada.

—El capitán Juan Rodríguez Bustamante, todas las armas de á pie y de á caballo, una libra de pólvora, otra de plomo y cuerda.

—Francisco Moreira Calderón, armas de á pie y de á caballo, una libra de pólvora y munición.

—Juan de Arze, todas armas de á pie, media libra de pólvora y balas y cuerda.

—Francisco Rodríguez, armas de á pie, una libra de pólvora, cuarenta balas y cuerda.

—El capitán Juan Salgueiro, todas las armas de á pie, una libra de pólvora, veinte balas y cuerda.

—El alférez Feliciano de Torres, armas de á caballo, lanza y adarga, coleto y pistola.

—Manuel de Aguilera, todas las armas de á pie, media libra de pólvora, diez balas, celada y adarga.

—Miguel Arias Montiel, todas armas de á pie, una libra de pólvora y veinte balas.

—Bartolomé Rodríguez de Luján, armas de á pie, media libra de pólvora y diez balas.

—Francisco Gómez Recio, todas armas de á pie, media libra de pólvora y doce balas.

—Francisco Romero de Enciso, todas armas de á pie, media libra de pólvora y ocho balas.

—Juan González de Atai, armas de á pie sin munición.

—Francisco Seballos, armas de á pie, una libra de pólvora y munición bastante.

—Miguel de Salazar, armas de á pie, media libra de pólvora y seis balas.

—Fernando Arias Montiel, espada y daga.

—Roque de Vera, armas de á pie, media libra de pólvora y doce balas.

—Sebastián Romero, armas de á pie, diez cargas de pólvora y diez balas.

—Juan Ximiniano, espada y daga.

—Don Juan de Parral y Portugal, espada y daga.

—Juan Musio, armas de á pie.

—Domingo de Almada, armas de á pie.

—Diego de Sotomayor, lanza y adarga.

—Matías Gómez, armas de á pie, una libra de pólvora y munición bastante.

—José Rafael Ballesteros, espada y daga.

—Martín de Andrada, espada y daga.

—Francisco Benenoza, espada y daga.

—Mateo Gómez Centurión, espada y daga.

—Francisco de Lerma, plomo, espada y daga.

—Pedro Pato, espada y daga.

—Antonio Alfonso, espada y daga.

—Manuel Rabelo, espada.

Manuel Gómez Vieira, espada y daga.

—Gonzalo Pérez, espada y daga y armas de á pie.

Concluída la revista que efectuóse en plena plaza pública y en presencia del Cabildo, Justicia y Regimiento y el *demás concurso de los vecinos y moradores*, previo el toque de estilo en la caja de guerra, se

dejó oir la voz del pregonero haciendo conocer un nuevo bando de Arias de Saavedra ordenando y mandando por él que ninguna persona, vecino, morador ó forastero, se atrevan á ir ni á enviar indios ú otras personas al valle de Calchaquí, *á cervear ni á otro algún aprovechamiento sin orden ó licencia del Gobernador ó de quien darla pueda, para que se eviten daños y riesgos que de desórdenes se siguen, y lo cumplan so pena de perdidos los caballos que llevaren, que desde luego aplico á propios de la ciudad, y con apercibimiento de que se procederá contra los inobedientes á las demás demostraciones y castigo que convenga.*

IV

Esta prohibición impuesta bajo penas tan severas calmó un tanto el espíritu aventurero y la afición á los ejercicios venatorios de los vecinos de Santa Fé, que encontraban en los indios sometidos, inclinados por naturaleza y por hábito á semejantes correrías, aliados entusiastas y esperimentados vaqueanos para las entradas al valle de Calchaquí, llenó ya de leyendas y tradiciones pavorosas.

Alguno que otro atrevido, en unión con indios de las cercanías violó las disposiciones del Maestre de Campo, pero afortunado en la empresa logró volver sin entrever siquiera la silueta de uno de los indómitos salvajes que poblaban el temido territorio ni escuchar los alaridos de guerra tan terribles hasta para los que se

hallaban fortificados dentro de los muros de la ciudad.

Calmóse la inquietud de los primeros días, y como por lo regular acontece, cesó la vigilancia de las autoridades, empeñadas por su parte en dar cima á la traslación de la ciudad. Comenzaron de nuevo los vecinos á inaugurar las peligrosas correrías para cazar al tigre feroz ó al ciervo esbelto.

Arias de Saavedra creyó prudente entonces repetir sus prohibiciones de entrar al Valle *sin orden ni licencia* suya, pues en atención á que la gente era pobre y el impedir la caza en absoluto por aquellos lugares de ella tan abundantes importaba privárseles de indispensables recursos, concedía el permiso, pero debiendo los expedicionarios organizarse según sus instrucciones y llevando un caudillo de valor y experiencia para que fuesen seguros contra las acechanzas de los indios.

Estas previsoras providencias fueron también burladas; en 1659 algunos cristianos abandonaron la ciudad en compañía de los indios que quisieron seguirlos, penetrando en el territorio sagrado de los bárbaros con imprudencia loca.

El Maestre de Campo no bien tuvo noticia de semejante hecho, más inclinado á la clemencia que anheloso por castigar la desobediencia de los expedicionarios, ordenó al capitán Sebastián de Aguilera que partiese sin demora y llevando la gente que creyese necesaria hacia el valle de Calchaquí y detuviese á los cazadores en donde fuesen encontrados.

Pero para no privarles del fruto de sus fatigas mandó al mismo tiempo al comisionado que si se podían jun-

tar hasta treinta personas, y *no de otra manera*, se pusiese á la cabeza de ellas y con toda vigilancia las llevase á Mal Abrigo, sitio en que abundaba la caza mayor y estaba muy cercano á varias estancias, lo que lo hacía seguro para que pudieran sin riesgo entregarse á los ejercicios que les eran tan gratos y provechosos.

V

Pero el capitán Aguilera no cumplió con la orden de Arias de Saavedra, orden que para mayor seguridad y para que fuese más respetada, se la dió con las instrucciones antes dichas, por escrito.

Partió de Santa Fé con su séquito compuesto de cristianos y de indios, y llegando al lugar conocido con el nombre de Inispín, poco más ó menos á distancia de doce leguas de la ciudad, encontró á los expedicionarios reuniéndose con ellos y formando en un todo una partida como de cuarenta hombres, treinta de ellos cristianos, llevando además de otras clases de armas seis arcabuces con suficiente munición.

Sabedores de la orden de Arias de Saavedra y acatándola sumisos, volvieron á Santa Fé algunas personas acaudilladas por Domingo Martín y con el permiso de Aguilera, faltando éste á las prescripciones del Maestre de Campo, tendentes á evitar cualquier desgracia que sobrevenir pudiera, pues era época y lugar eñ que los peligros se multiplicaban diariamente.

Dispuesto á cumplir en un todo con el programa

proyectado para su partida de caza, el capitán Aguilera penetró osadamente en el territorio desierto, decuidando toda vigilancia y cual si no existiese peligro alguno del que debiera precaverse.

Llevaba el imprudente capitán como compañeros á dos de sus hijos—niños aún — á Francisco Galiano y á un sobrino de corta edad, á Juan Rodríguez Pereyra, Juan Vizcaino, Pedro, Luis y Sebastián de Valenzuela, Pedro Lascano, y un niño hijo suyo, Francisco Gómez, Juan Martínez, Juan Álvarez de la Vega, Cristóbal Garcés, Ramón Gómez y su hermano Francisco, el niño Juan Morales, Melchor Rodríguez, Pedro Casco de Mendoza, Antonio Barrientos, mulatos, indios libres y un yanacona de Valenzuela.

Llevaban en la expedición muy cerca de cuatrocientos caballos que habían encontrado en el trayecto, abandonados sin duda por los indios.

Falseando las instrucciones recibidas y comprometiendo la existencia de sus compañeros, dirigióse Aguilera con su gente hacia el Paraná Miní, debiendo acampar y estacionarse en Mal Abrigo.

A una legua del Paraná Miní acamparon el martes 27 de Mayo de 1659, á los bordes de un gran embalsado, construyendo una ranchería para ellos y un corral para los caballos, entregándose con entusiasmo y sin cuidado alguno á los placeres de la caza.

Pero siguiendo sus rastros con la cautela y paciencia que les son peculiares, iban más de cien indios sedientos de la sangre de sus dominadores y empeñados en saciarla en la de aquel puñado de incautos cazadores.

Como á una legua de la ranchería cristiana, los indios establecieron la suya, espiando el instante oportuno para caer como banda de tigres sobre sus víctimas descuidadas.

VI

No habían de esperar mucho tiempo los salvajes.

La caza cogida por los cristianos el día 29 fué abundante; ardieron los fogones apenas llegó el crepúsculo, para calentar los ateridos miembros de los expedicionarios y asar la carne de ciervos y venados y una vez satisfecha el hambre aumentada con las fatigas de ese día, se refugiaron los cristianos en la indefensa ranchería dando descanso al cuerpo deshecho por la faena cansadora.

Quedaron de ronda en la caballada Ramón Gómez y Juan Martínez, pero sintiéndose éste enfermo, dejó solo á su compañero y fuése á dormir con los demás.

Pasado el *cuarto de la primera noche* —dice la información por orden de Arias de Saavedra levantada —el centinela Gómez oyó ladridos de perros, á los que siguió una infernal algarabía en el campamento, lo que atribuyó á la visita inesperada de algún tigre hambriento atraído por el olor de la carne, corriendo veloz á tomar parte en la lucha.

Pronto reconoció que el ruido era producido por la invasión imprevista de los indios.

Sonaba tocando á degüello la ronca trompa de cuerno

mezclada al ruido de extraños instrumentos, de alaridos feroces y de lamentos tristísimos de las víctimas.

Sobrecogido de espanto volvió al sitio de ronda, mas juzgando ser esa retirada un acto de cobardía, regresó al campamento con ánimo de socorrer á sus compañeros. Pero no se había oído un solo disparo de arcabuz ni de pistola, ni oyó Martínez tampoco una sola palabra en castellano, continuando la algazara y *flautería* de los indios, celebrando con desaforados gritos y extrañas danzas la fácil victoria sobre el cristiano conseguida.

Prestóle entonces alas el miedo y huyendo á pie dió con la ranchería donde los indios habían dejado sus caballos, y montando en uno de ellos se dió á la fuga, sin rumbos en la inmensidad del desierto puesta en Dios la única esperanza de salvación que le quedaba.

Lejos del lugar de la matanza y bendiciendo á la Providencia que le había deparado un compañero, halló á Francisco Galiano que había escapado también en un caballo de los indios.

VII

Al sentir á los salvajes penetrar osadamento al campamento, armados de macanas, los cristianos quisieron hacer uso de sus armas, pero fueron desde el principio aplastados por el número de infieles que con ira satánica los atacaban.

El capitán Aguilera seguido de sus hijos, de Cristó-

bal Garcés, Pedro Barrientos y otro mulato compañero de éste, huyeron hacia el bosque. Pero los niños no pudieron seguir la marcha precipitada por escabroso camino, y uno de ellos — Bernardino — fué muerto, quedando el más pequeño cautivo de los indios y herido en un brazo.

Galiano, que quiso seguir al capitán Aguilera, se vió pronto cortado por el enemigo y escondióse entre unos raigones cubiertos de malezas, arrojándose después despavorido al río, aun cuando no sabía nadar, y caminó con el agua al pecho hasta un paraje que juzgó se hallaba bastante separado del teatro de la carnicería; allí tomó un caballo que la casualidad puso á su alcance, y huyendo en él sin dirección, siguiendo siempre la ribera, desde la que vió los cadáveres de un hombre blanco y de dos indios flotando á merced de la corriente.

El niño Juan Morales, conocido con el nombre de Sancho en Santa Fé, quedó también cautivo como el hijo de Aguilera, pero librándose milagrosamente del cautiverio gracias á su sangre fría y á su valor, increíble dados sus pocos años.

Juan Rodríguez Pereyra al sentir el ataque y viendo ya herido de muerte á su lado á Pedro Lascano, hizo fuego con una pistola por dos veces sin lograr que saliese el tiro, de manera que juzgándose desarmado, arrojóse al río, llegando con mucho trabajo hasta la isla donde encontró á un mulato, esclavo suyo, y á un indio yanacona de su cuñado Valenzuela, salvando los tres de una muerte segura de una manera providencial.

Los indios que habían atacado el campamento cristiano eran *Chaguahazagues* é iban comandados por un cacique valeroso que acompañó á los santafesinos en la entrada al valle de Calchaquí. Llevaban la cabeza totalmente raspada y usaban por armas la lanza y la macana.

Habían entrado al valle en son de guerra, dando muerte á todos los indios Calchaquíes que habían encontrado en su camino, destruyendo tolderías enteras y apoderándose de todas las mujeres, las armas y los caballos.

Noticiosos por sus bomberos de la expedición de Aguilera, la habían seguido desde Mal Abrigo, espiando el momento favorable para dar cima á su sangrienta empresa.

Murieron esa noche á manos de los indios dos de los hemanos Valenzuela, el hijo de Garcés, Bernardino de Aguilera, Pedro Lascano y su hijo, Pedro Casco de Mendoza, un mulato correntino y Melchor Rodrigo.

VIII

Al salir el sol, los indios vencedores se pusieron en movimiento recogiendo los caballos, y antes de medio día tomaron el rumbo de tierra adentro, llevando como trofeos las armas de los vencidos y cautivos á los hijos de Aguilera y de Lascano, á Juancho Morales y á un joven indio Colastiné compañero del mulato Perucho.

Cuatro leguas habrían apenas caminado, cuando

Juancho Morales, jinete en buen caballo, resolvió jugar el todo por el todo, y aprovechando de un descuido de los indios emprendió la fuga, internándose en la selva espesa por donde transitaban.

Creyendo sin duda que el pequeño cautivo no volvería á la ciudad, pereciendo de hambre y sed en el monte despoblado ó entre las garras de las fieras, los indios no le siguieron, contentándose con gritarle por repetidas veces, gritos de los que el niño no hizo caso, siguiendo su camino más deseoso de morir que de quedar cautivo de los bárbaros.

Á orillas del Arroyo del Rey encontró á Juan Rodríguez Pereyra, al mulato Barrientos y al indio de Valenzuela. Alzólos en su cabalgadura y dando traspiés, pues iba la bestia ya cansada, llegaron á Todos Santos, donde hallaron á Juan Martínez, Francisco Gómez y al otro Barrientos, yendo juntos hasta la ciudad de Santa Fé.

IX

Los demás, incluso el capitán Aguilera, habían perecido víctimas de la furia del indio ó martirizados en pleno desierto por las torturas horribles del hambre y de la sed.

Á las tres de la tarde del 2 de Junio llevó Francisco Galiano á Santa Fé la noticia de la catástrofe. El Maestre de Campo, celoso como siempre por la conservación de la ciudad que gobernaba y por la tranquilidad de sus vecinos, nombró Escribano *ad hoc* á Pedro

Pérez de Castro y con actividad y diligencia suma empezó á levantar un sumario encabezado con sus bandos anteriores, prohibiendo la salida fuera de los muros de la ciudad y las providencias adoptadas al despachar al capitán Aguilera en socorro de los imprudentes cazadores.

Eligió en seguida algunos soldados y bien dotados de armas y municiones lanzólos bajo el mando de Juan Verón en persecución de los indios.

Puso inmediatamente á la ciudad sobre las armas y el día 5 expidió un bando que fué publicado en la plaza á son de caja de guerra por el indio Miguel, de la servidumbre del capitán Lázaro del Pesso, ordenando que bajo pretexto alguno abandonase ningún vecino la ciudad ni durmiesen en las chácaras de los alrededores, so pena de una multa de veinte pesos para S. M. y gastos de guerra.

Ordenaba al mismo tiempo que todos los hombres de armas se presentasen con ellas á la plaza al toque de generala para pasar revista y darse cuenta exacta de los elementos bélicos de que disponer podía en caso necesario.

Á la hora indicada y con presencia del Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Santa Fé, se juntataron los vecinos en el lugar á donde habían sido convocados, dando la revista el siguiente resultado:

—El Maestre de Campo Juan Arias de Saavedra: armas de á pie y de á caballo, escopeta, media libra de pólvora, dos madres de cuerda, una docena de balas y las demás armas necesarias.

—El capitán Lázaro del Pesso: una escopeta, media libra de pólvora, una docena de balas y media madre de cuerda.

—El capitán Gerónimo de Rivarola: una escopeta, media libra de pólvora, una madre de cuerda y dos libras de balas.

—El general Diego de Vega: una escopeta, todas las armas de á pie, munición y una madre de cuerda.

—El teniente Cristóbal Ximénez de Figueroa: una escopeta, una libra de pólvora, cuarenta balas y una madre de cuerda.

—El sargento mayor Felipe Arias: armas de á caballo, lanza y adarga.

—El capitán Antonio Fernández Montiel; una escopeta, una libra de pólvora y otra de balas.

—El capitán Juan Martínez de Amilinia: armas de á pie, escopeta y toda munición.

—El capitán Cuello Magrio: espada y daga.

—El capitán Diego López de Salazar: con espada.

—El capitán Don Pedro Barba: escopeta, armas de á pie, dos libras de pólvora y lo necesario de munición.

—El alférez Jacinto de Torres: espada y daga.

—El capitán Hernando Monthiel: escopeta, tres cargas de pólvora y ocho balas.

—El capitán Juan Ortiz Monthiel: escopeta.

—El alférez Juan Cardoso Pardo: espada y rodela.

—El capitán Juan Ávila de Salazar: armas de á pie y escopeta.

—El capitán Juan Rodriguez Bracamonte: lanza, adarga y celada.

—El capitán Francisco de Vilches; armas de á pie y escopeta con toda munición.

—El capitán Juan López de Acosta: espada y daga.

—El alférez Feliciano de Torres: lanza y adarga y celada y coleto.

—Juan B. de Rivarola: armas de á pie y escopeta con toda la munición.

—El capitán Juan Cardoso Pardo: armas de á pie, escopeta, media libra de pólvora y media de balas.

—Hernando Monthiel: armas de á pie. escopeta, seis cargas de pólvora y otras tantas balas.

—Manuel Díaz: espada y daga.

—Juan Rodríguez Baez: espada y daga.

—Don Juan Osorio: espada y daga.

—Martín González: armas de á pie, escopeta, media libra de pólvora y una docena de balas.

—El capitán Gómez de Salinas: espada, celada y adarga.

—Juan Martín de Castro: escopeta, pólvora y balas.

—Francisco de Lerma Polanco: espada y daga.

—Juan González de Atay: armas de á pie, escopeta, media libra de pólvora, veinte balas y un pedazo de cuerda.

—Juan de Seballos: armas de á pie, escopeta, media libra de pólvora, veinte balas y tres brazas de cuerda.

—Roque de Vera: armas de á pie, escopeta, media libra de pólvora, diez balas y un pedazo de cuerda.

—Tiburcio de Estay y Bulásia: armas de á pie. pólvora y balas.

—Juan Ximiniano: espada y daga.

— Gerónimo Pardo de Figueroa: espada y daga.

— Sebastián Pintos: arcabuz con munición.

— Domingo Cabrera: armas de á pie, escopeta, seis cargas de pólvora, seis balas y un pedazo de cuerda.

— José Gómez de Britos: espada y daga.

— Diego de la Cruz: espada.

— Manuel Gómez: espada y daga y coleto.

— Pedro Juan: espada y daga.

— Esteban de la Cruz: espada.

— Gonzalo Leyton: espada y daga.

— Antonio Alfonso: espada y daga.

— Marcos Bento: espada y daga.

— Martín de Andrada: espada y daga.

— Juan de Alcaraz: espada y daga.

— Francisco de Espinosa: espada y daga.

— Luis de Arze: espada.

— Juan Perales: escopeta, media libra de pólvora y una docena de balas.

— Sebastián Gómez: espada.

— Xordán López: espada y daga.

Parece por esta revista que nuestros mayores preferían la espada á las armas de fuego, juzgando superior la lucha brazo á brazo y cuerpo á cuerpo que la que se entablaba á largas distancias y con las exigencias de las reglas de la estrategia y de la táctica. En la reseña anterior están marcados con ¡Ojo! los individuos que revistan con espada.

Ese mismo día, después de la muestra de armas, organizó las tropas el gobernador Arias, nombró capitanes, cabos y caudillos, ordenando por bando publicado en

seguida. que obedeciesen en un todo á sus superiores, se pertrechasen de las armas que les faltaban, estuviesen dispuestos á la ronda cada vez que se ofreciese y que ningún habitante de la ciudad la abandonase bajo pretexto alguno.

X

Incansable en su afán por dejar terminada la organización militar de Santa Fé para escarmentar á los indios y dejar expedito el camino que debía conducir á los habitantes á la nueva ciudad, cuya traslación había comenzado á pesar del serio peligro que corrían los que transitaban por el desierto que mediaba entre Cayastá y el rincón de Antón Martín, ordenó el Maestre de Campo con fecha 17 de Junio se juntasen mensualmente todos los vecinos de la ciudad y los del Salado, Calchines, Saladillo y el rincón antes nombrado, señalándoles para día de revista el próximo 2 de Julio.

A la muestra anterior no habían concurrido todos los vecinos por hallarse muchos con licencia campeando por el Salado Grande y la otra banda del Paraná en *sus comodidades*, dejándolos impunes el indulgente Gobernador, á pesar de sus órdenes terminantes y de sus prohibiciones severas, porque esos vecinos necesitaban buscar en aquellos apartados lugares los animales que servían para su propio sustento y el de la población.

Pero las últimas correrías de los Chaguayasques unidos á los indómitos Guaycurús, obligaron á dictar

nuevamente providencias severas contra los que sus órdenes contravenían.

Citó y emplazó con el mismo objeto á los chacareros y feudatarios, debiendo estos últimos traer armas de á caballo y repitió sus disposiciones anteriores sobre la prohibición de abandonar bajo pretexto alguno la ciudad, imponiendo pena de la vida al que lo hiciese.

XI

El 25 de Julio llegó á la ciudad de Santa Fé el capitán don Diego de Alderete, Alcalde de la Santa Hermandad de Santiago del Estero, que al frente de algunos soldados había penetrado en la jurisdicción de Arias de Saavedra con el objeto de recoger ganado vacuno, permiso que le había concedido el Cabildo de Santa Fé como premio y en compensación de haber los santiagueños contribuído á la entrada que el Maestre de Campo hizo á tierras del Tucumán.

El capitán Alderete manifestó que recorriendo el valle de Calchaquí llegó hasta las Cabezadas de Mal Abrigo, enconcontró rastros de indios, los que siguió, dando como á sesenta leguas de Santa Fé con una toldería, la que fué embestida en el instante.

Cuarenta indios de pelea montaron sobre fogosos corceles y llenando el espacio con sus descompasados y feroces alaridos, trabáronse en combate con el reducido grupo de soldados santiagueños.

Duró la batalla desde las dos de la tarde hasta des-

pués de oraciones, siendo los salvajes derrotados; huyeron al bosque precipitadamente, dejando parte de la chusma en poder del vencedor, que recogió también sesenta caballos. En medio de la pelea aparecieron en las filas cristianas, buscando el amparo de los soldados de Alderete, algunos niños cautivos, que aprovechándose de la confusión reinante en la toldería, la abandonaron guiados por el deseo ardiente de recuperar la libertad perdida.

¡Eran los niños que acompañaban al capitán Aguilera y á sus soldados en la desgraciada expedición á Paraná Miní! ¡Quién sabe si el joven hijo del desgraciado capitán, restituído milagrosamente por el Alcalde Alderete á las caricias de la familia, no fué más tarde el célebre Juan de Aguilera que heroicamente combatió en 1680 en la Colonia del Sacramento á las tropas portuguesas, escalando los muros de la fortaleza y perdiendo la mano con que arrancaba el pendón lusitano en un momento de sin igual arrojo!

El capitán Alderete dejó su gente en el valle y se dirigió á Santa Fé conduciendo al seno del hogar á los cautivos y llevando las armas que los indios habían arrebatado á los cristianos en la sangrienta jornada del 27 de Mayo.

Acto continuo Arias Saavedra llamó á consejo de guerra á Alcaldes y Regidores y á las personas de más significación y experiencia, manifestándoles que por los datos que tenía debía de existir una gran confederación de indios en Calchaquí dispuesta á arrojarse sobre la ciudad de un momento á otro, debiéndose por

consiguiente tomar con toda urgencia medidas preventivas, que propuso.

La Junta aceptó las indicaciones del Gobernador, autorizándolo para llevar á cabo el plan militar que les fuera propuesto, dentro del cual y en primer término entraba la organización de una fuerte expedición compuesta por lo más selecto y mejor armado de las tropas.

Para el efecto se citó á una nueva revista de armas que se efectuaría el próximo 2 de Julio.

La revista efectuóse presentándose setenta y cinco hombres entre oficiales y soldados, dando por resultado tener — además de pólvora y balas en cantidad suficiente y además de muchas armas de á pie y de á caballo — 25 arcabuces, 18 espadas, 2 escopetas, 2 adargas, 11 dagas, 2 coletos, 2 lanzas y 1 celada, revistando las personas siguientes:

Lázaro del Pesso, Gerónimo de Rivarola, Cristóbal Giménez, Diego Thomas de Santuchos, Juan Ortiz, Fernando Monthiel, Antonio Xuárez Altamirano, Juan Rodríguez Bracamonte, Juan Olguín, Feliciano de Torres, Juan Gómez, Alonso Ramírez, Bonifacio de Medinas, Francisco Moreira y Calderón, Juan Gómez Ressio, Juan de Vega, Diego López, Sebastián de Santa Cruz, Domingo Cristal, Bartolomé Lascano, Juan Domínguez Pereyra, Bernabé Arias, Francisco Ramírez, Francisco Gómez Recio, Felipe de Peñalba, Francisco Rodríguez, Juan Villarroel, Juan de Contreras, Cristóbal Domínguez, Pedro Jabran, Juan Muñoz, Ignacio Gómez, Lucas Velásquez, Bernabé Martínez, Ignacio Alvarez Olguín, Juan Fernández, Domingo Martínez,

Esteban Taborda, Diego Álvarez, Diego Sotomayor, Roque de Vera, Matías Sanabria, Manuel Martín, Pedro de Mitre, Francisco Xuárez, Juan Cardoso, Hernando Arias Monthiel, Juan Siminiano, Gerónimo de Basualdo, Juan González de Atay, Francisco de Seballos, Matías Montero, Pablo Gómez, Francisco de Páez, Antonio Casco, Jorge de Aguilera, Martín de Andrade, Francisco de Lerma Polanco, Feliciano Rodríguez, Alonso Fernández Monthiel, Antonio Hernández Monthiel, Bernabé de Sosa, Andrés Álvarez del Castillo, Manuel Gómez de Vieira, Juan Martín, Manuel Díaz, Pedro Juan, Marcos Rento Espinal, Domingo de Almamada, Juan de Perales, Martín González, Francisco Galiano, Diego de Avillaneda y Martínez de la Rosa.

Nuevo bando se publicó en seguida más riguroso que los otros, prohibiendo la salida fuera de la ciudad ó sus alrededores, pena de la vida y confiscación de la mitad de los bienes; prohibición de *cuerear* cueros blancos ó antes, y multa obligatoria de todos los que se hallasen fuera, para que el día 14 de Julio estuvieran juntos en la plaza armados de todas armas y á todo dispuestos, esperando tan sólo la voz de mando de sus capitanes y caudillos.

XII

Antes de celebrar esta revista recibió aviso de que á doce leguas de Santa Fé se avistaban indios de pelea.

Para evitar cualquier sorpresa, envió en su seguimiento un piquete de catorce soldados y preparó todos

los elementos indispensables para marchar al combate en el momento preciso.

Pasó revista el día catorce á ochenta y dos militares que se presentaron á la plaza armados de todas armas, exortándolos después al cumplimiento de sus deberes como soldados pundonorosos y valientes y como verdaderos cristianos.

Las noticias que le llegaron de Calchaquí más tarde eran del todo favorables. Había desaparecido el peligro que abultaba el Maestre de Campo para tener en pie de guerra la población; no le abandonaba su idea fija — la traslación de la ciudad — y emprendió con más tesón que nunca los trabajos para terminarla cuanto antes.

Deseoso de dar descanso á las tropas para que emprendiesen con nuevos bríos la arriesgada y fatigosa marcha, levantó la obligación que sobre los vecinos pesaba de estar siempre armados y disponibles para emprender una campaña; retiró los fuertes destacamentos que había apostado fuera de la ciudad para que los hombres pudieran dedicarse á las faenas agrícolas y ordenando que recorriesen continuamente el desierto escuadras ligeras de cristianos é indios sometidos, para que en caso de peligro pudieran dar un pronto y oportuno aviso.

El 19 de Julio dispuso que se pasasen á la isla del fuerte de Cayastá todos los caballos que pudieran utilizarse para tenerlos á mano en caso de imprevistos ataques y en el mes de Noviembre de 1659 pasaba en la ciudad vieja las últimas revistas militares para emprender la marcha penosísima hacia el sitio en donde hoy se encuentra la capital de la California Argentina.

El Maestre de Campo Juan Arias de Saavedra heredó de su padre el amor hacia los indios, desheredados seres á los que convertía en bestia la conquista. Como el inmortal Hernandarias abogó por su causa, defendiólos con entusiasmo y energía y sosteniendo la nobleza de los caciques guaraníes que se trataba de suprimir.

Fué un jefe distinguido por su valor y su prudencia, Teniente de Gobernador en Santa Fé y Corrientes, Superintendente en ambos territorios de todo lo relativo á la guerra y la justicia y Juez pesquisador de la Real Audiencia de la ciudad de Charcas.

X

LA MONEDA DE LIENZO

1575

X

LA MONEDA DE LIENZO

1575

La existencia de los pobladores del litoral argentino, fué en los primeros años de la conquista, penosísima.

El nombre fantástico del gran río que descubrió Solís y exploró Gaboto, había engañado á los capitanes y aventureros españoles, que alucinados con las crónicas maravillosas del imperio de los Incas y con las magníficas descripciones de sus tesoros sin número creían haber encontrado en las riberas que baña el Plata caudaloso, la encantada tierra donde Tarsis y Ophir se levantaban con sus áureos monumentos y sus suntuosos palacios.

La decepción fué grande.

La Pampa extendíase inconmensurable, mientras bosques enmarañados ocupaban extensas secciones de la tierra que los españoles, con su tradicional arrojo, trataban de conquistar y de poblar.

No tenían como en el Perú riquísimas minas de donde pudieran extraer inagotables tesoros, empleando para la faena matadora á la raza vencida y al exterminio condenada.

Las riquezas soñadas no debían encontrarse sino siglos más tarde, cuando rendido el desierto á las armas de la civilización y entregada á la acción del colono la tierra virgen y fecunda, le ofreciera espléndidas cosechas y le produjera opimos frutos.

Lo contrario sucedía en el Perú opulento; en un día, en una hora, improvisábanse fortunas pingües, y poblábanse en poco tiempo ciudades populosas que decayeron más tarde cuando empezó á escasear el oro ambicionado. En las regiones del Plata, donde el conquistador tuvo que arrancar á la tierra con su trabajo el necesario sustento, fué lento pero seguro el crecimiento de los centros de población.

El pesado trabajo hizo amar al poblador la tierra que cultivaba, el pueblo que había contribuído á fundar, el solar que en el repartimiento le tocára y allí formó su hogar y adoptó como suya la patria de sus hijos.



Los fundadores de Santa Fé, alejados de la metrópoli por centenares de leguas y apartados de los centros importantes de la América por extensos desiertos, tuvieron que subvenir á sus necesidades sin extraños auxilios y arbitrar las medidas conducentes á *la perpetuación de la Ciudad*—como Garay decía—haciendo más llevadera la vida con toda su escasez y sus penurias, por medio de la ayuda mutua.

Pobres en su mayor parte, habían salido de la Asunción sin soñar con las espléndidas creaciones de las

leyendas de Gaboto, y sin imaginarse que iban á la conquista de la ciudad encantada de los Césares.

Dar puertas por el río á la ciudad de la Asunción en lugar de cerrárselas, había sido la aspiración de don Juan de Garay, y con ese objeto fundaron á Santa Fé.

Una vez organizada la población, sus autoridades comenzaron á dictar las medidas conducentes al buen gobierno de ella, tomando en consideración las necesidades del vecindario, y procurando en lo posible remediarlas.

La escasez de moneda era notable; sólo como un recuerdo de familia ó como un talismán preciado conservaban algunas piezas de plata los compañeros de Garay, y se hacía preciso encontrar ó crear el instrumento que sirviese para los cambios ó remuneración de los servicios.

No tenían minas de oro ó plata, ni ríos que arrastrasen arenas auríferas para poder dar como el negro Mandigo su *macuta* de polvo de oro en cambio de las mercaderías de los árabes, ni sal como en Abisinia, ni conchas como en las Maldivas.

Podían, es cierto, fabricar moneda de cuero como los rusos anteriores á Pedro I, pero prefirieron seguramente buscar la especie que fuese más indispensable para tomarla como unidad monetaria, y á ese fin tendía la exposición del procurador de la ciudad presentada dos años después de la fundación.

*
* *

El 16 de Enero de 1575, el procurador de la ciudad de Santa Fé y su término (¿Hernán Ruiz?) se presentó al Cabildo y Regimiento, solicitando se ordenase la fabricación de pólvora, tan necesaria entonces, *puesto que ay* – dice en su exposición—*salitre y las cossas necesárias, y oficial para hacerla*, y al mismo tiempo y siempre teniendo en vista la utilidad general de la República, hizo el siguiente pedido:

Assi mismo manden vuestras mercedes proveer que aya esta ciudad peso y medida con que bivamos en rerazon, y assi mismo pido á vuestras mercedes tassen, vean y visiten los oficiales de esta ciudad y les pongan precio á las obras que hiziesen porque ellos sepan lo que han de llevar y nosotros lo que avemos de dar. Assi mismo manden vuestras mercedes poner precio en hierro, acero, papel, lienço y zaranata, tocino, mays, queso y á todas las demas cosas que vuestras mercedes vieren, que son para proo y utilidad de esta rrepública y en esto vuestras mercedes harán y administrarán justicia, pues les toca proveer las cosas tocantes á esta ciudad. Fecha en esta ciudad de Santa Fé, etc.

El Cabildo tomó en consideración la justa solicitud del procurador, y al día siguiente de la presentación celebró sesión con asistencia del teniente gobernador Francisco de Sierra y del mismo solicitante, y buscando el instrumento más á propósito para efectuar los cambios, ya que de moneda carecían, y no teniendo por otra parte minas de donde extraer los metales necesarios para fabricar moneda, adoptaron como unidad monetaria la *vara de lienzo*, escasísimo entonces como el papel.

No tenía por cierto el lienzo las condiciones exigidas para la moneda, á pesar de ser divisible y transportable aunque en pequeñas porciones, pero reunía la de la utilidad, y teniendo esto en cuenta adoptóla el Cabildo señalando los siguientes precios:

Carpintería

—Una portada tapada, cuatro varas de lienzo, y una sencilla dos varas y media, y una llana, dos varas.

—Una ventana tapada con su cruz, cuatro varas, y una llana, dos y media.

—Una mesa de gonces, tres varas.

—Una caja de arcabuz, tres varas.

—Un banco bien hecho, una vara.

—Una cama de madera con sus pilares, cuatro varas, y una llana, dos.

—Una escalera, vara y media.

—Un yugo, vara y media.

—Un arado con su timón de laurel, dos varas.

Zapatería

—Un fuste de una silla jineta, cuatro varas.

—Retobo y basto y coraza, seis varas.

—Un cuero de armas, cuatro varas, y sencillo, dos.

—Unos borceguíes, vara y media.

—Unas botas, dos varas.

—Unos zapatos doblados, una vara.

—Un rollo, una celada con babera y estopado, dos varas.

—Unas mangueras, un pollo, unas chinelas, una vara.

—Unas pantuflas, vara y media.

—Una funda, vara y media.

Herrería

—Una llave de arcabuz con sus tornillos, seis varas.

—Unas espuelas, cuatro varas.

—Un freno con sus tornillos y alacranes, cinco varas.

—Diez cuchillos, una vara.

—Diez cuñas, una vara.

—Unas tijeras, tres varas.

—Unos armiseles con tachuelas para una silla jineta, cuatro varas.

—Hechura de una azuela nueva, vara y media.

Sastrería

—Una capa guarnecida, tres varas y una llana, dos varas, hechura.

—Una zamarra guarnecida, vara y media y una llana, una vara, hechura.

—De una ropa forrada y guarnecida, tres varas.

—De un jubón, una vara.

—De unas medias calzas, una vara.

—Un sayuelo, dos varas.

Varios

—Un cojín, tres varas.

—Unas armas de caballo, tres varas.

—Dos libras de hierro, un castellano.

—Una onza de acero, tres varas de lienzo.
—Un pliego papel, una vara.
—Una libra de plomo, una vara.

Es ininteligible el resto de la tarifa; la acción destructora de trescientos diez y ocho años está de manifiesto en las páginas descoloridas del primer libro de Cabildo, donde constan las resoluciones adoptadas con motivo de lo que el procurador de Santa Fé manifestaba en su presentación.

* * *

De entre las ruinas de la ciudad fundada por Garay en Cayastá, sobre el Quiloaza, suelen sacarse á veces antiguas monedas que llevan sin embargo fecha posterior á su fundación.

Han pertenecido ellas quizá á los vecinos que residieron en la Ciudad, en los ochenta y siete años que tuvo de existencia en aquel sitio hasta su definitiva traslación, ó á los pobladores de las reducciones indígenas fundadas allí por los misioneros jesuítas y franciscanos.

La escasez de medio circulante fué suma en los primeros años y lo comprueba la medida del Cabildo, adoptando la vara de lienzo como unidad monetaria y fijándole un excesivo precio.

XI

UN REAL REGALO

1660

XI

UN REAL REGALO

1660

Et genu flexo ante eum, illudebat ei, dicentes: Ave Rex Iudeorum!

San Marcos. Cap. XXVII—Vers. 29.

Entre las muchas y hermosas imágenes que se veneran en los templos de Santa Fé, hay una cuya belleza artística llama la atención, no sólo de los que pueden juzgar con competencia del mérito de las obras escultóricas sino aún de los profanos en el arte.

Hay tal belleza en los detalles y tal hermosura en su conjunto, tal proporción en todas y cada una de sus líneas, como en todos y cada uno de sus contornos, que difícilmente dejará de llamar la atención del artista ó del hombre de buen gusto, como imposible es que deje de imponer á los espíritus creyentes.

Ocupa un altar en la capilla del lado derecho del crucero del templo de San Francisco, y representa á Jesús llevando á cuestas hasta el Calvario la pesada Cruz de su suplicio. En su triste y acongojado semblante, tostado por el sol y por la pena amoratado, ha sabido la

maestra mano del artista imprimir la expresión de un inmenso dolor, de una sublime paciencia y de una angélica mansedumbre.

Puede decirse que allí la naturaleza ha sido superada; en ese rostro hermoso se transparenta no solo el hombre que sufre, sino también algo de divino que sin comprender se mira, algo superior á este mundo corpóreo y tangible, y que el espíritu sólo puede llegar á percibir entre aureolas luminosas ó limbos de bellísima luz.

Frente despejada, que no puede ocultar el cabello que cae sobre ella en armonioso desorden, ni la corona de punzantes espinas que la rodea acompañada de rojos hilos de sangre; ojos empañados por el llanto, pero que dejan trasparentar la luz de las dulces esperanzas á través de los opacos cristales de las lágrimas; boca que estando por el dolor contraída, debería parecer preñada de quejas y que está llena sin embargo de tiernos gemidos y de benditas promesas; rostro que han marchitado los dolores, las vigilias, las salivas, los bofetones brutales y los golpes crueles, pero rostro que el martirio sublimiza y diviniza el sacrificio, rostro en que se retrata con maestría el sufrimiento del hombre, la humildad del Cristo y la majestad de Dios.

Al contemplar esa imagen á que dió vida y alas el arte religioso, el espíritu se eleva y llega á comprenderse la razón del éxtasis y de los piadosos arrobamientos. Es el efecto preciso de las obras del talento; no se circunscribe á copiar servilmente los modelos que

la naturaleza le ofrece, sino que le da una vida nueva y nuevas cualidades que la naturaleza—el modelo no tiene ni podrá jamás tener.

***

El origen de esa imagen, que el pueblo venera guiado por sus religiosas ideas y cuyas artísticas bellezas admira inspirado por esa tendencia del espíritu á encontrar la hermosura donde existe sin darse cuenta muchas veces de la causa de su existencia, se remonta á uno de los tiempos primeros de la conquista, á los comienzos del siglo XVII, cuando las colonias españolas del Río de la Plata estaban en pañales todavía.

Consérvase su orígen como una de tantas tradiciones que han corrido de boca en boca, de generación en generación y se han trasmitido de padres á hijos hasta los tiempos presentes.

Y es perfectamente explicable su orígen, dada la belleza de la imagen que parece destinada más para recibir culto en suntuosa catedral de una gran ciudad Europea que en las pobres iglesias de las colonias españolas en América, en su mayor parte dotadas de estatuas incorrectas, ajenas á toda belleza y hasta impropias muchas veces para excitar la veneración de los fieles por más arraigadas que sean su fe y sus creencias religiosas.

Y contrasta verdaderamente la hermosísima imagen del Nazareno de San Francisco, con otros simulacros destinados al culto en las iglesias de la misma ciudad

de Santa Fé, como contrasta lo bello con lo feo, lo sublime con lo ridículo, lo sagrado con lo profano.

Y esa imagen es un regalo espléndido de una reina, la donación de una mujer que ciñó sobre su frente la corona de los vastísimos dominios españoles en el viejo mundo y en América.

*
* *

Según el acta de fundación de Santa Fé, Juan de Garay al fundarla y extender el acta de fórmula, previendo quizá sucesos ulteriores, dispuso con sabia previsión que *todas las veces que pareciese ó se hallase otro asiento más conveniente y provechoso para la perpetuidad lo pueda hacer con acuerdo y parecer del Cabildo y Justicia que en la Ciudad hubiese.*

El momento oportuno había llegado, no porque se hubiese encontrado mejor sitio que el primero, sino porque se hacía necesario fundarla en terreno más estratégico para rechazar los ataques del bárbaro enemigo. Treinta y seis años de no interrumpida guerra con una confederación poderosa de indios sublevados en que se hallaban unidos y mezclados por el odio al cristiano, los Calchaquíes, Mogonas, Naticas, Colastinés, Callagaes y Abipones, tribus indómitas y feroces, habían debilitado casi del todo la fibra valerosa de los conquistadores.

Había que trasladar la ciudad á sitio más seguro, y no sin maduro examen y repetidas discusiones de los miembros del Cabildo el éxodo de los santafesinos empezó. Un silencio de muerte había respondido no sólo á las quejas elevadas al Gobernador de la Pro-

vincia del Plata, sino á las solicitudes llevadas por delegados del Cabildo enviados á la Corte con ese solo objeto, de manera que se hizo uso ya en último extremo de la facultad que el fundador le concediera.

En el año 1652 empezaron los trabajos y padecimientos de la traslación que sólo terminaron á los ocho años de dura fatiga y de diarios combates, combates tremendos, heroicos, dignos de ser cantados, llenos de episodios en que se comprueba el valor y la constancia de aquel puñado de seres humanos combatido por la barbarie representada por el indio y el desierto, diezmados por el hambre y por la sed, lanceados sin piedad por el salvaje, arrollados por hordas inumerables que brotaban de las barrancas del río y de los árboles del bosque como tropas de demonios ebrias de sangre y de matanza; pero siempre abnegados, siempre fuertes, siempre piadosos, defendiendo con peligro de su vida la vida de los suyos, peleando como leones contra enemigos superiores, y reuniéndose á la voz de sus prelados para salvar las sagradas reliquias de su culto de la profanación de los infieles.

Terminada la traslación en 1660 y sosegados momentáneamente en la nueva Ciudad, resolvió el Cabildo enviar una comisión compuesta de tres de los miembros más principales del vecindario, para que trasladándose á España expusiesen al Rey los motivos que habían impulsado á adoptar una resolución semejante, sin obtener antes su real aprobación.

*
* *

Recibida la Comisión por el monarca, después de las dilaciones consiguientes, y una vez expuesto el objeto de su viaje, tuvieron el pesar de ver desaprobada la medida y rudamente inculpada la conducta del Cabildo y vecindario. No podía creerse en la Corte, que era el poder de los indios tan temible que obligase á una población en masa á mudar de sitio para verse libre del enemigo, por más que tenía á la vista frecuentes casos de esta naturaleza.

Todas las reflexiones más juiciosas, todos los razonamientos más lógicos, toda la elocuencia de los enviados fracasaron; la medida salvadora fué desaprobada y desairada la diputación del Cabildo de Santa Fé. Mostráronse en vano los testimonios de aprobación de gobernantes y oidores; la real aprobación que era el ideal de los enviados, no se consiguió.

Entonces, recurrióse á poner en juego la influencia de favoritos y validos influencia poderosa ayer como hoy y como siempre—y tal maña se dieron los enviados, tan hábilmente trabajaron, que interesóse por su suerte la esposa del monarca.

Lo que no consiguen la razón, ni las armas, ni las dádivas, conseguir suelen las mujeres, que hay una elocuencia femenina más poderosa que la elocuencia de los más notables oradores; á las instancias de su esposa cedió el Rey finalmente, y no fué poco gozo el de la comisión santafesina, cuando el monarca en persona les manifestó su aprobación, y entrególes con la cédula aprobatoria firmada por la Reina para el Cabildo de Santa Fé, un obsequio que

debía recibir en nombre de ésta, obsequio que sin saber en que consistía, trajeron cuidadosamente custodiado á dicha Ciudad.

***

¿Era oro ó plata ó ricas joyas lo que los enviados del Cabildo conducían? Como tal lo cuidaban, que regalo de reina debía ser digno de su mano.

Expuesto en plena sesión el resultado de su viaje y dado cuenta del obsequio de que eran portadores, señalóse hora y día para efectuar la apertura del cajón que lo encerraba.

Convocado el vecindario á las casas consistoriales y rodeando el acto con toda la solemnidad que se creyó necesaria, en presencia del teniente de gobernador y cabildantes, prelados y vecinos de pró, se procedió con cuidado sumo á levantar la tapa de la caja que contenía el misterioso objeto que S. M. les enviára como muestra de su real munificencia.

Los circunstantes estaban con la emoción en los semblantes retratada. No era éste, acto que se repitiese con frecuencia en estos lugares tan apartados de la Corte ni diariamente se ofrecían por los monarcas donativos á los Cabildos de las Colonias.

La misma ansiedad retrasaba el anhelado instante, avivando en cabildantes, prelados y vecinos las ansias del deseo. Por fin se levantaron las múltiples envolturas del objeto esperado, que dejó ver primero una corona.

Pero no era de oro ni plata, ni otro metal alguno la corona; era de espinas, y estaba ensangrentada, como que ceñía, como la diadema las sienes de los Reyes, la frente majestuosa de una imagen artística del Mártir del Calvario.

El regalo de la Reina de España al Cabildo de Santa Fé consistía en una espléndida cabeza del Nazareno, y en dos manos y en dos pies que no desdicen de aquella juzgándolos como obras de arte.

¡Ni soñaría siquiera el inspirado artista que concibió y ejecutó en Europa obra tan acabada, que ella recibiría la adoración fervorosa de los hijos de un pueblo pequeño, perdido en la inmensa extensión de Sud América!

***

Los súbditos de un monarca absoluto, se transformaron más tarde en hijos de una República progresista y libre—los colonos, en ciudadanos—las humildes poblaciones, en ciudades populosas—la aldea de Santa Fé, en capital de una de las más ricas provincias argentinas, que es para los desheredados de la tierra, la tierra de promisión; impasible ante las transformaciones de los años, recibe en un altar del templo de San Francisco la veneración de los unos, siendo objeto de la admiración de los indiferentes, la artística imagen de Jesús Nazareno, con que en lejanos tiempos una reina de España obsequió al Cabildo de Santa Fé.

XII

EL MILAGRO DEL AGUA

4 de Marzo de 1718

XII

EL MILAGRO DEL AGUA

---

4 de de Marzo de 1718

> ..... Hallándose después de la victoria en riesgo de perecer á los rigores de la sed por ser el sol ardientísimo, se encomendaron fervorosos á su prodigioso patrón á cuya novena se daba principio aquel día en la ciudad, porque era 4 de Marzo.
>
> P. LOZANO. — *Conquista del Río de la Plata.*

I

La ciudad de Santa Fé había llegado á principios del siglo XVIII al último grado de sufrimiento; despoblada su campaña, desmoralizados sus habitantes, anarquizadas sus autoridades, parecía que su ruina era inminente, y esperada por todos en medio de una desesperante consternación.

El baluarte antes inespugnable levantado por el heroismo y con heroismo defendido, iba á envolver á sus mantenedores entre sus propios escombros.

El pánico se apoderaba hasta de los más esforzados campeones, amilanados con el peso de tantos infortunios, y la barbarie vencedora golpeaba con sus chuzas

las puertas de la ciudad atribulada, mientras llenaba el aire con sus salvajes alaridos.

Parecía que se hallaban enmohecidos y mellados los aceros de aquellos famosos tercios santafesinos que los Vera y los Arias comandaron en épocas no lejanas, y que los bravos soldados de otros tiempos habían cobrado horror al combate y miedo al enemigo.

El indio se había ensoberbecido con la impunidad de que gozaba. Nativirí, el famoso cacique que aterrorizó á Salta y á Jujuy, el que en un solo día mandó asesinar á ochenta prisioneros y que hacía abrir el vientre á las mujeres en cinta para gozar degollando los fetos palpitantes, le había hecho conocer que á fuerza de arrojo y de osadía esperaba vencer, andando el tiempo, el valor indomable de aquel puñado de hombres que se batían á la sombra de las banderas de la civilización cristiana.

Y aprovechándose de las lecciones del temible cacique, no descansaba el indio un solo instante, repitiendo sus invasiones con tenacidad y con empeño, logrando al fin conseguir que en las filas contrarias penetrase la desesperación y el desaliento.

En vano en 1716 y 1717 los teniente gobernadores Barúa y Ziburu sacando fuerzas de flaqueza habían querido levantar el espíritu del vecindario arrojándose con un puñado de soldados, durante varias veces, sobre los mismos toldos del salvaje — en vano se predicaba desde la cátedra sagrada la guerra santa contra el infiel, y el Cabildo se había esforzado, también inútilmente en hacer el último de los sacrificios por librar á Santa Fé de la ruina que la amenazaba.

El miedo se había generalizado.

Llegaban día á día noticias aterradoras; ya no era el enemigo una gavilla de salteadores que se presentaba á la distancia á las tropas cristianas temerosa de probar el filo de sus sables; era un verdadero ejército que desplegaba en batalla haciendo uso de una táctica especial, atacaba con denuedo y llegaba alguna vez á obtener resultados ventajosos.

II

El 25 de Julio de 1717 los indios Abipones atacaron á la madrugada la estancia de Andrés Casco, situada á once leguas de Santa Fé, sobre el Salado, mataron al dueño y á su hija mayor, llevándose como trofeos sus cabezas y cautivando á tres pequeños niños.

El gobernador Ziburu no pudo escarmentarlos por no tener caballos en que hacer montar á los soldados de la guarnición!

La campaña se despobló, como es consiguiente, abandonando muchas personas sus propiedades y sus haciendas para reconcentrarse en la ciudad. Así se habían ceñido tanto las poblaciones fronterizas — dice en nota al goberbernador de Buenos Aires el teniente gobernador don Francisco de Ziburu — que la más distante estaba á ocho leguas por el Salado arriba, cinco por el pago de Ascochingas y dos por el Rincón de San José.

Llegó á tal grado la desesperación, que el Cabildo resolvió enviar un comisionado á Buenos Aires á objeto de suplicar se socorriese á Santa Fé con la prontitud

necesaria, porque de lo contrario la ciudad sería abandonada sin remedio. La elección recayó en el alcalde don José de Aguirre, quien se trasladó á la capital sin pérdida de tiempo.

Acababa de recibirse del gobierno del Río de la Plata el mariscal de campo don Bruno Mauricio de Zabala, caballero de la orden de Calatrava, á quien debe Santa Fé su salvación.

Impuesto del pedimento del Cabildo, adoptó medidas enérgicas con actividad pasmosa para socorrer á la ciudad atribulada, y á fines de 1717 ya se hallaba en Santa Fé un destacamento de cien hombres de caballería é infantería á las órdenes de don Cristóbal de Oña y Quiroz, á quien encargó Zabala de la defensa de la ciudad.

La nota de agradecimiento enviada al gobernador por el Cabildo santafesino demuestra cuál sería el estado de ánimo de las autoridades y el vecindario. « Sin esas fuerzas — decían los cabildantes — se extin-« guirá y acabará esta ciudad ó por estrago del ene-« migo ó por resolución capitular, con noticia de quien « tenga facultad, mirando por sus vidas, pues se ha « palpado la pérdida de sus haciendas; motivará po-« nerlas en libertad para que sus familias las retiren á « las ciudades circunvecinas como único medio de sal-« vación ».

III

Las medidas salvadoras de Zabala vivificaron un tanto los espíritus decaídos, aun cuando el indio, tenaz y decidido, no perdonaba ocasión de hecer su aparición

desvastadora burlando las fuerzas del cristiano y dejando con sangre señaladas las huellas de su paso.

El 15 de Enero de 1718, la estancia del capitán Antonio de Ludueña, á ocho leguas de Santa Fé, fué atacada por los salvajes, que huyeron en seguida ocultándose entre los bosques espesos de las orillas del Salado.

Esta provocación violenta impulsó al maestre de campo don Martín de Barúa, teniente de gobernador entonces, á salir á campaña movilizando á los vecinos, decidido á escarmentar al enemigo en el centro de sus guaridas.

Con tal objeto, por bando público del 16 de Enero, ordenó que todos los vecinos en condiciones de empuñar las armas, oficiales retirados y soldados, saliesen á campaña, señalando como plaza de armas la chácara del alcalde don Antonio Márquez, donde debían encontrarse para emprender la guerra ofensiva contra el salvaje.

Pocos concurrieron á la cita, pero los que á ella fueron halláronse animados del noble deseo de salvar la ciudad y decididos á vencer ó á morir en la contienda.

Los elementos bélicos con que contaba el maestre de campo eran escasos. Puede conjeturarse algo sobre ellos por la comunicación oficial que dirigiera don Cristóbal de Oña al mariscal Zabala desde Santa Fé en 26 de Enero de ese año: «Para cuatro caballos que necesita la « patrulla que tengo de noche, por la parte de afuera « del pueblo, es necesario que los soldados pidan caba- « llos prestados para poder salir; y así V. S. señor, « si acaso se ofreciese algún estrago, como el del mes

« pasado, no tiene que culparme la falta de remedio, « pues ir á pie no es dable para poder llegar con tanta « brevedad como piden los casos que se ofrecen con los « indios; en lo que V. S. puede estar asegurado, es que « *dentro del pueblo* no habrá pereza ni descuido para « defenderlo; porque reconociendo yo que los indios no « atacan fuertes ni llegan á puerta que esté cerrada, « como haya gente dentro, voy solo al fin de resguardar « esta ciudad de cualquiera invasión intempestiva, y « para esto he reducido la guarnición del fuerte á veinte « soldados y dos paisanos, y tener aquí el resto del « destacamento, que para función no llegan hoy á « treinta, *porque están diez enfermos sin el alférez « vivo que también está medio muerto* ».

IV

El 29 de Enero don Martín de Barúa abandonaba Santa Fé al frente de un corto pero decidido destacamento de soldados haciendo huir á su paso las partidas exploradoras de los indios.

El 3 de Febrero encontrábase en *Añá Piré*, antigua estancia del capitán Juan de Rizola, á la sazón abandonada, y allí en presencia de los diputados del Cabildo que le habían llevado *las providencias* de madera para un fuerte que debía establecer, ordenó al sargento mayor don Pedro de Arizmendi que llevando cincuenta soldado y los *reformados* que había en el campamento y acompañado por los mayores Pedro de Mendieta y

Melchor de Gaete explorase el territorio hasta la distancia de ocho leguas.... «en cuyo intermedio — dicen « las instrucciones de Barúa — procurarán con consulta « así de los vaqueanos, como de los reformados, que le « pareciese conveniente elegir el paraje para hacer dicho « fuerte con la conveniencia de aguada permanente y « leña, de modo que no corra riesgo la caballada que ha « de mantener la gente que estuviese en dicho fuerte, en « alguna emboscada que los enemigos puedan ejecutar « á tiempo de llevarla á beber, y que dicho paraje sea « también dispuesto á reconocer y vigilar del mucho « territorio ».

Obedeciendo esa orden, las tropas se pusieron en marcha al *cuarto del alba* del día cuatro, regresando á la caída de la tarde y manifestando que se habían recorrido más de seis leguas, hallando sólo un sitio comprendido entre el Saladillo y la laguna de Paiba, aun cuando no reunía todas las condiciones exigibles, pues el agua estaba á legua y media de distancia. La comisión aconsejaba se pusiese más bien el fuerte en Cayastá, guarnecido por ochenta soldados mantenidos por el Cabildo, «teniendo por cierto — agregaba el mayor « Arizmendi — según la experiencia y el estado en que « han puesto los enemigos la vecindad de Santa Fé, no « hallar otro arbitrio para reparar los continuos daños « y hostilidades que el enemigo hace y de no reparar « con toda vigilancia dicha ciudad, informando al go- « bierno superior y ocurriendo donde más convenga sin « intermisión de tiempo, no se podrá mantener ni en « dos años sin que se *despueble dicha ciudad*, exhausta

« de parajes donde mantener una cría, porque todas las « han abandonado ».

Después de este informe el Maestre de Campo creyó oportuno suspender por el momento la construcción del fuerte, y deseando que su expedición no resultase infructuosa, pues á pesar de haber batido varias partidas exploradoras, no había obtenido sobre el indio mayores ventajas, resolvió buscar al enemigo y dispuesto á batirlo fuese cual fuese su número y la posición que ocupase.

V

Resuelto á todo, avanzó con denuedo batiendo la campaña en distintas direcciones, sin lograr tener un encuentro formal con los salvajes, que huían divididos en pequeñas partidas, tratando de llevar á los expedicionarios por caminos contrarios á los sitios donde sus tolderías se encontraban.

Al regreso, quizá desalentado con el éxito negativo de su empresa, tuvo conocimiento que en las cercanías del arroyo Cululú, en medio de un bosque tupidísimo y á distancia de catorce leguas de Santa Fé habían instalado, como sitio muy seguro, sus tolderías una tribu numerosa.

Barúa, deseoso de castigar la osadía de los salvajes, no preguntó por el número de guerreros que podían oponérsele, y al frente de una compañía de cincuenta soldados escogidos se lanzó sobre los toldos con ardimiento y decisión.

Acostumbrados los indios á no recibir sorpresas semejantes, sólo se dieron cuenta de ella cuando los clarines del cristiano se dejaron oir á un paso de los toldos.

Pero valientes y osados, fiados en su número y animados por la convicción de que abandonar el terreno era condenar al cautiverio á sus mujeres é hijos, trataron de hacer, como hicieron, una resistencia heroica.

Más de trescientos guerreros esperaron el choque decididos y animosos, principiando el combate á las ocho de la mañana.

Los indios lucharon con desesperación — los santafesinos combatieron con heroico arrojo. De una y otra parte hiciéronse esfuerzos sobrehumanos por arrancar el laurel á la victoria; los caciques excitaban á sus guerreros á no ceder un palmo de terreno, mientras Barúa y Arizmendi proclamaban á sus bizarros campeones hablándoles de Dios y de su Rey, mientras no cesaban de combatir un solo instante.

Los indios perdían terreno poco á poco — caían sus más valientes mocetones al golpe de la espada del cristiano como las espigas de trigo al corte de la hoz del labrador; ardían los toldos en todas direcciones y escuchábanse entre el ramaje tupido del bosque las lamentaciones de las mujeres y los niños que pretendían esconderse aterrorizadas con el espectáculo que presenciaban.

Un sol de fuego derramaba rayos abrasadores sobre los combatientes y nubes espesas de polvo levantadas por las cabalgaduras envolvían el campo de batalla.

Dos, tres, seis, ocho horas de rudo combatir pasaron

antes de que se decidiese la victoria. El Maestre de Campo había triunfado, sus valerosos compañeros descansaron de tanta fatiga recién á las cuatro de la tarde.

Trescientos cadáveres se hallaron tendidos en el campo de la acción!

VI

Habían vencido los cristianos al centauro del gran Chaco, pero iban á sucumbir combatidos á su vez por la naturaleza salvaje del desierto.

Abrumados por la fatiga y el cansancio, exhaustas sus fuerzas después del rudo batallar, molestadas por un sol ardiente, enceguecidos por el polvo, desesperados por el calor que producía el incendio, buscan los vencedores el agua refrigerante que calme su sed, y no la encuentran.

El Cululú estaba seco, y no había indicios de hallarse cerca la laguna que pudiera brindarles el licor apetecido. Internarse en el bosque cuyos misterios el indio solo conocía, era exponerse á una derrota—retroceder en busca de agua, sin dirección fija, era quizá correr en busca de la muerte.

¿Qué hacer, entonces?

Buscaron en la religión el consuelo de sus cuitas y recordando que en ese dia—4 de Marzo—se daba principio en Santa Fé á la novena del abnegado apóstol de las Indias, Francisco de Javier, invocaron su protección.

No bien terminada la súplica elevada al cielo con

religioso fervor, un torrente de agua cristalina corrió por el seco cauce del Cululú, mitigándose la sed ardiente de los soldados cristianos poco antes desesperados, creyendo que había llegado para ellos la hora de la muerte.

Salvados milagrosamente, regresaron á Santa Fé los expedicionarios, yendo inmediatamente en romería al templo á dar gracias á Dios por el beneficio recibido y pregonando el milagro en todas partes.

Ocho días más tarde, reuníanse en Cabildo, en su sala de Ayuntamiento y con asistencia del maestre de campo don Martín de Barúa, los regidores don Tomás de Noseda, don Ignacio del Monge, don Simón de Tagle Bracho, don Pedro de Mendieta Zárate y don Melchor de Gaete, y á moción del primero, que recordó la acción del día 4, ganada á los Abipones insolentes, unánimes y conformes acordaron que debían votar y votaron al gloriosísimo Apóstol de las Indias San Francisco Javier, por patrono y protector de las armas santafesinas, disponiendo que el día 4 de Marzo se celebrase en la iglesia de la Compañía de Jesús una misa solemne con sermón alusivo al milagro, debiéndose costear todos los gastos con los recursos propios de la ciudad.

Y la imagen del santo colocada desde entonces en el centro de la bandera que guiaba á los combates á los tercios santafesinos, fué pocos años más tarde paseada en triunfo por el Chaco pavoroso, llevada con mano firme por don Francisco Javier de Echagüe, que humilló á la barbarie arrollándola hasta los confines del desierto.

XIII

QUIEN NO TIEMBLA, NO MIENTE

1722-1737

XIII

QUIEN NO TIEMBLA, NO MIENTE!

1722-1733

> No es la gloria mayor de Echagüe la de exterminador; esta se pierde al lado de otra que le tributa la humanidad. Con el buen tratamiento que dió á los prisioneros logró el que concibiesen que lo eran más del cariño y del beneficio que del temor y de la fuerza.
>
> Dr. Gregorio Fúnes. *Ensayo histórico.*

I

Los indios Mocovíes y Aguilotes que acaudillára en época nefanda para Santa Fé el tan valeroso como feroz Nativirí, confederados con los Abipones cuyas tolderías se levantaban en los límites casi de la capital de la provincia, habían sembrado la ruina y el espanto entre los indefensos habitantes de la campaña.

El valor de los soldados cristianos se estrellaba ante la audacia del bárbaro ensorberbecido—la desolación y la muerte señalaban el camino de los hijos del desierto. Centenares de cautivas blancas lloraban prisioneras en los inmundos harenes de los indios, y la ciudad temblaba acongojada, oyendo resonar casi en sus calles en medio de las tinieblas de la noche el salvaje alarido que apagaba casi el estruendo del cañón de los cantones.

Había que comprar la paz, y la paz se compraba, sirviendo esto solamente para mostrar al indio su superioridad, lo que daba alas á su arrogancia y bríos mayores á sus infatigables guerreros.

Breves, brevísimos, eran los momentos de descanso. Durante ellos, era impotente el brazo para guiar el arado enmohecido, y los campos permanecían incultos y los más avanzados pobladores se reconcentraban á la ciudad desolada, amenazada ya con una nueva traslación á sitios donde pudiera prosperar libre de vecinos tan temibles.

La lucha encendíase de nuevo con aterrorizadores caractéres, y en vano por la desesperación impulsados lanzábanse los tercios santafesinos á luchar brazo á brazo con el indio, al que arrollaban algunas veces sableándolo hasta sus guaridas escondidas entre el espeso monte del Chaco misterioso. Sus salvajes moradores tenían el hambre y la sed por sus aliados; ya innundaciones espantosas convertían el territorio en mares extensos y ciénagas inhospitalarias, ya sequías matadoras agotaban hasta la última gota de agua del arroyo rumoroso ó de la laguna cristalina.

Siempre la derrota en pos de la victoria, siempre la retirada desastrosa con enjambres de bárbaros en todas direcciones, expiando el menor descuido para hacer presa en las desalentadas filas!

Y sobre las mismas huellas que dejaban los tercios en su fuga, sin disiparse aún el polvo que levantaban á su paso, el enemigo seguía su marcha avasalladora, blandiendo sus lanzas enrojecidas en las fiestas de la

guerra, alentado por la chusma anhelosa de botín, que lo acompañaba para asentarse como bandada de aves de rapiña en el campo de batalla.

II

Al fin, los lamentos de la ciudad atribulada, fueron escuchados por un hombre generoso; D. Bruno Mauricio de Zabala, quiso personalmente poner freno á la audacia siempre creciente del salvaje, y con tropas organizadas y con recursos suficientes se dirigió á Santa Fé en 1722 con ánimo resuelto á terminar del todo con situación tan afligente.

Atravesado apenas el Salado, el gobernador Zabala se vió atacado por los indios, que sin respetar sus tropas ni la gente que al huésped ilustre había salido á dar la bienvenida, le presentó batalla cerca de Santo Tomé. Huyeron los terribles mocetones al ver á los cristianos prevenidos, pero huyeron no como derrotados sino cual si concediesen una tregua para volver cuanto antes á la guerra.

Adoptadas por Zabala las medidas más apremiantes, y recobrado con su presencia el temple viril de los santafesinos, regresó aquél á Buenos Aires donde lo llamaban las funciones de su alto ministerio, dejando por su teniente de gobernador en Santa Fé á D. Francisco Javier de Echagüe y Andía, que unía á su valor probado dotes poco comunes en la época para gobernar una ciudad casi destruída y diariamente amenazada.

Hijo de Santa Fé y descendiente de una noble casa de Navarra, el nuevo gobernante adquirió títulos para granjearse el amor de sus conciudadanos y conquistar nuevos blasones para su limpio escudo.

Organizadas las fuerzas nuevamente y retemplado el espíritu de los pobladores, no esperó Echagüe que viniera la barbarie á golpear las murallas de la ciudad confiada á sus cuidados. Era á muerte el reto que lanzara al salvaje, y abandonando la vieja táctica de la guerra defensiva, ensayó la ofensiva con éxito feliz.

Ya no era el indio el que aterrorizaba con sus invasiones al centro de población; era el cristiano el que rompía con brazo de acero el misterio del Chaco pavoroso. Ya no ardían los ranchos avanzados fuera de los cantones para alumbrar el triunfo del salvaje: eran las lejanas tolderías, escondidas entre espesos matorrales y enmarañadas selvas, las que quedaban convertidas en ceniza, mientras que sus moradores se refugiaban en guaridas donde solamente el puma y el jaguar penetraban en épocas pasadas.

Los caudillos más valerosos, los más indómitos guerreros, las tribus más salvajes cedían palmo á palmo el terreno al noble conquistador cristiano. Sucedíanse las invasiones y se multiplicaban las victorias, y al paso del guerrero levantaba el Chaco su espeso cortinaje de verdura.

Cinco años duró la lucha sin intervalos. Habíase derramado á torrentes la sangre y parecía haber llegado para el indio la hora de su total exterminio.

Pero el guerrero afortunado encerraba dentro el acero de su pecho un corazón magnánimo. Había combatido al indio en defensa de su pueblo, pero una vez escarmentado aquél, emprendió la obra gloriosa que le ha conquistado más renombre que sus sangrientas victorias.

No llevaba en vano en su estandarte, como símbolo de sus aspiraciones, la imagen del Apóstol de las Indias, que evangelizaba con su palabra á los infieles. Quería empezar su obra redentora, reemplazando á la fuerza con la persuasión, á la espada con el cariño y el convencimiento.

III

Hasta entonces la guerra había sido de exterminio, y se había hecho sin dar ni pedir cuartel. Concluída una batalla era tarea excusada buscar los prisioneros; indios y cristianos se combatían con la misma ferocidad y con igual porfía.

Eran odios seculares que trataban de encontrarse para combatirse, de combatir para exterminarse. Los evangélicos esfuerzos del piadoso Las Casas, no habían hallado eco entre los conquistadores, y el indio sublevado respondía también con guerra á muerte á la guerra sin cuartel de los cristianos.

Echagüe emprendió la gran cruzada de la redención del salvaje, una vez que lo vió rendido ante sus armas.

Lejos, muy lejos, perdidas casi entre las soledades del gran Chaco, habían levantado los indios sus adua-

res, y allí fué el gobernador de Santa Fé á buscarlos por última vez en son de guerra, acariciando ya el plan que debía desarrollar más tarde con éxito favorable y para honra de su nombre.

Apenas la noche envolvió con sus tinieblas el bosque espeso dentro del cual se guarecía el enemigo, cargó al frente de sus bizarras tropas, ordenando que después de la batalla no se diese muerte á ningún indio.

Pelearon los salvajes con bravura; allí entre los toldos se agitaban presas del pánico sus mujeres y sus hijos, y sus esposos y sus padres hacían prodigios para librarlas de la cautividad ó de la muerte.

Pero fué la resistencia bien inútil. El sable cristiano abría brecha entre la horda enfurecida que presto cedió al empuje irresistible de sus guerreros.

Pronuncióse la dispersión; fueron destruídas cinco tolderías, cautivadas muchas mujeres y niños, y volvió Echagüe triunfante á la ciudad, llevando como prenda de su victoria, además de la *chusma* á algunos caciques y capitanejos prisioneros.

Había llegado el momento de la prueba decisiva. Se había tratado hasta entonces al indio como á fiera, negándosele todo sentimiento noble, toda facultad que pudiera á los ojos del mundo enaltecerlo.

Repartidas las mujeres y los niños entre las personas distinguidas por su espíritu caritativo, recomendó fuesen tratadas con dulzura, pues los confiaba no para que fuesen esclavos, sino para ser convertidos en seres útiles y por su educación iguales á los mismos á quienes los confiára.

Llevó á su propia casa á los vencidos guerreros; iniciólos personalmente en la vida civilizada, y abandonadas apenas sus tareas oficiales, entregábase de lleno á la educación de sus indios, ayudado por la noble matrona doña Josefa Gaete, su digna compañera.

Con él iban al templo á adorar ese Dios que les había hecho conocer; con él asistían á las públicas diversiones, con él compartían sus fiestas primitivas organizadas para su solaz por el gobernador á quien llamaban padre.

Una vez que comprendió que sus lecciones se habían aprovechado y que el amor que sus prisioneros le profesaban estaba en sus corazones hondamente arraigado, resolvió enviar al que mejor consideraba á tentar la reducción pacífica de los indios, ofreciéndoles semillas é instrumentos de labranza, sacerdotes que ejerciesen en las reducciones su santo ministerio, toda la protección necesaria para el desarrollo y fomento de la población proyectada y el amparo del gobernante que les hacía asegurar los quería como á propios hermanos.

Partió el mensajero cargado de regalos para los caciques indómitos y cumplió lealmente con su misión. Ponderó á los indios las delicias de la vida pacífica, describióles las magnificencias del culto cristiano y la comodidad de las viviendas. Hízoles comprender que si se les combatía era únicamente por defenderse de sus bárbaros ataques y que al frente del gobierno tenían á un padre bondadoso que había de ampararlos en todos los momentos.

Consiguió el indio llevar el convencimiento al ánimo de los caciques, que resolvieron trasladarse con sus tribus respectivas á las poblaciones que iban á fundarse, después de ajustados formalmente los tratados de paz: en el año 1733.

IV

Descansaba el vecindario de sus anteriores fatigas, y Santa Fé renacía como el fénix de la fábula de entre sus propias cenizas. Los cantones avanzados hacia todas direcciones, habían encerrado ya dentro el circuito de la línea fronteriza chacras para el cultivo y estancias para la cría del ganado. Volvía la vida con la confianza, y se empezaban á gozar de los opimos frutos de la paz.

Pero cuando más tranquila la población se encontraba entregada á sus pacíficas faenas, una nueva aterradora recorrió de hogar en hogar con rapidez de rayo. Uno de los soldados de la frontera Norte, había llegado de sus lejanos cuarteles, comunicando que seiscientos indios seguidos de gran número de mujeres y de niños se dirigía hacia la capital.

La alarma era justificada; fué puesta en conocimiento del gobernador tan triste nueva, pero éste que había averiguado ya que al frente de los indios venía una bandera blanca—señal dada por él al mensajero enviado hacia los caciques para demostrar el buen resultado de su misión—aquietó al vecindario, al que invitó para que lo acompañase á salir al encuentro de los indios.

Y organizadas sus tropas, y luciendo él su más lujoso uniforme, puesto al frente de los soldados y del pueblo, hizo alto á una legua al norte de la ciudad, donde esperó á los indios, desplegando en línea prolongada su vistosa comitiva.

Pronto los roncos instrumentos del salvaje, que había acampado á distancia de un tiro de fusil del Real cristiano, se mezclaron con los alaridos estridentes; respondieron al saludo las trompetas y tambores de los santafesinos, y por orden del gobernador el *lenguaraz* llamó á los tres caciques que iban á presentarse para que viniesen á su presencia.

Pero el bélico aparato desplegado para su recepción, había hecho nacer el temor en el ánimo de suyo desconfiado de los indios. Negábanse los caciques á pasar al campamento de los cristianos, y empezaban á murmurar y á quejarse de haber sido engañados, cuando un acto de audacia del gobernador Echagüe aquietó los ánimos y disipó las preocupaciones de los indios.

Comprendiendo la razón de aquella negativa, ordenó que ninguno de los suyos se separase de las filas, y acompañado solamente por uno de sus edecanes y el intérprete, picó espuelas dirigiéndose sin vacilar hasta llegar hasta donde los indios se encontraban.

Recorrió con admirable serenidad la línea, penetró hasta donde la chusma se encontraba, acarició á los caciques y proclamó á los guerreros que admiraban el valor de aquel hombre que se entregaba á ellos dando muestras de una completa confianza.

Apenas restablecida la calma, Echagüe bajó de su caballo é invitó á hacer lo mismo á los caciques. para tratar sobre las negociaciones de paz. Dominados por el valor de aquel hombre, obedecieron los que hacía pocos momentos murmuraban, y tendiendo en el suelo el *quillapí* de vistosa piel de tigre con que uno de ellos cubría sus bronceados y robustos hombros, y sentándose á su usanza, junto con el jefe cristiano empezaron la discusión de los tratados.

Ratificó el gobernador Echagüe sus ofrecimientos — les demostró con energía que las tropas que mandaba eran en armamento y disciplina superiores á sus bárbaras huestes, como en repetidos encuentros habían podido comprobarlo, pero que repugnaba la guerra por ser inclinado á la paz, y se las ofrecía en la convicción de que habían de cumplir por su parte con toda fidelidad lo que en aquella conferencia se pactare. Y cambiando de tono y con afabilidad hasta entonces desconocida para el indio, hablóles de las ventajas de la paz, del amor que los profesaba y de que los consideraba como hermanos á los que había combatido solamente obligado á rechazar la fuerza con la fuerza.

Y los indios, admirando á aquel hombre que en lenguaje tan viril como sincero les hablaba, iban siendo poco á poco subyugados por la sencilla elocuencia que empleaba el noble gobernante.

Pero revelábase aún su natural desconfiado que los obligaba á juzgar de la lealtad de los demás por su propia falta de lealtad. Y aun cuando ese hombre, que se les había entregado sin recelo, los imponía con su

actitud, algún temor conservaban todavía, recordando quizá que en más de una ocasión habían sido traicionados por los jefes españoles.

V

Y como para comprobar si las promesas de Echagüe eran sinceras; como para cerciorarse de su lealtad por la serenidad de su espíritu; como para ver si el valor que demostraba no era un valor fingido, uno de los caciques interrumpió la conversación, y levantándose precipitadamente dirigióse hacia Echagüe y colocó con rapidez la mano sobre su corazón. Iba á estudiar la calma de su espíritu, á espiar, si es posible decir, sus intenciones, en la serenidad de sus latidos.

Hubo un momento de espera; buscaba el indio desconfiado, un cambio en la regularidad matemática del movimiento de la víscera, una pequeña alteración tan sólo en ese latido acompasado. Pero nada; el gobernador de Santa Fé no se había inmutado un solo instante, y en su serenidad admirable reveló al indio que no había dolo en sus promesas, ni en sus protestas de cariño, fingimiento.

—*Dice verdad, no tiembla!*— dijo por fin el indio convencido y derrotada su desconfianza por aquella serenidad imperturbable.

Las paces se ajustaron bajo condiciones favorables para ambas partes contratantes y seguido por los caciques y algunos indios principales, penetraron entre el

alegre repique de las campanas y los vítores de la muchedumbre, á la ciudad de Santa Fé.

Y juzgando el guerrero creyente, que era obra de Dios el resultado obtenido á medida de sus deseos generosos, se dirigió á la Iglesia de la Compañía de Jesús en donde el clero y las comunidades religiosas lo esperaban, entonando bajo las bóvedas sagradas el *Te Deum* en acción de gracias por aquella victoria sin lágrimas ni sangre.

Las reducciones de San Javier, el Rey y San Pedro recibieron á los indígenas pobladores, cuyo ejemplo fué bien pronto seguido por los indios que habían huido hasta el corazón del desierto, después de vencidos por las tropas cristianas en la última guerra que les hiciera Echagüe al frente de sus tercios denodados.

La iniciación de la redención del salvaje, por la bondad y el cariño, en el Plata, corresponde al general Echagüe, quien mereció el dictado de padre dado por los indios, que á su muerte lo lloraron con amargura viniendo muchas veces á visitar desolados su tumba veneranda.

XIV

SANCTI SPIRITUS

1526 - 1885

XIV

SANCTI SPIRITUS

1526-1885

La muerte pues de aqueste ya sabida
El gran Carlos envía el buen Gaboto
Con una flota al gusto proveída,
Como hombre que lo entiende y que es piloto.
Entró en el Paraná, y ya sabida
La más fuerza del río le ha sido roto
Del Guaraní, dejando fabricada
La torre de Gaboto bien nombrada.

BARCO CENTENERA.—*La Argentina*—Canto I°.

I

La primera población española en el territorio argentino fundóse en jurisdicción de la hoy provincia de Santa Fé. Recibió así el bautismo de la civilización cristiana y fecundizó la semilla, en campo virgen derramada, la lágrima de la primera cautiva y la sangre de heroicos conquistadores. En sus costas extendió por vez primera la cruz sus brazos amorosos, y selló el martirio de una mujer abnegada y de un hombre enamorado la conquista.

El gran río cuyas olas habían surcado las primeras entre las europeas las naves españolas en la expedición desgraciada de Juan Díaz de Solís, no había sido aún reconocido en su totalidad. Diez años después de la

muerte del intrépido piloto se ignoraba todavía cuál fuera el curso del majestuoso río, ni qué tierras bañaban sus corrientes, ni qué hombres habitaban sus plácidas riberas.

Una casualidad, un accidente inesperado llevó al veneciano Sebastián Gaboto á plantar el estandarte de la conquista en las fértiles riberas que baña el Mar Dulce, el majestuoso Plata, al que debemos el nombre de argentinos los hijos de esta región bendita.

Había intereses políticos y económicos comprometidos entre España y las potencias europeas en todo cuanto al descubrimiento de un paso entre el Atlántico y el mar de Balboa se refería. Las islas que producían las espécias eran la manzana de la discordia, y el paso que facilitase el acceso á ellas la única solución del problema difícil en que se hallaban empeñadas.

Hernando de Magallanes cortó el nudo gordiano. Su valor y su constancia, su decisión y su martirio valieron á España el descubrimiento del estrecho. La expedición del hidalgo portugués produjo al gobierno que la protegiera, más que la primacía en el comercio con los territorios descubiertos, la solución de dos problemas trascendentales: la comunicación del Atlántico y el Pacífico y la prueba de la redondez del orbe terráqueo.

Pocos años después que la nave « Victoria » que guiaba el intrépido Sebastián de Elcano llevára el convencimiento á los sabios europeos de la esfericidad de la tierra. Sebastián Gaboto firmaba con el soberano las capitulaciones para un viaje á las islas de la Especería,

y al mando de cuatro embarcaciones que conducían seiscientos hombres de desembarco, dejaba el puerto de Sevilla y recorriendo el Guadalquivir, después de recalar en San Lúcar de Barrameda, se hacía á la mar siguiendo las huellas del inmortal Magallanes. Falto de víveres para alimentar su gente, pues la envidia de los armadores españoles y las intrigas de los portugueses le habían imposibilitado terminar los aprestos de la expedición y temiendo que el motín hiciese del todo infructuoso su trabajo, pues era imposible en las circunstancias en que se encontraba aventurarse en el estrecho, siguió el derrotero de Solís, y penetrando en el Mar Dulce y recorriendo después el Paraná, tomó puerto en la misma embocadura del Carcarañá á los 32 $^1/_2$ grados de latitud.

II

Plantado el signo de la redención á cuya sombra debía nacer, crecer y desarrollarse años más tarde un pueblo fuerte, viril y progresista, y enarbolada la bandera conquistadora, Sebastián Gaboto hizo construir sobre el ángulo sud de la barranca formado por la unión de los dos ríos, un fuerte de tierra y de madera con sus terraplenes y torreones.

Ese fuerte recibió el nombre de Sancti Spiritus.

Pronunciaba así en tierra bañada por el Paraná caudaloso su primera palabra la civilización, el *fiat* de la creación nueva que había de bordar el desierto de enton-

ces de poblaciones florecientes donde se darían cita los hombres de todas las razas y de todos los climas, viniendo ávidos de bienestar y libertad á buscar la riqueza por el trabajo y la tranquilidad por el orden y la paz.

Poblaban el territorio los Timbúes, extendida rama de la nación guaraní, belicosos y crueles en la guerra, hospitalarios y generosos en la época de paz. Vivían de la caza y de la pesca, y sus pobladas tolderías se levantaban sobre la costa del Paraná hasta el punto donde se pobló más tarde la ciudad del Rosario de Santa Fé. Celosa por su independencia no había la tribu de los timbúes aceptado extraño yugo — pertenecía á esa indómita raza que rechazando la conquista incásica había puesto de por medio con las dominadoras tropas del Señor del Cuzco, como natural barrera, el tortuoso río llamado por el conquistador Carcarañáa, en su expresivo lenguaje, límite ó frontera de los indios de cuero negro ó sucio, es decir, de los que con valor heroico habían defendido y sostenido su independencia y su libertad salvajes.

Gaboto necesitaba cohonestar la falta de cumplimiento á sus capitulaciones y llevar á cabo descubrimientos y conquistas que lo librasen de la censura en que había caído al no dirigirse á las islas de la especería.

Con este objeto y atrayendo sus miradas y su codicia el célebre imperio de los Incas, despachó á tres soldados valerosos, bajo el comando de uno apellidado César, para que descubriesen un camino hacia esa tierra

asentada sobre veneros de oro. Los aventureros después de padecimientos sinnúmero y de peligros sin cuento, lograron cruzar tan dilatada extensión de territorio y darse la mano con los soldados de Pizarro que conquistaban entonces el reino del Perú.

III

Los indios que aquella costa habitaban trataron á Gaboto con bondad, y aprovechándose de ella, convirtiólos en ayudantes de sus trabajos. El plan del marino veneciano no era permanecer inactivo en aquel punto; fiebre de conquistas y sed de oro empujaban á los expedicionarios á llevar adelante sus exploraciones atrevidas. La leyenda fantástica de Ofir, Tarsis y el Cathay, casi realizada con la esplendidez del Perú, lo atraía, y aprovechándose del trabajo de los indios y de la madera de los bosques seculares que á Sancti Spiritus rodeaban, reparó las averías de sus embarcaciones y muy pronto un bergantín construído en aquel punto lo puso en condiciones de navegar el gran río que con sus plateadas aguas bañaba aquellas riberas pintorescas.

El capitán Diego de Bracamonte, caballero de noble linaje y de comprobado valor, fué nombrado alcaide de la nueva fortaleza, en la que dejó Gaboto sesenta soldados al darse á la vela el 23 de Diciembre de 1527.

Después de correr aventuras infinitas que no hicieron desmayar su espíritu atrevido, llegó con su expedición

á la confluencia del Paraná con el Paraguay, remontando este último no sin haber hecho probar á las belicosas tribus ribereñas el temple de sus armas. La nueva de sus victorias, la noticia sobre el poder de sus armas que parecían contener el trueno, y de su aspecto del todo diferentes al de los indios, cundió por todas partes con la rapidez del relámpago, y una tribu guaraní buscó su alianza, presentándose de paz ante los exploradores.

Más que la apostura gentil de los salvajes y que sus muestras de sumisión, llamaron la atención de los expedicionarios los vistosos atavíos de que estaban adornados. Plumas de colores brillantes coronaban sus cabellos negros como el ébano y adornaban su cuerpo bronceado que se hallaba desnudo totalmente. Algunas piezas de plata lucían su brillantez ante tan extraños adornos, despertando la codicia de los españoles la vista del metal ambicionado.

No dilató mucho sin que pasaran esas piezas y las que guardaban los indios en sus toldos á manos de los conquistadores trocados con facilidad suma por cuentas de cristal y por insignificantes objetos, que los sencillos salvajes en su ignorancia juzgaban de un valor extraordinario.

Gaboto creyó haber superado con descubrimiento semejante las esperanzas que fundara al lanzarse á los peligros de la navegación y preguntó con curiosidad suma á los indios que de qué sitio extraían la plata con que se adornaban. Contestaron por señas indicando seguramente la dirección del Perú, lo que fué suficiente para que el marino juzgase que le señalaban algún sitio

inmediato, soñando con el descubrimiento y conquista de imperios opulentos donde los metales preciosos abundaban.

Satisfecho con su hallazgo, desandó el camino con dirección al fuerte de Sancti Spiritus, teniendo la contrariedad de encontrarse con la expedición de Diego García que había zarpado del cabo de Finisterre en Agosto de 1526. La presencia del marino portugués en momentos en que creía sus sueños de oro realizados, inquietaron el ánimo de Gaboto, quien pudo al fin conseguir que García regresase para España después de haber desembarcado con él en Sancti Spiritus, y desde este punto envió dos mensajeros á la Corte para que hiciesen al monarca español fantásticas descripciones de las tierras que baña el río de Solís, al que se dió el nombre de la Plata, remitiendo al mismo tiempo piezas de este metal, joyas y tejidos que debían servir de incentivo á la codicia y confirmar las ponderaciones de sus enviados.

Sucedió tal cual el astuto marino imaginara; las noticias del Perú habían enloquecido á la Corte, anhelosa siempre de ricas conquistas, y la vista de la plata remitida sirvió de pábulo á la fiebre de riquezas. Soñaban con montes de oro y con preciosas piedras fácilmente obtenidas en las recién descubiertas tierras, que no tenían, por otra parte, más minas que las de inagotables riquezas arrancadas por el trabajo del hombre á la tierra virgen y fecunda y que no se consiguen empleando soldados ni mineros, sino hábiles y constantes agricultores.

La fama del descubrimiento se extendió por todas partes; quitóse al río el nombre de Solís para darle el pomposo de la Plata, dando así origen al glorioso de argentinos, de que nos enorgullecemos sus hijos con justicia.

Pero los anhelados socorros para dar cima á la conquista no llegaban y Sebastián Gaboto receloso por tardanza semejante dejó como jefe del fuerte de Sancti Spiritus al capitán Nuño de Lara y á Mendo Rodríguez de Oviedo por segundo, con 170 soldados y algunos niños y mujeres, y se dirigió á España con ánimo de acelerar los aprestos de la nueva expedición con que volvería á realizar sus sueños de grandeza.

IV

Los pobladores del territorio donde se había levantado el fuerte — los timbúes — eran grandes y altos, trayendo á ambos lados de la nariz embutida una estrellita de piedra blanca y azul, al decir de Ulderico Schmidel. Numerosos eran sus guerreros y podían con facilidad suma poner sobre las armas quince mil soldados para disputar el paso al enemigo. Pero la presencia de hombres que navegaban en embarcaciones gigantescas comparadas con sus débiles esquifes formados de troncos ahuecados á fuego, sus extraños y vistosos vestidos y la brillantez de sus bruñidas armaduras, y teniendo al trueno y al rayo por aliados, encogieron sus espíritus y miraron á los huéspedes con superticiosa admiración.

Dóciles y sumisos obsequiaron con los productos naturales de la tierra á los extraños visitantes; prestáronles auxilios en los trabajos del fuerte y en la reparación de los navíos — recogieron para ellos la miel más dulce de las colmenas del bosque y del camuatí de las islas, y para ellos se esforzaron en cazar gamas, ciervos y avestruces, y pescar de los ríos los más sabrosos peces.

Así pasaron dos años los habitantes de Sancti Spiritus desde la partida de Sebastián Gaboto al viejo mundo. La lejanía de la patria se compensaba con la vida tranquila que se llevaba en la fortaleza, y la certeza del pronto socorro y de la espléndida conquista llenaban de esperanzas halagüeñas el alma de los españoles.

Pero una mujer hermosa á orillas del Jenil nacida y que tenía en sus miradas la atracción magnética de las hijas de la bella Andalucía, encendió la llama voraz de la pasión en el corazón de Mangoré, cacique de la tribu de Timbúes que servía de aliada á los pobladores de Sancti Spiritus.

Era Lucía Miranda, esposa de Sebastián Hurtado, el más valioso adorno, la prenda más preciada de aquel fuerte para el cacique Timbú, que la amaba con todo el fuego de una pasión salvaje. Las mujeres de su tribu, que viejas y mozas según Schmidel, eran el prototipo de la fealdad, formaban notable contraste con aquella andaluza simpática y hermosa que acompañaba á Hurtado en sus peligrosas aventuras. El fuerte atraía como el imán al acero á Mangoré, y esforzábase por llevar á

él con frecuencia los víveres necesarios para el mantenimiento de la guarnición; no era el anhelo por llenar los deberes de la hospitalidad lo que llevaba al cacique hacia los españoles — era Lucía la que lo atraía y subyugaba.

Con tan frecuente trato vibró muy pronto y con fuego salvaje en el corazón del indio la cuerda del amor, amor contrariado día por día, y día por día enardecido por los celos al ver en brazos de su esposo á la mujer querida; amor que aumentaba la imposibilidad de conseguir correspondencia y que había hecho nacer un infierno en el ardiente corazón de Mangoré.

La veía en sus sueños voluptuosos reina de sus tolderías, alejada del cristiano, recibir el vasallaje de sus guerreros; soñaba volver vencedor de sus bélicas incursiones deponiendo á los pies de la hermosa española los trofeos arrancados al enemigo por su brazo poderoso. Y para realizar estos sueños no podía disponer de los lazos de la seducción; comprendía en medio de su rudeza que entre él y Lucía se encontraba un abismo, y por fin haciendo explosión esa pasión frenética se resolvió á llenar ese abismo con la sangre de sus aliados.

De acuerdo con su hermano Siripo dispuso aprovechar una ocasión favorable para lograr obtener por un golpe de mano el tesoro que ambicionaba.

La alianza de españoles y timbúes iba á romperse por una bárbara traición y á desaparecer Sancti Spiritus consumido por el incendio pavoroso.

Pero no era fácil la obra sin embargo; disponían los

españoles de armas formidables que ni aun con el número podían los indios desafiar.

Sólo la traición podía dar al cacique la victoria y á la traición apeló, forjando la diabólica trama en sus noches de insomnio, cuando el recuerdo de su insensato amor conmovía hasta la última de sus fibras, cuando el demonio de los celos desataba tempestades en su cráneo y torrentes de odio inundaban su corazón enamorado.

V

Fingió en los primeros días transcurridos después de adoptada su resolución postrera, un retraimiento inexplicable para los españoles. Los víveres escasearon en el fuerte y Nuño de Lara envió cuarenta soldados para que á bordo de un bergantín y á las órdenes de Ruy García Mosquera se trasladasen á las islas en procura del alimento necesario.

Entre ellos, bien ajeno á la desgracia que se cernía sobre su cabeza y la de su bella compañera, se hallaba Hurtado, el afortunado esposo de Lucía.

Mangoré espiaba día y noche el fuerte de Sancti Spiritus; la partida de García Mosquera debilitaba la guarnición y ofrecía al cacique la ocasión esperada para dar cima á sus proyectos. Iba al fin á dar libre cauce á su odio hacia el cristiano y á arrebatar entre sus brazos á la mujer que amaba con locura!

VI

Reunió á sus guerreros apostándolos en un sauzal, á corta distancia de la fortaleza, preparados al ataque impetuoso en cuanto diese la seña convenida y él seguido por treinta de sus más fornidos mocetones cargados de caza y pesca, miel y maíz, se presentó en Sancti Spiritus reanudando con su obsequio las interrumpidas relaciones.

Era la noche del 7 de Enero de 1532.

El capitán Nuño de Lara y sus soldados recibieron al cacique con cariño. Alojáronlo en el fuerte y celebraron en su obsequio una fiesta que iba á ser el banquete fúnebre de aquellos hombres descuidados. Mangoré devoraba con los ojos á su víctima, que no recelaba de la suerte que antes de mucho había de tornar en lágrimas sus sonrisas.

Astuto el indio, no demostraba en su exterior la interna inquietud que hacía latir su corazón apresuradamente. Terminada la fiesta y saciada con los obsequios la necesidad de alimento que empezaba á notarse entre los habitantes del fuerte, el sueño hizo en ellos presa y un sepulcral silencio sucedió á la alegre conversación y á la algazara. Sólo Mangoré velaba con los suyos esperando que llegara la hora de la traición; con el mayor sigilo y burlando la vigilancia de los centinelas hizo la señal convenida, señal que pasó desapercibida para todos menos para los indios acostumbrados á entenderse y á hablarse desde distancias lejanas con ramas tronchadas y yerbas combinadas de maneras

diferentes ó con imperceptibles gritos que remedan el canto de los pájaros ó el silbido de los reptiles.

Siripo que mandaba la emboscada, cuyo número eleva á cuatro mil algún cronista, se acercó cauteloso hasta los muros y fosos de la fortaleza, y á un tiempo mismo mientras Mangoré con sus indios escogidos pegaba fuego al fuerte y empezaba la matanza, Siripo con los suyos se apoderaba de las puertas, quemaba las habitaciones y juntos, como poseídos del espíritu infernal, sembraban el terror entre los soldados españoles, que sorprendidos en su profundo sueño, no atinaban á defenderse de tan repentino como sangriento ataque.

Rehechos sin embargo respondieron con ímpetu á la agresión traidora. Nuño de Lara hizo prodigios de valor, rompió las compactas filas de los indios al filo de su espada y buscó á Mangoré que alentaba á sus guerreros esperando con la victoria obtener como lauro ambicionado á la mujer querida.

Enardecido Lara á la vista del traidor, se avalanzó sobre él, y herido y magullado dióle un golpe mortal, rematando con ira al causante del desastre; cerró después contra el resto de los indios, pero acosado por el número rindióse su indomable coraje cayendo como un heroe, muerto pero no vencido.

Fué esta para el indio la señal de la victoria — el incendio y la ruina del fuerte de Gaboto quedó consumada; la primera población cristiana á orillas del Paraná fué convertida en un montón de escombros y de cadáveres calcinados. El incendio alumbró bien pronto el sitio de la catástrofe.

Sólo cinco mujeres y algunos niños escaparon con vida de la matanza para llorar en el cautiverio su libertad perdida en los toldos inmundos del salvaje.

Lucía Miranda, causa inocente de aquel drama de lágrimas y de sangre, fué una de ellas.

VII

Siripo heredó el cacicazgo por muerte de su hermano, heredando con el poder la pasión fatal que á Mangoré condujera á la traición y á la muerte. No quiso tomar para sí parte alguna del botín que había puesto en sus manos la infame felonía; sólo la esposa de Hurtado fué como rica joya trasportada al toldo del cacique.

La esclava pudo muy pronto convertirse en reina de su amo, pero á sus brutales caricias respondía con indignación creciente, contrastando su castidad con la lubricidad del indio apasionado. Prefería la muerte antes que ceder á los bárbaros deseos del salvaje en cuyas manos había caído para su desgracia.

Poco después García Mosquera y su gente regresaban en el bergantín, no hallando de la fortaleza sino ruinas y los cadáveres insepultos de su defensores. Buscó inútilmente Hurtado el cadáver de su Lucía y removió en vano los escombros; sospechando de la verdad aun cuando antecedentes de la pasión del indio no tuviera, desoyó las advertencias de sus compañeros, y llevado por su amor, internóse entre el bosque enmarañado.

Era la constancia en busca de la fidelidad.

García Mosquera después de dar sepultura á los cadáveres se hizo á la vela con dirección al Brasil, no teniendo objeto su estadía en las ruinas aun humeantes de Sancti Spiritus y sin elementos suficientes para vengar el crimen bárbaro perpetrado por los salvajes en aquella infausta noche.

Sebastián Hurtado, continuó su peregrinación al través de la selva, siendo al fin apresado por los timbúes y conducido á presencia de Siripo. Bramó el indio de celos y coraje al ver entre sus garras al odiado rival y ordenó su inmediata ejecución; pero el ascendiente que Lucía tenía sobre el cacique, salvó entonces á su esposo de la muerte. Arrojóse á sus pies y pidió y obtuvo el perdón de Hurtado, con la condición de que no habían de estar juntos jamás, y creyendo añadir á este acto una nueva gracia, prometió Siripo desposarlo con una de las bellezas de la tribu.

Las promesas juradas en aquel momento supremo no fueron cumplidas; burlaron en sus entrevistas la astucia del cacique, pero los celos de una india por éste repudiada á causa de Lucía, descubrieron muy pronto á los amantes. Sembró la desconfianza en el espíritu de Siripo anhelando volver á ocupar en el toldo el lugar de donde se la arrojára, y el indio ocultando su rabia con astucia, espió á los esposos desgraciados, encontrándolos en escondido sitio entregados á pláticas tiernísimas.

El furor del cacique timbú, no tuvo límites; bramaba como la fiera enfurecida, y trocándose en odio frenético su amor hacia Lucía la hizo arrojar viva en una hogue-

ra, mientras Hurtado presenciaba estremecido el martirio horrible de su esposa.

Después fué amarrado al tronco de un árbol y sirviendo de blanco á los guerreros de la tribu, murió bárbaramente asaeteado.

Tal fué el final del drama sangriento de Sancti Spíritus, así desapareció la población primera que fundaron los cristianos á las márgenes del Paraná caudaloso.

Comenzó con un acto de heroismo y concluyó con el martirio de Hurtado y de Lucía; el amor brutal de dos salvajes finalizó con el amor castísimo de los tiernos esposos de la expedición de Gaboto..................

....

....

....

VIII

El 13 de Noviembre de 1885, visitando con el doctor Estanislao S. Zeballos el pueblo Gaboto, tratamos de inquirir en que sitio podríamos encontrar las ruinas de Sancti Spiritus. Nadie podía responder cumplidamente á nuestras preguntas; se sabía la historia tierna de Hurtado y de Lucía, pero se ignoraba totalmente el sitio de la catástrofe.

No desmayando empero del éxito de nuestra justa curiosidad, acompañados de los principales vecinos del pueblo, emprendimos la marcha buscando la desembo-

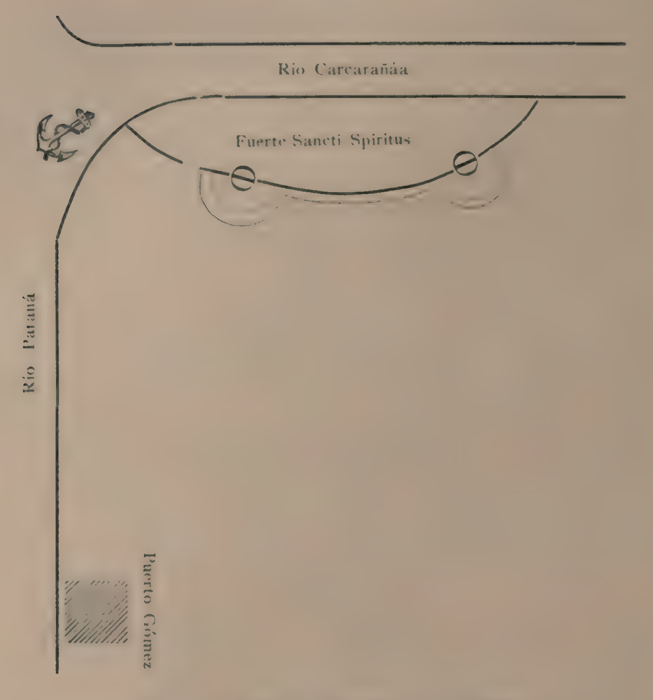
cadura del Carcarañáa. Nada parecía quedar de las ruinas del fuerte; la barranca en grandes trozos derribada por las crecientes, sólo nos dejaba ver de vez en cuando fragmentos de tosca alfarería, cuyos dibujos demostraban ser obra de antiguas tribus pobladoras de aquel territorio. Frondosos árboles se levantaban sobre las barrancas, y tupidos malezales imposibilitaban la marcha.

Desesperando de encontrar el sitio de la fortaleza y apremiados por la necesidad de emprender nuevamente el viaje nos retirábamos, cuando descubrimos un foso ancho, ya casi cubierto de vegetación, y que denotaba datar de muchos años la época en que fuera cavado.

Este hallazgo bastó para volver el ánimo á los que desesperaban de encontrar el sitio donde se levantó el fuerte de Sancti Spiritus, y después de investigaciones prolijas, tuvimos el placer de constatar que no habían sido nuestras esperanzas defraudadas.

Lo que del foso quedaba tendría seis pies de ancho. A distancia de 50 varas uno de otro, demarcábanse perfectamente los torreones, y hacia el río Paraná notábase el endurecimiento del suelo en un espacio de dos varas, lo que nos hizo suponer que fuera la puerta de la fortaleza.

Levantóse allí mismo el plano que hoy publicamos, y nos descubrimos por respeto á la memoria de los conquistadores caídos bajo el arma de los bárbaros, y en homenaje á las dos víctimas de la lealtad y del amor.



Plano de las ruinas del fuerte de Sancti Spiritus
levantado sobre el terreno por los doctores Estanislao S. Zeballos
y Ramón J. Lassaga, el 13 de Noviembre de 1885.

XV

EL SANTUARIO DE GUADALUPE

(PROVINCIA DE SANTA FÉ)

XV

EL SANTUARIO DE GUADALUPE

(PROVINCIA DE SANTA FÉ)

APUNTES SOBRE SU FUNDACIÓN

Al canónigo Don Severo Echagüe.

Una práctica devota observada en el rústico hogar, la invocación que acostumbraban hacer sus padres en los momentos angustiosos de la vida, hán dejado en el espíritu del campesino huellas que el vivir mismo no ha podido borrar.

P. GOYENA.—*Introducción á la «Historia de la Virgen de Lujan».*

Al acercarse á las poblaciones lo primero que responde á la mirada investigadora del viajero es la torre del monumento religioso. Là religión como base y coronación de toda sociedad, levanta su cabeza sobre las habitaciones del hombre como un pensamiento de unidad y amparo.

FRANCISCO BILBAO. - *«Vida de Santa Rosa».*

En las baldosas del piso de la pequeña sacristía del Santuario de Guadalupe, su fabricante escribió la historia de la fundación del ya célebre oratorio. El paso de los años ha marcado su huella, borrando una gran parte de las inscripciones y dibujos; pero pacientes investigaciones y no escaso trabajo, nos puso en condiciones de evitar su pérdida total, lavando muchas veces el piso para poder obtener un dato preciso ó descifrar una inscripción medio borrada. Felizmente con-

seguimos salvar del olvido una gran parte de aquellos apuntes, que la habilidad y la paciencia del hermitaño La Rosa quiso perpetuar en las baldosas del primer prebisterio del Santuario.

I

A distancia de una legua de la ciudad de Santa Fé, se encuentra la célebre capilla de la Virgen de Guadalupe; edificada sobre un terreno llano que la primavera viste de flores y verdura, trae á la memoria el recuerdo de las antiguas hermitas con sus naranjos y palmeras. El blanco campanario hoy coronado de azulejos, destacándose sobre un cielo de azul purísimo, revelaría en otro tiempo al pasajero que allí, en aquel desierto, se encontraba un asilo donde pudiera tranquilo descansar de sus fatigas sin inquietarse por la proximidad de los salvajes, pues hasta el indio bárbaro que hacía temblar de espanto al habitante de la ciudad, respetaba ese pequeño templo levantado en la soledad por la piedad cristiana como un baluarte inespugnable, como un seguro asilo contra las hordas destructoras que amenazaban diariamente á Santa Fé con la desvastación y con la ruina.

Y en efecto: fué ese santuario varias veces el refugio del desesperado campesino que escapaba de la lanza del indio por un acto de heroico arrojo ó por una combinación aventurada. Esas murallas de tierra escudaron en más de una ocasión á los perseguidos por los

bárbaros que no retrocedían ante tropas aguerridas ni ante los cañones del cantón, y que contenidos por un superticioso respeto, se detenían en los alrededores de Guadalupe, sin acercarse á sus paredes.

Hoy ese sitio desierto, se ha convertido en una colonia floreciente; la selva impenetrable de otro tiempo ha sido talada totalmente, y en su lugar la vista se deleita al contemplar las quintas cultivadas con sus jardines de diamelas y de rosas y sus bosques de nogales, naranjos y limoneros, con sus cercos de pita ó eucaliptus y sus océanos de trigo que mece la brisa perfumada, imprimiendo al verde tallo ondulaciones suavísimas. A la guarida del salvaje, ha reemplazado la hermosa y sencilla casa de campo suiza ó alemana, con su rojo tejado y su nítida blancura, en cuya puerta el colono, ayer pobre y enriquecido hoy con su trabajo, se sienta rodeado de sus rubios hijos á los que cuenta la historia de la libre Helvecia ó la ilustrada Germania, mientras ellos lo interrumpen con infantil imprudencia, para repetirle la narración de las campañas argentinas, de las glorias de su patria americana, que aprenden en la vecina escuela, en esa casita rústica pero alegre, sombreada por frondosos paraísos y perfumada con las flores campesinas.

Todo ha cambiado, todo!—pero como dulces memorias de otros días, como recuerdo de los pasados tiempos, cuando la tarde declina y balan las ovejas en el establo aprisionadas, cuando el sol muere entre una explosión de luces y colores, el toque del Angelus se escucha; la campana anuncia que ha llegado la hora de la oración

y la plegaria, y desde la torre del Santuario de Guadalupe, vibra hoy como vibraba en épocas lejanas, el sonido del bronce santo que no apagaron entonces los alaridos del salvaje, y que no apaga hoy el silbato de las trilladoras á vapor, que escucha el colono alborozado como si fuera el himno de la opima cosecha.

Todo ha cambiado, todo! —la transformación llega desde la casa al que la habita. El traje pintoresco del gaucho ha desaparecido con sus hábitos nómades y sus aventuras sangrientas y sus juegos caballerescos; pero el colono extranjero, como el gaucho argentino, rinden culto á María en su poético santuario, y enseñan á sus hijos las santas oraciones que aprendieron éstos de sus padres y aquéllos repitieron en reverencia de la Virgen del lugar.

II

A últimos del pasado siglo, vivía en la ciudad de Santa Fé don Francisco Javier de La Rosa, hijo de don Carlos de La Rosa, ciudadano Romano, y de doña Rosa Setubal de familia patricia de aquella ciudad.

Pasaba Francisco Javier una vida tranquila y devota, retirado del bullicio social en una casa situada en los alrededores del pueblo, en el paraje denominado *la cuadra* en esos tiempos. Modelo de virtud y de piedad, vestía el hábito de los hermanos terceros de San Francisco y era conocido con el nombre de el *hermitaño*, «por la vida retirada que hacía» según apuntes que tenemos á la vista.

Dado á la oración y á las lecturas piadosas, pasaba sus horas solitarias, y dando algunas veces tregua á sus místicos coloquios, ejercitábase en la pintura y en la escultura sin más maestros que su propia inclinación y los escasos libros que se podían adquirir en esa época.

Cuando se entregaba á la oración, no había fuerza bastante que pudiera interrumpirlo, ni causa alguna que lograra distraerlo de su piadosa tarea. Parecía que extático quedaba en la contemplación de un algo que lo separaba del mundo de los vivos. Pero para entregarse de lleno á sus meditaciones, no cerraba del todo las puertas de su hermita; entornábalas apenas, pero en la parte exterior de ellas colocaba á modo de aviso un tablero donde había escrito la siguiente estrofa:

En valde no está entornada;
No te canses en golpear
Que estando desocupado
Abierta la habéis de hallar!

Esta vida retirada tuvo por fin su término—quiso alejarse más de la población, para entregarse con mayor libertad á la oración y al recogimiento, y para conseguirlo internóse en la campaña norte donde estableció su residencia, fundando el santuario de Guadalupe aprovechándose del ofrecimiento de un miembro de su familia para que se pusiese al frente de un oratorio particular establecido en aquel paraje desde hacía algunos años.

III

Al promediar el siglo XVIII erigió Don Juan González de Setubal en un campo de su propiedad, á una legua al Norte de Santa Fé, un oratorio dedicado á la Virgen de las Mercedes, retirándose á vivir allí con su familia.

En ese oratorio, del cual quedan apenas insignificantes vestigios, rindióse por vez primera culto en Santa Fé á la Virgen de Guadalupe. Allí tuvo su origen la devoción del pueblo santafesino por la imagen de esa advocación, imagen que ha visto á sus plantas muchas generaciones y recibido las ofrendas de los magnates poderosos y de los humildes obreros.

Revolviendo viejos libros en la biblioteca del Convento de Mercedarios el Padre Miguel Sánchez, encontró una estampa representando la aparición de la Virgen al indio Diego en Guadalupe de Méjico. Gozoso con el hallazgo y deseando colocar la imagen en un cuadro, cuenta la tradición que salía el buen mercedario hacia la calle, cuando encontróse en la portería con una mujer desconocida que le ofreció en venta un marco dorado con molduras. Como el objeto le agradase, aceptó la propuesta de la desconocida, y apenas alejóse ésta, colocó su imagen en el cuadro; y tan bien se ajustó la estampa al marco, que el Padre Sánchez entró alborozado á su Convento, contando con admiración á sus compañeros aquel extraño caso.

Con permiso de la familia de Setubal, el mismo Padre Sánchez llevó su imagen de la Virgen al oratorio

de la Merced, é improvisando una cátedra con una mesa que rodeó de verdes ramas y guirnaldas de sencillas flores campesinas, hizo el panegírico, oficiando en la misa solemne el Doctor Vera y Mugica, cura rector de la Matriz de Santa Fé.

IV

Á la muerte de González de Setubal y por pedido de su viuda, quedó á cargo del oratorio D. Francisco de La Rosa, el Hermitaño. Pero como el pequeño templo estaba á punto de desplomarse, siendo imposible toda refacción por su estado ruinoso, el encargado de él, tratando de llevar adelante una idea que hacía tiempo lo halagaba, pidió á su tía una fracción de terreno á aquel sitio cercana, para erigir allí con sus propios recursos un santuario á la Virgen bajo la advocación de Guadalupe.

La señora de Setubal accedió á los deseos de su sobrino, quien el 4 de Diciembre de 1779 empezó la obra, empleando en ella no sólo su dinero sino su trabajo personal y su clara inteligencia, tanto en las duras tareas de la construcción, como también sus conocimientos artísticos para el ornamento del santuario.

A su familia, á sus amigos, á la caridad pública implorada de puerta en puerta, todo puso á contribución el Hermitaño para realizar con esa obra piadosa sus aspiraciones religiosas. Cuéntase que muchas veces abandonaba los umbrales de una casa de donde lo habían despedido con injurias por pedir limosna para su

oratorio, y paciente y resignado sin exhalar una queja, sin pronunciar una palabra de desahogo, marchaba á la iglesia vecina á devorar bajo sus bóvedas las lágrimas que á raudales brotaban de sus ojos, pero sin que esas contrariedades lo acobardasen un punto, ni hiciesen vacilar su espíritu sereno.

Y esa constancia digna del mayor encomio era obra de su fe inquebrantable, de su carácter enérgico, cuando del bien se trataba. Despreciaba los rigores del clima, como hacía caso omiso de las injurias de los hombres, que puesta en Dios su confianza, de Dios esperaba el premio á que aspiraba.

Y lo obtuvo por fin; sus sacrificios fueron recompensados, pues ya en 1780 colocaba en el altar la imagen de la Virgen á cuyo culto había consagrado su existencia, y un año más tarde el retablo tallado por su propia mano ocupaba el lugar correspondiente, teniendo alrededor grandes medallones al óleo en que había pintado la historia de la aparición de Guadalupe. Esos medallones se conservan aún, y si dejan mucho que desear en cuanto á su valor artístico, atestiguan el soberano esfuerzo del Hermitaño para aprender la pintura sin más maestro que su propia aspiración.

V

Las grandes baldosas fabricadas también por él en 1781, fueron colocadas en el presbiterio y se hallan adornadas con alegóricas figuras é inscripciones que utilizamos ahora al escribir estos apuntes.

La Rosa, que por falta de medios pecuniarios no podía ver tan pronto cual lo deseaba terminada la obra que con tanto afán había empezado, abandonó á Santa Fé el año 1794, por llamado del cura de Curuzucuatiá para que le fundiese las campanas destinadas á aquella iglesia, comprometiéndose á darle los elementos necesarios para la total terminación de la capilla de Guadalupe en compensación de aquel trabajo.

Trabajó con tesón para cumplir con los compromisos contraídos, pero el premio de sus afanes no pudo obtenerlo; á tan larga distancia del pueblo en que naciera, del santuario que amara y de los seres que le eran queridos, le sorprendió la muerte, dejando incompleta la obra cuya iniciación le pertenecía.

Francisco Javier de La Rosa debe haber sido un hombre de clara inteligencia y de conocimientos generales, teniendo rudimentos de todas las artes. Levantó el plano y dirigió la construcción del santuario trabajando en ella personalmente cuando las circunstancias lo exigían; fundió las campanas del templo y pudo en un momento de regocijo inmenso exclamar con el obrero de Schiller:

Ah! nos oyó la celestial grandeza,
Ved salir de la rústica envoltura
Como dorada estrella que fulgura
Terso y luciente el rayo atrononador!

Fabricó las baldosas en donde con paciencia y buen gusto grabó figuras emblemáticas y consignó las fechas más memorables de la historia de la fundación de su oratorio; construyó adornándolo de primorosos tallados

el retablo del altar mayor que aun se conserva, pintando finalmente dos grandes cuadros al óleo con las imágenes de los más celebrados hermitaños, á cada una de las cuales acompañan datos biográficos escritos con letra microscópica á pincel. Y cual si esto fuera poco para un hombre que no disponía de abundantes recursos, teniendo por otra parte embargado todo su tiempo en los trabajos de la construcción del santuario, dejó una obra que aun se conserva inédita, sobre la vida de los heremitas de la Tebaida y el Egipto, adornada de dibujos primorosos y de sinnúmero de imágenes.

Y como para probar á la posteridad su habilidad y su paciencia, en la dura madera de las ventanas puédense descifrar las inscripciones que grabó con mano firme y segura sobre temas religiosos.

Y el arquitecto, el albañil, el tallista, el fundidor, el dibujante, el biógrafo, el ladrillero, entretuvo también sus ocios con la versificación, la que si no nos revela en ella un verdadero poeta, da á conocer por lo menos su inteligencia y la multiplicidad de las facultades con que la naturaleza lo adornára.

En uno de los medallones que rodean el retablo del altar mayor existe un retrato del Hermitaño que él mismo pintó, arrodillado á los pies de la Virgen de Guadalupe. Viste traje talar y su actitud devota y recogida es semejante á la que tienen los santos anacoretas que aun pueden verse en los lienzos que en la capilla se conservan. Denota su frente, inteligencia; pálido y demacrado revela el semblante las mortificaciones voluntarias á que se sujetaba para encadenar con el

cilicio la carne rebelde vencida por su fe y por su voluntad que debía tener el temple del acero. La distinguida señora Ana Galán de Coll ha hecho un precioso retrato de La Rosa teniendo por modelo la miniatura que existe en el retablo.

VI

Muerto en Curuzucuatiá el iniciador y primer obrero del santuario, la obra quedó incompleta. No había quien llevase á cabo sus sacrificios sinnúmero para terminarla; faltábale la cabeza y el brazo, la inteligencia y la acción, pero á los pocos años el pueblo de Santa Fé con sus ofrendas piadosas contribuyó á la terminación del santuario.

El año 1800 D. Miguel Garmendia hizo á su costa enladrillar toda la iglesia, pues el Hermitaño sólo alcanzó á terminar el piso del presbiterio. En 1822 reformóse totalmente el techo con la donación pecuniaria de D. Pedro Aldao y el producto de una suscrición popular que recogió una comisión á cuyo frente se hallaba el patriota D. José Elías Galisteo. En 1855 el Dr. D. Juan Francisco Seguí y los Sres. Domingo Crespo, José María y Guillermo Cullen contribuyeron al cambio del techo de los corredores de la capilla. En 1872, D. Ventura Coll hizo construir la bóveda del presbiterio, una nueva sacristía y dos cuartos para comodidad de las personas que acuden á aquel sitio atraídas por la fama de los portentos obrados por la patrona del santuario. En 1873 edificóse la nueva torre

y en 1874 se prolongaron las galerías, obra que se continuó y terminó el año siguiente. El gobernador de Santa Fé D. Servando Bayo regaló la chapa de mármol que se encuentra en el frontis de la iglesia y que contiene la siguiente inscripción grabada en madera por el Hermitaño fundador:

NON FECIT TALITER OMNI NATIONE!

Y al dar los nombres de algunas personas de las que al ornamento del templo han contribuído, se recuerdan tan solamente los de cuatro gobernadores de la Provincia, porque fuera interminable tarea enumerar uno por uno los de todos los que han hecho acto de donación pública ofreciendo sus donativos para la terminación de aquel santuario.

En los últimos tiempos dos venerables sacerdotes, dos verdaderos ministros del Cristo, hombres de la talla del presbítero Brocherzo, cuyo esbozo biográfico ha hecho con maestra mano el Dr. Cárcano en libro destinado á vivir en la posteridad, han sido los que más han contribuído á rodear de esplendor el culto de María de Guadalupe. Uno, D. José Luis Doldán, fundador del templo del Carmen en Santa Fé, no existe ya: el otro, á quien estos apuntes se dedican vive aún para alivio de los pobres y edificación del pueblo, y con su celo y su piadosa consagración al servicio del santuario ha contribuído poderosamente á aumentar el culto de la Virgen. Llena con celo evangélico la voluntaria obligación que se ha impuesto no sólo de cuidar el santuario levantado por Setubal, sino fomentando el

progreso material y social de la colonia, formando allí sociedades musicales y velando por la educación de los hijos de los agricultores.

VII

El indio en sus invasiones desvastadoras respetó siempre la capilla de Guadalupe, cual si una fuerza misteriosa lo apartara de sus cercanías aun en las épocas en que ébrio de sangre y de matanza y ensoberbecido con el botín conquistado festejara muy cerca de los muros del santuario la victoria conseguida, con las borracheras que lo transforman de ser humano en una bestia feroz.

La tremenda invasión del 6 de Julio de 1819 fué causa de que se abandonasen todos los establecimientos agrícolas ó ganaderos de los alrededores de Santa Fé. Los moradores de Guadalupe - miembros de la familia de González de Setubal — aterrorizados por los asesinatos bárbaros y los vandálicos saqueos, retiráronse también del santuario buscando en la ciudad su salvación.

Tres años estuvo la iglesia abandonada · los salvajes reinaban hasta los muros mismos de Santa Fé. Y cuando el general López consiguió arrojarlos de sus posesiones arrollándolos hasta el corazón de los desiertos del Gran Chaco, se encontró el santuario intacto y libre de toda profanación. En sus cercanías había crecido la yerba que el indio no osó hollar con su planta ni cortar con sus manos, conservándose en el altar

valiosas prendas de oro y plata que no se habían podido sacar en la rapidez de la fuga.

Es célebre el 13 de Noviembre de 1832 por el ataque llevado á Santa Fé por hordas numerosas y ensoberbecidas, que arrollando cuanto á su paso se oponía, llegaron hasta los arrabales de la ciudad, dejando como huellas imborrables de su paso la desolación y la ruina. Pero el santuario de Guadalupe fué como en 1819 respetado, sin que ninguno de los guerreros bárbaros se atreviese á acercarse, por más que veía discurrir descuidados á la sombra de los árboles ó debajo de las amplias galerías á los miembros de la familia que se había consagrado á su cuidado.

VIII

El hermitaño La Rosa nos ha dejado escritos en los ladrillos los principales apuntes sobre la fundación del santuario. En uno de ellos, que rodeado de dorado marco se encuentra hoy en la sacristía y que hallamos y desciframos después de un ímprobo trabajo para arrancarle la capa de tierra endurecida por el transcurso de cien años, dice:

> La Capilla se empezó año de 1779 día 4 de Diciembre; las veldozas se hicieron el año de 81. La Capilla la Virgen la ha levantado pues ella la ha procurado con su divino poder venciendo contradicciones del poder de Lucifer y muchas dificultades que ella hizo desvanecer.

En otra que seguramente formaba parte de aquellas en que se narraba la aparición en Guadalupe de la Virgen al indio Diego, y que se hallan en su mayor parte deterioradas y sus inscripciones borradas, trae la siguiente estrofa:

Hijo Juan Diego—le dice—
Un mensage me has de hacer,
A México te has de ir
Y al arzobispo has de ver.

Las otras contienen tan solo fragmentos que son difíciles de descifrar. En uno de los más completos se puede leer esta inscripción:

Ya la viste rematada
La Capilla destinada
á rendir nuestras creencias,
Y así veremos lograda
la protección de la Virgen
En el campo retirada.

Varias figuras alegóricas se encuentran grabadas en aquellos ladrillos, figuras que se han conservado enteras hasta el presente y cuyas inscripciones dicen: *Sois de estrellas coronada—Sois Ciudad de refugio—Sois el trono de Salomón—La paloma de Noé—Blanca piel de Gedeón—Escala celestial de la gloria—Trono de Salomón—Lumbre del sol luminoso*, acompañando cada una con su correspondiente alegoría.

IX

Pudiéranse llenar libros enteros con los portentos atribuídos á la intercesión de María Guadalupe en su santuario de Santa Fé. La imagen que ha sustituído á la primitiva del Padre Sánchez, es objeto de fervoroso culto para el pueblo que ha enriquecido con valiosísimos donativos el tesoro de la capilla; ha sido esta visitada por los presidentes de la República y por los gobernadores de la Provincia, que han depositado sus ofrendas ante la imagen de aquella:

....Arca sellada, guardadora
Del tesoro inmortal de la clemencia
De Dios—ser de su ser—fe del que ora,
Santuario del pudor, de la inocencia
Pabellón perfumado, cimbradora
Palma triunfal del Gólgota....

de que en inmortales estrofas nos habla el más grande de los modernos poetas españoles.

La humilde obra del hermitaño La Rosa se ha engrandecido con el tiempo y se engrandecerá en lo sucesivo, pues la corriente poderosa de las nuevas ideas no es suficiente para arrancar de cuajo del corazón humano arraigados sentimientos de religión y de piedad, que se inoculan en el alma con la enseñanza tierna de la madre, que se basan en cultos tiernos y atrayentes, que se salvan de las borrascas de la vida y que se imponen de una manera irresistible por más que la lucha por la verdad, traiga aparejadas muchas veces las vacilaciones y las dudas.

Y así se ve que en la metamorfosis operada en nuestra tierra, mientras desaparecen de los campos con el bosque primitivo, los salvajes y las fieras, el desierto misterioso y el sepulcral silencio, en medio del estrépito revelador de la vida activa del trabajo y del progreso, el tañido de la campana de Guadalupe anunciando la hora del reposo, se escucha con veneración y con religioso respeto.

Y cuando para la patria llegue la hora del engrandecimiento colosal á que se encuentra destinada, y en medio de ciudades populosas se levanten atrevidas las torres de artísticas catedrales, no faltarán almas piadosas que visiten los humildes santuarios, donde muchas de las generaciones pasadas doblaron la rodilla, pidiendo á la mística Azucena del Evangelio su poderosa protección para la República Argentina.

XVI

GLORIOSA NOBLEZA

XVI

GLORIOSA NOBLEZA

Salud patria adoptiva, salud ciudad preclara
De bravos noble cuna, de libres dulce hogar,
Yo en ser santafesino mil veces me gloriara
Si el Plata no existiera, sino fuera oriental.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.—*A Santa Fé.*

I

Un constante martirio fué la existencia de la ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz durante muchos años. Parecía que contra ella se hubieran desencadenado todos los males y convocádose para arruinarla toda suerte de desgracias.

O el indio en sus constantes y desoladoras correrías ó el río en sus periódicos desbordes ó la peste en sus frecuentes visitas, desolaban á la ciudad mártir, que el noble capitán Juan de Garay fundara en apacible llano á orillas del Quiloaza, y que el maestre de campo Juan Arias de Saavedra trasladara después de un éxodo heroico, al sitio que hoy ocupa, elegido por Vera y Mugica, el más tarde glorioso vencedor del Portugués en la Colonia del Sacramento.

No podía presentar más títulos Santa Fé que su gloria, su constancia y su martirio, en épocas en que agregaban las ciudades á sus escudos de armas leyendas de lealtad ó de nobleza, por los monarcas castellanos concedidas.

Hasta en su viejo escudo adornado con las llagas de Jesús parecía aquella querer simbolizar sus sufrimientos, sufrimientos que no amenguaban, sin embargo, la viril energía de sus hijos valerosos.

Pero al iluminar los cielos argentinos la aurora espléndida de Mayo, agregó á sus timbres de gloria la ciudad de Santa Fé el título de nobleza, que por su patriotismo y su desinterés, le fuera concedido por Belgrano, el noble entre los nobles de aquella generación de titanes.

Más tarde pudo agregar á ese título otros nuevos, como heroica lidiadora ó libertadora de los pueblos hermanos, pero debe conservar como á ninguno el que el inventor de la bandera nacional le discerniera, cuando aun no había coronado su frente (ungida en la pila bautismal con óleo santo, por la mano del ilustre santafesino Juan Baltasar Maziel) con los laureles de Tucumán y Salta.

Orló su sello mayor con el mote de *Invencible*, cuando en defensa de su autonomía desafió, combatió y venció ejércitos numerosos y aguerridos en el período triste de la guerra civil, pero ese título por otra parte grato, no habla al corazón de sus hijos con la elocuencia con que hace latir hasta la más escondida fibra, el recuerdo del que le concediera el primer gobierno patrio.

en homenaje y como premio de su desprendimiento cuando se le exigieron sus servicios en pró de la independencia y de la libertad argentina.

Recibió del cabildo de Montevideo el glorioso renombre de *Libertadora*, por haber sido la primera en escuchar la voz doliente de la provincia Oriental por el imperio del Brasil encadenada, la que levantándose envuelta en su sudario le pedía su alianza (que le fué concedida á pesar de todas las oposiciones de gobernantes y diplomáticos) para romper sus cadenas como lo hizo en el día memorable en que, como dice el gran poeta:

....pisan la frente!
Del húmedo arenal treinta y tres hombres!

Pero esa distinción, bien merecida por cierto, no dice á las presentes generaciones, ni dirá á las futuras que la provincia mártir de las primeras fué en apoyar el movimiento glorioso, que iniciado en las márgenes del Plata llegó en vibraciones colosales á conmover las cimas heladas de los mismos Andes Colombianos.

Es por eso que entre sus títulos gloriosos debe Santa Fé, más que por ningún otro, envanecerse — que hay vanidad que es justa y orgullo que es legítimo — por el que el inmortal vencido en Vilcapugio y Ayohuma, le acordara en esos días en que se preparaba la expedición que debía llevar el credo revolucionario á la provincia del Paraguay, y sostener con sus armas los levantamientos de los pueblos.

II

Resuelta la expedición al Paraguay, que había permanecido indiferente al pronunciamiento de Mayo, y que á la sazón se hallaba gobernado por el coronel español don Bernardo de Velasco, cuya bondad le había captado generales simpatías en el vecindario de la Asunción, el general Belgrano que debía comandarla, se dirigió desde San Nicolás á Santa Fé, cuyo cabildo había reconocido la autoridad de la nueva Junta inmediatamente que el coronel Espínola puso en sus manos la nota de comunicación del cambio operado en el gobierno de la capital.

Belgrano fué recibido con señaladas muestras de distinción, pudiendo desde el primer día de su llegada comprender el espíritu patriótico que dominaba en la población, tanto en las personas pertenecientes á lo que se llamaba entonces la alta aristocracia, compuesta por los descendientes de los antiguos conquistadores, como en las masas populares; el bello sexo alimentaba ese espíritu con sus demostraciones entusiastas por la patria, entusiasmo con que llegaron á convertir también hasta á los *godos* más empecinados á favor de la causa sagrada de los pueblos.

Pusiéronse á disposición del jefe expedicionario las dos compañías de Blandengues que guarnecían la frontera, y que mandaba el pundonoroso capitán don Francisco Antonio Aldao, las que según un erudito bibliófilo—el señor Antonio Zinny— sobresalieron por su

denuedo y entusiasmo en los combates de aquella hazarosa campaña, encontrándose en todas partes donde hubo peligros, firmes y serenos en sus puestos.

De los Blandengues Santafesinos, volvieron solamente á Santa Fé el teniente don Estanisłao López, que debía ser más tarde el esforzado defensor de su autonomía, y el soldado Pedro Bustamante fallecido en Julio de 1883, después de haber apurado hasta las heces el cáliz amargo de la indiferencia pública, teniendo que mendigar de puerta en puerta el pan de cada día.

Quizá más felices que este último, los demás murieron lejos de su hogar en las campañas subsiguientes ó en el campo maldito de Paraguary, donde cortados por el enemigo sufrieron defendiéndose, como sus otros hermanos y compañeros, un mortífero fuego que duró cuatro horas, hallándose encerrados por tropas infinitamente superiores, entre un formidable círculo de acero formado por las bayonetas enemigas, que en vano trataron de romper con heroicidad espartana.

Rivalizó el vecindario en hacer grata á Belgrano su estadía, proporcionándole todos los elementos que necesitaba y de los que podía disponerse en esa época en Santa Fé, que empezaba recién á reaccionar de los rudos contrastes que sufriera.

Uno solo de sus vecinos—don Francisco Antonio Candioti, años después gobernador de la Provincia—entregó al novel general mil trescientos caballos y todo el ganado vacuno que necesitaba, carretas y bueyes con sus correspondientes conductores, valiosos donativos

que unidos á los de los demás ciudadanos, sirvieron eficazmente en aquella campaña desgraciada.

Belgrano, aceptó complacido y conmovido esas ofrendas presentadas por los santafesinos ante los altares de la patria naciente; visitó las escuelas y aconsejó se adoptasen medidas conducentes á difundir la instrucción entre los niños de todas las clases sociales, entonces en Santa Fé como en todas partes descuidada, incitando al mismo tiempo el celo del vecindario por la higiene y el ornato de la ciudad.

Y dándose perfecta cuenta del patriotismo que á los habitantes de Santa Fé animaba, y deseoso de manifestar su gratitud, alentando al mismo tiempo el espíritu noble de ese pueblo que entregaba espontáneamente hasta á los únicos defensores de sus siempre amenazadas fronteras para que engrosasen las filas del ejército destinado á llevar á la provincia paraguaya el evangelio de la libertad, acordó á su Cabildo y Ayuntamiento el título de Noble, y se dirigió á la Junta de Mayo, comunicándole la decisión de Santa Fé por la revolución, y rogándole confirmase el título que le había concedido en premio de su patriótico entusiasmo.

La Junta de Gobierno, inspirada por sentimientos de justicia y anhelosa por manifestar su complacencia por acto tan digno de alabanza, confirmó en 8 de Octubre de ese mismo año de 1810, el título acordado por Belgrano.

« La Junta ha tenido una particular satisfacción—
« decía en su comunicación de esa fecha— al imponerse
« del recibimiento hecho en esa Ciudad á su represen-

« tante el Excelentísimo Señor don Manuel Belgrano,
« y ha aprobado y confirmado el título de Noble que el
« mismo Representante declaró á ese Ayuntamiento,
« quedando con la complacencia de que por su conduc-
« to recibirá ese pueblo los favores que merece por su
« patriotismo y distinción, como igualmente el fomento
« y protección á que incesantemente propende el actual
« Gobierno.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

Al Sr. Teniente Gobernador interino de Santa Fé—Al Ilustre y Noble Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Santa Fé.

III

Distinción semejante acordada por uno de los más ilustres próceres de la revolución de Mayo y uno de los más gloriosos adalides de la independencia, y confirmada por la primera Junta de Gobierno de la República Argentina, es un timbre de gloria para Santa Fé, y por él puede y debe envanecerse con justicia.

Y vale más, mucho más que los títulos de heredada nobleza, debido muchas veces al favoritismo de los monarcas cuando no al servilismo de los súbditos, ó comprados por los pueblos enviando á los reyes y privados montones de oro arrancados del fondo de la tierra con el martirio de los indios infelices.

Este fué concedido en nombre de la Patria, salida

recién de entre las brumas del coloniaje y redimida por el esfuerzo heroico de sus hijos, dispuesta á sostener el reto á muerte que lanzara el 25 de Mayo á todo el poder de su Metrópoli, y aprestada para la lucha gigantesca que tuvo su iniciación en la plaza de la gloriosa Buenos Aires y terminó entre las dianas triunfadoras de Junín y de Ayacucho, teniendo por escenario á medio continente.

. . . .

. . . .

IV

Cuando la Casa de la Ciudad se edifique, ya que se halla el Cabildo de las históricas convenciones ocupado en la actualidad por el Gobierno de la Provincia, y que quizá se convierta más tarde en local de la Universidad, el decreto de la Junta de Gobierno de 1810 debía colocarse en sitio de honor, esculpido en mármol y oro, en el salón de recepciones, porque justifica el título glorioso de Santa Fé á la consideración, al respeto y al cariño de todas las generaciones argentinas.

XVII

VENDIENDO VALOR

XVII

VENDIENDO VALOR

Al Doctor Pedro S. Alcácer

El hombre sensitivo es el hombre nervioso; el hombre henchido de emotividad que, á la más ligera insinuación del mundo exterior responde con un estallido.

JOSÉ M. RAMOS MEJÍA. — *Neurosis de Monteagudo.*

I

Es el Dr. Juan Francisco Seguí, padre del que fué secretario del general D. Justo José de Urquiza, una figura histórica mal estudiada y peor comprendida todavía. El teatro en que actuó era demasiado pequeño para poder desarrollar el caudal de su inteligencia con la amplitud necesaria para descollar en las alturas. Las facultades intelectuales como los organismos se atrofian ó empobrecen por falta de desarrollo.

Actor en el drama grandioso y á la vez terrible de la guerra civil, tuvo que dedicar todas sus facultades y potencias al servicio de la causa que abrazara desde su iniciación.

Movíase en escenario tan reducido como Santa Fé, pero tenía que sostener el dogma federal proclamado

desde las orillas del Plata hasta las sierras de Jujuy. Había tocado á su provincia en suerte el ser el paladín avanzado de ese credo, y á él la misión de defenderlo con su inteligencia y su palabra; lanzóse de lleno á las ondas turbulentas y cenagosas de la lucha, no como quien marcha á tientas, sino como quien comprende el peligro y lo desprecia.

El torrente avanzó; rodó con furia por inmensa extensión del territorio argentino, avasalló muchos obstáculos y venció muchas dificultades. Quedaron en pie sin embargo algunas personalidades; tan puras unas con la pureza de la blancura del arminio — manchadas otras con el fango que en su curso arrastrara el torrente.

Esa es la ley inmutable y eterna de las prolongadas excisiones políticas. ¡Cuántas veces los seres deprimidos no merecen hallarse colocados sobre miríficos pedestales!

Hay en la vida del Dr. Seguí luces y sombras, claridades y brumas; hubiera sido un fenómeno resultar sin ellas después de sacudimientos tan notables — pero en medio del naufragio pudo conservar y salvó dos timbres que le honran: su patriotismo indiscutible y su amor por la tierra de su nacimiento.

De su alma podía decirse como de la de Monteagudo, que era soberbia y opaca, pero no tuvo los desfallecimientos del ministro de Bolívar, ni la instabilidad de ideas que llevaban á este á convertirse en poco tiempo de monárquico radical á republicano rojo, de federal á unitario y de dictatorial á demagogo. Como éste atacado

del mal, *propio de las naturalezas ricas y nerviosas*, al decir del Dr. Ramos Mejía, supo sustraerse de las garras de esa enfermedad tiránica, y si alguna vez debilitada su fibra obedeció á sus exigencias, libróse casi siempre de sus ataques subordinádola á los dictados de su razón.

Fué nada más que republicano federal en política. La autonomía de Santa Fé era su único ideal, y si sus pasiones lo llevaban á combatir los distintos personajes que llegaron al gobierno de la Provincia durante su existencia, tenía fuerza de voluntad bastante para subordinar esos odios ó esas antipatías al interés general. Así lo vemos desterrado como promotor de un movimiento revolucionario contra el general Estanislao López, presentarse en el propio despacho del gobernante para ofrecer sus servicios porque peligraba la autonomía de Santa Fé; aceptar la cartera de gobierno, servir hasta la victoria decisiva y abandonar después su expectable posición para volver á la vida del conspirador y el desterrado.

II

Enviado por su padre á estudiar en la célebre Universidad de Charcas, poco tiempo antes de recibir las insignias de maestro en leyes, siguiendo los impulsos de su alma patriótica y obedeciendo á sus ideas, tomó parte junto con Monteagudo y otros argentinos en la célebre revolución de 1809. Vencida ésta, regresó á Santa Fé, donde encontró cerradas las puertas del hogar, pues el autor de sus días—*godo empecinado*, ha-

ciendo uso de la frase de Sarmiento — habíalo desheredado por insurgente.

Buscó entonces los medios necesarios para terminar en Buenos Aires su carrera, y la gloriosa revolución del 25 de Mayo de 1810 lo encontró graduado de doctor en leyes y ejerciendo la abogacía en la Real Audiencia del Plata.

El revolucionario de Charcas, el patriota desheredado, no podía permanecer indiferente á los movimientos de opinión que en Buenos Aires se producían, por los que fueron más tarde las primeras cabezas de la revolución argentina. Formó en sus filas desde la iniciación de los trabajos, é inteligente y activo pudo prestar servicios importantes.

Invitado para que con la parte sana del vecindario concurriese al Cabildo abierto del 22 de Mayo, la memorable asamblea popular que impulsó la revolución acelerándola, asistió á ella formando al lado de los patriotas.

Aceptada después de séria discusión la fórmula de Mayo: «Si se ha de subrogar otra autoridad á la superior que obtiene el Excmo. Señor Virrey, dependiente de la soberana que se ejerza legítimamente á nombre del Señor Don Fernando VII, y en quién?», cada uno de los concurrentes expuso su dictamen.

Consta el del Dr. Seguí en el Acta del Cabildo abierto. «Siendo un principio legal — decía — que es mejor recurrir á tiempo que no después de recibir la herida buscar el remedio, debía aplicarse al presente caso, en que amenazan peligros inminentes, atendida la

notoria conmoción popular por el conocimiento de haber llegado el caso de reasumir sus derechos primitivos; debía depositarse la autoridad interinamente en el Cabildo hasta que se explorase la voluntad de los pueblos».

Vuelto á Santa Fé después de estos sucesos tomó parte en la vida agitada de sus partidos, incorporándose á las filas federales. Fué apóstol y soldado, tribuno popular y revolucionario ardiente.

Como ministro ó como diputado su figura sobresalió en el escenario político, llevando su firma tratados y convenciones memorables, muchas de ellas de decisiva influencia en la vida nacional.

Pasó así una existencia agitadísima; ora al poder encumbrado, ora alejado por la proscripción de su hogar y de su pueblo, pudo su espíritu amilanarse á fuerza de tantos contrastes. Pero reaccionaba en cuanto sentía pisadas enemigas en el territorio de su provincia, y encadenando resentimientos que él creía justos y rivalidades que no son del caso referir, volvía á Santa Fé con la energía de siempre, dispuesto á prestar su contingente sin fijarse quien mandaba ni á quien debía en lo sucesivo obedecer.

Sus ofrecimientos generosos no fueron tampoco nunca desairados. Se necesitaban sus consejos, su actividad, su carácter. Hombre de hierro para el trabajo y firme en sus propósitos, no cejaba un minuto hasta no verlos realizados, no teniendo más ambición al darles cima que servir á Santa Fé como el más amoroso de los hijos.

III

Declarada la guerra á Buenos Aires y Santa Fé por el general Francisco Ramirez, gobernador de Entre Ríos, la capital santafesina se hallaba el 13 de Mayo de 1821 en una situación angustiosa.

Ochocientos infantes mandados por el que sería más tarde el héroe de Obligado, el general Lucio Mansilla, á la sazón teniente coronel, amparados por la escuadrilla entrerriana á las órdenes de Monteverde, se presentaban frente á la batería de la Chacarita levantada sobre las ruinas de la que años antes construyera el barón de Holemberg. Rompióse el fuego apenas se avistó el enemigo, pero éste respondiendo á él con nutrido tiroteo, desembarcó con osadía flanqueando la batería por el Norte, mientras por el lado opuesto la escuadrilla comenzaba á destruir á cañonazos las fortificaciones. Las dos compañías de pardos que la guarnecían, diezmadas por el plomo mortífero, tuvieron que replegarse hacia la ciudad, dejando en poder de las tropas de Entre Ríos seis cañones, gran cantidad de municiones y un lanchón armado en guerra, también con artillería.

La derrota no podía ser más completa; los soldados vencidos sembraron á su llegada la consternación en la ciudad. Era, según ellos, inminente el ataque é imposible la defensa; se ponderaba el número y el armamento del enemigo. Se hablaba ya de bombardeo en caso de resistencia y se aumentaba el peligro, infeccionando con el miedo hasta á los pocos vete-

ranos que tenían que sufrir los primeros ataques del adversario.

El general López desprendió guerrillas avanzadas sobre las tropas de Mansilla, yendo él en persona acompañado de su ministro el Dr. Seguí á vigilar los movimientos del enemigo, mientras trataban las familias de ponerse en salvo, encerrándose en las iglesias y conventos, y se zanjeaban las calles y se construían trincheras en las esquinas de la plaza de Mayo por las tropas de la guarnición.

Para completar el triste cuadro que Santa Fé presentaba en ese día, principiaron á llegar de los cantones noticias nada tranquilizadoras; los indios bomberos al servicio de las tropas de las fronteras anunciaban una invasión de salvajes que se dirigía hacia la ciudad, mientras el ejército del general Ramírez la amenazaba por el Sud y por el Oeste con tropas numerosas, á las que servían de vanguardia mil hombres escogidos mandados por el mismo gobernador de Entre Ríos.

La esperanza iba perdiéndose – el general López hacía esfuerzos desesperados por volver la fe á los corazones intranquilos, mientras la desmoralización cundía en las filas de los pocos soldados con que podía contarse en aquel instante supremo.

Tronaban los cañones y se escuchaban sin interrupción las descargas de fusilería. Se contenía apenas á la escuadra que trabajaba por tomar posiciones para bombardear la ciudad ó proteger el ataque decisivo. Continuamente se conducían soldados heridos que eran llevados á la plaza y colocados allí á la intemperie,

por ser imposible buscar en ese instante un sitio á propósito para instalar en él un hospital de sangre, y sus tristes lamentos aumentaban el horror de la escena.

Divagaban por las aceras de la plaza grupos compactos de vecinos que indagaban con anhelo las últimas noticias, temblando por la suerte de sus madres, de sus esposas ó sus hijas encerradas en los templos, buscando la protección del lugar sagrado para evitar los atropellos que trae aparejado el saqueo, á que en esa época de triste recordación se entregaban las ciudades vencidas.

IV

El general López no abandonaba el punto estratégico elegido frente á las tropas de Entre Ríos, y recibía anhelante las noticias del Norte cada vez más aterradoras. Compartía con él las angustias y el peligro su ministro Seguí, que imperturbable entre aquel cúmulo de desgracias hacía gala de su serenidad.

En la plaza aumentábase la concurrencia y se hacían disparatados comentarios, hijos del terror que cundía, sobre los sucesos que se desarrollaban. Veían á Santa Fé encerrada en el cuadrilátero terrible formado por los indios y las tropas de Ramírez y Mansilla, cuadrilátero que iba contrayéndose, encerrándose, oprimiéndose á cada instante como la celda de hierro en los calabozos de Toledo de la creación de Edgard Poe.

La ciega confianza que habían depositado en la pericia de su caudillo comenzaba á perderse. Era la hora de

la suprema angustia, la hora en que el valor empieza á desaparecer, á desfallecer el ánimo y á perderse la más remota esperanza.

El terror que naciera al principio en las almas pusilánimes se trasmitió de individuo á individuo á toda la comunidad, y ese pueblo que en otras ocasiones había dado pruebas de su valor, se encontraba postrado entonces y entregado en brazos del desaliento.

Los soldados mismos participaban de este contagio moral; no eran ya los bizarros batalladores de otros días que rompían los cuadros enemigos con ímpetu irresistible. Esperaban la hora del combate con la tristeza pintada en los semblantes y con el desencanto en el corazón.

El cañón mientras tanto seguía con sus estampidos anunciando que la lucha continuaba; hacía cerca de una hora que no se tenía noticias de la línea avanzada contra el enemigo, y el silencio sepulcral había en la plaza reemplazado á las conversaciones de poco antes.

De pronto entre una nube de polvo se perfila la silueta de un jinete. Viene del teatro de la lucha y se acerca á la plaza apresurado. Alto de estatura y enjuto de carnes, relampaguea en sus ojos el fuego de su espíritu; corre apresurado hacia la plaza y un nombre parte de todos los labios:

—Es el Dr. Seguí!

Es el ministro secretario del gobernador López quien se acerca; contrasta la animación de su semblante con la faz marchita de los ciudadanos que anhelosos lo estrechan, lo cercan, lo rodean para que pronuncie la pala-

bra decisiva. La vacilación, la duda, la zozobra, el miedo, en una palabra, se retrata en el rostro de aquella masa de pueblo juguete del terror en esa hora.

Ya no es el pueblo que produjo á los bravos que asaltaron los muros artillados de la colonia del Sacramento, á los Blandengues que se batieron como leones en el Paraguay, á los que vencieron tres ejércitos poderosos y conquistaron fama merecida de valientes en los campos de batalla.

El terror lo empequeñece; hay depresión moral en todos los espíritus, desesperación en todos los corazones!

El Dr. Seguí penetra la situación de una sola mirada y la conjura.

Antes de contestar una palabra á las múltiples preguntas que le dirigen, iérguese en los estribos y alzándose sobre el caballo domina todos los grupos, sobresale por sobre todas las cabezas. Hay fuego sacro en su mirada de águila, despiden relámpagos sus pupilas encendidas; se impone con su figura en aquel momento solemne.

Y golpeándose el pecho con ademán brioso y casi apagándose con la voz estentórea, que le era peculiar, el trueno del cañón que retumbaba:

—Santafesinos! —les grita con acento inspirado en un arranque de patriótico entusiasmo— Santafesinos ¿quién compra valor?.... yo vendo!

Y era tal la confianza, la bravura, la fuerza, la esperanza, el valor y el entusiasmo que revelaba aquel grito de su alma de patriota, que un ¡viva! atronador resonó

en el instante como un presagio de victoria entre aquella multitud enardecida.

Los aplausos y los vítores se confundieron un momento con los rumores lejanos del combate.

V

Algunas horas después las campanas anunciaban con alegres repiques la desaparición completa del peligro.

El teniente coronel Mansilla había reembarcado su gente, y la escuadrilla entrerriana desplegaba las velas surcando las aguas del gran río con dirección al Paraná; los indios sublevados por el capitán Caraballo, agente del general Ramírez, lo apresaban entregándolo al gobernador de Santa Fé, y este empezaba á organizar el ejército con que debía batir más tarde al valeroso cuanto infortunado caudillo de Entre Ríos.

XVIII

LO QUE HACE DIOS

XVIII

LO QUE HACE DIOS

Anécdota del Dr. Maziel

> Estaba Maziel formado por la naturaleza para el cultivo de las letras, dotado de un entendimiento profundo, de un genio vasto, de un exquisito gusto, de una memoria feliz y de una elocuencia irresistible en el foro y en el púlpito.
>
> DOCTOR GREGORIO FUNES — *Ensayo Histórico.*

I

Hablando sobre el Dr. D. Juan Baltazar Maziel, una de las inteligencias más brillantes que Santa Fé ha producido, decía su no menos ilustre comprovinciano el Abate Francisco Javier Iturri en carta datada en Roma el 14 de Julio de 1788:

« La naturaleza, la gracia y el cultivo, habían reuni-
« do en él cuanto dividido en muchos basta para conci-
« liarles nombre y reputación. Sus talentos, sus virtudes,
« sus letras podrían tener émulos envidiosos, más no
« tendrían sucesores en ese virreinato. Maziel era uno
« de aquellos modelos en que trabaja la naturaleza
« siglos enteros y con el cual muestra de tarde en tarde
« sus fuerzas, su valor y maestría en la formación de un

«hombre que ella misma destina á la gloria de la espe-
«cie humana y á picar la emulación de la posteridad.»

Y el erudito Gutiérrez, confirmando las opiniones de Funes y de Iturri, agrega: «será forzoso convenir que la celebridad de Maziel no fué efecto repentino de su ruidoso contraste sino obra lenta de sus talentos y de sus prendas morales».

Las afirmaciones de estos eruditos historiógrafos han sido confirmadas por los escritores de esta época, que en posesión de nuevos documentos han colocado al ilustre santafesino sobre pedestal altísimo.

Desde muy niño, empezando recién á recibir la escasa instrucción que podía darse entonces en Santa Fé, reducida á leer, escribir y algunos rudimentos de gramática latina, dió Maziel á comprender que estaba destinado á descollar sobre sus contemporáneos el que más tarde fué examinador de cánones y leyes de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile, abogado de su Audiencia y de la de Charcas, comisario del Santo Oficio de la Inquisición, canónigo de la Iglesia Catedral de Buenos Aires, provisor, vicario y gobernador general del Obispado del Río de la Plata, primer cancelario de los estudios públicos y reformador audaz en cuanto á los métodos y planes de enseñanza.

II

Su inteligencia brillante adquirió un precoz desarrollo desde los albores primeros de la niñez: serio y reservado, aunque susceptible de esas dulces expansiones

de alegría peculiares á su edad, era Maziel un hombre en miniatura al decir de sus contemporáneos, en la época en que empezaba á salir recién de las penumbras de la infancia.

Su carácter revelóse desde temprano.

Enérgico pero bondadoso, grave y modesto, respetuoso y amante de los autores de sus dias á los que consagró una veneración sin límites, era siempre el árbitro entre sus compañeros en las reyertas infantiles, respetándose sus decisiones como se acataba su autoridad aun por los que le eran mayores en edad.

Sus maestros profesábanle un acendrado cariño, lo que no ensoberbecía al alumno de la escuela primaria del Convento de San Francisco, antes por el contrario érale ese cariño un incentivo para aumentar sus esfuerzos y elevarse más y más cada día sin que esta elevación lo marease y como si no se diese cuenta de ella.

Serio y atento en el aula, grave y reservado en las reuniones de personas de respeto, era buscado por sus compañeros para que con ellos compartiese las horas de solaz, que debían ser muchas en el día, pero que el acortaba con su buen humor y con los nuevos juegos que en sus reuniones introducía y de los que era un inventor consumado.

Sus superiores por otra parte encontraban placer en aguzar el ingenio del futuro Maestrescuela sometiendo á su resolución cuestiones arduas para la inteligencia del niño, por más que fuera precoz en su desarrollo. Pero él, conservando la serenidad que le era característica, desataba el nudo gordiano con respuesta inge-

niosa encerrada en lacónica frase, que producía unas veces hilaridad y otras asombro á los que habían querido sorprenderle con preguntas á las que le era imposible contestar.

Así se revelaba desde pequeño el ilustre, y en sus últimos años desgraciado sacerdote que llenó con su nombre, por la fama de su ilustración y sus talentos, un período de treinta años en la vida intelectual del virreinato del Plata.

III

Anhelosos los autores de sus días porque, inteligencia desde temprano tan notable, fuese cultivada y diese los opimos frutos que prometía, enviaron niño aun, á Juan Baltazar Maziel á la ciudad de Córdoba, foco del saber en esa época y renombrada por su célebre Universidad.

Estudió latinidad, filosofía y teología bajo la dirección de los Jesuítas, quienes — dice el Dr. Juan María Gutiérrez — mantenían una red tendida por toda la superficie del mundo católico cuyos hilos se estremecían á la aparición de un talento precoz apoderándose de él inmediatamente.

El joven santafesino descolló en los estudios de la *grotesca pagoda* como al Colegio Máximo de Monserrat clasifica el historiador Funes, siendo como en la escuela de primeras letras el más aventajado de los alumnos por su conducta, aplicación, inteligencia y aprovechamiento.

La fama del joven estudiante salió muy pronto al exterior desde el aula y los claustros, propagada por sus condiscípulos y llegó á oídos del Obispo confirmada por la autorizada voz de los catedráticos.

Se contaban de Maziel anécdotas chispeantes, ingeniosas respuestas, rápidas soluciones á los difíciles problemas sometidos á su resolución, siendo ellos muchas veces obligados temas de las conversaciones entre las altas dignidades de la Iglesia de Córdoba que miraban yá como una esperanza risueña para la religión al joven levita santafesino, que en su modestia suma parecía no darse cuenta de la justa fama de que gozaba.

El Obispo deseó conocer personalmente al notable estudiante y poder apreciar si era merecida esa fama de agudo ingenio, talento y saber, y presentóse un día en una de las clases de Teología, en donde Maziel se encontraba; fué recibido como era consiguiente por catedrático y alumnos con las mayores demostraciones de respeto.

Una vez en el sitio de honor, el Obispo invitó á los alumnos á que se sentasen, invitación aceptada por algunos que tomaron posesión de sus asientos mientras otros, y Maziel entre ellos, permanecían en pie como muestra de respeto hacia el prelado.

Este, después de escuchar algunas discusiones entre los estudiantes, sobre puntos teológicos, púsose de pie recorriendo el aula é interrogando y poniendo objeciones, difíciles muchas de ellas, á los alumnos que esperaban su turno con intranquilidad bien manifiesta, intranquilidad que chocaba con la impasibilidad de

Maziel que no daba muestras de hallarse como los demás emocionado.

Era como siempre dueño de sí mismo, sin imponerle la presencia del alto personaje que honraba en ese instante el aula de Teología.

Notando el Obispo que todos los estudiantes se habían sentado con excepción de Maziel, objeto especial de su atención y sus miradas, dirigióse á él y más como quien ordena que como quien hace una indicación le dijo que ocupára su asiento.

— *No lo haré, Ilustrísimo Señor Obispo* — contestó Maziel — *mientras Vuestra Señoría permanezca en esta sala.*

— *Yo estoy en mi casa, y hago lo que quiero; conque tome Vd. asiento!*

Replicó el Obispo con una entonación que revelaba enojo, fingido ciertamente, en el deseo de escuchar una de esas tantas ingeniosas salidas que hacían notable al joven estudiante.

Pero Maziel imperturbable y cual si no sintiese la ironía que esas palabras encerraban, ni hiciese caso alguno á las miradas de sus compañeros admirados, tomó en silencio posesión de su asiento, inmutable y sereno como siempre.

IV

El interrogatorio continuó en seguida teniendo por tema la presencia de Dios en todas partes, especialmente en el cielo y en el Santísimo Sacramento del

altar al decir del Padre Astete, que es y será por muchos años el teólogo de los niños.

Tomó cuerpo la discusión de un punto en relación con tal tema, haciendo Obispo y estudiantes gala de argumentación y razonamientos enredados. en esa época en que según el Dean Funes, al hablar sobre el histórico Instituto, la teología, envuelta también en las redes de la escolástica, corría cenagosa, apartada de sus fuentes puras que son los santos Padres, por el campo de las sutilezas y de las disputas frívolas á que daba lugar el espíritu de facción introducido en las escuelas monásticas que declinaban ya.

Admirábanse todos que el Obispo no dirigiese pregunta alguna al más aventajado de los alumnos. á Maziel, que como reconcentrado en sí mismo y cual si su pensamiento volara lejos de los sombríos claustros, permanecía en su asiento, indiferente al acto, sin llamarle la atención el cambio de palabras á que la discusión daba lugar.

Pero en un corto intervalo de silencio en que no se oía en la sala ni el ruido de una mosca, tomando la hilación del debate, el Obispo se dirigió repentinamente á Maziel.

—*¿Qué hará Dios en el cielo, señor?*—fué la pregunta.

Y tan súbita como ella, fué también la respuesta chistosísima del interrogado, que poniéndose de pie y con admirable sangre fría devolvió la pulla:

—*Dios está en su casa*—contestó—*y hace lo que quiere, Ilustrísimo señor!*

Obispo, catedráticos, familiares y alumnos, prorrumpieron en estruendosa carcajada, mientras Maziel parado en su sitio y sin dar muestras de la menor perturbación miraba impasible la hilaridad de los circunstantes.

V

Fué desde entonces el alumno mimado del Obispo de Córdoba el joven teólogo que había sabido con moderación suma, pero con gracia picaresca, contestar á la equívoca pregunta del prelado.

El doctor Maziel conservó durante su existencia y aun en medio de los contrastes que amargaron los últimos años de su vida, esa jocosidad que contrastaba con su carácter serio y reflexivo.

Años más tarde el alumno de Córdoba ocupaba los primeros puestos del Obispado de Buenos Aires y ungía con óleo santo en la pila bautismal la cabeza de un niño destinado á inmortalizarse en los anales argentinos: el general Manuel Belgrano.

1887.

XIX

GRATITUD DE UN GAUCHO

XIX

GRATITUD DE UN GAUCHO

De esta lucha nació el gaucho, gallardo y valeroso, conservando en medio de la rusticidad intelectual la rectitud del carácter y la nobleza del corazón.

MARIANO A. PELLIZA. — *Historia Argentina.*

I

EL ASESINO

Su nombre se ha olvidado, aun cuando fuera posible encontrarlo en los expedientes criminales que en el Archivo de Santa Fé se conservan, escritos con letras imposibles y con tinta indeleble en papel que parece desafiar á los años y al mal trato.

Hijo de un peón que se crió y murió en una de las estancias vecinas á Santa Fé, nació en el rancho humilde del puestero, creció entre privaciones sin aprender otra cosa que el *bendito* y una que otra oración mal pronunciada, y con caudal semejante lanzóse á gozar desde muy niño de la vida, sin freno que atajase el desborde de sus pasiones, bien ardientes, y sin ideal que lo obligase á contener el ímpetu desordenado de sus vicios.

Valiente como el que más, y con más fuerzas que un toro, como reza el refrán de los paisanos, tuvo como admiradores al principio á los hijos del dueño de la estancia que le oían la narración de sus hazañas al pelear sin más armas que el poncho y el facón al tigre embravecido, ó lo admiraban cuando domaba el potro salvaje haciéndole sentir la fuerza de sus puños y el peso de su cuerpo.

Abandonó después los sitios en que pasó la edad primera, para él sin halagos y sin encantos, y entre las victorias obtenidas en el juego del pato ó las carreras, llegó á la edad viril sin saber trabajar, y lo que es peor, sin desear entregarse al trabajo para ganar la subsistencia.

Del galpón del baile á la ramada de la pulpería — de la guitarra que pulsaba como un verdadero artista, á la baraja que manejaba con la habilidad de un tahur — desde el porrón de caña brasilera al puñal que asesina, por todas partes pasaba y todos los vicios contraía. Su noble corazón sublevábase á veces contra semejante existencia, pero la fatalidad, que es divina para el árabe y para el gaucho, lo empujaba á seguir su vida viciosa y vagabunda.

De tiempo en tiempo uno de los *niños*, ya hombre, hijo del dueño de la estancia en que naciera y se criara, lo encontraba. Aconsejábalo con fraternal cariño, pero los propósitos de enmienda eran tan pasajeros como las ráfagas que hacían flotar las crines de su corredor corcel.

Rodaba al precipicio sin detenerse, como la piedra hacia el abismo.

La onda del vicio lo envolvía entre sus redes de muerte y él seguía el camino que le marcara, impasible y sereno á pesar de los dictados de su conciencia.

Una noche jugó, jugó y perdió. Vació su tirador sobre el tapete, cortó los botones de plata que lo adornaban, empeñó su apero y el caballo, y como última esperanza de su partida con la suerte jugó su última prenda: el cuchillo, regalo hecho á su padre por el patrón antiguo como muestra del aprecio con que lo distinguía.

Una risa satánica se dibujó en sus labios cuando puso por apuesta la última prenda en el tapete; crugían de ira sus dientes y apuntó al as de oro, más que con una palabra con un rugido gutural.

El tallador descartaba la baraja una á una, como gozándose en la agonía de aquel hombre para quien los minutos eran siglos; las apuestas se cruzaban entre chanzonetas, y al fin apareció una sota, la carta del contrario.

— Es mío!

Quiso gritar con alegría mientras tendió la mano para tomar el arma de bien templado acero. Pero se ahogó la voz en la garganta, porque veloz como el relámpago tomó el cuchillo el perdidoso y antes de que nadie pudiera interponerse, lo hundió con rabia en el corazón del ganador.

Volteó frenético el candil, con aceite de potro alimentado, y describiendo círculos mortíferos con su acero para evitar ser cogido, abandonó el teatro de su crimen y lanzándose sobre el lomo de su caballo perdióse entre los cercanos matorrales.

Desde entonces fué el terror de la comarca; desarrolláronse sus malos instintos con la soledad, y como los feroces habitantes de la Malesia frenéticos con el opio que toman para excitarse á la venganza, este mataba por placer al que alcanzaba con su puñal terrible.

Un día empero uno de los *niños* de su patrón antiguo hubo de ser víctima de su zaña. Milagrosamente escapó de la muerte, y el bandido sin alma hasta entonces, juró no matar más.

Pero su cabeza estaba pregonada y la esperanza no se había hecho para él. Vagó de pago en pago siempre perseguido por las autoridades, temido por todos sus semejantes, enloquecido por los remordimientos, y una noche en que el demonio atormentador de su conciencia derramaba venenos en su alma, presentóse en Santa Fé al alcalde del primer voto, que admirado de tan fácil presa ordenó se le remachase una barra de grillos y se le colocasen esposas para su seguridad.

Cada una de sus fechorías había dado lugar á indagaciones que hacían constar su culpabilidad y que se hallaban ordenadas en el voluminoso proceso que se le formara, de manera que la sustanciación de su causa fué muy rápida y él quedó al poco tiempo convicto y confeso de sus crímenes, cometidos muchos de ellos con agravantes circunstancias.

Para él ni para nadie era un misterio la suerte á que estaba destinado; la horca esperaba á su presa y la sentencia no debía hacerse esperar mucho.

II

EL MÉDICO

El estudio de las propiedades medicinales de las plantas americanas no se ha concluído todavía. Sin embargo, la tarea comenzó desde antes de la conquista española; la legislación incásica obligaba, según el P. Calancha, á todos aquellos que eran para la agricultura inhábiles ó inútiles para la guerra á herborizar, con el objeto de que entregados al estudio y al cuidado de los enfermos no diesen en el vicio de la holgazanería.

Y tan hábiles fueron los indígenas peruanos en el arte de curar, que el Dr. Alonso de Huerta manifestó en el claustro celebrado en la Universidad de San Marcos de Lima en 1637, y con motivo de proponerse la creación de dos cátedras de medicina, «que no eran estas « necesarias; porque en este reino hay muchas yerbas « medicinales para muchas enfermedades y heridas; « las cuales conocen los indios mejor que los médicos « y con ellas se curan sin haber menester médicos, y « lo muestra la experiencia que muchas personas des- « hauciadas se van á que los curen las indias é indios « y alcanzan la salud que no le dieron los médicos ».

En el Río de la Plata no faltaron espíritus estudiosos que con contracción y con paciencia investigaron las propiedades de la variedad inmensa de árboles y de yerbas con que la naturaleza, pródiga, dotára territorio tan feraz.

El jesuíta santafesino, Buenaventura Suárez y sus

colegas de la misma compañía Segismundo Asperger y Pedro Montenegro, sobresalieron en este ramo de las ciencias, especialmente este último que dedicó al alivio de sus semejantes gran parte de su vida, *forzado á hacerse autor de botica por no hallar en estas tierras de la América botica ni boticarios*, como él mismo dice en el prólogo de su «Materia Médica Misionera».

Y si hasta en ciudades bastante adelantadas notábase la falta de médicos y boticarios ¿qué no sería en poblaciones pequeñas, pobres y casi abandonadas?

A principios de este siglo no había en Santa Fé un solo médico recibido. Dominaba en esta materia el empirismo más absoluto, cuando no se hacía uso de *brujerías* para ciertas enfermedades atribuídas á mal de ojo ó á prácticas de hechicería.

Contemporáneo del MÉDICO entrerriano que escribió un recetario doméstico dedicado al Rey Carlos III, en que aconsejaba comer crestas de gallo muerto en viernes para curar de los orzuelos ó una infusión de raspaduras de cuerno de *cabra macho* para evitar fuertes cólicos, recetario que aun permanece inédito, [1] contemporáneo de ese *médico* era D. Juan Manuel de Lacerda, natural y vecino de la ciudad de Santa Fé. [2]

Joven y de despierta inteligencia, con voluntad decidida por el estudio y con medios suficientes para pasar la vida sin necesidad de recurrir á pesados trabajos, á que su padre siguiendo las preocupaciones aristocráti-

(1) Colección de manuscritos del autor.

(2) Hacemos uso de un apellido supuesto por existir en Santa Fé descendientes del verdadero.

cas de la época no lo hubiera tampoco dedicado, empleó muchos años en el estudio de las propiedades curativas de las plantas, adquiriendo habilidad suma con la práctica, y nombre de buen médico por sus curaciones acertadas.

De aquí era que se le buscaba con ahinco, y él, caritativo y bueno, empleaba sus conocimientos en servicio de pobres y de ricos, visitando casi diariamente sus enfermos.

Llamado un día para que aplicase sus yerbas é infusiones á un famoso criminal á quien se iba á condenar á muerte y que á la sazón se hallaba enfermo, bajó al oscuro sótano que servíale de calabozo y de martirio. Tendido sobre inmundo jergón en el húmedo pavimento, un gaucho de arrogante presencia y de fiera mirada, que no lograban empañar los sufrimientos, lo saludó con un acento que hacía muchos años no había oído:

— Cómo le va, *niño?*

En aquel infeliz el médico reconoció á su compañero en los juegos de la infancia. Padecía hambre y sed de luz y libertad; sus pulmones acostumbrados á respirar el aire puro de los campos rechazaban las emanaciones mefíticas de aquella atmósfera enrarecida.

Había necesidad de aliviarlo, de darle aire, y aire se le dió por consejo del médico. Las prisiones habían roto la epidermis y sobre llaga asquerosa los hierros de los grillos se asentaban; fuéronle también quitadas esas trabas que entorpecían sus movimientos, y el gaucho — siempre bajo la vigilancia de un centinela — pudo pasearse con cierta libertad.

III

LIBRE!

En sus visitas frecuentes á los enfermos de la cárcel el médico conversaba con el bandido, lo exhortaba á la paciencia y lo confortaba con sus sanos consejos.

Hacía el gaucho propósitos de enmienda para el futuro aun cuando comprendía que la muerte estaba cerniéndose sobre su cabeza. Alimentaba sin embargo una vaga esperanza, fundada en las súplicas que con frecuencia hacía al médico para que lo hiciese poner en libertad.

Manifestábale éste que érale de todo punto imposible el conseguirla, pues aunque con influencia suficiente por su posición social, tan grandes eran los crímenes del gaucho que la justicia humana tenía que ser con él inexorable.

Cansado de tantas súplicas, fastidiado de tantos ruegos y como para cortar para siempre la tenacidad del preso que soñaba con la libertad y con la vida, cuando se hallaba destinado á pasar de la cárcel al cadalso:

—Lo único que puedo hacer – le dijo un día — es entretenerme algo más de lo preciso en este sitio. Si logras burlar al centinela y escaparte, frente está mi caballo. Es ligero como el viento y una vez sobre él nadie te alcanzará. Si consigues ser libre, Dios te ayude!

Y cumpliendo su palabra continuó en su tarea cari-

tativa comprendiendo que era de todo punto imposible la evasión.

Pero el gaucho astuto aprovechando un descuido del centinela y con el ansia de escapar de la prisión y de la muerte, jugando el todo por el todo, atropelló la guardia de las puertas, y rápido como la flecha de arco bien tendido disparada, saltó sobre el caballo ricamente enjaezado del *niño*, y sin mirar si lo perseguían partió á escape dejando á los que presenciaban aquella escena, sorprendidos.

Pasado el primer momento de sorpresa salieron varias partidas en persecución del fugitivo, pero vanos fueron los esfuerzos que se hicieron para alcanzarlo. Había pasado como una exhalación por poblaciones y estancias.....

Era libre!

Nadie oyó hablar después del apuesto guitarrero, del jugador vicioso, del salteador asesino.

Había desaparecido para siempre.

IV

EN EL ALTO PERÚ

El comercio de mulas había tomado gran incremento entre Santa Fé y las ciudades del Alto Perú á fines del siglo pasado y comienzos del presente. En la estación propicia conducíanse centenares de cabezas á Potosí ó la Paz, donde vendidas á buen precio reportaban

á los vendedores envidiables ganancias; empleábase parte del dinero en productos de aquellas regiones lejanas y traíase la otra en barras de oro que aumentaban el tesoro de las familias más pudientes de Santa Fé.

Efectuábase la travesía no sin grandes peligros y penosas fatigas; muchas veces había que defender la recua que conducía frutas, tejidos ó metales, con las armas en la mano de los ataques de los indios matreros ó de los gauchos bandidos, que en gran número y formando bandas numerosas infestaban el territorio á recorrerse.

El cebo de la ganancia empujaba empero á estancieros y comerciantes á emprender la temida travesía, sin lograr amilanarlos las multiplicadas cruces que, á los costados del áspero sendero, indicaban un asesinato alevoso y un robo cometido.

La baratura de los animales vacunos obligaba á los ganaderos á emplear su tiempo en la cría de mulas para el Perú, á donde partían fuertes expediciones llevando también cigarros, yerba mate y tabaco en rama, que permutaban por tejidos ó vendían á precios fabulosos.

Cambióse entonces por algún tiempo la suerte de Santa Fé. El comercio con el Paraguay y el Perú era una fuente de riqueza, de manera que hasta el aspecto de la ciudad había cambiado, teniendo su puerto siempre concurrido por buques con frutas del Paraguay ó que esperaban la carga del Perú para llevarla á vender á buen precio á Buenos Aires. Se había convertido en

el mercado obligado para las transacciones comerciales entre las ciudades ribereñas y mediterráneas del extremo sud de Sud América que están de este lado de los Andes.

Y era también el único medio seguro para rehacer la fortuna de los pobladores de Santa Fé el que en aquellos tiempos se empleara. Su principal riqueza — la ganadería — no les daba los necesarios rendimientos, nada valía la tierra y sólo industrias muy primitivas y muy explotadas se conocían aquí.

De manera que en el comercio de mulas se rehicieron fortunas tan grandes como la de Candioti y otras que subsistieron á pesar de las desgracias que trajo la guerra civil á Santa Fé.

Siguiendo la corriente y en el afán de obtener pingües ganancias, con el consentimiento paterno don Juan Manuel de Lacerda resolvió también iniciarse en ramo tan fructífero de comercio, empleó fuertes sumas en la compra de mulas, y uniéndolas á las de la estancia de su padre, tomó con varios peones de confianza el camino de la villa imperial de Potosí.

Sin retardos ni contratiempos llevó á cabo la operación obteniendo un resultado fabuloso. Acomodado el dinero en talegas y bien guardadas éstas en sólidas *petacas*, fiados en Dios y en sus armas, los expedicionarios santafesinos dieron su adiós de despedida á Potosí y se dirigieron á su tierra contentos con las ganancias obtenidas.

Ya no les hacían efecto las cruces del camino, ni pasaba por su imaginación la sombra tan siquiera del

indio ó del bandido, que les habían pintado como la espada de Damocles suspendida en la travesía sobre la cabeza del viajero.

Pasaban los días sin que nadie interrumpiese sus jornadas, sin que nadie se cruzase á su paso. Llegados á un bosque sombrío que se hallaba á la vera del camino y aproximándose la noche, resolvieron esperar al día siguiente para continuar la marcha, por ser extenso el bosque y más conveniente la marcha á la luz clara del sol.

Explorados los alrededores sin encontrar rastros sospechosos, encendióse el fuego bienhechor preparándose para tomar la cena.

Pero apenas estuvieron descuidados, brotaron de las cercanías un sinnúmero de facinerosos que, puñal en mano y antes de que de la sorpresa volviesen, se habían echado sobre patrón y peones, los que con habilidad suma y en un instante fueron atados á los árboles.

A las protestas respondían las amenazas — la recua entera con su rico cargamento se hallaba en poder de los bandidos, que reanimando la hoguera empezaron á devorar las provisiones de los desgraciados prisioneros.

V

EL GAUCHO AGRADECIDO

Para Lacerda el despojo de que había sido víctima era un golpe mortal. Respetarían quizá su vida los bandidos, quizá pudiera llegar á Santa Fé, pero se hallaba comprometida en gran parte la fortuna de su

padre y el porvenir de sus hermanos, y esta idea le hacía más dolorosa su desventura.

Los ladrones reían festejando el botín á tan poca costa adquirido y abrumaban á preguntas al que hacía de capitán, que taciturno y sombrío, sentado cerca del fuego, no quitaba los ojos del semblante del dueño de la recua, que bien amarrado á un árbol se lamentaba de su suerte.

Por los ojos del bandido cruzaban de tiempo en tiempo relámpagos fugaces. Contraía sus párpados para fijar mejor la mirada sobre su víctima y pasaba la mano ruda por la frente como para evocar algún recuerdo lejano.

En su meditación no lo interrumpían ni las risas de sus compañeros, ni las bromas que le dirigían al verlo ensimismado é impasible cuando tan buen resultado les produjera la reciente empresa.

Había algo secreto en ese semblante contraído; lucha quizá entre el recuerdo y el olvido, pero lucha tenaz y dolorosa.

Hay también tempestades bajo el cráneo, como decía Victor Hugo!

En el cerebro de aquel capitán de bandoleros del Perú debía desarrollarse una borrasca; había crispaciones en sus músculos y sacudimientos en sus nervios. La pupila fija en el prisionero, el párpado recogido como haciéndole sombra, la cabeza erguida y rígida sobre el bronceado cuello, la actitud del felino en acecho de su presa, todo hacía comprender que iba en aquel desierto á desarrollarse un verdadero drama.

De pronto, con el sacudimiento de un arco que rota la cuerda que lo encorva recobra su primitiva posición, el bandido se pára y con voz del que está acostumbrado á mandar y ser obedecido, dice á uno de sus compañeros:

—Pon en libertad á ese hombre!

Pocos instantes después los prisioneros estaban sueltos; se había avivado la hoguera y alrededor de ella ladrones y robados entablaban conversación. Los primeros, quizá acostumbrados á esas genialidades de su jefe, no comentaban su conducta, mientras los segundos sin poder salir de su sorpresa articulaban palabras de gratitud hacia el generoso capitán.

Apenas las primeras luces del alba empezaron á iluminar los cielos, el capitán de los bandidos preparó con su propia mano la montura de Lacerda y entregándole lo que le habían quitado, se ofreció para escoltarlo hasta la conclusión del bosque peligroso.

Aceptada su oferta entre agradecido y medroso, se dió la orden de marcha llegando al término fijado por el gaucho bandido sin contratiempo alguno.

Recelábanse todavía no fuese aquella una comedia, con diabólico ingenio preparada para burlarse de ellos, pero tenían sus armas preparadas para vender cara la vida en ese caso.

Pero el gaucho bajándose de su cabalgadura, perdida la fiereza de otra hora, tendió á Lacerda la mano con rudeza, pero estrechándosela con efusión cuando aquel le tendió también la suya.

—Bueno patrón, adiós — le dijo con lágrimas en los ojos — perdone y no me olvide.

—¿Pero quién es Vd. que así me trata? ¿Por qué procede así conmigo si Vd. no me conoce?—se animó á preguntarle.

— Yo soy, *niño*, aquel que en Santa Fé Vd. hizo escapar de la cárcel dándole su rico parejero. Acuérdese de mí y que Dios lo ayude!

Y de tal manera comerciantes y ladrones se separaron, tomando éstos hacia el Norte en procura del monte peligroso que les servía de guarida, y aquellos hacia el Sud en dirección á Santa Fé.

Así son nuestros gauchos; se extravían en los caminos de la vida, pero hasta entre las negras nubes de sus crímenes brilla siempre la luz de su hidalguía.

XX

LOS SANTOS MILAGROSOS

XX

LOS SANTOS MILAGROSOS

I

Era don Felipe Fernández un honrado ciudadano, hijo de Buenos Aires, que unía á una ilustración poco común en su época y en el teatro de su acción, un espíritu emprendedor, una imaginación viva y una voluntad probada para el desempeño de los múltiples trabajos que fueron sometidos á su nunca desmentida actividad.

En la lucha por la vida, empujado por la ola irresistible de la fortuna fué á plantar al pueblo de Coronda su tienda de peregrino, convirtiéndose muy pronto en el *factotum* del escaso y humilde vecindario que recurría á él para dirimir sus conflictos y resolver sus cuestiones, y de tal manera manejábase el Sr. Fernández, que eran inapelables sus sentencias, y resultaban siempre conciliados después de ellas los rivales.

Improvisaba versos con la misma facilidad con que dictaba una petición al gobierno, y era el hombre indispensable en las sencillas reuniones de aquella sociedad eminentemente criolla en aquellos tiempos en que no se

había vulgarizado tanto el *acordeón*, que tiene hoy carta de ciudadanía en nuestra tierra argentina, donde antes sólo se oían en el hogar del potentado ó el rancho del campesino los dulces acordes de la guitarra.

Pero no era el Sr. Fernández solamente improvisador ingenioso ó memorialista desinteresado, sino que ejercía también la medicina con éxito satisfactorio prestando servicios impagables al vecindario de Coronda, entonces escasísimo y compuesto casi enteramente por miembros de una sola familia.

Era, en una palabra, un estuche de habilidades demostradas por don Felipe Fernández en todas circunstancias, aun en momentos de verdadero apuro en que encerrado sin quererlo en un círculo de hierro conseguía, con un rasgo de ingenio, romperlo y salir airoso, librándose de serios compromisos.

II

Poseemos trabajos de su mano que como hábil caricaturista lo acreditan y en que se manifiestan sus aptitudes para la pintura, revelando un espíritu travieso.

Hombre desinteresado como pocos, jamás pretendió acumular riquezas; por el contrario, aun en medio de una suma escasez supo ahorrar sobre las necesidades de su hogar honrado, dedicándose también con contracción en sus ratos de ócio á la enseñanza de los niños, que es una de las más meritorias obras de caridad.

Y como médico, ó memorialista, ó improvisador, ó

consejero, ó maestro, ó dibujante, tenía también nociones de pintura y escultura, desempeñando estos oficios cuando trabajos de otra índole escaseaban, que nunca se mostró remiso cuando se trataba de ganar honradamente el pan para sus hijos.

III

En una de las ocasiones repetidas en que se ejercitaba como tallista en madera, hizo una imagen de San Antonio, que pintada después con habilidad, llamó la atención de los vecinos del pago despertando en ellos el deseo de obtenerla.

Era el San Antonio todo un santo criollo, desde la madera en él empleada hasta la fisonomía, pues parece que copió en el rostro las facciones de una persona amiga del artífice que dió la vida del arte á la materia inanimada.

De ahí el deseo, acrecentado por la privación, de poseer imagen semejante, obra hecha en Coronda, nacida allí mismo si fuera posible decirlo y á la que vieron adquirir formas desde el primer momento en que, simple tarugo de madera fué, recibiendo del artista tajo sobre tajo, modelándose en sus manos hasta quedar la obra completa.

Propuestas de trueque y compras llovieron sobre el Sr. Fernández, pero resistió muchos días, hasta que al fin vencido, más que por el interés de la ganancia, por los ruegos accedió á enajenar el fruto de su trabajo,

prefiriendo á la persona con quien más fuertes vinculaciones de amistad tenía.

Enajenóle esta preferencia muchas voluntades y el artista trató de conquistar las perdidas simpatías ofreciendo hacer cuantos San Antonios se le pidiesen, con tál de que le diesen el tiempo suficiente para terminar trabajos de otra clase en que estaba empeñado y que mayores beneficios le reportaban.

Este ofrecimiento valió á Fernández la reconquista de las amistades perdidas, conjurando al parecer la tormenta que lo amenazara en un principio.

IV

Pero estaba de Dios que el buen artífice había de encontrar en su propia habilidad un purgatorio en la tierra.

El San Antonio hizo un milagro.

La tradición no dice en qué consistía, pero son tantos los enumerados en el responsorio del glorioso paduano, que no es de extrañarse el no haberse á la posteridad trasmitido si fueron miembros ó bienes perdidos y hallados, ó sosiego de los mares, ó encarcelados redimidos, como aquel reza, de lo que en Coronda se trataba, lo cierto es que la fama del milagro cundió por el pueblo, siendo el obligado tema de todas las conversaciones.

Llegaba la fiesta de San Antonio, y Fernández vióse asediado con ruegos, ofrecimientos y dádivas porque

hiciese nuevas imágenes tan milagrosas como la primera.

Era una rica mina que podía explotar el artista aficionado; nueva industria la de hacer santos milagrosos y venderlos al precio que quisiera, pero no era nuestro hombre de la pasta de los grandes comerciantes y rehusó aprovecharse de tan buena ocasión para sacar sendos pesotes á los crédulos corondinos.

Escaso de fondos como siempre, no eran sin embargo de desperdiciar estos pedidos que podían producir buenas ganancias con que aumentar el corto capital en diez años de incesante labor acumulado, pero el 13 de Junio se acercaba y era ese día la fiesta del santo milagroso cuya imagen debía multiplicar y era imposible terminar los trabajos para satisfacer á tanto cliente.

Pesaban también en el ánimo del escultor otras razones que primaban sobre el deseo de obtener una buena ganancia por su difícil labor; importábale la negativa una serie de enemistades que no quería atraerse porque, siempre enemigo de las rencillas, buscó en toda ocasión la manera de conciliar voluntades aun á costa y en perjuicio de sus propios derechos y de sus mismos intereses.

Convirtióse entonces de suplicado en suplicante y pidió y exigió rogando una prórroga, que no le fué por cierto concedida.

Ya no era un religioso deseo el que á aquellas personas impulsaba á pretender la posesión de la anhelada imagen — entraba en mucho la envidia que producía una neurosis manifiesta desarrollada ampliamente por

las negativas del artífice. Al fin encontró éste la manera de satisfacer exigencias cada vez más crecientes, haciendo al mismo tiempo una broma que le fué por su espíritu travieso sugerida, broma que debía curar la enfermedad, que amenazando convertirse en epidemia, atormentaba en San Gerónimo de Coronda á los piadosos devotos de San Antonio.

V

Cuatro días faltaban para la fiesta cuando con suma alegría de los interesados Fernández, les ofreció entregar para el 12 de Junio, es decir, para la víspera, cuanto San Antonio se le pidiese, item más con la imagen bien adornada dentro del correspondiente nicho.

El ofrecimiento calmó la curiosidad, despertando al mismo tiempo la impaciencia.

Fernández para salir del apuro cumpliendo con los compromisos contraídos recurrió una vez más á su ingeniosa inventiva, que en muchas ocasiones lo había hecho salir airoso de complicadas y embarazosas situaciones. Le era al parecer imposible llegar al logro de sus deseos y cumplir con sus ofertas, pues nada menos que ocho imágenes le habían sido encargadas, y no le era posible tallarlas en madera, aun cuando eligiese la de seibo, que los indios escogen para sus trabajos rudimentarios por su blandura suma.

Pensó y caviló el tallista hasta que halló la materia prima necesaria; la pulpa blanca y blanda de la batata

se prestaba admirablemente para la obra proyectada.

Y ni bien encontró el necesario material, bien elegido entre los tubérculos más grandes y más sanos, emprendió la obra con constancia sin darse un punto de reposo.

Ni bien terminaba una imagen, dábale una senda capa de pintura y acondicionábala en su nicho, adornado primorosamente con flores de género, coloreadas con tinturas que se extraían entonces de las frutas y yerbas de los campos.

Así, en la víspera de la fiesta, pudo entregar á sus clientes ocho santos robustos, limpios y relucientes, retratando en sus fisonomías sonrientes una inmensa alegría: era la satisfacción del artista reproducida hábilmente en la obra de sus manos!

VI

Cuatro días después los dueños de las imágenes vieron con creciente asombro que sus santos perdían poco á poco sus posiciones primitivas y que torciéndose en todas direcciones cambiaban de actitud hora por hora, ya inclinando sobre el pecho las tonsuradas cabezas, ya inclinándose hasta tocar el fondo ó los costados de la urna en posiciones peregrinas. Y santo hubo que dejó caer el niño de los brazos y presentó señales de infinito desconsuelo.

La idea de un milagro nació pronto en el cerebro de aquellas sencillas gentes que desparramaron la noticia por calles y por plazas divulgándola á los cuatro vien-

tos. Se presenciaba un prodigio, y no era entonces de extrañarse que esto pusiese en conmoción al pueblo corondino.

Pero iban ya perdiendo poco á poco su forma las imágenes con el transcurso de los días, hasta que la pintura empezó á caerse y á mostrar su descarnada pulpa las batatas.

Reconocióse recién entonces el engaño; examinados los santos resultaron ser hechos de materia tan frágil, empleada por Fernández para poder cumplir con las exigencias exageradas de los devotos.

La ira enceguecíó á unos; la risa asomó á los labios de los otros, hasta que hecha pública la travesura y acosado con preguntas y reclamos tuvo que explicar el artista las razones que lo habían impulsado á llevar á cabo semejante mistificación.

Le habían exigido que en pocos días hiciese un trabajo de meses, pidiéndole también que fuesen los santos milagrosos; había cumplido con las exigencias de sus amigos entregándoles las ofrecidas imágenes, que habían hecho, y esto estaba fuera de toda duda, milagros maravillosos.

XXI

IMPROVISACIONES

XXI

IMPROVISACIONES

Era el comandante Yupes, uno de los jefes más queridos del general D. Estanislao López.

Fiel como un perfecto caballero, cumpliendo siempre con su palabra de honor empeñada en solemne momento, y valiente como el que más cuando sereno ordenaba sus tropas para el combate ó atacaba al enemigo lanza en mano, sin preguntar de qué número se componía su ejército, sino en qué parte se encontraba para tener la gloria de combatirlo y derrotarlo, el teniente coronel Yupes había podido llegar á un puesto distinguido en el ejército santafesino y ocupar sitio preferente en el corazón de su jefe.

Los soldados y oficiales seguían también las inclinaciones del caudillo respecto á militar tan valiente como prudente, admirado en el campo de batalla por su sin igual arrojo, como admirable en el consejo por la seriedad de sus reflexiones y la calma con que abordaba los más difíciles problemas de la guerra.

Alma latina encerrada en envoltura sajona, tenía en su corazón los sacudimientos del volcán, sin reflejarse al exterior en los instantes solemnes las emociones de

su espíritu entusiasta que ocultaba disfrazándolas bajo una capa aparente de indiferencia estudiada.

Era su lanza una de las primeras en teñirse con la sangre del enemigo, pero no obedecía en el combate á esa inclinación irresistible que á otros militares llevaba al sitio más peligroso de la lucha, procurando decidir la acción con la potencia de su brazo ó la impetuosidad de sus ataques.

Medía el peligro y procuraba evitarlo por cuantos medios estuvieran á su alcance, fiando más del éxito en una marcha estratégica ó en una operación bien combinada, que en un avance irreflexivo en que se tratase de obtener la victoria á fuerza de valor.

En los tiempos presentes el comandante Yupes hubiera sido uno de los buenos estratégicos del Ejército Nacional; en la época en que actuó, si no descollaba á la par de Orrego y de Pajón — los hombres indispensables para una carga heroica — tenía la merecida fama de no conocer rivales en el momento del peligro ni ceder á nadie la primacía en cuanto á consejos prudentes pudiera referirse.



Pero no eran estas condiciones las indispensables para poder conquistarle las simpatías de una tropa en que descollaban los hombres más valientes que había en Santa Fé en aquella época; se fiaba más entonces en la pujanza del brazo y en la bravura personal que en las medidas estratégicas, y salvo sus cargas irresistibles en el campo de batalla, Yupes hubiera pasado sino por un

cobarde, por lo menos por un hombre que no ambicionaba el lauro de los valientes, tan codiciado entonces.

Tenía rasgos de héroe, de los que no hacía alarde, ni sabía tampoco comprometer su buen nombre con cargas atrevidas.

Antes de llevar acabo un ataque que pudiera decidir de la victoria ó la derrota, meditaba sobre el éxito, comprometiéndose tan sólo cuando — como sucediera muchas veces — podía responder con su cabeza del buen resultado de la acción.

Pero como el general La Madrid, el héroe legendario de nuestras guerras, célebre por su valor y sus heridas, el comandante Yupes era aficionado á las costumbres criollas, detestaba las ceremonias oficiales en que tuviera que esconder su carácter alegre para aparecer con la seriedad que su jerarquía militar le imponía, contrariando sus inclinaciones y disfrazándose, si es posible decirlo, para cumplir en un todo con la severidad de las ordenanzas militares.

Fuera del combate no estaba bien en los salones si no podía dar entera expansión á su espíritu alegre: guitarrero y cantor, improvisaba como un payador de los primeros tiempos, logrando alcanzar las palmas del vencedor en los torneos criollos, cuando teniendo por testigos á los paisanos del pago y á los soldados del regimiento, templaba su instrumento con desenvoltura y con aire de desafío, é improvisaba coplas que llegaban á entusiasmar al auditorio.

***

La guitarra *hablaba* en sus manos; derramábase su inspiración sobre las cuerdas, traducidas en dulces melodías que tenían las tristezas de las tardes de la pampa ó las alegrías de las frescas alboradas.

El valor del gaucho era su tema predilecto. Palpitaba en su improvisación la figura, hoy ya casi olvidada, de ese héroe de nuestras campañas argentinas, guerrero y trovador que dejaba el arado, el lazo y la guitarra para empuñar la lanza cuando llegaba á sus oídos el clamor de esa patria, á la que amaba sin comprenderla todavía.

Y fluido, armonioso, brotaba de sus labios el romance narrando las quejas del gaucho bajo el alero del rancho donde habitaba la prenda de su alma; las emociones de la primera pelea con el rival afortunado; las peripecias de la lucha primera con el indio que pretendía llevar á su guarida lejana, cautiva y desolada, á la graciosa prometida; las alegrías de la victoria cantadas sobre el humeante campo de batalla ó las tristezas de la derrota irreparable.

Y cuando Yupes tocaba la guitarra era á su alrededor numeroso el auditorio:

— *Toque comandante, bien mi comandante, muy bien mi jefe!*

Eran las exclamaciones de aquella multitud electrizada por el incansable é inspirado guitarrero, que tocaba las fibras más secretas y delicadas con sus tristes yarabíes y entusiasmaba al auditorio con las relaciones de los heroicos combates en que había sido actor, el que con maestra mano *hacía hablar* con elocuencia á su instrumento favorito.

Pero de vez en cuando, y en momentos en que pendía el auditorio de los labios del militar payador, una décima picante, una redondilla picaresca, una estrofa satírica venía á turbar el silencio que en la reunión reinaba, porque el comandante Yupes manejaba la sátira con maestría, como sabía también encadenar la atención de sus oyentes con relaciones de hazañas admirables ó de tristes acontecimientos que tenían por teatro el rancho alegre y humilde del paisano, los desiertos sin límites de la Pampa solitaria ó las vírgenes selvas del Chaco misterioso.



Nuevamente la guerra civil agitaba su tea destructora en el territorio de las provincias del litoral argentino.

La anarquía empezaba á escribir nuevamente páginas luctuosas en la historia de la jóven república de Mayo.

El combate de Puente de Márquez había *decidido en una hora y en un campo de batalla la suerte de la República.*

Así lo había exigido el general Lavalle y así lo habia conseguido del general Estanislao López. La suerte de las armas había favorecido al caudillo de Santa Fé.

« General — decía este á su rival vencido — hemos « combatido y no estoy descontento de mi fortuna. Al « fin la guerra civil ha de reconocer un término; ten- « gamos la dicha de ponérselo ».

El héroe de Río Bamba y de Putaendo no supo ó no pudo aprovecharse de tan generoso ofrecimiento. ¡Quizá primaban en sus resoluciones todavía los hombres de *casaca negra* como él llamaba á sus consejeros once años después de ensangrentarse el patíbulo de Navarro y en una de las horas más crueles de su dolorosa expiación!

Á aceptar la propuesta generosa del gobernador de Santa Fé, Rosas no hubiera tenido la figuración siniestra que tiene en la historia de la República.

Pero como á Bruto, el último campeón de la república romana, Lavalle tenía en su contra á su mal genio, que dejó de perseguirlo solamente cuando, mártir de una causa bendita, cayó para no levantarse más en la última jornada de Jujuy.

El caudillo santafesino, consecuente con los ofrecimientos hechos antes de la batalla, resolvió enviar al general Lavalle un parlamentario que le ofreciese la paz en nombre del patriotismo, pidiéndole en cambio de ella la organización de la República Argentina bajo el sistema federal.

Fué elegido para desempeñar esta comisión el secretario en campaña del gobernador de Santa Fé, el patricio don Domingo de Oro.

Acompañaba como edecán al comisionado federal el teniente coronel Yupes.

***

Llegados al alojamiento del general Lavalle, entró el señor Oro á conferenciar con el jefe de los unitarios mientras su edecán quedábase en compañía de algunos oficiales del ejército vencido.

Yupes era muy serio y su actitud reservada se tomó como clara demostración de cortedad. Para los oficiales del brillante ejército vencedor en Ituzaingó debían ser los jefes que obedecían á los caudillos provinciales, algo menos que salvajes, gauchos ignorantes y torcidos, que sólo podían tener amigable sociedad con gauchos de su talla y hallarse solamente contentos sentados á la orilla del fogón ó en las tranqueras del corral.

Ver á Yupes, y resolverse á convertirlo en objeto de sus burlas y en blanco de sus pullas, fué todo uno.

El más afamado de entre ellos como guitarrero y célebre por sus inspiraciones en que retozaba la sátira mordaz, tomó el dulce instrumento favorito de los paisanos argentinos cuando aún no primaba el acordeón ni el organito, y después de preludios armoniosos y de cantar picantes redondillas, tocó un aire de moda, al que ajustó la siguiente estrofa:

López, Rosas y Quiroga
Y el fraile San Juan Bautista
Se están perdiendo de vista
Porque ya no están en boga;
Y aquel *cierto olor á soga*
Les causa serios temores,
Humilde y divino Antonio
Rogad por los pecadores.

Al comenzar la batalla de Puente de Márquez, creyendo que la acción sería muy reñida, como efectivamente lo fué, el general López mandó que se aprestasen sus DRAGONES SANTAFESINOS, que como el batallón sagrado era mandado en persona por su coronel — el mismo gobernador de Santa Fé — y sólo entraba en combate en el momento decisivo de la batalla. Dada la orden empuñó el caudillo su lanza haciéndola cimbrar con nervioso movimiento, lo que visto por Oro le hizo exclamar:

— Esto huele á soga!

Pasó la frase del campamento federal al campamento de Lavalle, y á ella aludía el oficial que creyó *fumarse* al jefe enemigo, allí presente, con su improvisación.

Pero éste, después de sufrir con paciencia benedictina las carcajadas que la estrofa arrancára unida á otras pullas á la anterior semejantes, é invitado á su vez á tocar la guitarra, cantó en medio de sepulcral silencio:

López, Rosas y Quiroga
Y el fraile San Juan Bautista
Se están poniendo á la vista
Porque van entrando en boga;
Y aquel *cierto olor á soga*
Causa mal á los sicarios...
Humilde y divino Antonio
Rogad por los unitarios.

Si fué festejada la ocurrencia del comandante Yupes está demás decirlo. Los oficiales de Lavalle hicieron objeto de sus burlas al compañero que había al princi-

pio improvisado, y Yupes, tan serio como antes y cual si ninguna palabra hubiera pronunciado, dejó la guitarra y volvió á reconcentrarse en sí mismo, esperando que saliese de la habitación contigua el señor Oro, que mientras él cantaba, trataba de la paz de la República en nombre del gobernador López con el Bayardo de la Nación Argentina.

XXII

LAS DAMAS SANTAFESINAS

XXII

LAS DAMAS SANTAFESINAS

EPISODIO DE 1818

> Esta pobre Provincia triunfaba una vez más de las escuadras y de los ejércitos de la Nación, por su energía, por su táctica y por lo compacto de su opinión instintiva.
>
> BARTOLOMÉ MITRE — *Historia de Belgrano*.

El alma de la mujer, inagotable fuente de sentimientos purísimos, venero rico de ternuras exquisitas, es en ciertos momentos foco de valor admirable y fuerza productora de heroicidades sin ejemplo.

Parece que se halla organizada de distinta manera que la del hombre. Huye de los medios términos y jamás se la ve vagar en las penumbras. Junto á la cuna del niño prodigándole cuidados infinitos con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón; al lado del lecho del enfermo alentándolo en sus debilidades, consolándolo en sus aflicciones; bajo las bóvedas del templo arrobada en santas meditaciones; desafiando la muerte en el campo de batalla para auxiliar al herido que cae en cumplimiento del más santo de los deberes, al pie de su bandera; en el hogar y en la iglesia, en el hospital y en el campamento, entre las flores, la sangre ó el

incienso, en todas partes el corazón de la mujer como búcaro precioso derrama el raudal de sus ternuras infinitas.

Madre, hija, esposa, hermana de caridad, en cualesquiera de las variadas manifestaciones de la vida, la veremos cumplir como buena con la misión que le ha tocado en suerte ó que ha elegido como más á propósito para sus inclinaciones.

Sabe enjugar una lágrima y derramar en el corazón de sus semejantes el bálsamo del consuelo; sabe prodigar una caricia y hacer brotar una esperanza de la misma desesperación, como el surtidor de agua cristalina de la peña árida ó del arenal ardiente. Lucha con ardor sobrehumano contra la miseria, contra la desnudez, contra el hambre, y tiene resortes para ablandar los más empedernidos corazones.

Y todas estas ternuras y todos esos arrobamientos y todas esas debilidades sublimes de su sexo, parecen cambiarse en heroica fiereza y en ensueños de gloria cuando la mujer consagra á la patria sus sentimientos y sus esfuerzos.

Lucha, y lucha con varonil constancia—se sacrifica con viril entereza sufre el tormento con la resignación evangélica del mártir ó corona sus sienes de inmarcesibles lauros como el guerrero victorioso.

Los contrastes la animan, las derrotas levantan su espíritu mucho más que las victorias; y vence al fin ya con el triunfo ó con la muerte, que la muerte es también muchas veces la más final de las victorias.

Una política imprudente iba á encender de nuevo la fratricida tea entre la Atenas del Plata y Santa Fé. Del gobierno de aquella, encargado de los negocios generales, partió el reto, y ésta se apresuró á recoger el guante arrojado á su territorio por un ejército de cuatro mil hombres entre los que se hallaban mil seiscientos veteranos.

A principios de Noviembre de 1818 el ejército enemigo con ocho piezas de artillería se hallaba sobre el Arroyo del Medio, mientras Bustos con seiscientos soldados amagaba la frontera por los límites de Córdoba.

Una escuadrilla compuesta de los bergantines *Belén* y *Aranzazú* y la goleta *Invencible*, llevando además varios lanchones armados con un total de trescientos hombres de desembarco al mando del coronel Hereñú, se había enseñoreado de los ríos.

Era más que crítica, era desesperada la situación de la provincia. Amenazada por tres puntos que tendían á reconcentrarse en la capital, ésta temblaba al evocar el recuerdo del saqueo de que fué víctima en la anterior invasión; el ejército federal, en su totalidad compuesto de milicianos voluntarios que concurrían á los cuarteles montados y armados á su costa, era impotente para aceptar al enemigo una batalla en campo abierto. Había por otra parte que dividir las fuerzas para atender al enemigo que amenazaba por la frontera de Córdoba y disputar palmo á palmo el terreno al ejército numeroso y bien petrechado que se dirigía hacia Santa Fé por el Sud á paso de vencedores; amagaba la escuadrilla por el Este, mientras al Norte el eterno ene-

migo — el indio — espiaba con ojos de pantera el momento oportuno para hacer su aparición desvastadora.

El general don Juan Ramón Balcarce comandaba al ejército del Sud y era el director de las operaciones iniciadas. No sin frecuentes combates con los montoneros, favorables ó adversos, pudo forzar el paso de Aguirre, el único paso fortificado que existía, y el 29 de Noviembre acampó con su tropa á una legua de Santa Fé.

El ejército federal fraccionado y subdividido en pequeñas partidas que merodeaban á presencia del enemigo, había llevado algunos ataques sin importancia, logrando solamente arrastrar tras de sí en sus marchas precipitadas la población de las afuera de la ciudad, arrebatando también al enemigo todos los recursos que pudo para sitiarlo por la necesidad ya que le era imposible hacerlo por la fuerza.

Las instrucciones recibidas del gobierno por el jefe invasor eran de temerse una vez llegado el caso de ser puestas en práctica. Según ellas, «los santafesinos que se sometieran fuesen tratados con consideración en sus personas y bienes; pero *á condición de ser transportados á la nueva línea de frontera ó á la capital bajo la vigilancia militar*. Si se resisten deben ser tratados militarmente como rebeldes imponiéndoles sin dilación la última pena».

Importaban, pues, la muerte ó el destierro, la despoblación y la ruina total de la ciudad. Parece que se había decretado fuese borrada de sobre el haz de la tierra.

Delenda est Sancta-Fides!

Pero en medio de la general consternación, las familias que habitaban en la capital de la Provincia, muchas de ellas herederas del hidalgo carácter y del valor caballeresco de los primeros conquistadores, dieron pruebas de constancia en los sacrificios y de su entereza en los peligros.

En poder de un ejército enemigo no vieron debilitarse su fibra ni decaer los ánimos al peso de tan rudos contrastes. Negaron al invasor la sal y el agua; encerráronsé las damas en los templos; enterráronse los tesoros y las joyas en sitios apartados y sólo una que otra persona que llevaba en su semblante marcada la raza negra ó guaraní divagaban por las calles solitarias. La situación del general Balcarce se hizo de pronto insostenible; el desierto lo rodeaba y el hambre empezaba á hacerse sentir entre sus filas. El enemigo vivaqueaba lejos de sus ataques y solamente se aproximaba al campamento cuando se arrojaba sobre alguna partida exploradora para perderse después de vencedores ó vencidos « en los bosques inmediatos como una bandada de pájaros ».

El 9 de Diciembre comunicó al gobierno de Buenos Aires su resolución de retirarse. « Me pongo en marcha, decía, á ocupar un punto céntrico, desde donde estrecharé á los rebeldes y los pondré en el mayor conflicto, ya por la guerra de recursos que haga como por los ataques que sobre ellos dirija, que los obligarán á rendirse ó perecer ».

Y respondiendo á las instrucciones recibidas de su gobierno sobre la actitud que debía asumir sobre Santa

Fé, actitud terrible que nada cohonesta y que nada disculpa, mucho más tratándose de una guerra que no había sido por el gobierno de esta provincia provocada, decía el general invasor: « En otra ocasión manifestaré las poderosas razones que he tenido para no *destruir* la ciudad de Santa Fé y causar á las familias honradas que han quedado el último mal ».

Pero consecuente con esas mismas instrucciones, resolvió llevar á cabo una parte de los planes concebidos, obligando á las familias á que lo siguiesen en su marcha de retroceso.

En efecto, el 1° de Diciembre el coronel don Bernabé San Martín, jefe del Estado Mayor del enemigo, que había guarnecido á Santa Fé y recibido de una de sus familias patricias—la de Diez de Andino—generoso hospedaje, fué enviado á la ciudad para que á son de tambor diese publicidad á un bando que decía: « Marcho á batir los montoneros, y derrotados ó vencedores mis soldados, no puedo responder de su prudencia. El pueblo de Santa Fé está expuesto al ultraje y al saqueo, y es necesario que sigan á mi ejército las familias que se encuentren en el pueblo ».

Ese bando representaba nada más que una verdadera guerra de conquista. Las familias más pudientes, como las más humildes, todas tenían en las filas federales sus deudos más queridos; el pronunciamiento de Santa Fé, como casi todos los pronunciamientos municipales, había sido en masa. Siguiéronle después los pequeños centros de población y las campañas con la misma espontaneidad que en la capital, de manera

que los habitantes que habían quedado en ésta, en su mayor parte reducidos á ancianos, enfermos, mujeres y niños pertenecían á los montoneros por vínculos de sangre ó por lazos de sincera simpatía.

La orden del general Balcarce estaba dada sin embargo y había que cumplirla por la razón ó por la fuerza. La noticia cundió de la plaza al hogar y del hogar al templo, y mil confusos planes cruzaban por la imaginación de los habitantes afligidos.

¿Qué iba á ser de ellos? qué sería de Santa Fé?—La intimación era terminante y todos conocieron que encerraba un plan siniestro.

La despoblación en masa que se ordenaba, el abandono inmediato del hogar con sus gratos recuerdos, del templo con sus memorias venerandas, de los sepulcros de los seres queridos, de la propiedad y de la fortuna, pues todo eso importaba la intimación del vencedor, revelaba á las claras cual sería la suerte destinada á Santa Fé y cual la de sus pobladores.

¿Se acataría la orden, se esperaría para cumplirla que se hiciese uso en último caso de la fuerza?

Esta última opinión prevalecía.

La resistencia hasta el último extremo; la resistencia hasta el sacrificio, si el sacrificio era necesario para salvar de la amargura del destierro, y del dolor sin consuelo al ver convertirse á Santa Fé en cenizas.

Entonces las damas más distinguidas se reunieron

para intentar el último de los esfuerzos; juntaron sus mejores joyas y sus adornos más valiosos—levantaron una suscrición entre las que podían contribuir con su dinero al objeto que se habían propuesto y poniendo á su cabeza al doctor José de Amenabar, cura Vicario de la ciudad, se dirigieron al campamento de la Chacarita donde el general Balcarce se encontraba.

Iban á rescatar á la ciudad, á comprar su salvación con sus más valiosas joyas!

Qué curioso espectáculo no ofrecería esa cabalgata de distinguidas damas dirigidas por el virtuoso sacerdote, llevando el precio de la salvación de su pueblo al jefe enemigo que les había poco antes intimado siguiesen expatriadas la huella de sus tropas!

El general Balcarce una vez sabedor de esta embajada mandó á rienda suelta un oficial con orden terminante de que regresasen á la ciudad y cumpliesen las órdenes de su representante. Vuelven nuevamente pero sin esperanzas ya, suplicando con lágrimas y gemidos les evitasen la forzada peregrinación. Apersónanse al coronel San Martín y renuevan sus súplicas, y este conmovido en presencia de pena semejante, les responde: que la orden de su jefe les era favorable, pues quería evitar las desgracias á que se verían expuestas las familias cuando retirado el ejército de Observación entrasen á Santa Fé sus invasores».

Esta respuesta hirió á las damas en lo más sensible de su alma. En las filas federales tenían muchas personas á ellas vinculadas por el cariño y por la sangre; tratábase quizás de los autores de sus días, del fruto de

sus castos amores, de los amigos de la infancia, de los compañeros de su vida... ¿Y era de ellos de quienes se hablaba al manifestar el coronel enemigo que podían hacerlas víctimas de sus ultrajes?

Una de ellas con el rostro encendido por la indignación y con enérgico acento le responde:

—¿Y que podemos temer, señor coronel, de nuestros esposos, de nuestros hijos, y de nuestros hermanos?

A esta respuesta, verdadera explosión de un sentimiento por largo tiempo comprimido, el coronel San Martín bajó la cabeza y abandonando la ciudad seguido de sus soldados, se dirigió al campamento de Balcarce.

Quizás fuera esa una de las razones que se proponía manifestar más tarde el jefe del ejército de Observación al gobierno de quién dependía, para no haber destruído á Santa Fé.

A la seis de la mañana del 2 de Diciembre de 1818 el ejército del general Balcarce abandonaba el campamento de la Chacarita, después de perder gran parte de sus elementos de movilidad. Moviéronse en su seguimiento las tropas federales librándole un combate día por día mientras permaneció de este lado del arroyo del Medio, y quizás el jefe invasor dióse perfecta cuenta de que era muy difícil vencer á un pueblo que tenía tan infatigables y ardorosos guerreros, como tan nobles y patrióticas mujeres.

XXIII

GOLPE FRUSTRADO

XXIII

GOLPE FRUSTRADO

I

Los opositores que durante su gobierno tuvo el general Estanislao López hicieron uso de toda clase de armas para poder adueñarse de la situación, derrocando al caudillo prestigioso que impedía la realización de sus deseos merced á la influencia que ejercía en las masas populares.

Su vida estuvo en más de una ocasión comprometida seriamente, escapando de las celadas que se le tendían, gracias á su presencia de ánimo y al respeto que infundía hasta á sus más encarnizados enemigos.

La oposición, por otra parte, se circunscribía á media docena de descontentos, que anhelando ocupar el gobierno y no tomando la clemencia del caudillo como tal, sino como señal de debilidad, hicieron esfuerzos supremos por conseguir su intento, teniendo al fin que confesar su impotencia y reconocer la importancia de su adversario.

No estaban, por otra parte, divididos por luchas de principios los hijos de Santa Fé. Los *porteñistas*, es

decir los unitarios, no habían podido jamás predominar conquistando las voluntades de los que se decían enemigos del general López, los que si en verdad combatían su prepotencia no hubieran consentido jamás la preponderancia del unitarismo, rodeando como lo hicieron muchas veces al general López cuando peligraba la autonomía de Santa Fé.

El Dr. Seguí hallábase á su frente; federal por principios, supo posponer las ambiciones personales al interés general de la provincia, y consecuente con su doctrina política fué en más de una ocasión la columna más sólida del poder del general López, cuando con el gobierno de éste peligraba la autonomía provincial.

Don Mariano de Vera, el primero de los santafesinos que reprentase en el escenario los ideales y las aspiraciones de su pueblo, había dado el ejemplo.

Derrocado del gobierno pudo merced á extrañas influencias recuperarlo, pero prefirió el ostracismo antes que traicionar sus ideales políticos, muriendo como un héroe defendiéndolos.

II

En 1830 la revolución se había fraguado con todo sigilo y se esperaba tan sólo un golpe de audacia para que estallara.

Comprendiendo que era imposible valerse de elementos populares para llevarla á cabo y mucho menos conseguir que los soldados de la guarnición se levantasen contra el general López, los revolucionarios hicieron

entrever á uno de los jefes de fronteras la posibilidad de que llegase al gobierno en caso de que el gobernador fuese muerto.

Pudo la ambición más que la gratitud. Confiado en las promesas que se le habían hecho, juzgó fácil su triunfo, dado el crédito que como valiente gozaba y fiado en el prestigio y ascendiente que suponía tener en la división á su mando.

Hombre rudo, elevado desde la clase de soldado á la primera jerarquía militar merced á su valor extraordinario, halagábalo la idea de ocupar el gobierno de la Provincia, aun á costa de una infidencia y cargando con las responsabilidades de un crimen.

Porque del asesinato del general López se trataba.

Instigado por los revolucionarios que le pintaban con alegres colores los resultados del golpe que le aconsejaban, y deseoso de asegurar el éxito, no quiso confiar á nadie la empresa, comprometiéndose á llevarla personalmente á cabo.

Marchaba á ciegas hasta el abismo el ofuscado jefe de los cantones fronterizos, porque el plan de los conjurados era servirse de él como instrumento y someterlo en seguida á la justicia.

III

El general López recibió por conducto seguro un aviso de la conjuración el día mismo en que debía llevarse á cabo.

La hora se había fijado para las diez de la noche —

sitio, la casa misma del gobernador—ejecutor, el jefe militar de los sublevados.

Adoptando en el cuartel de negros las medidas de seguridad que las circunstancias imponían y sin dar cuenta á nadie de la trama, el general López despidió temprano á sus amigos con el pretexto de una repentina indisposición y sin dejar en su casa más custodia que un asistente esperó la visita del jefe conjurado.

Serían las diez cuando llamaron á la puerta; el general que envuelto entre los anchos pliegues de un rico poncho de vicuña se paseaba por el patio esperando la visita, acudió presuroso á recibirla, llevando escondida la mano derecha con que empuñaba una pistola.

El jefe revolucionario se presentaba revelando en todos sus ademanes la turbación de su espíritu.

El gobernador de Santa Fé sin perder un instante y dueño por completo de sí mismo, saludó cortésmente y estiró su mano izquierda estrechando con cordialidad la derecha del conjurado, á quien llevó á una sala donde había preparado dos asientos, de tal manera colocados, que era imposible al visitante hacer ningún movimiento agresivo sin que antes el general no se pusiese á la defensiva y lo evitase.

La posición del conjurado era insostenible; la conversación duraba ya dos horas y en vano espiaba un momento favorable para consumar el plan sangriento.

Por otra parte, la serenidad de López lo turbaba y las severas miradas que le dirigía el caudillo lo hacían bajar la vista á cada instante.

Los revolucionarios que esperaban el aviso conve-

nido, temblaban previendo un fracaso posible mientras el cabecilla se hallaba atormentado por su extraña situación, pintándose la inquietud en su semblante.

Resolvióse por fin á levantarse y acercarse al general López, tambaleando como un ebrio y despidiéndose con frases entrecortadas, le tendió la mano derecha.

López la estrechó como al principio con la izquierda y salió acompañándolo hasta la puerta, hablándole con afecto.

Al franquear los umbrales y antes de soltar la mano que le estrechaba el gobernador de Santa Fé, díjole este con toda afabilidad:

—Comandante, sé á lo que Vd. venía; el primer amago suyo era señal cierta de su muerte ó de su prisión, porque estaba prevenido y preparado para todo. Lo han engañado, comandante, ofreciéndole el gobierno; si Vd. hubiera realizado su plan, tenga seguro que sus cómplices lo hubieran olvidado en el instante. Sea tan leal como valiente y yo me olvidaré de todo... Lo entiende?... de todo!

IV

Confuso el comandante fué á dar cuenta á sus cómplices de lo ocurrido y allí en presencia de los mismos conjurados juró morir por aquel hombre generoso que teniendo en sus manos su perdición, lo había caballerescamente perdonado.

Los revolucionarios se desbandaron y al otro día, tres de ellos se espatriaban temerosos de lo que pudiera

sobrevenir, pues creyeron que el ejecutor del plan había descubierto á los conspiradores.

El general López no tomó medida alguna, empero, contra ellos, volviendo al poco tiempo al seno de sus familias.

El jefe murió poco después como un soldado valeroso, habiendo demostrado con su conducta leal, que había aprovechado la lección del gobernador de Santa Fé.

XXIV

EL TOBÍAS DE SANTA FÉ

XXIV

EL TOBÍAS DE SANTA FÉ

---

20 — Esurientes alebat, nudisque vestimenta prœbebat, et mortuis atque occisis sepulturam sollicitus exhibebat.

20 — Daba de comer á los hambrientos, vestía á los desnudos y tenía mucho cuidado de dar sepultura á los que habían fallecido ó habían sido muertos.

ANTIGUO TESTAMENTO.—*Libro de Tobías.— Cap. I, v. 20.*

I

Leed estas líneas y encontraréis que con sobrada razón están encabezadas con el nombre del varón justo de la Escritura Santa.

Tobías! . . el hombre de corazón humanitario que cuidaba á los enfermos, enterraba á los muertos y con mano benéfica secaba las lágrimas de los desgraciados — Tobías !. . . el paciente ciego de la leyenda bíblica, el tipo en quien la caridad y el cariño por la humanidad se encarna, tiene un fiel imitador entre nosotros.

Es un hijo humilde del pueblo que apareció en Santa Fé hace muchos, muchísimos años, niño aún, y que ignora quiénes fueron sus padres y en dónde se halla su familia; que nunca ha gozado de los dulces encantos del hogar, ni de los tiernos cariños de una madre, ni del casto beso de una hermana, ni de las caricias deliciosas y dulcísimas de un hijo.

Vive para los enfermos, para los mendigos, para los muertos. Divide sus harapos con el indigente y con el pobre niño que no tiene más abrigo en los días del helado invierno que el rayo de oro del rey de los astros, y que en las tristes y eternas noches busca tiritando en el seno de una madre enferma, el calor que restaura sus débiles fuerzas, perdidas casi con el frío que entumece sus miembros al filtrarse como ráfaga de muerte por las grietas del rancho miserable que lo abriga.

Caridad, luz que ilumina las tinieblas en la eterna noche del dolor! El Tobías de Santa Fé no sabrá definirte, pero te practica llevado por su corazón generoso, por su instinto puede decirse, porque siente la necesidad de hacer el bien y goza en practicarlo.

Él no hace caridad por el premio que puede ofrecérsele, por la justa compensación de sus servicios. ¿Qué le importa el premio, ni la alabanza, ni el aplauso al infeliz Tolosa que pasa su vida envuelto en los girones que le sirven de abrigo, cantando al recorrer las calles en busca de trabajo, cantando cuando con nervuda mano empuña el hacha ó la pala, ó rezando al lado del moribundo y alzando la última plegaria al borde de la tumba que él abriera para enterrar el cadáver abandonado que llevó por caridad al Cementerio?

¿Qué le importa el aplauso al infeliz Tolosa, que no tiene más placeres que cuidar á los enfermos con ternura infinita ni más goces que implorar una limosna para desgraciados cuyas miserias se ignoran y á quienes no llega la benéfica mano de la Sociedad de Beneficencia?

El mundo y sus aplausos!... Cecilio Tolosa no lo conoce ni los desea. Es un paria que no tiene hogar ni familia determinada, porque su hogar es el del desgraciado, su familia es la humanidad, su patria la ciudad en que vive, sus hermanos son todos los hombres y son sus hijos todos los desgraciados.

***

Vagará seguramente una sonrisa en los labios de los que se detengan á leer este boceto. Hablar de Tolosa, del *loco*, del *tonto*, del *masón*, en una época en que tan grandes cuestiones se debaten, en que la política es el tema diario y obligado de todas las conversaciones y cuando los partidos van antes de mucho á quebrar lanzas buscando como única solución del problema la derrota de los contrarios!

Es no tener en que ocuparse!—así dirán los que acostumbrados á ver diariamente á Tolosa entregado á su trabajo ó cumpliendo con su santa misión de caridad no se ocupan en estudiar su vida, sus actos, sus costumbres. Pasa desapercibido entre la muchedumbre, perdido en la masa popular el héroe desconocido de nobilísimos sentimientos.

Vino á Santa Fé allá por los años en que gobernaba.... alguien de cuyo nombre Cecilio Tolosa no puede acordarse. Llegó muy niño en una tropa de carretas cordobesas, y únicamente sabe que nació en Córdoba y que tiene hermanos cuyo paradero ignora.

Cortando el campo á paso de buey en la temida tra-

vesía iba la tropa que conducía á Tolosa cuando fué asaltada por los indios. Los conductores pelearon con el arrojo de la desesperación, pero fueron vencidos, y en medio de la lucha Cecilio que por su edad no era enemigo para el indio, logró esconderse en el campo, sin que por otra parte se preocupasen mucho en buscarlo los salvajes entregados al pillaje.

Cuando los bandidos del desierto abandonaron el campo de la matanza, el pobre niño náufrago en el océano de la Pampa se lanzó á la ventura en busca de una población cristiana. ¿A dónde iba? Sin rumbo y sin guía entregóse en brazos de Aquel que da alimento á las aves y á los prados rocío, y *jinete en el caballito de San Francisco*, desde entonces y para siempre su única cabalgadura, caminó días y noches atormentado por la sed y por el hambre, y después de aventuras que no narra y de sufrimientos que ha olvidado, fué providencialmente recogido por un piquete de soldados de un cantón fronterizo desprendido.

¿Quién lo trajo á Santa Fé?.... Lo ignora; es como se ve muy corta la biografía de Tolosa.

Desde entonces trabaja para ganar el pan de cada día, y cuando algún enfermo lo reclama, cuando á su oído llega el grito del dolor, al instante al lado del lecho miserable está Cecilio con su grueso cigarro de hoja hecho á manera de trompeta, con su mate voluminoso de amarillenta bombilla envuelto en el sucio pañuelito en el que guarda, como el avaro el oro, la yerba y el azúcar que forman sus regalos.

Y pasa horas y días y semanas enteras al lado del

enfermo, á quien abandona solamente para buscar el *realito* con que compra pan y velas para el pobre entregado á sus cuidados ó el *cuatro boliviano* que importa el remedio de la botica ó el abrigo que se necesita para dar calor á los miembros ateridos.

¿Dónde busca sus recursos? ¿dónde tiene su mina? En el rudo trabajo de sus manos, en la limosna que pide si el auxilio que se necesita es urgente, en el préstamo que solicita de cualquiera persona y que se compromete á pagar y que paga con puntualidad en cuanto trabaja.

A la noticia de un fallecimiento vuela Tolosa á ofrecer sus desinteresados servicios y corre con todas las diligencias necesarias para la inhumación. Él conduce sobre sus hombros el cajón fúnebre de la carpintería; él coloca el cadáver en el ataúd; él conduce de la Iglesia los fúnebres adornos y vela después durante la triste soledad de la noche rezando interminables oraciones, con su rosario en la mano sin moverse si no es para fumar su cigarro del más fuerte Pará ó cortar á las velas la paveza.

Sube con desenvoltura al primer coche que encuentra en el cortejo y acompaña el cadáver hasta la misma tumba, una vez terminada su misión, Tolosa se olvida de los servicios que ha prestado, no pone los pies en la casa del *difunto*, sino que corre á trabajar de nuevo ó á prestar sus servicios á otro enfermo.

Si los desconsolados padres de un niño que fallece no tienen dinero suficiente para pagar el coche que ha de llevar el cadáver al Cementerio ó *no se animan* á solicitar la carroza municipal con ese objeto, buscan

inmediatamente á Tolosa, que es el más ligero y barato de los carros fúnebres. Una legua que hay de la ciudad al enterratorio de Guadalupe es una bicoca para Cecilio que tiene piernas de acero y hombros de titán.

Toma sin vacilar el cajón que guarda los despojos del *Angelito,* lo echa al hombro ó á la cabeza, y allá va Tolosa camino del Cementerio con su preciosa carga, ya acortando el camino con sus oraciones ó cantando los versos disparatados que compone.

Se para en medio del camino.... ¿está por ventura el gigante fatigado? —No! Tolosa no conoce la fatiga, la palabra cansancio no se ha inventado para él cuando va ejerciendo su misión nobilísima. Es que ha visto á la orilla de la senda ó medio oculto entre las malezas del cercado vecino la risueña cara de un muchacho desgreñado y harapiento, que más que come, roe una espiga de maíz medio tostada; y por eso se pára y por eso deja su carga fúnebre en el suelo. Ha acariciado al niño, que lo mira entre alegre y temeroso, y abriendo la rota y sucia camisa ó desprendiendo el sobretodo fósil que lo abriga en invierno, saca de entre sus harapos uno ó dos panes, los entrega al muchacho diciéndole que los manda *mama la Virgen para que sea bueno*, y

Arre burro ligerito
Que las horas van pasando

emprende nuevamente la marcha, sin dar vuelta la cabeza y cantando sus coplas favoritas.

***

Un día pidió prestado un *real plata* á un caballero para él desconocido. Dióselo sin reparo, pero el prestamista lo siguió ocultándose para ver qué uso hacía de aquel dinero.

Era en invierno, y en un asiento de la plaza 25 de Mayo hallábase un pobre viejo, de nacionalidad francesa, antiguo pastelero en Santa Fé. Dormitaba al sol como un lagarto, apoyada en tosco bastón la frente, soñando quizá con la patria lejana ó con la familia ausente, cuando Cecilio Tolosa, recatándose como si fuera á cometer un crimen, despertó al anciano tocándole en el hombro y puso algo en su mano diciéndole su conocido: *Tome taita.*

El viejo mendigo no tuvo tiempo para hablar, porque las piernas de Cecilio eran un relámpago y entraba ya á la Iglesia Matriz *gambeteando* como un *ñandú*, según él dice.

Interrogado el viejo pastelero mostró entre su mano temblorosa el flamante real plata que acababa de pedir el infeliz Tolosa.

Y quién sabe si ese día el Tobías de Santa Fé habría tenido que comer!



¡Cuántas acciones nobles pudieran contarse de este hombre humilde que pasa desapercibido entre la multitud, perdido entre la masa popular!

Sus generosas ofrendas, como el dinero de la viuda tienen que ser más aceptables á Dios que las limosnas

cuantiosas ofrecidas á los hospitales, al son de los aplausos de la prensa. Venero rico en ternuras debe ser el corazón de ese pobre hijo del pueblo á quien se desprecia por los necios, y se atormenta por los ignorantes y soberbios.

¿Pero dónde vive, cuál es la habitación de ser tan original?

En todas partes; para él le es indiferente la humilde choza ó el hogar del poderoso, el techo artesonado ó la estrellada bóveda del cielo. Resiste su naturaleza de bronce los rigores del estío recibiendo á plomo un sol de fuego ó los fríos intensos del invierno.

Su habitación es por lo regular una pieza arruinada del viejo cementerio de San Antonio, cuando no tiene enfermos á quienes asistir ó difuntos á los que debe velar y encomendar á Dios en sus oraciones. En su desmantelada habitación no hay más muebles que el jergón que le sirve de lecho y el despatarrado brasero en donde enciende el fuego para calentar en los ratos de ocio el agua que le sirve para preparar su almibarado mate.

Cuando, lo que raras veces sucede, alguna enfermedad lo postra y su materia se doblega á impulsos del dolor, busca entonces amparo en el Hospital de Caridad y alivio á sus dolencias en los cuidados maternales de las santas mujeres consagradas á secar las lágrimas de los que sufren en medio del desamparo más completo.

Y allí pasa las horas largas del sufrimiento esperando con ansia el momento en que pueda de nuevo vagar por

calles y por plazas buscando quien utilice sus servicios. Falta algo entonces á los pilluelos callejeros que no tienen á quien exasperar gritándole *masón* ó *lechuza*, *rosario sin cruz* ó *enemigo de Dios*, epítetos que hieren á Tolosa en lo íntimo del alma y que tienen poder suficiente para provocar una ira pasajera, traducida en frases y palabras nada suaves que se escapan á torrentes de sus labios.

Pero se calman sus dolencias y abandonando el Hospital sale contento y bien limpio á continuar su acostumbrada vida. Pero algo falta de su físico, hay en él una pequeña transformación — fáltale su renegrida melena nazarena que ha sido cortada por las Hermanas de la Caridad, las únicas que tienen palabras elocuentes para convencer al mendigo humanitario que es conveniente dejar en sus manos el cabello. como son también las únicas que pueden, compelidas por su amor al prójimo, encargarse de cortar el matorral tupido que adorna la cabeza de Tolosa.

***

La ignorancia lo ha perseguido haciéndole pasar horas amargas; la superstición lo ha hecho apurar muchas veces el cáliz del martirio.

No comprenden algunos cómo puede existir un hombre que viva para otros, y que lleve su abnegación sin límites á dar á sus hermanos el pan que necesita para su propio sustento.

De ahí que lo llamen el *brujo*, de ahí que lo comparen á la *lechuza* que es anunciadora de la muerte según estúpidas y rancias preocupaciones. Y no es el pueblo bajo el que así califica al moderno Tobías, son personas que según él se *intitulan decentes* las que al ir Tolosa á ofrecer sus servicios lo han despedido á empujones llegando hasta cruzar con un látigo su cara.

¡Siempre la bestia humana revelándose contra los nobles caracteres, siempre la ignorancia en pugna con los corazones generosos!

Pero estas decepciones no quiebran su espíritu caritativo. Sufre resignado el brutal atropello de los unos, y se consuela de sus amargas horas yendo á ejercer su noble, su santo sacerdocio á la cabecera del enfermo ó acompañando á los muertos á la última morada.

Los años no pesan sobre su existencia trabajada. El Tolosa de hoy es el mismo de hace veinte ó treinta años, según dicen los que entonces lo conocieron; no se nota cambio en su físico ni en sus hábitos, resistiendo, como la palma enhiesta, el vendaval furioso, la inclemencia de los años.

Honrado como el que más, puede confiársele oro en polvo en la seguridad que al exigírselo no ha de faltar un solo grano. Frugal en sus costumbres, no bebe sino agua, agua pura, regalándose tan sólo con la infusión de la yerba mate que saborea durante horas enteras con complacencia sibarítica.

Si no tiene con que llenar una necesidad ajena, si le faltan recursos con que auxiliar á los menesterosos, pues le ha faltado trabajo para ganar una módica suma, hace

entonces uso de su crédito, que es mucho. Pide prestado lo que su pobre necesita y lo devuelve cuando tiene, al otro día ó á los seis meses, cuando puede, pero sin olvidarse jamás de sus pequeñas deudas que las tiene bien asentadas en el libro sin borrones de su memoria privilegiada.

Y así pasa su vida el mendigo filántropo, para quien parece haberse dictado los consejos de Tobías á su hijo: «Haz limosnas de aquello que tengas y no vuelvas á « ningún pobre las espaldas.

«Sé caritativo según tu posibilidad.

«Si tuvieres mucho, da con abundancia: si poco, pro- « cura dar de buena gana aún de este poco que tuvie- « res: Pues con eso te atesoras una gran recompensa « para el día del apuro.

«Come tu pan partiéndolo con los hambrientos y « menesterosos y con tus vestidos cubre á los desnudos».

Y eso hace Cecilio Tolosa desde muchos años atrás en Santa Fé. Cuida enfermos, entierra muertos, da al pobre la limosna que solicita para él. No partirá la capa como el guerrero cristiano para tapar con la mitad las desnudeces del mendigo, porque no la tiene; pero divide sus harapos con los que ni harapos poseen y comparte el pan con sus amigos, que son todos los que padecen hambre y sed.

Acude al templo con frecuencia y ora prosternado ante las gradas del altar con recogimiento fervoroso. Acompaña con reverencia sin igual la Sagrada Eucaristía, distrayéndose tan sólo cuando alguna persona no guarda la debida compostura.

Y así cumple con la misión que se ha impuesto ese hijo humilde del pueblo, ignorante y rudo, pero generoso y caritativo; así recorre la senda de la vida, ni envidioso ni envidiado el que ejerce en nuestro pueblo el ministerio del santo Tobías de la Escritura.

* * *

Viejos, jóvenes, niños, no os burléis jamás del pobre Tobías de Santa Fé;

Tendedle, poderosos, la mano para que él pueda con vuestro óbolo secar muchas lágrimas que no veis y cicatrizar heridas por la miseria abiertas y para nosotros ignoradas;

No lo ofendáis, supersticiosos, con calificativos denigrantes ni crucéis su rostro con el látigo vosotros los que no comprendéis que pueda un hombre hacer el sacrificio de sí mismo en bien de los demás;

Acogedlo bondadoso, santas Hermanas de la Caridad cuando por el dolor compelido busca vuestros consuelos, amarrado por el sufrimiento á una cama del Hospital;

Dejadlo pasar, viejos, jóvenes, niños, con la rapidez que lo caracteriza por calles y por plazas sin prodigarle insultos ni arrojarle piedras á su paso. Dejadlo correr que va quizá á aliviar una necesidad que todo el mundo, menos él, ignora! . . Dejadlo con su larga y desgreñada barba, con su camisa sucia y su saco convertido en girones, que esos raídos harapos cubren el

cuerpo de un hombre que tiene sentimientos de ángel y candores de niño, y un corazón de oro purísimo cubierto por una ruda corteza!

II

Tres años después de publicadas con pequeñas variantes las líneas que anteceden, Cecilio Tolosa bajaba á la tumba en el mismo pueblo que fué testigo de su santa vida.

A las seis de la tarde del 10 de Setiembre de 1887 el moderno Tobías pasaba por la casa de una familia respetable; penetró allí según tenía por costumbre y empezó á jugar con los niños á quienes buscaba siempre, cual si necesitase de su inocente cariño.

De pronto uno de ellos da parte de que Tolosa estaba muerto; se acude en su auxilio, pero en vano! La rotura de una arteria lo había fulminado como un rayo.

Con la muerte empezó su apoteosis. Circuló la noticia con rapidez pasmosa y trasladado el cadáver al Convento de San Francisco y depositado para ser velado en una celda, una verdadera romería invadió la capilla fúnebre para contemplar por última vez el rostro del mendigo generoso.

Una suscrición popular se levantó para costear los gastos del entierro, y el día siguiente fué conducido el ataúd á pulso, cubierto materialmente de coronas, hasta la Iglesia Matriz. Acompañábalo numerosa concurrencia; desde el primer magistrado de la Provincia hasta

el último obrero, desde la dama aristocrática hasta el mendigo miserable.

Más de cuarenta coronas que llevaban el nombre de otras tantas personas de todas condiciones sociales desde la más encumbrada hasta la más humilde, cubrían el féretro de Cecilio Tolosa, el que, una vez terminada la religiosa ceremonia, fué conducido al Cementerio Católico en el carro fúnebre de más lujo que había á la sazón en Santa Fé.

La prensa de esta capital representada entonces por *Nueva Epoca*, *La Revolución* y *El Lábaro* asocióse al homenaje popular, é importantes publicaciones del Rosario, Córdoba y Buenos Aires acogieron con simpatía los escritos que á tan honrosa demostración se referían.

Días después celebráronse con pompa inusitada en la Matriz los funerales. Cubierto el templo de crespones fúnebres, alzábase en el sitio correspondiente un catafalco simbólico y modesto : era un sepulcro cubierto de un paño negro sobre el que se habían derramado profusamente rosas blancas. En la cabecera levantábase una tosca cruz, y sobre el sepulcro habíase colocado el capote andrajoso de Tolosa envolviendo entre sus girones un corazón rodeado de llamas, simbolizando la caridad ardiente del mendigo.

El pueblo entero concurrió al acto religioso; parecían haberse dado cita para el templo hombres, mujeres y niños de todas clases y de todas condiciones sociales, congregados allí para rendir el último homenaje al hombre generoso que dedicó su vida á hacer el bien,

que sufrió miserias y vejámenes, injurias y humillaciones; que ejerció la caridad para con el prójimo privándose muchas veces del alimento necesario para alimentar con él á sus semejantes, y que después de muerto fué objeto de la veneración de un pueblo noble que hizo justicia á sus virtudes.

***

El Escolar Ilustrado de la ciudad de Córdoba, dedicando frases sentidas á la memoria de Tolosa, traza así su retrato con maestras pinceladas.

«Cecilio Tolosa era cordobés, oriundo de la villa de « Santa Rosa, departamento de Río Primero.

«En su físico se descubría una mezcla de criollo y « español. Era de color moreno rosado; su estatura « regular, más bien grueso que delgado; pelo fino, on- « deado y abundante que caía sobre sus hombros y « espaldas á manera de Nazareno — en su frente ancha « y noble, en su mirada suave y simpática se revelaba « el temple moral de su alma y la exquisita delicadeza « de su corazón magnánimo y generoso. Su boca era « pequeña y graciosa como que estaba destinada á pro- « nunciar palabras de dulce consuelo en las situacio- « nes más difíciles y amargas de la vida y en los « momentos de las angustias supremas. Era jocoso, « alegre y se divertía jugando con los niños y alzándolos « en los hombros. La muerte lo ha sorprendido.... no! « la muerte no sorprende á los justos!.... la muerte le

ha dado la enhorabuena en medio de aquellos pequeñuelos, con quienes jugaba en uno de los hermosos « huertos que embellecen á Santa Fé ».

***

En el Cementerio Católico duermen el sueño eterno los mortales despojos del filantrópico Tolosa. Su bendita memoria vive y vivirá en el corazón de los buenos.

En la marmórea lápida que cubre su sepulcro, aun visitado por aquellos á quienes favoreció con la limosna de sus limosnas, y venerado por todos los que conocen los hechos de aquel héroe de la caridad, la mano del pueblo ha grabado para perpetuo recuerdo esta inscripción, que habla con más elocuencia á las almas que los pomposos epitafios que la vanidad y la injusticia suelen grabar con letras de oro en el sepulcro de los poderosos:



CECILIO TOLOSA

Falleció el 10 de Setiembre de 1887.

Partió con los pobres el pan de la limosna. Les distribuyó el jornal de su humilde trabajo.

Cuidó á los enfermos, acompañó al moribundo y fué su religión dar sepultura á los muertos.

Así vivió y murió el héroe humilde de la caridad á quien se da con toda justicia el nombre de Tobías.

Tuvo antes de su apoteosis su calvario — coronó su frente con espinas antes de que el pueblo se la ciñese con la de roble destinada al premio de las virtudes. Pero descansa al fin en el seno de la tierra en donde empezó y finalizó su carrera, y descansa arrullado por el himno que un pueblo agradecido tributa con religiosa complacencia á su memoria.

Antes de muchos años será su recuerdo legendario, y cuando las generaciones se sucedan y la mano del tiempo empiece á borrar la inscripción de su sepulcro, no faltarán manos piadosas que renueven las coronas de siemprevivas que hoy adornan la tumba del mendigo.

XXV

EL DOCTOR LUIS J. FONTÁN

XXV

EL DOCTOR LUIS J. FONTÁN

I

Nos consideramos felices al cumplir los primeros con una deuda de gratitud que reputamos sagrada, deuda contraída por el pueblo de Santa Fé con uno de sus más beneméritos bienhechores.

Á los ochenta y cuatro años de edad el Dr. Luis J. Fontán, médico bondadoso y caritativo, el primero que con la ciencia combatió en la ciudad de Santa Fé al curanderismo, producto natural y espontáneo de la ignorancia y del atraso, el Dr. Fontán, decíamos, ha caído postrado en el lecho del dolor (de donde esperamos se levante todavía una vez más, como el árbol secular que el huracán inclina sin troncharlo) hasta donde queremos llevarle como humilde ofrenda este esbozo biográfico, pobre tributo de cariño hacia quien tanto bien hizo en su vida prolongada y laboriosa.

Nacido en Europa, el Dr. Fontán arribó en la alborada de su vida á la ciudad de Santa Fé, en época de atraso para la Provincia, pero de grandeza militar y política, pues se hallaba entonces en el apogeo del poder y de la gloria.

Domiciliado en este pueblo, vinculado con su sociedad y unido con lazos de sincera amistad y de cariño con sus más distinguidas familias, amó á Santa Fé como á su verdadera patria, prestóle el contingente de su buena voluntad y de sus luces en épocas difíciles, cuando sus ejércitos se batían casi diariamente contra los indios que señalaban su marcha desvastadora con asesinatos y saqueos ó contra los ejércitos enemigos que invadían su territorio; cuando las epidemias diezmaban anualmente la población escasísima, hallando un vasto campo de destrucción por no tener quien las combatiera valido de la ciencia médica; cuando el curanderismo y las brujerías coadyuvaban á la obra destructora; cuando se abandonaba en el campo de batalla ó se *despenaba* al herido por no tener médico que lo asistiera, medicinas que lo curasen ni cirujanos que por medio de hábiles operaciones pudieran salvar la vida del infeliz soldado.

En esa época llegó á Santa Fé el Dr. D. Luis Jacinto Fontán; sus benéficas obras hanle creado sinceras simpatías que no desaparecerán seguramente con el transcurso de los años, pues van trasmitiéndose de padres á hijos y se perpetuarán durante mucho tiempo; y es esa ciertamente la única recompensa obtenida por el anciano venerable que la vejez encorva, pero recompensa que él aprecia y acepta, cumpliéndose también así el más hermoso de sus ideales: *morir en Santa Fé*, es decir, entre los suyos, tener aquí una tumba y dormir en tierra argentina el sueño eterno.

No es seguramente difícil la tarea que emprendemos.

Media la gratitud y el patriotismo, pues tarea patriótica juzgamos, ofrecer en el ocaso de su vida al Doctor Fontán una pequeña muestra del cariño que los hijos todos de Santa Fé le profesan correspondiendo de esa manera á sus indiscutibles servicios.

Y han sido desinteresados é importantes los que ha prestado el Dr. Fontán no sólo en el hogar de nuestras familias, sino en el refugio de los necesitados, en el Hospital; ha ejercido la caridad como un perfecto discípulo del Cristo, poniendo espontánea y gratuitamente sus conocimientos médicos y su peculio propio al servicio de los menesterosos, en épocas normales y en los momentos supremos de angustia, cuando las epidemias sembraban en la ciudad el terror y la muerte, luchando solo durante mucho tiempo, y es este su mayor mérito, luchando solo con valor y constancia contra un enemigo encarnizado.

Y cuando el clarín de la pelea llamaba á nuestros soldados á defender la autonomía de la provincia ó la conservación del dogma federal; cuando las huestes sublevadas marchaban *á decidir en una hora y en un campo de batalla la suerte de la República* como decía el general Lavalle en su reto de muerte al invadir esta Provincia; cuando los ejércitos nacionales invadían el territorio brasilero para vengar insultos recibidos y proclamar el credo republicano en el vecino imperio, entonces el Dr. Fontán abandonaba la cabecera del enfermo, la quietud de su estudio, los placeres de la vida social y los encantos de la amistad, y acompañaba á las tropas santafesinas en la marcha difícil

y fatigosa. Curaba las heridas abiertas por el plomo ó el sable del enemigo, exponía su vida heroicamente en la batalla con la abnegación propia del sacerdote de la ciencia, y una vez vencedor ó vencido el ejército que lo acompañaba, regresaba á Santa Fé satisfecho, sin anhelar más premio que el ya alcanzado al cumplir con un deber que le imponía el amor de su patria adoptiva.

Tal es la síntesis de los servicios del Dr. Fontán, y no es extraño entonces que la gratitud pública lo señale como un apóstol abnegado de la caridad, de la ciencia y del patriotismo y lo rodee en los últimos años de su vida de consideraciones merecidas.

Comienza á recoger lo que sembrára desde que pisó estas playas para él tan queridas, y en el ocaso de su existencia escucha las notas del himno de la gratitud de un pueblo que le reconoce y venera como al benefactor de tres generaciones, como al servidor desinteresado y generoso que no se preocupó de acumular sumas cuantiosas de dinero sino grandes tesoros de cariño.

II

Bosquejada á grandes rasgos la personalidad del protagonista y sus méritos indiscutibles á la consideración pública, echemos una ojeada sobre lo que era hace muchos años la ciudad de Santa Fé, teatro de la acción benéfica del médico Fontán.

Desde antes de 1810 la capital de esta Provincia era

apenas una aldea; no quedaba de su esplendor pasado sino algunos vestigios, edificios notables como sus templos, y casas habitaciones que demostraban aún en su estado ruinoso el grado de adelanto á que la ciudad había llegado en cuanto á arquitectura en la época colonial.

Con la pérdida del privilegio de puerto de registro para las embarcaciones del Paraguay, privilegio que hacían refluir á la ciudad el comercio del Perú y Río de la Plata, había perdido también las conquistas alcanzadas, consumando la obra de destrucción el indio salvaje que la amenazaba á cada hora y las guerras sin fin que abrumaron la Provincia desde los días primeros de la revolución de Mayo.

Las más opulentas familias comenzaban ya á conocer la miseria; á los vestidos lujosos de tisú ó rico brocado de oro y plata que usaban las hermosas damas de la encopetada aristocracia santafesina, había sucedido la burda estameña ó el lienzo de bien grosera trama — de la abundancia de preciosos metales que la hacía notable en otras épocas, metales que se importaban directamente del Perú no quedaban sino algunos restos de valor escasísimo, pues hasta los utensilios domésticos de plata tenían que venderse para procurarse el sustento. La flor de su juventud abandonaba el hogar y la escuela en la aurora de la vida para engrosar los ejércitos que velaban por evitar las sorpresas del indio astuto ó que operaban fuera de su territorio después de defender palmo á palmo sus hogares.

Raros, rarísimos eran los hijos de la Provincia már-

tir que podían frecuentar las Universidades y Colegios de Córdoba, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile ó Chuquisaca, pues, ó faltaban recursos pecuniarios ó tenía precisión de gastar su juventud en los campamentos militares.

Era la época del atraso inevitable y seguro á consecuencia de un cúmulo de males que á Santa Fé oprimía y pesaba sobre ella como una montaña de plomo. Y mientras aumentaba con sus empresas bélicas la gloria de su nombre, celebrábase por todas partes el valor de sus hijos y se esperaba en Entre Ríos, Córdoba, Buenos Aires y Montevideo el contingente poderoso de sus fuerzas, ya para librarse de enemigos exteriores ó para cobijarse bajo el pendón federal que tremolaban sus legiones.

III

De sus cuatro centros de población, solamente la Capital merecía en ese tiempo el nombre de ciudad. El Rosario empezaba recién á levantarse de en medio de sus ruinas y á sacudir la capa de ceniza que pesaba sobre ella después del último incendio á que un enemigo implacable lo condenára. Coronda era poco menos que una aldea, expuesta siempre á los ataques de los indios, luchando por la vida con tesón indomable á pesar de los obstáculos que por su misma posición topográfica se oponían á su desarrollo. San José del Rincón nacía recién y parecía que desde la cuna lo

persiguiera la maldición que debiera impedirle su crecimiento hasta el día bendito en que el silbato de la locomotora apartó de sus cercanías el espíritu maléfico del atraso. Todavía esta población no había recibido la palabra de vida que poco después recibiera del infatigable Fray Juan Nepomuceno Castañeda que fundó allí una iglesia y una escuela, allí donde se encontraba en una situación geográfica - son palabras de él mismo en carta al general Estanislao López — que me convida á nuevas empresas, porque tengo al Norte limítrofe al gran Chaco, y del Entre Ríos sólo me separa el Paraná patrio por el Sud. De aquí es que por interés de la escuela me llegan á cada paso flotas llenas de ángeles para ejercitarse en los primeros rudimentos de las letras y de la religión »... « En atención á esto — agregaba — se ha concluído ya una aula de gramática, donde se enseña además la geografía, el dibujo y la música, pues estoy convencido que durante la primera educación se pueden aprender con facilidad muchas cosas que después jamás se aprenden ».

Tal era en cuanto á población la Provincia de Santa Fé cuando llegó á su territorio el Dr. Fontán. Y estaba en relación con su atraso material lo que á la vida intelectual se refería. No habíase fundado aún el Instituto Filosófico de San Gerónimo, y las escuelas eran pocas y no llenaban del todo su misión redentora. Un solo maestro en Leyes, discípulo de la Universidad de Charcas — el Dr. Juan Francisco Seguí — era el abogado con que contaba; solamente dos sacerdotes santafesinos de reputada ilustración ocupaban el puesto que entre los

ilustres hijos de Santa Fé dejaron vacante Juan Baltazar Maziel, el célebre y atrevido reformador de los estudios en el Río de la Plata —el abate Francisco Javier Iturri, renombrado crítico é historiador notable —el Padre Suárez, el primer astrónomo Sud americano que desde el modesto observatorio de la Asunción del Paraguay, ayudado de toscos é imperfectos instrumentos de su fabricación, estudiaba las constelaciones del hemisferio austral trabajando por sorprender los misterios de nuestro cielo antes que el sabio Mister Gould los conquistase para la ciencia explorándolos con el telescopio hasta sus confines más remotos.

Las escuelas eran, como hemos dicho, muy escasas, recibiendo los niños los primeros rudimentos de la instrucción en los conventos de la Merced, Santo Domingo y San Francisco, cuyas aulas frecuentaban hasta tener la edad suficiente para empuñar un arma y volar al combate abandonando el hogar y la familia.

Eran los tiempos de la militar epopeya, ruda y sangrienta, pero heroica; la época en que no se daba treguas á la lucha, en que era imposible conservar en la mano el libro que alimenta el espíritu, porque había que defender la vida en peligro, el hogar amenazado, la autonomía provincial combatida.

El libro!.... puédese imaginar cuáles serían los libros y los útiles escolares en épocas semejantes cuando para enseñar á escribir se hacía uso de un cajón lleno de arena que se alisaba con una regla en cada plana y en donde el dedo del alumno se encargaba de trazar los palotes ó las letras!

La ciencia médica era desconocida.

El secreto de las propiedades medicinales de algunas yerbas, secreto trasmitido de una á otra generación, cuando no era propiedad exclusiva de determinada familia, era todo el caudal curativo con que se contaba, y aun con esos conocimientos mezclábanse ciertos *remedios* que, como el sombrero de un Juan para los partos difíciles, acusaban una suma ignorancia y una estupidez imponderable.

El soldado herido en el campo de batalla á quien las lesiones recibidas lo imposibilitaban para marchar, tenía segura la muerte dada por sus propios compañeros *para despenarlo*, muerte que sufría tranquilo después de haber destrozado sus miembros el cañón enemigo; en el alumbramiento peligroso el remedio último era el *manteo*, que precipitaba la muerte de la madre y del hijo; las epidemias no se combatían sino con plegarias para aplacar la cólera divina y el brujo y el curandero eran divinidades del Olimpo de aquella época de atraso.

Don Manuel Rodríguez, que había hecho en Europa estudios de medicina y cirugía, fué el primero que con alguna autoridad científica puso sus conocimientos en favor de los que sufrían. Ninguno de los hijos de Santa Fé había podido obtener en el único Instituto en que se enseñaba medicina en la República, un diploma de suficiencia en ese ramo para poder prestar en Santa Fé sus servicios profesionales.

Las letras y las ciencias se abandonaban por las armas.

No se pensaba en otra cosa que en disputar el territorio al enemigo palmo á palmo; en combatir coalisiones, que apenas eran desbaratadas renacían como la hidra de la fábula; en sostener el prestigio guerrero de la Provincia cuya capital se había convertido en el santuario donde se guardaban puras las doctrinas federales.

Abríanse por otra parte negociaciones para arrebatar al imperio brasilero la provincia Oriental, que disgregada de la Argentina había sido incorporada á aquel estado poderoso con el nombre de Cisplatina, y los escasos recursos de Santa Fé y sus denodados guerreros poníanse al servicio de una causa sagrada que inmortalizó más tarde con el triunfo á los treinta y tres patriotas orientales. En esos momentos llegaba á la ciudad de Santa Fé recomendado á uno de los diputados por el Cabildo secreto de Montevideo cerca del general López, un joven extranjero, proscrito de su patria después de haber por su unidad y libertad sacrificado los encantos del hogar, una posición social envidiable y un brillante porvenir.

Era el Dr. Luis Jacinto Fontán, un estudiante revolucionario de Génova, que abandonó el claustro universitario para plegarse á un movimiento tan aventurado como generoso, y que abandonaba después la patria perseguido, arribando proscrito á las playas argentinas, en las que había de conquistarse más tarde un renombre envidiable y una reputación que le granjeára el respeto y el cariño de los que le conocieron.

IV

A principios del siglo presente la obra grandiosa de la unidad italiana era sólo un proyecto patriótico acariciado por espíritus generosos y conservados por corazones magnánimos.

El águila de la conquista había desgarrado el mapa de la Italia desde hacía muchísimos años — no existía la nacionalidad una, independiente y soberana. La bandera tricolor que lleva en sus colores, como decía Mistrali, el *blanco* de la fe, el *verde* de la esperanza y el *rojo* del amor, es decir, del fuego ardiente de la caridad, no flameaba altanera cobijando con su sombra protectora á los pueblos situados desde el Tabor hasta el canal de Otranto, desde Malta hasta el pico de los Tres Señores.

En esos 296,000 kilómetros cuadrados que comprende la Italia continental, peninsular é insular de nuestros tiempos, se hallaban constituídos diversos estados que no conservaban de su unidad antigua á principios del siglo XIX sino el dulcísimo idioma y los recuerdos gloriosos de otros tiempos.

Nada valía, nada significaba ya el *civis romanus sum* de las antiguas épocas. El alma de la Italia sin embargo palpitaba en secreto una é indivisible en el pecho generoso de sus hijos; el genio italiano cuyos fulgentes rayos iluminaron las inspiradas frentes de Colón y Marco Polo, de Rafael y del Dante, de Miguel Angel y el Ticiano, de Volta y Savonarola, de

Francisco de Asis y Galileo, vivía y fulguraba en medio de las tinieblas de la división y la conquista, esperando el momento oportuno para hacer su luminosa aparición.

El espíritu de unión é independencia no había muerto. Existía palpitante encerrado en nobles corazones, secretamente guardado con veneración inmensa, como el fuego de las vestales romanas, pero pronto para manifestarse en la ocasión propicia que anhelaban los entusiastas hijos de la Italia.

En uno de los pueblos de ese antiguo reino del Piamonte, de donde partiera más tarde el rayo que fundió cadenas y la idea redentora que unificó la patria dividida, en el pueblo de Larzana existía á principios de este siglo un matrimonio honrado compuesto de Giovanni Fontán rico comerciante del lugar, y Gerónima Mazzi, joven y virtuosísima señora.

En 1804 prometíanse los esposos nuevos días de ventura, pues esperaban el nacimiento de un hijo cuyos destinos felices creían asegurar con las poéticas ilusiones que se forjan los padres al aguardar ansiosos el anhelado fruto de sus amores. Pero la muerte se cernía sobre aquel hogar honrado y venturoso. Gerónima Mazzi estuvo á las puertas del sepulcro á consecuencia de una caída, agravada por el estado delicado en que se hallaba.

Aconsejáronla los médicos que se trasladase por algún tiempo á Montpellier, capital del departamento de Herault en el Languedoc, patria de Cambaceres, y célebre por su clima y su famosa y antigua facultad de

medicina, establecida allí desde hace seiscientos años.

La familia Fontán abandonó la Italia y buscó en Montpellier la salud de la esposa cuyo estado envolvía una doble amenaza: la muerte de la madre y como consecuencia natural y forzosa la del niño que llevaba en su seno.

En aquella ciudad establecieron su domicilio, ocupando una casa que quedaba precisamente al frente de la nobilísima familia de aquel héroe de la caridad y del amor que con el nombre de San Roque se venera en los altares.

Los cuidados tiernos del esposo, los auxilios de la ciencia, el clima saludable, todo fué inútil é infructuoso. Gerónima Mazzi veía extinguirse rápidamente su existencia y con ella la del hijo que antes de nacer ya idolatraba.

En los últimos momentos de su lucha con la muerte, antes de vencer el plazo natural para el alumbramiento, el 3 de Diciembre de 1804 daba á luz un niño en la ciudad francesa, y cual si con este esfuerzo de la naturaleza se agotase la vida, exhalaba la madre el postrimer suspiro en el instante mismo en que lanzaba el hijo su primer vagido.

Luis Jacinto Fontán no conoció á la autora de sus días—al lado de su cuna velóse el ataúd.

V

Giovanni Fontán veló por su hijo con sin igual cariño. Amaba en el tierno infante no sólo al hijo sino á la madre infortunada, y acariciábalo con esa mezcla de ternura y de tristeza peculiar á los padres que han perdido á la esposa en idénticas circunstancias.

Trasladado nuevamente á Larzana, llevando el alma herida por la muerte de la amada compañera, esmeróse en la educación del pequeño Luis, que en el hogar de sus antepasados crecía triste sufriendo la nostalgia del maternal amor.

Aprendidas las primeras letras, preocupóse su padre en darle una carrera literaria y eligió para sus estudios un colegio de padres jesuítas.

Terminados sus estudios preparatorios, pasó á Génova, matriculándose en la Universidad Real de Medicina y Farmacia, en donde cursó con aprovechamiento la mayor parte de las asignaturas señaladas en el plan de estudios, para poder optar al título de doctor.

Pero estudiando el último año, cuando iba á lograr la recompensa de tantos trabajos y fatigas, un acontecimiento inesperado le obligaba á dejar aulas, patria, hogar y familia, empujado por la ola revolucionaria que se levantaba ya en Italia rugiente y amenazadora.

Génova, capital hasta 1805 de una república independiente, como tantas otras secciones de la Italia que por diversas causas habían formado estados separados dentro del territorio de la Nación, se había unido á los

Estado Sardos en 1815 obedeciendo á esa fuerza misteriosa que fué vinculando poco á poco á los Estados Italianos, hasta dar por resultado final la unidad tan anhelada por sus hijos.

Pero la opinión estaba dividida—la juventud que sentía hervir en sus corazones la pasión política con las fuerzas con que las materias volcánicas hierven en las entrañas del Vesubio, se ponía al frente de movimientos patrióticos pero inoportunos, para anticipar el momento de realizar la aspiración común.

Y la juventud estudiosa é ilustrada, viril y decidida, tan generosa como despreciadora del peligro, tramó la conspiración de 1822, conspiración que tenía por objeto producir un movimiento revolucionario que diese por resultado el triunfo de la República instituída con una constitución eminentemente liberal.

La corona de los reyes de Cerdeña, que ostentaba ya á la Liguria como una de sus perlas más preciosas, era odiada por el elemento joven y liberal de Génova, y nació de este odio el movimiento tan digno de alabanza por sus propósitos como censurable por su inoportunidad.

Los estudiantes de la Universidad pusiéronse al frente de los conspiradores; representaban ideas y fuerza, entusiasmo y valor. Imbuídos con las doctrinas de la revolución francesa querían llevar adelante reformas para las que el pueblo no estaba preparado todavía y que pueden introducirse lentamente tan sólo, para evitar los inconvenientes de una radical innovación.

En las filas de los revolucionarios se contaba Luis

Jacinto Fontán, estudiante de medicina de la Real Universidad.

El movimiento fracasó; hubo algunas víctimas entre aquellos jóvenes y esforzados republicanos, viéndose obligados otros á abandonar la patria para conjurar el serio peligro á que los exponía con la revolución vencida el *crimen* de lesa autoridad.

El camino del extranjero se abría para ellos — iban en la alborada de la vida á probar el pan amargo de la proscripción, y no era ciertamente en Europa en donde podían encontrar tranquilidad y calma, pues imperando allí la monarquía, sus avanzadas ideas representaban un peligroso pasaporte en cualquier parte donde fijasen sus tiendas de peregrinos.

Entre el número de los espatriados figuraba Luis Jacinto Fontán, joven lleno de vida, gozando por la posición de su familia de todas las comodidades apetecibles para hombres de su condición.

¿Hácia dónde dirigiría sus pasos el proscrito? ¿Qué estrella lo guiaría en la peregrinación dolorosa? ¿A qué playa amiga abordaría el náufrago de las borrascas políticas de Italia?

VI

Desde uno al otro polo el dogma republicano había triunfado en las naciones libres de América. En el rumor de los heroicos combates por la independencia oíase el himno de la libertad entonado por voces varoniles en

Estados Unidos y Méjico, Colombia y el Perú, Chile y la República Argentina.

De todos los escudos habíanse borrado el cetro y la corona — en todas las banderas, desde la constelada de Norte América, al iris colombiano y al bicolor argentino, fulguraba radiante el astro de la libertad — de todas las legislaciones se suprimían los odiosos privilegios de razas y de castas — en todos los códigos políticos se reconocía como dogma supremo la soberanía del pueblo y la igualdad de los hombres.

En muchas secciones de la América había sucedido á la aurora de la libertad y de la gloria el resplandor rojizo de las civiles contiendas, pero ninguno de los partidos en lucha negaba el principio santo en el cual se apoyára para la insurrección que dió la independencia por resultado.

La América llamaba, pues, á su seno, á todos los republicanos perseguidos, á todos los hombres del mundo que tenían hambre y sed de justicia, para que contribuyeran con el contingente de su inteligencia ó de su brazo á la obra redentora iniciada con victorias inmortales.

Y si para la mayor parte de ellos tenían los Estados Unidos atractivos sin cuento, por la paz de que se disfrutaba, para otros tenía la América latina, y especialmente las provincias del Plata, irresistibles encantos. Era la influencia de la raza la que atraía á las playas del Sur de América á los proscritos de Francia y á los perseguidos de Italia.

¿A dónde ir entonces el joven emigrado sino á una

de las naciones de Sud América, libertadas recién por un esfuerzo potente de la democracia y luchando internamente para darse, después de sucesivos contrastes, una organización definitiva?

El joven Luis Jacinto Fontán iba á obedecer la voz imperiosa del destino embarcándose en Europa con rumbo á las playas sud americanas.

Ofrecíasele en los pueblos nuevos, viriles, llenos de santo entusiasmo por esa libertad que adoraban sin comprenderla muchas veces, vasto teatro para una vida laboriosa, si esas eran sus aspiraciones, ó quietud y calma si anhelaba la vida tranquila del estudio y del hogar.

Para lo primero tenía abiertos anchos horizontes: las luchas turbulentas de la democracia eran continuas, sin intervalos —no importaba su calidad de extranjero, que muchos europeos habíanse distinguido en estos países prestándoles su espada ó poniendo sus conocimientos á su servicio.

Para lo segundo, y esto estaba más en armonía con su carrera y su carácter, tenía expeditos todos los senderos para llegar á la meta de sus aspiraciones.

Como hemos dicho, la generación de aquella época tenía muy poco tiempo para dedicarse á los estudios.

Los que no combatían en los campos de batalla, lanzábanse con ardor y entusiasmo á la lucha política en la tribuna, la prensa ó los parlamentos, entregándose con sin igual ardor á ese torrente embravecido en el que se jugaba el todo por el todo. Raros, rarísimos eran los que daban treguas al combate, pocos, muy pocos los

que podían verse libres de la neurosis que aquejaba á estos pueblos nacientes en esa época de formación ó transformación completa.

VII

El camino era largo sin embargo; muchos los peligros, mortificante la travesía, sobre todo para aquel que abandonaba patria, hogar, familia, amigos, obedeciendo á la voz misteriosa de *¡adelante!* que como al judío maldito de la tradición empuja al proscrito á playas desconocidas.

Adelante! — en vano las olas encrespadas hieren los flancos de la nave azotándola el huracán con su látigo de fuego. Adelante! — en vano los días se suceden á los días, pesados y monótonos, sin más horizonte que el cielo y el océano confundidos en una línea imperceptible, para variación del paisaje la nube oscura y tormentosa que anuncia la borrasca y puede ser precursora de la muerte.

Adelante, siempre adelante, envueltos por la extensión sin límites del cielo que semeja un mar en calma en sus días serenos y el del océano que lo refleja en sus cristales.

Francisco Bilbao, el apóstol del libre pensamiento en Sud América, dice en una de sus páginas siempre hermosas:

«¿Quién es el hombre que no busca su mundo?
«¿quién es el que no indaga la Ley del equilibrio que

« sostiene á los astros y que ha de ser la misma ley
« que rija á los individuos y naciones? quién es el que
« no busca la ley de su destino, sea en los abismos del
« pasado, sea en el seno mismo de la eternidad que nos
« envuelve?

« Como Colón, sentimos el mundo incompleto y limi-
« tado el horizonte — como Galileo, encontramos incom-
« pleto el cielo de las teocracias y usurpada la coloca-
« ción de potestad sobre la tierra, y como Sócrates,
« vertimos la verdad que se elabora en nuestros seres
« imperfectos.

« Buscamos el horizonte sin límites — pedimos el cielo
« inmenso donde palpite la ley del equilibrio y exigi-
« mos ver sobre el mundo la balanza de la justicia por
« la mano del Eterno suspendida.

« He aquí por qué somos desterrados! »

El joven Fontán estaba también por la igualdad, por la libertad, por la justicia, proscrito de su patria.

Había buscado el mejoramiento intelectual, el mejoramiento social, el mejoramiento político de los suyos, la extinción de los privilegios de las castas, la soberanía del pueblo reconocida después de muchos siglos de absolutismo en las jornadas inmortales de la Revolución Francesa y proclamada en la joven América entre las dianas de la victoria y el estrépito de las batallas.

Anheló para Italia la República y tuvo la proscripción por resultado. Pudo esclamar también con el filósofo chileno:

« El desterrado reconoce la fisonomía, el acento, la
« palabra de la eterna Patria en las conquistas de la

« ciencia, en todo acto de heroismo, en la victoria de la « justicia, en las transfiguraciones de los mortales, en « la reabilitación de los *caídos*, en la marcha de los « hombres y los pueblos á la fraternidad en la ver- « dad.

« Y qué importa entonces llevar el sello del destierro, « si la alegría del himno primitivo nos comunica el « ritmo para marchar adelante? Santa alegría de la « vida de amor y de justicia! En ti llevamos el ali- « mentos y tus resplandores nos iluminan para salvar « todos los desiertos y desgracias.

« Feliz el que vuelve á su patria! Pero más feliz aún « el que la lleva consigo viviendo en justicia y ben- « diciendo la vida ».

Eso era lo que Fontán buscaba en el destierro, la patria de la libertad y la justicia, y la buscaba en las playas de la joven América despertada recién de su letargo de siglos, en medio de la aurora de la libertad republicana. Por eso daba el adiós de la triste, quizás de la eterna despedida á las playas europeas que no le ofrecían la pronta realización de sus ideales y se lanzaba al mar para buscar más allá de sus límites la tierra prometida, llevando como el desterrado de Lamennais la bendición de los buenos:

Il s'en allait errant sur la terre,
¡Que Dieu guide le pauvre exilé!

VIII

La embarcación que conducía al Nuevo Mundo al patriota italiano, llevaba también con destino á Chile á un personaje, más tarde célebre en la historia contemporánea, italiano como él, y destinado á hacer respetabilísima figura en la religión y la política.

Juan María Mastai Ferreti se llamaba; era canónigo supernumerario de la iglesia de Santa María Inmaculata, y acompañaba á la sazón en calidad de auditor á Monseñor Muzzi, legado pontificio, enviado por el Papa Pío VII á la América Meridional. El compañero de navegación del joven Fontán figura en la historia con el nombre de Pío IX.

Durante el viaje, el joven practicante de medicina trabó amistad estrecha con el virtuoso sacerdote cuya educación esmerada, afable trato y bondadoso carácter le atrajeron las simpatías de todos los viajeros. Mastai Ferreti fabricaba las hostias destinadas al sacrificio de la misa que se celebraba á bordo de la fragata «Eloísa», y acortaba las horas pesadísimas del viaje con su conversación amena y novedosa.

Frecuentemente recordaban el proscrito y el diplomático, perdidos en la inmensidad del mar, la patria que abandonaban ambos llevados á distintas regiones por causas muy diversas.

El 9 ó 10 de Octubre de 1823, pocos días después de haberse dado á la mar, un huracán furioso desencade-

nóse, y la fragata «Eloísa», débil juguete de las olas y del viento, es arrojada sobre la costa de las Baleares, y después de peripecias sin cuento y de correr peligros infinitos llegan á la rada de Palma, capital de la provincia española formada por esas islas.

El abrigo que la rada ofrecía á la débil nave, azotada por la borrasca, abrigo que para los viajeros representaba la salvación, la vida, no pudo librarlos sin embargo del embate de las tempestades políticas.

Visitada la fragata por las autoridades marítimas de Palma y registrados con prolijidad suma los papeles de los viajeros, Monseñor Muzzi y el canónigo Mastai Ferreti fueron presos; las autoridades españolas estaban prevenidas y al conocerse que el Nuncio Apostólico iba con una misión del Soberano Pontífice hacia las nuevas repúblicas de América, creyeron oportuno y conveniente aprisionarlos.

La fragata tuvo que aguardar fondeada en la rada el resultado. A los cinco días fueron puestos en libertad los prisioneros, merced á las reclamaciones de los cónsules de Austria y de Cerdeña, y á la influencia poderosa del señor Obispo de Mallorca.

La «Eloísa» dióse nuevamente á la vela para correr también nuevas aventuras; á la altura de las Canarias un bergantín corsario la persigue.

En el palo más alto del buque flamea el Iris de Colombia, aquel que Bolívar veía en su delirio sublime del Chimborazo, paseado como el bicolor argentino por marinos intrépidos por la vasta extensión del Océano.

La caza no duró mucho tiempo, pero ningún daño sufrieron tampoco ni la tripulación ni los pasajeros de la «Eloísa». Una vez en libertad, tendió nuevamente las velas con mar en calma y viento bonancible, y el 1º de Enero de 1824, á los noventa días de navegación tocaban en el puerto de Montevideo.

IX

Separáronse allí los viajeros de la «Eloísa»; Muzzi y Mastai Ferreti para dirigirse á Chile, Fontán entre otros para domiciliarse en Montevideo, presa en aquellos momentos de agitación vivísima.

La incorporación de la Provincia Oriental al Imperio brasilero, obra de las circunstancias y de la fuerza más que de la voluntad de sus hijos y de los deseos de los argentinos, tenía agitada la opinión.

Los hombres más notables de aquella provincia por su nacimiento ó sus méritos personales no podían mirar con calma á la patria querida figurando en los mapas del Imperio. Eran de corazón argentinos y de ideas republicanas; había con los hijos de las Provincias Unidas del Plata comunidad de origen, de lengua, de aspiraciones, de ideales y de gloria.

Conveniencias del momento ó errores de cálculo, sino extravíos de las pasiones exaltadas, permitieron esa segregación; pero una vez vuelta la calma á los espíritus tenía necesariamente que venir la reacción enérgica, fuerte, incontrarrestable. No se rompen en un día

ni por el capricho de un hombre, vínculos eternos, ni se desatan del todo lazos destinados á ligar á los pueblos para siempre.

La reacción empezó, lenta al principio, pero fuerte — ensanchóse en seguida, dilató su esfera de acción por todas partes y al fin se unieron como corrientes poderosas la idea de los hombres pensantes y el entusiasmo de la masa popular.

La exaltación de los espíritus en la Provincia Oriental estaba en su apogeo cuando llegó el joven Fontán á su metrópoli — los agentes orientales habían tratado de comprometer á los hombres de más influencia militar y política en la República Argentina para llevar á cabo sus aspiraciones patrióticas; según ellos el más ligero esfuerzo bastaba para librar del pesado tutelaje brasilero á la perla del Plata é incorporarla en seguida á la Nación de Mayo.

Santa Fé con su caudillo á la cabeza, fué la primera en responder al llamado del patriotismo oriental; los diputados del Cabildo de Montevideo, después de firmado el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la provincia cautiva y Santa Fé, quedaban en la capital de esta última esperando la oportunidad de hacer cumplir la convención.

El joven Fontán abrió una farmacia en Montevideo, que seguramente contrastaba con la primera establecida en 1768 por Piedracueva, pues la especial preparación de su dueño abonaba sobre su competencia en el ramo. Trataba de entregarse de lleno al trabajo para costearse una cómoda subsistencia asegurando su por-

venir, y confiaba, á pesar de sus ideas republicanas y su carácter fogoso, conservar la neutralidad que como á extranjero se le imponía en medio de ese mar tormentoso de opiniones distintas y encontradas.

Poco tiempo, sin embargo, permaneció en la capital oriental; parecía que una voz imperiosa lo empujaba á levantar su tienda y continuar la peregrinación comenzada para llegar al sitio donde debía fijar su definitiva residencia y hacer beneficios sin cuento en el ejercicio de su noble y delicada profesión.

Tenía veintiún años y estaba por consiguiente en el albor de la florida juventud— había cursado casi todas las asignaturas de medicina y cirugía en la Real Universidad de Génova, y aun cuando no había recibido todavía la borla de doctor en ciencias médicas, tenía todas las aptitudes necesarias para practicarlas.

Deseoso de abandonar á Montevido buscando la calma para su espíritu agitado ya en esa ciudad por el estado anormal en que por la política se encontraba, pidió á sus numerosos amigos consejo y recomendaciones para trasladarse á alguna de las provincias argentinas.

X

Sus amigos—que militaban en su mayor parte en las filas republicanas— señaláronle el punto más conveniente para su residencia.

No fué la opulenta Buenos Aires con cuyos hijos se

encontraban por celos políticos, divididos los hijos de la Provincia Oriental, la elegida para que el joven proscrito residiese. Fijaban su vista en Santa Fé, una aldea entonces, pero poderosa bajo el punto de vista militar en esa época. El tratado de alianza celebrado con Montevideo para abrir la campaña contra el Imperio brasilero, había establecido una corriente de sinceras simpatías entre ambos pueblos.

El destino del proscrito quedó fijado por sus amigos sinceros para siempre.

Con eficaces recomendaciones para don Domingo Cullen, de la diputación Oriental y residente en Santa Fé, donde se había captado generales simpatías, gozando también de bastante influencia con el general Estanislao López que la gobernaba, trasladóse á la capital de esta provincia don Luis Fontán, en Abril de 1825, siendo su arribo objeto de francas demostraciones de amistad de parte de sus autoridades y vecinos.

Era el Dr. Fontán para Santa Fé una adquisición; no había en ella un solo hombre con suficientes conocimientos médicos para poder prestar los auxilios de la ciencia á los enfermos que se multiplicaban en las epidemias, y á los heridos que eran muchos, pues casi diariamente el indio embravecido cometía asesinatos horrorosos.

XI

Sería superfluo entrar en consideraciones y detalles sobre el estado político de Santa Fé, en la época en que el Dr. Fontán se avecindó en su capital. Pero no es inútil reseñar á grandes rasgos el estado material y social, que bajo ningún punto de vista estaba en armonía con su preponderancia militar.

La ciudad de Santa Fé que en el pasado siglo llegó á un alto grado de progreso, al extremo de que en 1784 tenía doce cuadras de largo y seis de ancho, con buenos y cómodos edificios, había sufrido tanto que en los años siguientes podía notarse diariamente el retroceso que se operaba en ella. A las casas de material con amplios patios y bellísimos jardines sucedieron los ranchos de paja y barro, reconcentrándose la población de tal manera á los alrededores de la plaza mayor, que más que en los suburbios á poca distancia de aquella empezaba el desierto pavoroso, cruzado incesantemente por partidas volantes de salvajes que todo lo arrasaban en su insaciable furor.

En los conventos se habían abierto escuelas deficientes donde se enseñaban apenas las primeras letras y escasos rudimentos de aritmética, por más que el gobernador López se esforzaba en fomentar y proteger la educación; escasez de trabajo se notaba y por consiguiente intranquilidad sin intervalos; poca estabilidad en la paz de la República y necesariamente los ciuda-

danos todos preparados para volar al combate al primer llamado del caudillo prestigioso, tal era el estado de Santa Fé.

El cirujano Rodríguez era el único que prestára servicios médicos, siendo insuficiente para llenar las necesidades sentidas, y el Hospital de Caridad, en reciente formación, componíase de una sola sala sin aire y sin luz, en donde se hallaban colocados una ó dos docenas de *catres de tijera*, que en vez de funda de lana ú otro tejido cualquiera que servir pudiera de descanso y comodidad para el enfermo, se hallaba el armazón tosco, débil, crugiente al menor movimiento, forrado en cuero seco y duro, muchas veces lleno de arrugas que producían al paciente torturas infinitas que aumentaban con la falta de higiene el estado de postración de la víctima de las enfermedades y la miseria.

Allá en el fondo de la sala, débilmente alumbrada por la llama de un quinqué alimentada con sebo de potro, como única estrella de consuelo en la noche sin fin de la desgracia, se hallaba colocada una imagen de María á la que los enfermos y moribundos volvían la mirada suplicante, pidiendo desesperados la protección divina ya que de los hombres no podían conseguir el alivio necesario.

Y esta pintura, pálida para el estado de ese asilo que honra á la ciudad al presente y es digno de sus progresos, hablando con elocuencia sobre los generosos sentimientos de las nobles matronas santafesinas, si esta pintura, repetimos, demuestra el atraso de esas épocas, más, mucho más lo prueba el abandono en que se te-

nían á las víctimas caídas bajo la lanza del salvaje ó el plomo de los soldados.

En medio del desierto quedaba herido y abandonado el soldado abnegado y valeroso, mientras sus compañeros traían á la ciudad la noticia de la *maloca* aterradora, mientras los defensores de los cantones disparaban el cañón de las alarmas y se preparaban para resistir la invasión que amenazaba, y cuyos primeros anuncios eran siempre víctimas aisladas sorprendidas con diabólica astucia.

Y mientras las milicias se aprestaban para proteger la población y auxiliar los fortines avanzados, los heridos esperaban solos y atribulados un socorro que generalmente llegaba tarde, si antes el salvaje no había con ferocidad terminado su obra de sangre.

Muchas veces el silencio de la noche era interrumpido por el galope de un caballo ó por un ligero ruido que turbaba esa imponente soledad.

La víctima de la barbarie daba treguas á su dolor, creyendo ver entre las tinieblas á la luz pálida de los astros la silueta del compañero de campamento que fuera en su socorro, cuando no aumentaban sus temores con la creencia de que fuera el indio sanguinario ó el tigre carnicero que se acercaban para terminar bárbaramente su martirio.

Pero no! Era el sacerdote cristiano, era el Dr. Amenabar que despreciando el peligro con evangélica abnegación, se lanzaba solo muchas veces para alentar al herido con los consuelos religiosos y recibir su último suspiro con su postrera confesión.

Faltaba en esa escena un personaje en ese cuadro tristemente sombrío faltaba una figura.... el médico. El médico abnegado como el sacerdote, fuerte en la desgracia, valeroso en el peligro, insensible á las inclemencias del tiempo y á los rigores de las estaciones, dispuesto siempre á prestar al necesitado los auxilios de la ciencia.

Con la llegada del Dr. Fontán á Santa Fé quedó el cuadro completo--la escena estaba llena.

Al lado del virtuoso canónigo Amenabar, iba á figurar desde aquel momento el joven médico, hermanándose al pie del lecho del enfermo ó en la soledad del desierto, ó entre la empalizada del fortín, donde abandonado gemía el valiente veterano, los dos augustos sacerdocios: el de la religión y el de la ciencia.

XII

La influencia de don Domingo Cullen y el carácter bondadoso del general López, que necesitaba un hombre de conocimientos científicos para las crecientes necesidades que se sentían, influyeron en el destino de Fontán.

Simpatías creadas casi en un instante, vinculáronlo con las familias más respetables de Santa Fé. Estableció aquí la primera botica reemplazando con preparaciones químicas los antiguos remedios empleados por los curanderos: *el duraznillo* y la *cicuta*, la *barba de viejo* y el *malvavisco* aplicados en cualquier clase de

enfermedades, cual si fuesen un *sánalo todo* de infalibles resultados en todos los casos y en todos los momentos. Y esto cuando no se curaba con *palabras*, medicamento barato que aun subsiste en la campaña y que se aplica con frecuencia cuando la enfermedad proviene de alguna *brujería*.

Los conocimientos del Dr. Fontán en medicina y cirugía valiéronle curaciones . . . .

. . . .

Operaban ya en territorio enemigo las tropas republicanas, cuando el coronel Dorrego creyó oportuno reforzarlas con tropas de refresco destinadas á operar sobre las Misiones bajo el mando del gobernador de Santa Fé.

El pensamiento de Dorrego era no sólo la ocupación militar del territorio distrayendo así la atención del enemigo, sino la proclamación de la República apoyada por las bayonetas del ejército republicano.

Así el jefe invasor al tocar con sus huestes el territorio de Misiones, decía en una proclama: «No marcho para humillaros y envileceros; el objeto que me conduce es protegeros y reduciros al goce de nuestros imprescriptibles derechos.»

El Dr. Fontán aceptó gustoso el nombramiento de cirujano mayor del ejército del Norte, expedido por el general López, nombramiento aprobado por el gobierno de Buenos Aires, encargado de los negocios nacionales, según consta por oficio del general Balcarce de fecha 28 de Febrero de 1828, existente en el Archivo General de Santa Fé.

El resultado de esta expedición es conocido; los incalculables bienes que hubiera resultado el éxito final vinieron á perderse con las dificultades suscitadas por el carácter díscolo del general Rivera. Los celos encubiertos del ambicioso jefe oriental, malograron el resultado de la expedición.

El general López hostigado viva y descaradamente por Rivera, decía á uno de sus amigos en carta de fecha 21 de Julio de 1828 escrita en Itaquí:

« Yo no he podido tocar otro resorte más prudente « que despojarme del carácter de general en jefe del « ejército que debía operar en esta parte contra los im- « periales, y propender á cedérselo al general Rivera, « para que no tenga celos ningunos conmigo, ni se pre- « suma que yo intento elevarme á la gloria sobre sus « trabajos, que bien sabe Vd. han sido hechos á mi « nombre. En este caso, sólo he procurado aparecer « ante el público, tal como soy, y con mis verdaderos « sentimientos que me pusieron siempre á gran distan- « cia de toda cosa que siquiera tenga apariencias de « ambición, pues no hay otra en mí que la salud de la « patria. »

El Dr. Fontán abandonó en esta ocasión como en muchas otras, las quietudes del hogar para seguir la suerte favorable ó adversa de las tropas nacionales y acompañar como acompañó siempre en sus campañas militares al gobernador de Santa Fé.

XIV

No lo llevaba seguramente al campamento, á las batallas, es decir, al peligro, el deseo del lucro ó el anhelo por conseguir lauros militares poco en armonía con su pacífico carácter; llevábalo el cariño á sus amigos, el sentimiento puro del santo amor por la bandera que flameaba en las filas del ejército, el espíritu de caridad que lo impulsaba á desafiar la muerte, muchas veces saliéndole al encuentro para buscar entre la selva enmarañada ó las ruinas humeantes á las víctimas de la guerra, para prodigarles sus inapreciables cuidados.

Y llevado por ese espíritu, alentado por ese amor, impulsado por ese sentimiento, corrió presuroso uno de los primeros á alistarse en las filas y compartir los peligros con los soldados que se destinaban á pasear en triunfo el bicolor republicano por los territorios del único Imperio de la América.

La patria argentina era la patria soñada por el joven republicano que dejaba los claustros de la universidad de Génova para batirse como león contra los soldados del rey de Cerdeña—la patria argentina llenaba, aun en épocas de triste recordación, — las aspiraciones del emigrado que había abandonado patria, hogar, familia, amigos, posición desahogada y porvenir halagüeño en las hermosas playas italianas, y se había lanzado en las olas amargas de la proscripción, buscando una patria libre y venturosa para su alma soñadora.

Mil y mil veces el gobierno de Santa Fé quiso pre-

miar sus trabajos con lo único de que podía disponer entonces—con algunas leguas de tierra que poco ó nada producían; pero también mil y mil veces rechazó los ofrecimientos generosos del gobernador López, manifestando que no servía por interés alguno y que jamás recibiría una cuarta de tierra como premio ó pago por sus servicios, pidiendo únicamente la necesaria para que á su muerte le sirviese de sepulcro en la tierra de su amor y de su predilección.

Hoy hubiera podido ser el Dr. Fontán un propietario acaudalado; hoy á no ser su desinterés fuera poseedor de grandes zonas de tierra que valdrían fortuna fabulosa. Pero era generoso, noble, desinteresado y caritativo, y al rechazar las ofertas del gobierno cobraba por sus honorarios lo estrictamente necesario para subvenir á las necesidades de la vida, y ha llegado al linde de su existencia sin esas grandes fortunas que se explican cuando se ejerce el monopolio de una profesión por muchos años y cuando se cuenta con el apoyo decidido de los gobiernos.

Honra esto altamente al venerable anciano y formará uno de los más bellos florones de la corona que se destina para recompensar las virtudes cívicas y los verdaderos méritos.

XV

Terminada la campaña y de regreso en Santa Fé, continuó en sus ocupaciones profesionales sin darse un momento de descanso, empeñado por otra parte en la

noble misión que se había impuesto de mejorar el estado del Hospital poniéndolo en condiciones higiénicas; atendía á los enfermos en los cuarteles y cantones, acompañaba á las tropas en sus expediciones á los toldos, empleando las escasas horas libres de que disponer podía entregándose al estudio ó atendiendo á su botica, la primera que fué en esta ciudad establecida.

Poco tiempo después de su regreso de la campaña de Misiones, nueva ocasión presentósele para servir en el Ejército Nacional. La revolución de Diciembre de 1828 reanimó el fuego del incendio de la guerra civil que parecía momentáneamente apagado. El gobernador de Buenos Aires y encargado de los negocios generales de la República Argentina era fusilado en Navarro *por orden* del jefe revolucionario vencedor en esos momentos.

La Convención Nacional reunida en Santa Fé acepta el reto á muerte que le lanzára el jefe heroico del partido unitario y hace aprestar el ejército destinado á vengar la ofensa recibida. El Dr. Fontán ocupa entonces nuevamente su puesto sin vacilaciones ni temores y sigue la suerte indecisa de las tropas que comandaba en jefe el gobernador de Santa Fé.

El 26 de Abril de 1829 se *decide al fin en una hora y en el campo de batalla*, como deseaba el general Lavalle, la suerte de la República, y las tropas federales son coronadas en el Puente de Márquez con los laureles del triunfo.

Allí el Dr. Fontán no mide el peligro mientras dura la lucha ni atiende á la diana triunfal que electriza al

soldado y le hace olvidar los peligros de la batalla sangrienta. Cumple con su misión augusta — para él no hay vencedores ni vencidos, amigos ni enemigos, federales ni unitarios. Hay solamente sères que sufren, hombres que padecen horribles dolores causados por las heridas abiertas por el plomo ó el sable, y con abnegación santa, con tranquilidad casi estóica, el único impasible y sereno en medio del horror y de la muerte, sin odios y sin rencores, prodiga sus cuidados á los unos y á los otros sin preferencia de uniformes ni divisas, que para el cirujano del ejército todos los heridos son hermanos, todos los hombres son iguales, todas las divisas se confunden y se pierden á su vista que tiene presente únicamente la suya, santa y noble divisa: el cumplimiento del deber!

XVI

Horribles noches de lluvia y frío, días de calores tropicales digno de los arenales ardientes del África, peligros y obstáculos sin cuento, nada son ni imponen al médico que quiere cumplir debidamente con su misión.

El Dr. Fontán se multiplica en Santa Fé para llenar las necesidades crecientes cada día. La peste se desarrolla en la ciudad y sus afueras y el médico incansable vuelve á luchar con el enemigo poderoso.

Él mismo administra gratuitamente los remedios á los necesitados, que en épocas como esa formaban el mayor número; él en persona vela á la cabecera del

lecho como centinela infatigable espiando la marcha del mal para combatirlo, luchando con la muerte al sorprenderla minando el organismo con nuevas complicaciones.

Abandona en el Hospital su puesto para marchar al cantón atacado la noche antes por el indio y entre cuyas ruinas se hallan confundidos y amontonados los muertos y los heridos — no come, no duerme, no descansa; hay que cauterizar horribles heridas, estancar la sangre que mana á torrentes, arrancar la punta de las flechas que han desgarrado las carnes y en ellas hecho presa, y que como hierros candentes martirizan al herido; los muertos reclaman sepultura, los vivos horriblemente mutilados suplican, piden, exigen alivio entre gemidos de desesperación, mientras el frío entumece sus miembros ateridos. Y el médico incansable prodiga á todos sus solícitos cuidados; hace continuos viajes del cantón á la ciudad para llevar remedios, alimento y abrigo á las víctimas de la barbarie; y mientras se le prepara lo que necesita no procura dar alivio á su cuerpo de bronce. Róbase los momentos para ir al Hospital en donde su presencia se reclama, y con su traje descompuesto todavía y lleno de polvo y sangre se presenta á las autoridades reclamando su concurso para transportar los heridos, visita después sus enfermos, y vuela en seguida allá en donde gime el veterano presa de horribles convulsiones causadas por la herida del dardo envenenado.

Para comprender su mérito hay que remontarse al período que media entre 1820 y 1840, y verlo solo, com-

pletamente solo en Santa Fé, teatro de dolorosos dramas que la historia empieza á consignar en sus anales.

Se necesita estar dotado de naturaleza robusta, de voluntad de hierro, de abnegación sin límites para sobrellevar esa carga tan pesada y hacer frente á un cúmulo tal de sufrimientos. El los resistió; él pasó por esa prueba del fuego en donde se demuestra el espíritu bien templado, el corazón firme, la voluntad enérgica é inquebrantable.

XVII

Nuevamente la guerra civil enlutó los horizontes argentinos, y nuevamente el Dr. Fontán ocupó su puesto de honor en el ejército que se organizaba en Santa Fé. Hizo la campaña de Córdoba y acompañó al general López en su triunfal regreso á la capital de la Provincia que gobernaba.

Efectúa, como cirujano de las fuerzas que operaban contra los indios, las campañas de 1832 y 1834, hallándose en esa serie de combates librados en Conchilla, Capivara, Monte-Aguará, Laguna del Bagual, Porongos, Almagro, Monigotes, Chañares y Cueva del Tigre Chico, que sirvieron de rudo escarmiento á los salvajes, pero que costaron verdaderos sacrificios á los expedicionarios, que durante la mayor parte de un año cruzaron desiertos territorios haciendo penosísimas marchas por entre bosques espesos y selvas enmarañadas, en donde se tenía que luchar muchas veces con el indio,

con el hambre, con la sed, conjurados contra los valientes soldados de la civilización.

Si gozando de las mejoras introducidas en la organización y el armamento del ejército, con mayor número de soldados, con la población llenando los antiguos desiertos y bordándolos de colonias florecientes, con el enemigo acobardado, se hacen difíciles todavía las campañas contra el indio del Chaco ¿qué sería entonces cuando eran estos numerosos y ensoberbecidos, y los soldados milicianos armados de lanzas y fusiles de chispa tenían que dominar los obstáculos á fuerza de valor y de constancia?

Más tarde, cuando las sombras de la muerte empañaron para siempre la mirada del célebre caudillo que á Santa Fé gobernára por dilatado tiempo, dejando una memoria venerable y venerada; cuando terminó la época guerrera iniciada en defensa de la autonomía provincial, empezando la era de la sangrienta tiranía de Rosas, á quien en esta provincia no faltaron tenientes que llenaron cumplidamente sus ideales de exterminio, el Dr. Jacinto Fontán dedicóse con constancia admirable al estudio de la ciencia médica y al cuidado de sus enfermos, no sin sentir dentro del alma la amargura de ver martirizada la patria que había adoptado como suya y á la que amaba con cariño verdadero.

Nada podía hacer por ella si no era lamentar en secreto la postración á que la había llevado la anarquía.

XVIII

Una de las epidemias más frecuentes y desoladoras en nuestro país es la viruela, aparecida con carácter epidémico según las tradiciones chinas, tres mil años antes de Jesucristo y esparcida por toda la extensión del mundo antiguo por los árabes en sus continuadas correrías, y que halló en el transcurso de los tiempos (1517) en la virgen América ancho campo para desarrollarse, sembrando el terror en las poblacianes cristianas y exterminando tribus enteras de indios, como sucedió en las Misiones en la epidemia de 1764, que despobló veintiuno de sus pueblos.

Santa Fé sufrió desde el principio más que ninguna otra las terribles consecuencias de las repetidas visitas de tan terrible huésped. A menudo se encuentran en las crónicas antiguas detalles de los destrozos de esa enfermedad que cuenta entre sus víctimas personajes ilustres como el general D. Francisco Javier de Echagüe y Andía, el glorioso conquistador del Chaco, arrebatado por la viruela al amor y al respeto de sus conciudadanos.

Uno de los jóvenes médicos argentinos, laureado por academias científicas por importantes trabajos — el Dr. Penna — dice hablando de las causas de las últimas epidemias de viruela en la Capital Federal:

« Volviendo á las causas de nuestras más recientes « epidemias debemos manifestar una que desgraciada- « mente es bien cierta, y es la introducción á la ciudad

« de Buenos Aires de centenares de indios cautivos con « sus familias, y que sin haberlos vacunado fueron dis- « tribuídos entre numerosas familias y diseminados de « esta manera por todos los barrios de esta Capital.

« Efectivamente — continúa — las gloriosas expedi- « ciones que desde el Dr. Alsina, general Roca y gene- « ral Villegas se han llevado al centro de la Pampa y « de la Patagonia y que nos han dado el dominio de « esas extensas zonas de tierra, y que hoy al cruzar « hasta los Andes nos han dado también á sus prisio- « neros que traían á Buenos Aires, el más fecundo suelo « que podría imaginarse para que la viruela, germi- « nando en ellos con todo el vigor de que es posible, « exterminára, sino que también el agente mórbido « encontrára de paso en tan prolíficas culturas el medio « más perfecto y seguro para difundirse y mostrarse « con caracteres epidémicos ».

Cambiando de época y de población pueden calcularse los destrozos que la viruela causaría en Santa Fé cuando aun los indios vivían en sus alrededores, en continuos tratos con sus habitantes, ya como prisioneros de guerra, como aliados ó como sirvientes, unido esto á la ignorancia predominante en las masas, á la falta de higiene que no podía suplirla por completo la vegetación verdaderamente lujuriosa de su suelo, y á la falta de personas competentes para combatirla con éxito.

No es nada de extrañar que en el pasado siglo ricos y pobres, nobles y plebeyos sufriesen el azote de las frecuentes epidemias y que muriesen heridos por el

látigo de acero de la peste, gobernadores como Echagüe ó que abandonasen sus tolderías los calchaquíes del Carcarañá diezmados por la viruela.

Cabe al Dr. Fontán la gloria de haber combatido solo, completamente solo, las epidemias de 1825, 1829, 1831, 1837, 1842 y las siguientes, con felices resultados, evitando una despoblación notable dado el número escaso de habitantes que tenía la ciudad en esos años. El fué el primero en generalizar la vacuna, descubrimiento del inmortal Jenner, que introducida en Buenos Aires en 1805 por Antonio Machado Carvallo, no se extendió á las provincias hasta muchos años después, como lo atestigua la resolución del Director Álvarez Thomas, adoptada en Agosto de 1815, que dice ser un escándalo que no haya en las provincias un sólo individuo que esté vacunado, y mucho más que en esta capital donde se administra el fluido vacuno sin interés y con gran comodidad para los beneficiados, se mire este negocio con indiferencia, etc.

Y si en la Atenas del Plata, en la ciudad cultísima había que amenazar á los padres de familia con *castigar el criminal abandono* que hacían de sus hijos al no someterlos á la vacunación ¿qué sería en la Santa Fé del año XX y siguientes, cuya pobreza y ruinas son conocidas?

Luchó el Dr. Fontán con tesón indomable y consiguió arrebatar de manos de la muerte muchas vidas, evitando con la inoculación que él efectuaba en la ciudad y la campaña los golpes mortales de la epidemia.

¿Cuántas resistencias no venció, cuántas contrariedades no padeció en el cumplimiento del deber sagrado, oponiéndose como muralla de piedra al embate de la ola de la ignorancia?

Calcúlenlo los médicos que en plena era de progreso y de cultura, contando con el apoyo decidido de las autoridades. de la prensa y de gran parte del vecindario han tenido que librar verdaderas batallas para allegarse al lecho del enfermo atacado por el cólera morbus y administrarle los remedios necesarios; díganlo los facultativos, testigos y actores del desarrollo progresista de Santa Fé, y que no hace aún dos años eran tenidos (por individuos fanatizados por el curanderismo) como autores de la epidemia asoladora; calcúlenlo los beneméritos miembros de la *Cruz Blanca* befados, zaheridos neciamente porque iban á prodigar socorros á las víctimas de la peste... Ellos, nadie mejor que ellos pueden apreciar cuál fuera la situación del Dr. Fontán luchando con tesón en épocas de atraso para convencer á las masas ignorantes de que el descubrimiento de Jenner era un antídoto contra la viruela, un escudo inalterable para rechazar sus ataques ó mitigar el rigor de sus sangrientos golpes.

Otra enfermedad más terrible que la viruela, sino por su multiplicación por su carácter maligno, y que tomaba incremento en Santa Fé, era el mal de San Lázaro. El repugnante aspecto de los atacados y la constante amenaza del contagio, no impedían que se cruzasen por las calles y las plazas, concurriesen á los templos y frecuentasen las casas de familia pidiendo

por el amor de Dios una limosna. Y llegaron á citarse tantos casos, efecto quizá de este contacto frecuente, que la alarma del vecindario llegó á la capital del Virreinato, llamando justamente la atención del virrey don Nicolás de Arredondo, quien ordenó al Cabildo adoptase las disposiciones convenientes para cortar el mal que amenazaba propagarse.

Habiéndosele comunicado que existían catorce enfermos, habiendo fallecido seis poco tiempo antes, el virrey Arredondo con fecha 19 de Setiembre de 1792, resolvió se hiciese ir á Santa Fé con toda prontitud al cirujano don Manuel Rodríguez para que atendiese á los atacados de elefantiasis, nombrándolo también encargado de la asistencia médica de los Blandengues. En la comunicación dirigida al Cabildo con esa misma fecha disponía que, *desde luego á proporcionada distancia de la Ciudad y de los caminos reales y de mayor tránsito de las gentes, se forme provisoriamente un Hospital en paraje bien ventilado de aire puro, si no hubiese ya alguna casa en estas proporciones, de modo que cada enfermo pueda estar en diferente pieza con el aseo posible.* Y habiendo el cirujano Rodríguez elevado un informe sobre el particular, informe de que se dió vista al proto-médico don Miguel O'Gorman, este manifestó al virrey que *se hallaba comprobada la morosidad con que en Santa Fé se versa sobre asunto de tanta importancia y que interesa la salud pública*, y en consecuencia la primera autoridad del virreinato ordenó con fecha 19 de Enero de 1793, que aun cuando existiese un sólo enfermo *era necesario separarlo de la comunica-*

ción de los demás para cortar el contagio, siendo para ello preciso tomar todas aquellas precauciones suficientes para purificar las casas y hacerlas habitables.

A pesar de todos los esfuerzos de Rodríguez poco ó nada se consiguió sin embargo; la despreocupación del vecindario y la incuria de las autoridades impidieron el total aislamiento de las víctimas de tan terrible enfermedad que al menor descuido vagaban como espectros por las calles, tendiendo sus desfiguradas manos en solicitud de una limosna.

El Dr. Fontán luchó con aquel descuido é interesó á las autoridades de tal modo que pronto pudo instalar un lazareto ó leprocería donde eran cuidados y atendidos los enfermos. Fué elegido para ese objeto un sitio distante de la Ciudad, en el paraje denominado la Guardia; allí prestó también sus servicios evangélicos el Padre Castañeda.

XIX

El Dr. Fontán estaba solo en la brecha, atalayando sin cesar al enemigo y dispuesto á aceptarle el combate á toda hora, en todo terreno y en toda circunstancia.

No abandonaba empero sus estudios, antes enriquecíalos con práctica constante, cumpliendo así con el principio de Rogerio Bacon, de que nada se sabe bien sino por medio de la experiencia.

Generoso y caritativo, descuidaba únicamente su propia fortuna, ya abandonando los bienes nada escasos

que había dejado en Italia, ya ocupándose poco de amontonar riqueza en la patria adoptiva en donde podía muy bien y con toda honradez adquirirla.

Contaba con el favor público, era el único médico de la Ciudad, prestaba sus servicios en los cuarteles y cantones, siendo por consiguiente un elemento preciso á gobernantes y gobernados.

Pero no; su desprendimiento ha sido proverbial y pueden dar fe de él muchísimas personas que aun existen y que recuerdan su nombre para bendecirlo á todas horas.

Cultivaba, como lo ha hecho hasta poco tiempo antes de caer postrado por la edad y los achaques, cultivaba personalmente su jardín, en donde mezclábanse á las diamelas y jazmines que en Santa Fé se crían con vida exuberante, mil plantas europeas cuidadas con esmero por el inteligente floricultor que introdujo también del viejo continente nuevas variedades de uva, desconocida hasta entonces en una tierra en que la industria vinícola será antes de mucho una de las principales fuentes de riqueza.

XX

Pasaron los años sin que cesára por el cansancio natural de los prolongados trabajos, la labor diaria del doctor Fontán.

Sucedíanse las revoluciones, multiplicábanse las complicaciones políticas, densas sombras oscurecían los

horizontes de la Patria Argentina. Ajeno á esas convulsiones, no sin deplorar el estado lastimoso del país, vivió siempre entregado al cuidado de sus enfermos y al estudio constante de la medicina.

Faltábale coronar la obra que tantos afanes y tantos sinsabores le costára. La idea republicana, hecha carne en su espíritu, y que lo había impulsado á tomar las armas en su defensa, derramando su sangre en holocausto de la libertad italiana, forzóle también á abandonar los claustros de la universidad de Génova sin haber obtenido el título de doctor, que ambicionaba aun cuando había emigrado siendo ya profesor de medicina.

Ese título se lo había dado el pueblo convencido de su profesional competencia, porque como decía en ocasión semejante el publicista Alberdi, no sólo pueden conferir grados las facultades científicas, que también las obras y los hechos pueden doctorar en algunas ocasiones. Pero quería legitimar su título, y aprovechando un momento de sosiego, un instante de tregua concedida á la diaria labor, y en su empresa alentado por el general y doctor don Pascual Echagüe, gobernador y capitán general de Santa Fé, — magistrado juzgado de distintas maneras, pero que si se atienden á las afirmaciones del gobernador Crespo en sus memorias, atenuó en mucho las persecuciones de Rosas y fomentó la educación pública con los escasos medios de la época — alentado por él para llevar á cabo la realización de sus deseos, se dirigió á Buenos Aires con el objeto de graduarse en su Universidad.

Después de llenados los requisitos de estilo, el 16 de Julio de 1849, el profesor Fontán leyó y sostuvo su tesis que versaba sobre: *El diagnóstico y caracteres diferentes del reumatismo muscular, del articular y de la gota.*

Formaban la mesa, ante la cual rindió con lucimiento un examen prolijo, los Dres. Pedro Larí, Martín García, Teodoro Alvarez, Claudio Mamerto Cuenca y el licenciado José Fuentes Argibel. Fué su padrino el Dr. Eugenio Pérez, y la tesis, de que se han hecho dos ediciones en 1849 y otra en 1877, estaba dedicada al general Echagüe.

Su mérito científico puede ser juzgado por los peritos en la ciencia médica. Laureado de doctor, ya en edad madura, demuestra la fuerza de su voluntad y sus nobles aspiraciones.

XXI

La vida del venerable anciano hasta hace pocos años fué la misma que seguía desde su arribo á Santa Fé; *trabajar sin descanso* parece que hubiera sido su divisa.

Allá del otro lado de los mares llamábalo con elocuentes voces la tierra de su nacimiento, el cariño de los suyos, los intereses pecuniarios heredados por muerte de sus padres; aquí lo ataba el amor entrañable á la patria adoptiva, los sitios donde pasara los más floridos años de la vida, la sociedad que lo estimaba, los

pobres y los enfermos que lo llamaban siempre para que les prestase sus solícitos cuidados.

Dos ó tres veces atravesó el Océano y fué á buscar un momento de calma en el hogar peterno, un instante de sosiego al aspirar las auras balsámicas de Italia.

¡Calma! Sosiego!.....

¿Acaso el desterrado puede tener la calma apetecida lejos de la tierra de sus amores? ¿qué valen las auras balsámicas y los cielos purísimos sino son las auras y los cielos de la patria que se adora? ¿qué las comodidades de la vida, los suntuosos palacios y las soberbias catedrales, los teatros y los paseos, cuando se lleva en el alma la nostalgia que hace morir de tristeza al cafre y al beduino llevados á la plácida zona templada y perecer de desesperación al esquimal en medio de la lozanía de los trópicos, echando de menos los primeros los abrasadores arenales del desierto y el segundo el témpano de nieve que le sirvió de albergue?

Y un desterrado fué el doctor Fontán en Europa el corto tiempo que allí permaneciera. Le faltaba el aire puro, el cielo espléndido, la vegetación lozana, el río murmurante de su querida Santa Fé; el único lazo que pudiera atarlo á su patria de origen, era el cariño de su padre y ese lazo había sido años antes roto por la muerte.

El ruido ensordecedor de las ciudades populosas le hacía ambicionar el silencio de su pueblo americano; el aire que llegaba á sus pulmones no era el aire saturado de esencias de azahar y de diamelas que respiraba en la Argentina — todo le era extraño, todo descono-

cido. Sus compañeros de colegio se habían desparramado por todas partes en la lucha por la vida; sus amigos estaban distantes, en una ciudad perdida en la extensión vastísima de América, y su recuerdo lo embargaba .. Y dando un adiós eterno á la tierra de sus padres, después de regar con lágrimas el mármol de su tumba, abandonó la Europa para volver de nuevo á Santa Fé en donde lanzará su último suspiro, después de haberla conocido aldea pobre pero heroica y de haber asistido á su hermoso despertar.

XXII

Puede el doctor Fontán exhibir para su honra legítimos títulos de sus servicios sin cuento, servicios que no han tenido otro premio que la veneración y el cariño de todos los que los conocen y lo aman.

Dejó de ejercer su profesión, más que su profesión su sacerdocio, cuando su naturaleza robusta declinó al peso de las fatigas y los años, y ha llegado á los límites de la vida ocupando una posición modesta bajo el punto de vista pecuniario, pero gozando de una fortuna no común pues es patrimonio únicamente de los buenos: la consideración pública y la satisfacción íntima del cumplimiento del deber.

El joven revolucionario de Génova que sacrificó todo en aras de la libertad de su patria — el proscrito de Montevideo — el servidor de Santa Fé, que durante sesenta años veló por la salud pública con celo y abne-

gación — el cirujano del ejército nacional en las campañas de 1828, 1829 y 1831, es un anciano venerable que se halla en el ocaso de la vida. Pero no desaparecerá para siempre entre las nieblas de la ingratitud que por lo regular amargan las últimas horas de los hombres virtuosos; bajará á la tumba ¡y ojalá transcurran antes muchos años! después de haber asistido al comienzo de la transformación material, intelectual y política de Santa Fé, viéndola libre, rica, feliz y progresista.

— Ya puedo morir! dice, al sentir en la calle el golpe del pisón sobre el adoquinado de granito — ya puedo morir porque veo progresar á Santa Fé!

Esa es su más grande complacencia cuando el sol de su vida empieza á hundirse en el ocaso.

1888.

XXVI

¿SANTAFESINO Ó CORDOBÉS?

XXVI

¿SANTAFESINO Ó CORDOBÉS?

ESTUDIO GENEALÓGICO SOBRE EL DOCTOR DON FRANCISCO JAVIER DE ECHAGÜE

Doctor de la Real Universidad de San Marcos de Lima.
Dean y Gobernador del Arzobispado.
Miembro del primer Consejo de Estado del Perú.
Asociado de la Orden del Sol, etc.

Al Señor Ricardo Palma.

He aquí cuanto sé sobre el personaje por quien Vd. se interesa. — Usted lo cree Santafesino y yo lo creo Cordobés porque así consta en los Anales de la Universidad.

CARTA DE PALMA Á LASSAGA.

La lectura del Acta de la Independencia del Perú publicada en el Nº 2 del *Sud Americano* con el facsímile de las firmas de los que tan memorable documento signaron el 15 de Julio de 1821, atrajo nuestra atención sobre un nombre llevado en época distinta por un hijo ilustre de Santa Fé y al que esta provincia debe importantísimos servicios.

Ese nombre era el de Francisco Javier de Echagüe.

Su identidad sería una nueva coincidencia? No habría dificultad alguna en creerlo así, siendo la igualdad en los nombres general en todas partes.

Pero no era éste el caso de repetir la frase conocida: *esos son otros López!*

Tratábase de dos altas personalidades. El general Francisco Javier de Echagüe, á quien el historiador Fúnes adjudica el doble lauro de generoso y magnánimo, á mediados del siglo XVIII había libertado á Santa Fé de las vandálicas irrupciones del salvaje, explorado el desierto hasta sus más apartados confines y reducido al hasta entonces indómito centauro del Chaco Gualamba á la vida civilizada, formándole pueblos — algunos de los que aun hoy subsisten — é inaugurando el período de redención por medio de la persuación y del cariño.

El otro Echagüe se levantaba á nuestra vista en las orillas del Rimac, confirmando con su voto la independencia del Perú, formando parte de aquella Asamblea memorable compuesta de los prelados de la Iglesia, los títulos nobiliarios y lo más expectable de la Ciudad de los Reyes, asamblea que declaraba rotos los vínculos que unían al virreinato con la Metrópoli Española y proclamaba su soberanía al amparo de las armas libertadoras que al mando del Gran Capitán argentino habían salido de las márgenes del Plata para recorrer entre dianas triunfales una gran extensión de Sud América.

¿No habría un lazo de unión entre el héroe de las orillas del Paraná y el prohombre de la capital de los Pizarro?

Anteriores investigaciones históricas y tradiciones de familia nos impulsaban á creer que algún vínculo debía existir entre ellos. Un segundón de la noble casa

de Echagüe en el reino de Navarra había venido de la Villa de Artajona en los comienzos del siglo XVIII al Nuevo Mundo. Fijó en Santa Fé de la Vera Cruz su residencia, y vinculado á su primera sociedad tanto por sus méritos personales como por su matrimonio con miembro de la familia de Márquez Montiel, adoptó por suya la patria de sus hijos.

De ese tronco descendían los cinco ó seis gobernadores de su apellido, conquistadores y hombres de estado, oradores notables y valientes soldados, frailes humildes y altas dignidades de la Iglesia, que han figurado en la Argentina y particularmente en esta Provincia.

Por otra parte, el nombre de Francisco Javier era frecuente entre los miembros de la familia de Echagüe, ligada íntimamente á la Compañía de Jesús y con particular devoción por el santo de aquel nombre de la Orden de Loyola, cuya imagen llevó el conquistador adornando su estandarte victorioso en la época de sus exploraciones penosísimas.

El Francisco Javier de Echagüe, del Perú ¿sería entonces de esta familia? Y en caso afirmativo ¿no sería hijo también de Santa Fé?

Pronto fué la suposición casi un convencimiento. Eslabonáronse los recuerdos con nuevas noticias y posteriores estudios, y el anhelo por agregar un nombre más al libro que preparaba: «*Hombres notables de Santa Fé*» impulsáronme á continuar con ahinco las investigaciones comenzadas.

Conservada con veneración, en la pared del dormitorio de mi abuela, existía una imagen de la Virgen, pintada

al óleo y dedicada á la devoción de Doña Juana Josefa de Lassaga. Obra de algún mérito artístico y guardada con religioso respeto, se sabía haber sido pintada en el Perú y desde allí enviada á la familia por un canónigo Echagüe junto con un retrato de Santa Rosa de Lima, existente en la actualidad en la casa solariega de la familia de aquel apellido.

No había casi dudas; el prohombre de Lima, si no era santafesino, descendiente era de hijos de Santa Fé, aun cuando tuviera por mi parte casi la certeza de lo primero.

Con el objeto de aclarar toda duda, dirigíme sin vacilar al señor Ricardo Palma, eminente escritor peruano, que reune á una brillante inteligencia y erudición vastísima, la amabilidad y cortesía de un perfecto caballero.

El ilustre publicista no tardó en contestarme; su carta, llena de preciosos datos sobre la personalidad del Dr. Echagüe, venía á quitar no obstante de mi libro en preparación uno de sus capítulos.

Don Francisco Javier de Echagüe, no era, según el señor Palma, santafesino, sino hijo de la doctoral ciudad de Córdoba; así constaba en los Anales de la Universidad de Lima.

« Me es grato — decía en su carta el autor de las populares tradiciones — hallarme en aptitud de propor-« cionarle los datos que Vd. solicita y son los siguientes:

« El Dr. D. Francisco Javier de Echagüe nació en « Córdoba del Tucumán. Hizo su carrera en el Coro « Metropolitano de Lima desde 1789, en que se le nombró

« medio racionero. Fué examinador sinodal y juez visi-
« tador de capillas y patronatos. En 1798 ascendió á
« canónigo penitenciario. En 1810 ascendió á dignidad
« de Tesorero y Comisario Subdelegado de Cruzada. En
« 1812 á Arcediano y en 1814 á Dean. Cuando en 1821
« se embarcó para España el Arzobispo Las Heras, por
« desavenencias que tuvo con el General San Martín,
« quedó el señor Echagüe como Gobernador del Arzo-
« bispado.

«Por los años 1803, 1804 y 1805 fué Rector de la
« Universidad de San Marcos de Lima y tenía honores
« del Consejo y Cámara de Castilla. Aunque en 1826 se
« le presentó para Obispo de Trujillo, el Congreso de
« 1827 anuló el nombramiento. Bolívar decía que el
« señor Echagüe había sido un patriota muy tibio.

«Falleció Echagüe en 1831 hallándose todavía de
« Gobernador Eclesiástico.

«He aquí cuanto sé sobre el personaje por quien Vd. se
« interesa. Usted lo cree Santafesino y yo lo creo Cor-
« dobés, porque así consta en los Anales de la Univer-
« sidad».

Hasta aquí el Sr. Palma. El documento citado hacía fe; el maestro basaba su deducción en un testimonio fidedigno, y desvanecía toda duda con la autoridad de su palabra.

Empero, era tal el cúmulo de circunstancias que habían hecho nacer en mí la idea de que era el Dr. Echagüe santafesino, que no cejé en mis investigaciones un momento. Recordaba que en la foja de servicios del General San Martín se lee: «El Ayudante primero Don

José de San Martín y Matorras, edad 27 años, su país Buenos Ayres en América.... » la humilde población de Yapeyú no figura en la foja de servicios del hijo glorioso de Misiones!.... Si en caso el Dr. Echagüe (haciéndolo hijo de Santa Fé) había hecho en Córdoba sus primeros estudios ¿no era posible que por esa causa se le hiciese figurar como cordobés en la Universidad de Lima?

Con paciencia benedictina busqué, indagué, escarbé si es posible emplear tal palabra en este caso, mil viejos papeles por encontrar la incógnita del problema sometido á mi solución, luchando entre el testimonio de los Anales de la Universidad de San Marcos que hacían cordobés al Dean Echagüe y las tradiciones de familia que estaban contestes en asegurar que era santafesino.

Quizá por las dificultades con que luchaba se me hacía cada vez más simpática su personalidad. La confianza depositada en él por el general San Martín cuando lo encargó del gobierno eclesiástico después de fijar al Arzobispo Las Heras el término fatal de veinticuatro horas para salir del país, habiéndose abrogado prerrogativas papales al aceptar su renuncia, el ser miembro del Consejo de Estado, asociado á la Orden del Sol y antes Rector de la Universidad de Lima, presentábanlo ante mis ojos entre aureolas y no cejaba en trabajar aclarando un punto importante de su vida.

Recordaba que al ir ó venir de Roma un sacerdote de la familia Echagüe, se le habían hecho en Lima insinuaciones para gestionar la cuantiosa fortuna perteneciente á un canónigo santafesino de ese apellido, falle-

cido hacía ya muchos años, pero no daban luz los libros parroquiales y ya iba á abandonar la empresa cansado de la inutilidad de mis esfuerzos, cuando registrando viejos papeles un miembro de aquella familia halló un documento que importaba para mi un verdadero descubrimiento.

Era la cesión que de sus bienes en Santa Fé, en favor de sus hermanos José Ignacio y José Manuel, hacía en Lima el 16 de Enero de 1805 el Dr. D. Francisco Javier de Echagüe, canónigo penitenciario de la Metropolitana de Lima y Rector de la Real Universidad de San Marcos por ante el escribano Hilario de Avila, encomendando su ejecución á su tío y apoderado D. Gabriel de Lassaga, residente en la ciudad de Santa Fé.

Hace constar en dicho documento ser hijo legítimo de D. Javier Narciso de Echagüe y Andía y de doña María Teresa Ruiz de Arellano, *vecinos y naturales de la ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz en el Río de la Plata.*

Ahora bien, si sus hermanos habían nacido en esta última ciudad, siendo uno de ellos el famoso lego Echagüe que tantos servicios prestó á los patriotas antes y después de la jornada gloriosa de San Lorenzo; si sus padres nacieron y murieron en la misma ciudad, habiendo tenido también allí su patrimonio ¿cómo el Dean, el único en su familia, había nacido en Córdoba?

No había ya dudas para mí; el velo estaba totalmente levantado. El patriota á quien Bolívar calificaba de *muy tibio* quizá por ser argentino, pues está plenamente comprobada la antipatía del Libertador del Norte por

las Provincias Unidas del Río de la Plata y por sus hombres, testigos el mismo San Martín, Lavalle, Alvarado y Rojas; el patriota Echagüe, decíamos, era para nosotros sin duda ninguna hijo de Santa Fé, y un error de partida su nacimiento en Córdoba según los Anales de la Universidad de San Marcos.

El precioso documento que nos fué ofrecido por el canónigo D. Severo Echagüe, á quien debemos también el anterior, nos pone hoy en el caso de confirmar nuestras creencias. Es el árbol genealógico del Dean de Lima que original se conserva y que demuestra ser natural de Santa Fé é hijo de D. Narciso de Echagüe y Andía y de doña María Teresa Ruiz de Arellano, naturales también de esta ciudad.

He aquí el árbol genealógico que variamos en su forma para facilitar la impresión:



— 8. *Don Francisco Pascual de Echagüe, natural de la Villa de Artajona, en el Reyno de Navarra.*

— 9. *Doña María Márquez Montiel, natural de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 10. *Don Melchor Gaete, natural de la ciudad de Buenos Aires.*

— 11. *Doña Juana del Casal, natural de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 12. *Don Domingo Ruiz de Arellano, natural de la ciudad de Alfaro, en el Reyno de Navarra, la alta.*

— 13. *Doña María Josefa de Epita, natural de la Villa de Milagros, en el mismo Reyno de Navarra.*

— 14. *Don Juan de Lacoizqueta, natural de Legaza del Valle de Beutizarana, en el Reyno de Navarra.*

— 15. *Doña María Martínez del Monge, natural de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 4. *Don Francisco Javier de Echagüe, natural de la ciudad de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 5. *Doña Josefa Gaete, natural de la ciudad de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 6. *Don Sebastián Ruiz de Arellano, natural de Tudela, en el Reyno de Navarra.*

— 7. *Doña María Ventura de la Coizqueta, natural de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 2. *Don Narciso de Echagüe y Andía, natural de la ciudad de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 3. *Doña Teresa Ruiz de Arellano, natural de la ciudad de Santa Fé, del Río de la Plata.*

— 1. *Doctor don Francisco Javier de Echagüe y Andía, natural de Santa Fé, del Río de la Plata, canónigo penitenciario de la Catedral de Lima. Entró el 27 de Feb.....*

Documento tal no deja lugar á dudas, pero con el firme propósito de aclarar totalmente el punto en cuestión, ya que el poder otorgado en favor de don Gabriel de Lassaga no dice que el doctor Echagüe sea santafe-

sino, por más que sirva para suponerlo, y el árbol genealógico no importa otra cosa que un simple recuerdo de familia, puesto que no lleva firma que como documento público lo autorice, procuré la partida de bautismo en el Archivo de la Iglesia Matriz, hallándola en la siguiente forma:

Francisco Xavier	*Día 10 de Marzo de 1753. El P. Lector fray Joachin Marquez de la horden de la Merced, con mi licencia y assistencia baptizó, puso óleo y chrisma á Francisco Xavier (de edad de siete días) hijo legítimo de don Narciso de Echagüe y Andía y de doña Theresa Ruiz de Arellano. Padrinos don Manuel de Gabiola y doña Rosa de la Coizqueta.* DR. MANUEL DE LEIVA.

Queda de esta manera constatado que el doctor don Francisco Javier de Echagüe, Rector de la Real Universidad de San Marcos de Lima, Dean y Gobernador del Arzobispado, Miembro del Primer Consejo de Estado del Perú y Asociado á la Orden del Sol, nació en la ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz el día 3 de Marzo del año 1753, habiendo fallecido en la Ciudad de los Reyes del Perú el año 1831, siendo todavía Gobernador del Arzobispado.

XXVII

UN SANTAFESINO EN CHILE

XXVII

UN SANTAFESINO EN CHILE

EL DOCTOR MANUEL J. VALDIVIESO

> Manuel Joaquín Valdivieso, después de haberse distinguido en el foro por sus talentos y sus luces, aceptó la Judicatura y llegó á ser ministro de la Corte Suprema, que es el puesto más elevado de la magistratura judicial en Chile.
>
> J. D. CORTÉS — *Diccionario Biográfico Americano.*

I

Apenas hiciéronse sentir en Santiago de Chile los primeros movimientos revolucionarios que debían dar por resultado la independencia de aquel país, independencia proclamada al amparo del ejército que comandaba el Gran Capitán de Sud América y prestigiada por las gloriosas victorias de Chacabuco y Maipú, los argentinos residentes en aquel territorio, impulsados por una patriótica aspiración, aunaron sus esfuerzos con los esfuerzos de los chilenos, prestando á tan noble causa el contingente hermoso de sus talentos y el poderoso de sus brazos.

Entre ellos descollaron cuatro hijos de Santa Fé, de notable figuración en aquel teatro, y cuyos nombres

pasarán á la posteridad recordados con veneración po las generaciones venideras, si es que la gratitud en ciertos países y en ciertos hombres no es una palabra vana solamente.

—El Dr. Bernardo Vera y Pintado, proclamado por el historiador Amunátegui como uno de los principales autores de la independencia chilena. Patriota exaltado, de alma de fuego é imaginación ardiente, supo hallar viriles acentos para fulminar el despotismo colonial y enardecer al pueblo con sus entusiastas estrofas incitando á la lucha y á la victoria; á él debe Chile su Himno Nacional aprobado por los poderes Ejecutivo y Legislativo en 1819, mereciendo que el Gobierno al aceptar su obra le comunicase que *había desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo y brillantez propios de su acendrado patriotismo y acreditado talento.*

—El Dr. Martín Orjera, llamado en Chile el *mártir de la libertad* y aclamado como *tribuno popular*, asistió muy joven, casi imberbe, á la jornada memorable de Maipo, distinguiéndose por su heroico arrojo y su entusiasmo ardiente. Orador parlamentario y notable periodista, adquirió indisputables títulos á la popularidad de que gozó.

—Don Gabriel Fernández Valdivieso, patriota esclarecido de 1810, enviado por la Junta de Gobierno de Santiago á Santa Rosa de los Andes para hacer valer su influencia y sostener los principios revolucionarios haciendo reconocer las autoridades emanadas por el movimiento que dió por tierra con el dominio de los españoles en Chile.

Y finalmente el Dr. D. Manuel Joaquín de Valdivieso y Maziel, padre del más tarde ilustre Arzobispo de Santiago Monseñor Rafael de Valdivieso y Zañartú.

II

Hablando de la fundación del cementerio de Santiago de Chile en su artículo histórico *La Ciudad de los muertos*, el eminente publicista Vicuña Mackenna, dice:

« Cuando el gobierno independiente de Chile, por el « decoro de los templos y la higiene bien entendida de « las ciudades, se resolvió en 1819 á poner en ejecución « la idea que desde hacía diez años venía incubándose « laboriosamente en el cerebro y en el corazón de los « habitantes de Santiago, sobre el establecimiento de « un Cementerio General, fuera de los límites de la ciu- « dad, nombró una comisión de cuatro ciudadanos, de « los cuales tres serían el aparato y uno el alma y los « brazos del trabajo.

« Era éste, elegido entre todos los llamados, un buen « caballero, abogado, juez de letras, hombre íntegro é « ilustrado.... Se llamaba don Manuel Joaquín de « Valdivieso ».

No era la tarea al Dr. Valdivieso encomendada tan liviana y ligera que pudiese cumplirla sin hacer uso de una buena voluntad probada y de un carácter enérgico y tenaz cuando de obras de general utilidad se trataba.

Necesitábase para salir airoso en la empresa, saber resistir á influencias poderosas puestas en juego para

desbaratar el plan innovador de las autoridades y no dejarse amilanar por contrariedades que se presentaban al parecer insuperables.

La ignorancia y el fanatismo habían hecho fracasar por dos veces igual iniciativa. El gobernador D. Ambrosio O'Higgins vió burladas las acertadas medidas que dictára para impedir la inhumación en las iglesias, considerada entonces por el vulgo y por los que al vulgo dirigían, como una necesidad religiosa, exponiendo con costumbre tan perniciosa la salud de las ciudades.

Años más tarde, su hijo, el ilustre general de este apellido, á la sazón diputado por los Angeles, propuso en el Congreso de 1811 la creación de un cementerio en extramuros, triunfando al fin su moción después de serias discusiones promovidas por los enemigos decididos que tal idea tenía en el seno de aquella Asamblea memorable.

Pero también de nuevo las maquinaciones de la ignorancia y la codicia triunfaron sobre iniciativa tan laudable, que nunca reformas de trascendencia pueden implantarse en pueblos ignorantes sin que sus iniciadores se conquisten grandes antipatías y sin perderse aquella idea al principio por las resistencias estúpidas del vulgo y la insidiosa propaganda de los que con ellas medran y prosperan explotándolas.

Casi una década había transcurrido desde la sanción del primer Congreso Chileno, cuando cupo en suerte llevarla á cabo al mismo general O'Higgins, teniendo parte principal en la realización de ella el santafesino Valdivieso.

III

A las 11 de la mañana del 29 de Marzo de 1770 nacía en Santa Fé de la Vera Cruz un niño que recibió en la pila bautismal el nombre de Manuel Joaquín.

Era hijo del caballero chileno D. José Fernández Valdivieso y de la señora Dominga Maziel. Pocos datos existen sobre su niñez y juventud.

Pasó á Chile después de haber aprendido los rudimentos que en aquella época se enseñaban en Santa Fé en las escuelas regenteadas por los padres Franciscanos y Dominicanos, y debió ser ya de alguna edad cuando emprendió el viaje penosísimo, pues en Abril de 1779 aun no se había recibido de abogado.

En esa misma fecha el teniente gobernador de Santa Fé, que lo era el teniente coronel D. Prudencio María de Gastañaduy, pasó una nota al Cabildo sobre una petición de Valdivieso que le había sido desde Chile dirigida y en la que la primera autoridad santafesina dice: que el peticionante *se halla en Santiago de Chile dedicado á las leyes, habiendo concluído su carrera teórica con el lucimiento correspondiente á su buen talento.*

Hizo sus estudios en la Real Universidad de San Felipe de Santiago, y á estar á la afirmación de Gastañaduy, debió sobresalir desde los comienzos de sus tareas universitarias.

Había desempeñado ya en su ciudad natal el puesto de escribiente del Cabildo, que no se confiaba sino á personas competentes.

Ejerciendo ya con excelentes resultados su profesión de abogado, estallaron en Santiago los primeros movimientos revolucionarios, y el Dr. Valdivieso incorporóse sin hesitar á las filas de los patriotas que iniciaron la jornada redentora de Chile, y en cuyo número contábase su entusiasta comprovinciano el Dr. Vera, una de las primeras víctimas del voluntarioso García Carrasco.

Resistió no obstante con entereza de carácter los primeros contrastes que sufrieron los iniciadores de la revolución chilena, y una vez ésta triunfante, ocupó su puesto de labor prestando sus servicios como secretario de la Junta Ejecutiva creada por el Congreso de 1811.

Octuvo después y desempeñó con lucimiento diversos puestos públicos algunos de ellos de importancia suma y que requerían dotes especiales para cumplir con las obligaciones que imponían.

IV

En 1819 fué nombrado en compañía de don Manuel Salas, del presbítero Eyzaguirre y del agrimensor Juan José Goycolea, para correr con todo lo concerniente á la fundación del primer cementerio de Santiago, siendo al parecer Valdivieso el único que se preocupó de obra semejante, pues á estar á la afirmación de Vicuña Mackenna, sus otros tres asociados tal vez no pasaron nunca el río en su ancianidad sino bajo el penacho de plumas negras del primer carro de gala que tuvo á su servicio el cementerio.

Empeñado en cumplir su comisión, eligió personalmente el sitio que juzgó á propósito para la ubicación de la necrópolis, al pie occidental del Cerro Blanco, y con el objeto de arbitrar recursos para construir los muros que debían rodear al cementerio, recurrió á un expediente ingenioso, pues el gobierno no le había dado un céntimo para principiar la obra que exigía gastos de consideración.

Dos veces por semana se llevaba de la Dehesa á Santiago la nieve necesaria *para refrigerio de los cuerpos disecados por el calor* (dice el publicista antes nombrado), debiendo apartarse de ella diez y seis porciones que eran destinadas á los miembros del Cabildo y otras para el presidente, oidores y demás autoridades, en un todo cuarenta porciones con que se regalaban en los días estivales los encopetados personajes del gobierno de Chile.

Valía cada una de esas porciones de nieve *real y medio*, y el Dr. Valdivieso logró que los privilegiados renunciasen al góce que les proporcionaba aquella *canongía;* se vendia la nieve á su precio corriente y con aquel producto de sesenta reales diarios dióse comienzo á los trabajos, logrando inaugurar el Cementerio con fiesta lucidísima á la que concurrieron desde el Director Supremo y el Obispo, hasta el último roto de Santiago.

Continuóse la obra siempre bajo la dirección de Valdivieso, no sin chocar con resistencias que supo vencer y contrariedades que no lograron hacer decaer su espíritu emprendedor y su infatigable actividad.

Los Cabildantes, acosados sin duda por calor sofocante ó juzgando que era más propio destinar la nieve para solaz de los vivos que su importe para terminar la mansión de los muertos, derogaron en 1° de Marzo de 1825 la concesión antes dicha, privando por consiguiente á la obra del cementerio de sus más pingües entradas.

El infatigable santafesino continuó no obstante los trabajos, logrando ver muy pronto terminadas las paredes de la Capilla que esperaba tan sólo el techo para quedar del todo terminada.

V

Pero los fondos escaseaban y se retardaba el techado de la iglesia.

Este inconveniente no desanimó al Dr. Valdivieso que recurrió á un expediente de muy satisfactorios resultados. Era acreedor del Gobierno por sueldos como Juez de Letras y consiguió que como chancelación de sus créditos se le diese la madera de alerce de Chiloé, madera que servía á sus habitantes de *moneda* para efectuar sus cambios comerciales.

Con esas tablas de alerce hizo techar la Capilla mencionada, librando así al Gobierno de su deuda y librándose él mismo del trabajo de cobrarla.

Hasta 1832 continuó el Dr. Valdivieso en el desempeño de la comisión que el Gobierno le confiára en 1819, teniendo que ceder al fin en aquel año á la vejez que lo abrumaba ya.

En Julio de 1839 fallecía en Santiago, rodeado de respeto y de cariño, el Dr. Manuel Joaquín Valdivieso y Maziel, después de haber ocupado los más altos puestos en la magistratura de la República de Chile y ejercido su noble profesión con ilustración, inteligencia y honradez.

El gobierno chileno, agradecido á sus servicios, concedió una sepultura para que fuese inhumado el fundador del primer cementerio de la Capital. El panteón — dice el historiador de quien tomamos algunos apuntes sobre la fundación — seguía emitiendo para el pago de su gratitud las mismas cédulas hipotecarias con que había pagado sus primeras tapias y su más antigua pareja de mulas destrancadas.

VI

Tres notables abogados santafesinos han prestado servicios de importancia á la República vecina: Vera y Pintado, uno de los iniciadores de su revolución, dió formas al pensamiento y á las aspiraciones chilenas de esa época en sus viriles estrofas, condensándolas en el Himno Nacional — Orjera, combatiendo en el llano de Maipo como soldado valeroso ó en los parlamentos, la prensa y los comicios como orador parlamentario, eximio periodista y tribuno popular — Valdivieso, y Maziel en la judicatura ó en el foro, en las asambleas políticas y en obras de verdadera necesidad para Santiago, como su primera necrópolis.

Esos nombres pesan también en el *Haber* que la República Argentina tiene abierto en su gran libro de

servicios á la independencia, la libertad y la organización de varias secciones de Sud América, y con especialidad á la belicosa república trasandina, que parecía últimamente querer saldar sus cuentas en el campo de batalla con las balas de los Mauser y los proyectiles de sus poderosos cañones.

XXVIII

EL TAMBOR DE TUCUMÁN

XXVIII

EL TAMBOR DE TUCUMÁN

Cruza las calles que dejó sonriendo
Cuando corría de la gloria en pos,
Trémulo el brazo sin vigor, tendiendo,
Hoy pobre y viejo nos está pidiendo
Una limosna por amor de Dios!

R. J. Lassaga.

I

Luchó como bueno en el campo de batalla; sirvió á su patria hasta el instante en que cayeron sus fuerzas vencidas por los años, las privaciones y las fatigas y el último redoble de su tambor fué para solemnizar el día en que los hijos de la República Argentina independiente, libre, unida y constituída — como refiriéndose á ese acto dice el general Mitre — se congregaban en la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, al pie de la estatua del general Manuel Belgrano, pagando al inmortalizar al gran patricio en el bronce eterno una deuda de gratitud á aquel que se había inmortalizado ya en la historia por su patriotismo y sus virtudes.

Después el viejo veterano se envolvió en los harapos del mendigo y sin exigir el premio debido á sus servicios y sin exhalar un acento de queja ó de protesta,

vagó por las calles de Santa Fé pidiendo de puerta en puerta un mendrugo de pan por el amor de Dios.

Ha seguido la senda recorrida por muchos de nuestros viejos veteranos, que no teniendo la suerte de caer en el campo de batalla envueltos entre los pliegues de la bandera de sus amores. mendigaron el sustento para mantener el último soplo de una vida sacrificada casi toda en aras del más puro y santo de los ideales: la libertad de la patria.

Es esta ingratitud imperdonable — borrar de la memoria de los pueblos el recuerdo de aquellos que los sirvieron en la época de los grandes peligros, de las grandes luchas y de las grandes victorias, es casi renegar de las glorias adquiridas.

Olvidarse de los que abandonaron todo y todo lo sacrificaron por romper las cadenas coloniales y coronar de gloriosos laureles la frente de la joven República Argentina, es más que una ingratitud, es un crimen.

Pero no! — el pueblo argentino no es ingrato. Noble y generoso ha de sembrar de palmas y de flores el sepulcro de sus heroicos adalides. Ya el bronce y el mármol perpetúan y perpetuarán por los siglos de los siglos el recuerdo de los grandes héroes, de esas figuras gigantescas que en primera línea se destacan en el inmenso cuadro de nuestra gloriosa historia.

Y el astro de la gloria de Belgrano derrama también vívida luz sobre la frente de los soldados que con él compartieron los azares de la guerra, y en el panteón

de la historia tendrán también cabida esos hombres oscuros y humildes que, sin más aspiración que el cumplimiento del deber, lucharon con tesón por la independencia de la patria.

Y así como en Grecia se levanta entre las mil divinidades de su Olimpo un altar al Dios desconocido — *Deo ignoto* — así antes de muchos años la República Argentina elevará un monumento á sus héroes ignorados, á aquellos que cayeron en la lucha dejando hasta su nombre envuelto entre las sombras del olvido ó aquellos que pasados los tiempos legendarios mendigaron, después de tantos trabajos, una limosna á sus mismos compatriotas.

En este último número está el tambor de órdenes del general Belgrano,. Pedro Bustamante; ya el viejo veterano ha perdido las fuerzas para recorrer las calles pidiendo su sustento: ya el trémulo brazo no se extiende para recibir el óbolo caritativo, ya su voz temblorosa no exige una limosna en nombre de su Patria y de su Dios!

El atleta está vencido; el bronce de su cuerpo se ha gastado con el embate de los años, y la cabeza altiva de otras épocas ha caído sobre el pecho, abatida por la enfermedad y la vejez.

Sólo de tiempo en tiempo parece que un nuevo y poderoso soplo de vida anima, como un relámpago, á ese anciano de noventa y dos años; sacude nervioso la cabeza como un león moribundo, vivísima luz despide la pupila, y el brazo enflaquecido álzase hasta la frente para hacer una arrogante cortesía de soldado........

Es que recuerda á sus jefes, es que revive en su memoria el antiguo campamento, los alegres fogones, el campo de instrucción, el teatro del combate, la diana de la victoria, las aclamaciones de los pueblos, las entusiastas manifestaciones de las multitudes delirantes!

Después..... vuelve de nuevo la tristeza, inclínase la marchitada frente, cae inerte el brazo del atleta vencido! Ha vuelto á vivir en el presente, sin hogar, sin familia, viejo, pobre, sin pan y sin amigos!

II

Pedro Bustamante nació en 1793 en el cantón de la Soledad, uno de los más avanzados fortines que defendían á Santa Fé contra las invasiones de los bárbaros; su padre, militar al servicio de las fronteras en una compañía de Blandengues, lo conservó á su lado adiestrándole desde muy niño en el rudo servicio del soldado.

Crióse así entre las armas, sin miedo á los peligros, animoso y valiente, robustecida su naturaleza con la vida del campo y endurecido con continuados ejercicios.

Siendo aún muy débiles sus fuerzas para cargar una arma fué destinado á aprender los toques de tambor y desde edad de cinco años llevábalo su padre á la grupa del caballo en todas las ocasiones en que las tropas se internaban osadas entre los bosques seculares, buscando

la escondida toldería para escarmentar al salvaje en sus mismos aduares; y niño y débil aprendió desde entonces á resistir las fatigas militares.

Tenía poco más de 14 años cuando fué enviado á Buenos Aires formando parte de un contingente mandado por Santa Fé á la capital del Virreinato, y combatió por primera vez contra tropas regulares en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, luchando al lado de los americanos que obtuvieron entonces sus primeros laureles.

Formáronse allí los primeros militares argentinos; allí adquirió eterna nombradía esa tropa bisoña de los criollos, que causó admiración por su bravura y generosidad á los jefes ingleses, y que conquistó poco más tarde renombre tan glorioso en la guerra de la independencia.

Pedro Bustamante sufrió con sus compañeros, impasible, el mortífero fuego de los soldados de Inglaterra y se bautizó en la religión de la gloria con el humo del combate. Las peleas con los indios no podían haberle hecho comprender todavía ese *sublime horror de la batalla*, de que nos habla el poeta. *Allí aprendí á pelear!* dice el viejo veterano al recordar aquellos sucesos memorables.

Poco tiempo después de la última invasión, Bustamante regresó á Santa Fé pasando inmediatamente á las fronteras á prestar nuevamente sus servicios en los cantones.

Las privaciones y penurias que son como el patrimonio de la vida del soldado no amilanaron su espíritu un

instante. Joven y animoso debía encontrar placer en las difíciles travesías, en los combates cuerpo á cuerpo y brazo á brazo con el bárbaro hijo del desierto.

III

La revolución de Mayo se había llevado á cabo en Buenos Aires y se aprestaban tropas para sostener con las armas los patrióticos pronunciamientos de algunas provincias ó imponer sus principios donde fuera necesario.

El Paraguay permanecía sojuzgado por los españoles; la chispa revolucionaria no había conseguido encender el sagrado fuego en el corazón de sus hijos, que ya por educación, ya por carácter formado por esa misma educación, eran refractarios á toda innovación.

La Junta de Mayo dirigió entonces al Paraguay los ojos, y aprestó una expedición que al amparo de sus armas proclamase el nuevo credo de la religión de la patria.

Belgrano fué puesto á su frente; llevaba la misión del apóstol y la consigna del soldado, y como soldado cumplió con su deber mostrándose fuerte hasta en la adversidad y como propagandista del evangelio de la libertad supo cumplir como bueno con su misión augusta.

Iba á trocar la pluma por la espada y á iniciarse como primer jefe en la gloriosa carrera de las armas. Al frente de las tropas que debían servir de base al ejército expedicionario, el general Belgrano trató de aumentar su

número, dirigiéndose á San Nicolás donde encontró organizados más de trescientos hombres que incorporó á sus filas, pasando después á Santa Fé adonde llegó en Octubre de 1810.

No era oportuno el momento para distraer fuerzas de los cantones avanzados. Los célebres *Blandengues de la frontera* eran insuficientes para contener los avances de los indios, pero el Cabildo que había dado ya muestras de estar animado de espíritu patriótico, puso á disposición del jefe expedicionario las dos compañías de veteranos al mando del capitán Francisco Antonio Aldao.

Agregáronse á ella algunos voluntarios, y el general Belgrano pasó revista al contingente santafesino, del cual formaba parte un joven de 18 años, de elevada estatura y marcial continente, que revelaba en su mirada el fuego del valor: era ese joven, Pedro Bustamante.

Conoció allí éste al general Belgrano, por quien conserva todavía una admiración rayana en la idolatría y un cariño sin límites; aun al nombrarlo en los instantes en que su memoria debilitada por los años le permite evocar el recuerdo de sus campañas, hace el saludo militar y se saca el sombrero al pronunciar su nombre para todo argentino inolvidable.

Era bueno! — dice el viejo veterano al dibujarse en su memoria la imagen del vencedor de Tucumán.

IV

Su comportación en aquella campaña memorable debe haber sido como la de todos sus comprovincianos, digna del mayor elogio; la justicia histórica ha discernido el premio á que por su valor y su constancia los santafesinos se hicieron acreedores.

Tomó parte en la refriega de Maracaná y en las batallas del Paraguary y Tacuary; siguiendo después á su jefe hasta el famoso Cerrito de los Porteños.

Hechas pedazos las compañías con que Santa Fé contribuyó á la expedición del Paraguay por el cañón enemigo, al extremo de que muy raros fueron los que escaparon con vida del campo de batalla, Bustamante fué incorporado á un batallón de Buenos Aires, teniendo la gloria de haber asistido después al acto solemne de la bendición de la Bandera Nacional en Jujuy en Mayo de 1812, bandera que por primera vez había flameado pocos meses hacía en el Rosario de Santa Fé.

Asistió como tambor de órdenes á la acción de Tucumán el 24 de Setiembre de 1812, donde fué levemente herido en un pie, herida cuya cicatriz muestra con orgullo el viejo veterano al rememorar sus campañas en la época de la Patria, como él dice.

Su brazo vigoroso batió el bélico parche en ese día, y saludó después gozoso á sus compañeros con la alegre diana de la victoria.

Asiste el 20 de Febrero de 1813 á la batalla de Salta y recuerda aún con satisfacción patriótica la rendición

de los *godos*. Sigue después en todo su itinerario la suerte del ejército y conoce personalmente á San Martín, el gran capitán Sud-Americano.

Regresa después á Santa Fé y toma parte en la célebre guerra de los montoneros —sirve á las órdenes del general Estanislao López y solamente abandona el servicio cuando la vejez comienza á minar su naturaleza de atleta.

Todos recuerdan la gentil apostura y el marcial continente del *Tambor Mayor*.

Pueden superarlo en la graduación militar, pero él está orgulloso entre jefes y oficiales; no trueca sus jinetas de sargento por los galones de oro que ve brillar en el uniforme de sus superiores, porque se considera con títulos mayores que otro alguno. El ha servido de los primeros á la patria en la época de la independencia y la aureola de su frente oscurece los entorchados conseguidos en las civiles contiendas.

En las fiestas cívicas parece rejuvenecerse y vigorizarse con el fuego del recuerdo. Hasta hace pocos años, trémulo y casi ciego, iba todavía en el aniversario clásico de Mayo á situarse en las galerías del Cabildo de las históricas Convenciones, y allí tocaba la diana de la Patria vieja y pedía en seguida una limosna á los transeuntes por el amor de Dios. [1]

....

....

....

---

(1).—Estos apuntes fueron escritos y publicados antes de la muerte de Bustamante.

V

El 17 de Mayo de 1862 elevó el sargento 1º de tambores don Pedro Bustamante una solicitud al P. E. de la Provincia solicitando se le concediese como pensión la mitad del modesto sueldo que hasta entonces gozaba. Manifestaba hallarse ya imposibilitado para los servicios militares que había prestado durante el período sucesivo de 52 años.

El gobierno proveyó de la manera siguiente:

« Santa Fé, Julio 13 de 1862. — No estando en las « facultades del gobierno acordar la gracia que el « peticionante solicita y convencido de la *justicia y de « los meritorios servicios que ha rendido al país* elé- « vese á la Honorable Asamblea Legislativa con la « nota acordada. — *Cullen.* — *Manuel I. Pujato.* » Y cumpliendo con esa disposición el mismo día el Gobernador Cullen elevaba á la Legislatura el siguiente mensaje:

« A la Honorable Asamblea Legislativa. — Tengo « el honor de dirigirme á V. H. elevando á su alto co- « nocimiento la solicitud interpuesta por el sargento « 1º de tambores de esta Capital don Pedro Busta- « mante. »

« Los *dilatados y meritorios servicios* prestados por « el peticionante desde la gloriosa guerra de nuestra « independencia, lo hacen justamente acreedor á la « gratitud de V. H. y del gobierno, por lo que gustoso « me permito recomendarlo á vuestra ilustrada consi-

« deración. — Dios guarde á V. H.— *Patricio Cullen.—*
« *Manuel Ignacio Pujato.* »

Destinada á la Comisión de Peticiones la solicitud del viejo veterano ésta se expidió el 25 del mismo mes en esta forma:

« Vuestra Comisión de Peticiones, Culto é Instrucción
« Pública, ha tomado en consideración la solicitud del
« sargento 1° de tambores don Pedro Bustamante y
« encontrándola justa y equitativa os aconseja accedáis
« á ella en la forma del proyecto de Decreto que se
« adjunta.— *Carmelo Lassaga.— Manuel I. Pujato.—*
« *Pedro Rueda.* »

Pocos días después pensionaba la Asamblea Legislativa de Santa Fé al sargento Bustamante con una módica suma y disponía se le diese diariamente y de por vida la ración de carne correspondiente á su clase en la milicia.

Y hasta de esta misma ración se le privó veintiún años más tarde, días antes de cerrar sus ojos para siempre.

VI

Un día el pueblo de Buenos Aires asistía á la inauguración de la estatua ecuestre del general Belgrano en la plaza 25 de Mayo.

Era el 24 de Setiembre de 1873, aniversario de la batalla de Tucumán.

Declarado ese día feriado por el gobierno nacional, la República Argentina se asoció entusiasmada á las patrióticas fiestas de la gran capital.

El gobierno de Santa Fé expidió con tal motivo un decreto, ordenando se encontrasen todas las fuerzas de la guarnición á las 2 de la tarde del día 24 formadas en la plaza pública en orden de parada: nombraba como jefe al coronel Ricardo Bazo y disponía en su artículo 4°: *servirá de tambor de órdenes del precitado jefe, el tambor de órdenes del general Belgrano, sargento pensionado don Pedro Bustamante.*

Trémulo y debilitado por los años, podía apenas seguir el soldado de Tucumán los movimientos militares, pero sacando fuerzas de flaqueza resiste la fatiga hasta la conclusión de la fiesta, de que fué el héroe.

A su paso la multitud lo aclama entusiasmada, confúndenlo los vítores, atruenan los espacios los aplausos. El soldado de Belgrano es saludado como reliquia sagrada de los próceres de la gran epopeya, y se llenan de lágrimas sus ojos,

Es que era ese el único premio concedido al noble veterano después de tantos años de sinsabores, premio discernido en momentos solemnes, en el apoteosis de su jefe, cuando usa por la vez postrera su elegante uniforme de parada que no tardará mucho en convertirse en su mortaja, después de servirle para tapar los jirones de su traje de mendigo.

En Junio de 1883, diez años después de las fiestas de la estatua del general Belgrano, se le retiraba por *¡¡orden superior!!* y por vía de economía, el pedazo de carne con que sostenía sus débiles fuerzas el soldado de la Independencia Argentina!

Este hecho no necesita comentarios. Fué el último golpe asestado al tronco de aquel roble carcomido. El 1° de Julio entregaba á Dios entre amarguras su espíritu inmortal el sargento Bustamante: dos días antes había proporcionado los datos que han servido para esbozar su biografía, datos que dió entre sollozos y suspiros.

¡Después del Calvario, el apoteosis!

Una comisión de respetables caballeros pidió y obtuvo del Gobierno se ordenasen honores militares y costease los gastos que ocasionára la inhumación del cadáver.

El ataúd, envuelto en la bandera nacional, fué conducido á pulso desde la casa donde falleció el tambor de Belgrano hasta las afueras de la ciudad, escoltado por cuatro sargentos y haciendo los honores la banda lisa del escuadrón de policía con clarines y tambores enlutados.

Una selecta concurrencia acompañó el féretro hasta el Cementerio de Guadalupe. Al llegar allí se dió cuenta que se había negado por la Municipalidad un nicho de preferencia para depositar los restos del glorioso veterano: debían ser arrojados á la huesa general!

Entonces « el noble presbítero don Severo Echagüe « —dice un periódico de esa fecha. *El Santafesino* —en « un arranque de su corazón de oro no permitió que el « cuerpo del viejo patriota se confundiera con el polvo, y « ofreció el panteón de su familia donde fué depositado « el viejo tambor de Tucumán.

Hablaron sobre su tumba dándole un triste adiós el « Dr. Quiroga; el señor Echagüe, arrancando á los « circunstantes preciosas lágrimas; y Lassaga larga- « mente nos llevó con el recuerdo de Bustamante hasta « los campos de Tucumán en donde aún nos parecía « escuchar los redobles triunfantes de su sonoro tambor.»

VII

Pocos días después la Legislatura de la Provincia sancionaba la siguiente Ley:

« *El Senado y C. de D. D. de la Provincia sanciona con fuerza de*

LEY:

« Art. 1º Autorízase al P. E. para invertir la suma « de trescientos pesos fuertes en la construcción de un « sepulcro para depositar los restos del sargento don « Pedro Bustamante, tambor de órdenes del general « Belgrano en la batalla de Tucumán.

« Art. 2º Los gastos que origine la presente ley se « imputarán á la misma.

« Art. 3º Comuníquese etc.

Sala de Sesiones, Agosto 7 de 1883.»

Causas que no es del caso investigar impidieron el cumplimiento de esta Ley, pero en 1888 y en ocasión de celebrarse las fiestas de Mayo, el P. E. expidió el siguiente decreto:

« Debiendo darse cumplimiento á la Ley de 7 de « Agosto de 1883 que autoriza al P. E. á la construc- « ción de un monumento para depositar en él los restos « del sargento don Pedro Bustamante, tambor de órde- « nes del general Belgrano en la batalla de Tucumán.

« *El Poder Ejecutivo*

DECRETA:

« Art. 1º Nómbrase una Comisión compuesta de los « señores Canónigo doctor don Severo Echagüe, doctor « don Ramón J. Lassaga, y don Domingo G. Silva « encargada de la construcción del expresado monu- « mento.

« Art. 2º Comuníquese, publíquese y dese al Registro « Oficial.

GALVEZ.

JUAN M. CAFFERATA. »

Era imposible dadas las circunstancias críticas porque el país atravesaba, dar cumplimiento á ese decreto, siendo tan exigua la cantidad votada por la Legislatura. El sepulcro más humilde, la bóveda más insignificante, hubiera costado mayor cantidad que la referida, y la comisión, anhelosa por dar sepulcro digno al viejo veterano, resolvió esperar hasta el momento oportuno.

Ese momento llegó al fin; las cenizas del sargento Bustamante van á dormir el sueño eterno en el Cementerio Municipal de la Capital de la Provincia, en

terreno cedido gratuitamente por la Municipalidad y en el monumento de mármol que le ha erigido el gobierno y el pueblo de Santa Fé.

Con letras de oro y entre trofeos guerreros se han grabado los nombres de las batallas á que asistió el humilde soldado de la independencia y la dedicatoria del monumento.

Se honra en su persona á los soldados del ejército argentino, á esos héroes de última fila que al caer como leones en el campo de batalla, no sueñan con los lauros de la gloria ni con los halagos de la fama porque no los conocen y muchos quizas, conociéndolos, no llegan á comprenderlos; se honra al soldado raso, al héroe anónimo que dió pruebas del temple de su alma con Belgrano que combatió con homérico ardor; con Güemes, que venció con San Martín en su patria y en Chile y el Perú, que asombró al mundo en las cargas famosas de Lavalle, que acometió con bizarría los cuadros brasileros con Alvear, que saludó victorioso su bandera en mares y en océanos con Brown y con Bouchard; á la carne de cañón de las batallas que dió á los argentinos glorias imperecederas como Suipacha, San Lorenzo, Salta, Tucumán, Chacabuco, Maipú, Río Bamba, Las Piedras, Florida, Cerrito, Montevideo é Ituzaingó.

Ha llegado para el soldado humilde la hora de la reparación.

Se halla ya en bronce eterno la imagen esculpida de Juan Bautista Cabral, el heroico granadero de San Lorenzo.

Antes de mucho tiempo el negro Falucho el héroe del Torreón del Real Felipe, será inmortalizado en el mármol por el artista, como su nombre lo está en las páginas de la historia.

Santa Fé, dando muestra de estar animado de patrióticos sentimientos que le honran, ha pagado su deuda de gratitud para con el soldado de Paraguary y Tucumán, destinando sus restos á ser guardados en monumento marmóreo que durará por los siglos de los siglos y trasmitirá su nombre de generación en generación.

1893.

XXIX

CREACIÓN DE LA BANDERA NACIONAL

XXIX

CREACIÓN DE LA BANDERA NACIONAL

27 — Febrero — 1812

Á José Ignacio Llobet.

I

CORPUS CHRISTI

> La pequeña área de suelo santafesino limitada por el Arroyo del Medio al Sur y el Carcarañá al Norte, con un fondo que se pierde en el desierto de la Pampa, está vinculada por acontecimientos memerables y gloriosos á todas las grandes épocas de la Historia Nacional.
>
> E. S. ZEBALLOS. — *La Región del Trigo.*

La expedición de Don Pedro de Mendoza al Río de la Plata, había fracasado después de fundada la ciudad de Buenos Aires; el indio valeroso é indómito, el hambre con sus desesperaciones terribles y la peste con su guadaña desvastadora, habían diezmado á los expedicionarios y quebrado su espíritu fuerte y al parecer incapaz de sufrir amilanamientos semejantes.

El primer Adelantado resolvió entonces enviar al capitán Juan de Ayolas para que remontando el río no sólo descubriese nuevas tierras sino para que procurase á toda costa los víveres necesarios.

El término concedido al capitán Ayolas para su regreso á Buenos Aires había terminado sin que lo efectuase y la desesperación pintábase ya en todos los semblantes, cuando el estruendo del cañón que repercutía en medio del silencio de la noche, fué para los expedicionarios abatidos la primera señal de la esperanza.

Ayolas siguiendo las instrucciones recibidas, internóse por el río Paraná y recorrió sus playas, teniendo la suerte de encontrarse con Gerónimo Romero — que había pertenecido á la expedición de Gaboto — quién mediaría sin duda para que los indios Timbúes le prestasen los apetecidos socorros, pues el expedicionario llegaba á Buenos Aires conduciendo víveres en abundancia.

Halagado Mendoza por la esperanza de salvar el resto de la expedición que tan costosa le había sido y cuyo fracaso acortára su existencia, quiso personalmente reconocer las tierras de los hospitalarios Timbúes, y dejando á Juan Romero con 160 hombres al cuidado de las más grandes de sus naves, partió con las otras hacia el interior, llevando 700 hombres y poniendo embarcaciones y soldados á las inmediatas órdenes de Ayolas.

Después de una navegación de 84 leguas, los españoles llegaron á tierra de Timbúes y fundaron un fuerte que denominaron de *Nuestra Señora de la Buena Esperanza*, refundiendo en ese nombre toda la alegría que inundaba sus corazones al encontrarse al parecer salvados; denominóse también el real recién levantado *Corpus Christi*, conmemorando el célebre combate

del 15 de Junio que tan caro costó á los conquistadores.

Siglos más tarde, sobre las ruinas de ese fuerte que sirvió de seguro refugio por un corto tiempo al primer fundador de Buenos Aires, debía colocarse la piedra fundamental de un nuevo pueblo, destinado por Dios á ser elegido por el inmortal Belgrano para tremolar en él, por vez primera, la bandera gloriosa de la República Argentina.

Allí se fundó la hoy opulenta ciudad del Rosario de Santa Fé.

II

VILLA DEL ROSARIO DE LOS ARROYOS

Los habitantes de Concepción de Buena Esperanza, sobre el Bermejo, habían á fuerza de arrojo, sojuzgado la belicosa raza de los Calchaquíes, *indios dos veces bravos,* según la traducción que algunos escritores hacen de ese nombre indígena. Habían éstos abandonado el territorio de su origen perseguidos por el temor de que se realizase la profesía de *Cacauchic,* de que había que abandonar la patria para librarse de la esclavitud.

¿Á dónde ir? — Su Dios les señaló la ruta; un huracán terrible se desencadena y abate con furia todo obstáculo que se opone á su camino, y en su marcha furiosa les señala la senda que deben seguir los Calchaquíes. Es hacia el Chaco, la región de los misterios pavorosos, y corren hacia el Chaco y levantan allí sus aduares, lejos, muy lejos, de las huestes donde dominan los blancos conquistadores.

Pero el exterminio de la raza estaba decretado; la Concepción de Buena Esperanza se levanta frente á frente de sus humildes tolderías y pronto el yugo pesa sobre ellos cumpliéndose fatalmente su destino.

Un último esfuerzo les produce resultados pasajeros — provocan una confederación con los Mogasnas, Naticas, Callagaes y Abipones, y unidos sus guerreros destruyen la ciudad cuyos hijos habían tenido la osadía de provocarlos y vencerlos.

Vuelven entonces hacia Santa Fé sus ojos, y la ciudad de Garay se estremece al sentir junto á sus muros el ejército terrible de los bárbaros.

¡Treinta años sufriera Santa Fé en sus cercanías la presencia de sus enemigos y en ese dilatado espacio de tiempo no hubo tregua en la lucha ni cesaron las hostilidades del salvaje!

Al fin en 1640, gobernando don Mendo de la Cueva y Benavídez, se escarmienta rudamente á los Calchaquíes y se les toman trescientos prisioneros; pero la guerra continúa, hasta que por un esfuerzo poderoso las armas cristianas consiguen domeñar la fiereza de sus enemigos, y algunos caciques principales se doblegan siéndoles destinados para su residencia territorios no distantes de las fronteras del Gran Chaco.

Aliados de los Españoles, los Calchaquíes cumplieron honradamente con sus pactos — pelearon con su valor no desmentido á los salvajes, logrando rechazarlos muchas veces. Pero esta obstinada defensa valióles el odio de los bárbaros que juraron su exterminio.

La viruela hizo entre los Calchaquíes su aparición

desvastadora; encontró campo virgen para desarrollarse en aquellas naturalezas robustas y pronto cayeron víctimas del flagelo un sinnúmero de guerreros.

Diezmados al extremo de no quedar reunidas sino diez familias, habiéndose otras diseminado temerosas de la peste, se trasladaron con permiso de la autoridad al paso de los Toldos, á orillas del Carcarañá, donde levantaron sus modestas habitaciones, labraron la tierra y edificaron el humilde tugurio donde, rodeada de flores campesinas, colocaron, rindiéndole culto, una imagen de la Virgen del Rosario.

El odio de los bárbaros que juzgaban como traidores á los que habían renunciado á su independencia salvaje y negádose á acompañarlos á sus sangrientas correrías. siguió á los Calchaquíes hasta el Carcarañá.

Parece que había sonado la hora postrera de la tribu, cuando un hombre modesto, don Francisco Godoy — descendiente quizá de aquel general Antonio de Godoy que era en 1674 gobernador de Santa Fé—amigo de los Calchaquíes, decidió trasladarlos á sitio más seguro, impidiendo así su total ruina.

El punto elegido, á las márgenes del majestuoso Paraná, tenía aguas y pastos y maderas en abundancia; además de la caza y de la pesca, existía en aquel territorio feraz mucho ganado vacuno y yeguarizo que se había multiplicado enormemente, viviendo allí en completa libertad.

Fué así como en el año 1725 condujo á aquellos lugares don Francisco Godoy á los restos de la tribu Calchaquí, interponiendo entre ellos y los salvajes que

los perseguían, el río Paraná por una parte y el Carcarañá, que era para los Guaycurúes una barrera inexpugnable.

Godoy con su familia y su suegro don Nicolás Martínez con la suya, alzaron también sus viviendas en aquel sitio, abriendo así los cimientos de un pueblo aumentado por nuevos pobladores al poco tiempo de fundado.

Su nombre, nacido de la casualidad — como dice el doctor Zeballos — viene envuelto como los orígenes de las ciudades griegas en los celajes de la fantasía popular inspirada por el fervor religioso.

Ya en 1730 leyóse en el Cabildo de la ciudad de Santa Fé una comunicación del Dean y Cabildo eclesiástico de Buenos Aires — en sede vacante — fecha 18 de Mayo, en que se comunicaba la forma tomada en acuerdo *para la Providencia que deben tener los feligreses del pago de los Arroyos para el pasto espiritual de sus almas* y en 1731 se erigía un curato en la naciente población ocupándolo el sacerdote don Ambrosio de Alzugaray.

En humilde rancho de paja, sin más adorno que las flores del campo, sencillas como el alma de aquellos vecinos, rindióse culto á una imagen de la Concepción; sin duda no tenía esa imagen belleza alguna como obra de arte ó quizá deteriorada por los años no infundía en los feligreses el respeto que deseára el buen cura de la aldea, que debía llamarse *Concepción del Paraná.* Sabiendo que en poder de los indios, cuyas tolderías se hallaban á seis cuadras de la Capilla, existía una her-

mosa efigie de la Virgen del Rosario, el padre Alzugaray empeñóse con ellos para que se la trocáran por la suya, y después de trabajos y de suplicas consiguió que se la cedieran, y fué colocada en el oratorio nombrándola patrona del lugar, y el pueblo que la rendía culto llámase desde entonces *Capilla de Nuestra Señora de los Arroyos,* que eran siete corrientes de agua las que en sus términos contára: Carcarañá, San Lorenzo, Saladillo del Sur, de Frías, Seco. Pavón, y Arroyo del Medio.

Tal dice la tradición ser el origen del nombre de la ciudad preclara donde flameó por vez primera la enseña nacional.

II

IN HOC SIGNO VINCES

....
La enseña que paseó por sus llanuras
El viejo Brown en raudo torbellino,
La enseña por los déspotas odiada,
Que parece flameando en las alturas
Blanca venda que cuelga de los cielos
Con un girón del firmamento atada.

La bandera española, que simbolizaba el coloniaje, flameaba todavía altanera en los baluartes de Montevideo; las tropas independientes llevaban todavía como enseña la de la madre patria, por más que las primeras personalidades que dirigieron la revolución de Mayo comprendían que era imposible restablecer los vínculos rotos por el pueblo en la jornada memorable, aspirando

también por su parte á que llegase el momento de proclamar la patria independencia.

Allá en la ribera Oriental del gran río argentino, hacía el poder colonial el último de sus esfuerzos por recuperar para la corona el territorio perdido é incitaba á sus huestes al combate haciendo flamear la bandera roja y gualda que cobijó á su sombra tantos héroes y dió á España tan imperecederas glorias.

En el territorio libre por un esfuerzo heroico de los pueblos, marchaban también los ejércitos llevando la misma enseña, no ya para incitarlos á cumplir con un deber sagrado — la revolución estaba hecha - sino como una reminiscencia del pasado.

Las naves españoles paseaban triunfadoras nuestros ríos y tenían seguro refugio en Montevideo. Avisado el Gobierno de Buenos Aires de que se aprestaban nuevas expediciones para recorrer sus riberas, ordenó la construcción de baterías en las costas del Paraná y del Uruguay, estableciendo destacamentos que repeliesen las invasiones enemigas.

El general Belgrano fué destinado para guarnecer el Rosario de Santa Fé, y el 10 de Febrero de 1812 se hallaba en ese punto al mando del 1° de infantería, el batallón de Costas y el escuadrón de Dragones.

Los habitantes de la humilde aldea recibieron las tropas con patriótico entusiasmo; sentían en sus corazones el fuego del patriotismo y soldados y pueblo confraternizaron muy pronto.

El general Belgrano, sin darse un momento de descanso, puso manos á la obra que le había sido enco-

mendada, y el coronel de ingenieros don Angel Monasterio — el Arquímedes de la revolución, como dice el general Mitre — fué el encargado de construir las baterías que debían impedir el paso del Paraná á la flotilla española, destinada á recorrer las costas de Entre Ríos.

Sobre la barranca del Rosario levantóse una de las baterías construyéndose la otra en la isla situada al frente, cerrando así con el fuego de los cañones el canal del Paraná.

La noticia de que se aprestaba en Montevideo una expedición fuerte de quinientos hombres conducidos por embarcaciones artilladas y con destino á batir las fortificaciones del Rosario, y apoderarse de la Bajada. (hoy Paraná) enseñoreándose así del Río Paraná hasta Santa Fé, «exaltó, dice el historiador argentino, el espíritu de Belgrano, y buscando en su alma nuevas inspiraciones para trasmitir su entusiasmo á las tropas que mandaba, concibió la idea de dar á la revolución un símbolo visible que concentrase en sí las vagas aspiraciones de la multitud y los propósitos de los hombres de principios».

«Obedeciendo á esa aspiración noble, propuso se adoptase como un distintivo de los soldados de la revolución una Escarapela Nacional y el Gobierno, que á pesar de la precaución con que procedía en espera del resultado de gestiones diplomáticas entabladas, no descuidaba realizar el ideal de la revolución, decretó que la Escarapela Nacional de las Provincias del Río de la Plata sería de color blanco y azul celeste».

Los deseos del gran patricio se hallaban al parecer satisfechos: «La orden de V. E. — decía Belgrano en su oficio al Gobierno — ha sido del mayor regocijo y excitado los deseos de los verdaderos hijos de la Patria, dé otras declaraciones V. E. que acaben de confirmar á nuestros enemigos de la firme resolución en que estamos de sostener la Independencia de la América».

Y consecuente con sus anhelos de patriota, sin detenerlo el que Lord Strangford prestase su apoyo poderoso á la revolución con la condición de que no se hablase de independencia, sin esperar la resolución del Gobierno, el día 27 de Febrero de 1812 y echando sobre sí la responsabilidad de una acción que lo ha inmortalizado ante la historia, el general Belgrano hizo formar las tropas en cuadro sobre la alta barranca y en presencia del vecindario conmovido por la solemnidad de la escena, recorrió las líneas á caballo y alzando la espada que debía más tarde cortar laureles al árbol de la gloria en Tucumán y en Salta: «Soldados de la Patria — les dijo radiante de entusiasmo — soldados de la Patria: En este punto hemos tenido la gloria de vestir la Escarapela Nacional; en aquél (señalando la batería Independencia) nuestras armas aumentarán sus glorias. Queremos vencer á nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sud será el templo de la independencia y de la libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo: *¡ Viva la Patria!*»

«Los soldados — dice el general Mitre — contestaron con un prolongado ¡viva! y dirigiéndose en seguida á un oficial que estaba á la cabeza de un pi-

quete, le dijo: *Señor capitán y tropa destinada por la primera vez á la batería* INDEPENDENCIA*: id y posesionáos de ella y cumplid el juramento que acabáis de hacer.* Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde, y en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la Patria, y su ascención fué saludada con una salva de artillería».

A pesar de ser este acto desaprobado por el Gobierno, quedó así consagrada la bandera de Belgrano como enseña Nacional. Sus hermosos colores fueron símbolo de la soberanía de los monarcas españoles sobre sus Indias, y desde ese momento pudieron cruzar los pechos varoniles de los hijos de la libre América, siendo el general Belgrano — como dice Sarmiento — el primero en hacer flotar á los vientos la Banda Real para coronarnos con nuestras propias manos soberanos de esta tierra, é inscribirnos en el gran libro de las Naciones que llenan un destino en la historia de nuestra raza.

Así, en la ciudad fundada sobre las ruinas de CORPUS CHRISTI, en la hoy rica y populosa Rosario de Santa Fé, enarbolóse por vez primera la bandera gloriosa que debía recorrer la América triunfante sobre alfombra de laureles.

XXX

EL BAUTISMO DE GLORIA

XXX

EL BAUTISMO DE GLORIA

San Lorenzo

3 — Febrero — 1813

....
Y se vió largo tiempo confundidas
Sobre la alta barranca
Y entre el solemne horror de la batalla
La naciente bandera azul y blanca
Y el rojo airón del pabellón Ibero.

O. V. Andrade.—*San Martín.*

I

A fines del año 1812 llegaba á las autoridades patrias la alarmante noticia de que una escuadrilla española se aprestaba en Montevideo para lanzarse al Plata, recorrer el Paraná destruyendo las fortificaciones de sus riberas, apresar todas las embarcaciones y remontar después el Paraguay, enseñoréandose así de los ríos y cortando las comunicaciones de los pueblos del litoral con Buenos Aires.

La alarma consiguiente impulsó al Gobierno á adoptar todas las medidas que creyó eficaces para impedir la realización del plan de los españoles y dirigió con tal motivo comunicaciones urgentes á las autoridades civiles y militares del litoral para que no descuidasen

un momento las costas, ordenando al gobernador de Santa Fé don Antonio Luis Berutti y al comandante de la Bajada (hoy ciudad del Paraná) reforzasen las baterías del Diamante construídas por el teniente coronel Eduardo Kaillitz, barón de Holmberg.

A pesar de los esfuerzos hechos por el Gobierno para contrabalancear el poder marítimo de España en las aguas argentinas, habían resultado infructuosos todos los sacrificios. Dominaban como señores absolutos sus marinas el Plata y el Paraná, y era sus naves la continua amenaza de las poblaciones ribereñas que más de una vez sufrieron el fuego de sus cañones.

La anunciada expedición, tan temida por las autoridades patrias, no tardó en hace su aparición. Componíase de 11 buques armados en guerra y llevaba más de 300 hombres de combate; el general Vigodet había encontrado el hombre que anhelaba para confiarle el mando de la escuadrilla en el capitán don Juan Antonio de Zabala, *godo empecinado* que ya había medido sus armas en el Paraguay con las tropas independientes.

El Gobierno, por su parte, inmediatamente que tuvo noticia de que el enemigo se había puesto en marcha para realizar el plan trazado, mandó que *se aprontasen 250 hombres de caballería é infantería, para que siguiendo á la observación de los buques obrasen conforme á sus movimientos,* y de acuerdo con el coronel José de San Martín, ordenó á este que sin perder un instante se pusiese al frente del Regimiento de Granaderos á caballo que organizaba á la sazón.

La escuadrilla remontaba el río y el coronel San Martín, — que sólo había tenido tiempo suficiente para ponerse al frente de 125 granaderos escogidos — seguía por la costa, ocultando sus fuerzas, en marcha paralela con la flotilla caminando solamente de noche para evitar se apercibiese de su presencia el enemigo.

Cuéntase — dice el doctor Carranza — que fué en una de esas noches memorables que se vió por primera vez á este militar tan austero como apegado de suyo á la rigidez del uniforme europeo, divorciado con él, trocando momentáneamente su entorchada casaca y plumoso *falucho* por el humildė *chambergo* de paja y la manta ó *poncho* americano, para así disfrazado mejor observar los pausados movimientos del convoy, que seguía de hito en hito, y cuyas altas velas creía á cada paso divisar en lontananza.

El 30 de Enero de 1813 las naves españolas pasaron frente al puerto del Rosario de Santa Fé, cuyo comandante militar don Celedonio Escalada había reunido *todas las fuerzas* disponibles para impedir un desembarco.

Las baterías del Rosario habían sido desguarnecidas y desarmadas y el comandante militar se aprestaba á retar á duelo al enemigo al frente de *todas* las milicias que había podido reunir: 22 soldados armados á fusil, 30 de caballería armados de chuzas, sables y pistolas, seis artilleros para el servicio de una pequeña pieza de artillería y algunos otros paisanos sin más armas que el cuchillo!!

¡Resolución más que atrevida, heroica! — Ese puñado

de bravos llevaba en sus corazones el fuego santo del patriotismo encendido por Belgrano y hubieran muerto como los soldados de Leonidas!

Pero el jefe español no creyó oportuno efectuar allí un fácil desembarco y dándose á la vela hacia el Norte fondeó en la madrugada bajo las barrancas que coronaba la torre del colegio de San Carlos, en San Lorenzo.

Desembarcó allí 100 hombres el capitán Zavala, que sólo encontraron á los sencillos misioneros que en el convento habitaban, los que obsequiáronlos con su proverbial galantería.

Pero no fué tan sin incidentes la estadía de los españoles formados frente á la Iglesia de San Lorenzo; allá á lo lejos, como una ligera nubecilla, podía percibirse una columna de polvo que se destacaba á la distancia...... ¡Era el bravo Escalada que al frente de los milicianos Rosarinos, en número de cincuenta hombres mal armados y con su cañón de montaña, venía á desafiar las iras de los arrogantes soldados del Rey!!

Los expedicionarios se retiraban cuando Escalada llegaba á la barranca rompiendo el fuego sobre el enemigo, pero la artillería de las naves consiguió apagarlo con sus continuos disparos.

¿Qué era entretanto del coronel San Martín?

Retrasado en su marcha, recibió un aviso de Escalada comunicándole que el enemigo preparaba dos cañones para desembarcar en San Lorenzo, registrar el convento en busca de caudales que juzgaban allí escondidos, y reembarcarse en seguida con objeto de pasar las bate-

rías del Diamante por la noche, para no ser apercibido.

Forzó el futuro vencedor su marcha; el desembarque no se había efectuado por fortuna, debido á causas ignoradas, y el coronel San Martín llegaba en la noche del 2 de Febrero á la posta de San Lorenzo donde debía cambiar las cabalgaduras cansadas, por otras de refresco preparadas por el infatigable Escalada.

A media noche llegaba al convento y penetraba por el portón del fondo con su escasa pero escogida tropa á la que mandó desmontarse prohibiendo se encendiesen fogones para no dar indicios de su presencia al enemigo.

«Hacían recordar — dice el viajero inglés Guillermo Parish Robertson, que acompañaba á San Martín — á la hueste griega que entrañára el caballo de madera tan fatal á Troya».

«Los que iban á legar aquel día una página de gloria á la historia de su país — exclama el doctor Esteban M. Moreno — estaban mudos, evitando con cauteloso afán hacer ruido con sus armas, como los misteriosos obreros del templo de Salomón, donde no se oía el crujido de la sierra ni el golpe del martillo».

San Martín vigilaba al enemigo subiendo á la torre de la Iglesia; había colocado sus tropas con el caballo de la brida tras los muros y las tapias del convento, esperando con la serenidad que le era característica el momento de realizar el plan atrevido que había forjado en su mente.

II

A las cinco de la mañana del 3 de Febrero los soldados españoles formados en batalla se hallaban en la ribera flanqueados por dos cañones de á cuatro y mandados por el intrépido Zabala.

Poco después los tambores tocaban marcha y las tropas del Rey en número de 250 hombres subían la barranca por la *Bajada del Puerto*, llevando el estandarte real desplegado á los vientos.

En ese momento — dice el doctor Carranza — el comandante patriota descendía precipitado las humildes gradas del colegio, para hallar en seguida las encumbradas de la gloria!

Vestido con el uniforme de su grado, el coronel San Martín montó ágil el caballo bayo *de cola cortada al correjón militarmente enjaezado*, y desenvainando el sable corvo, recordó en frases ardientes á sus granaderos el deber para con la patria y la necesidad imperiosa de crear un nombre que compensára á ésta los sacrificios de su institución. *Espero* — les dijo al terminar su arenga — *que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del Regimiento.*

Y poniéndose al frente del 2° escuadrón dió al capitán Justo Bermúdez el mando del 1°, con estas últimas instrucciones de laconismo verdaderamente heroico:

— *En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré á Vd. mis órdenes!*

Zabala con sus tropas formadas en dos columnas paralelas marchaba al compás de las músicas militares, cuando *el clarín de guerra* de los Granaderos á caballo llenó el espacio con sus marciales notas.

Fué un soplo la batalla!

Los vivas á las Patria y los vivas al Rey se confundieron con el estruendo del cañón y el choque de los aceros.

Por derecha é izquierda del Convento aparecieron, mandadas por San Martín y por Bermúdez, los desde ese instante gloriosos granaderos, sable en mano y tocando á degüello.

A la primera carga los arrogantes soldados del Rey se desorganizaron — los granaderos argentinos llegaron hasta ser heridos por las bayonetas españolas en su impetuoso asalto.

Los jefes enemigos se encontraron; muerto el caballo de San Martín por una metralla, apreta al arrogante jinete con su cuerpo. Zabala se separa de la línea española y acomete al jefe de los granaderos, que evita el hachazo dirigido á su cabeza con un rápido movimiento, no sin sentir en la mejilla izquierda el golpe de la espada que hace brotar su sangre generosa.

Un soldado realista corre presuroso á clavar con su bayoneta al jinete caído, pero Juan Bautista Baigorria, el comprovinciano de Pringles, lo levanta en su lanza, y empieza á formarse en torno al jefe una muralla de pechos heroicos que lidian por salvarlo.

El enemigo reacciona; Zabala enardece á sus tropas al para ellas mágico grito de *¡ Viva el Rey!*, cuando

Juan Baustista Cabral, el héroe correntino, se desmonta y sable en mano se precipita al grupo cuyo centro ocupa el coronel San Martín.

Sereno y fuerte líbralo del peso que lo oprimía, cuando dos heridas mortales precipitan su espíritu á la inmortalidad.

— *Muero contento!* — grita al caer el noble granadero — *hemos batido al enemigo!*

Antes de mucho la victoria se había consumado y coronaba de inmarcesibles lauros la frente de San Martín — los Granaderos á caballo habían recibido con el bautismo del fuego el bautismo de la gloria.

Dejaban en el campo de batalla los vencidos su bandera arrancada con la vida al abanderado; dos cañones, cincuenta fusiles, cuarenta muertos y catorce prisioneros.

Poco después, á la sombra del histórico pino que se yergue hasta hoy en la huerta del Convento, el coronel José de San Martín dirigía al Superior Gobierno el parte de la victoria pronosticando *sin temor* — son sus palabras — que ese escarmiento sería un principio para que no volviesen los españoles á inquietar á los moradores pacíficos de las riberas del Paraná.

III

Casi en los mismos momentos en que las naves españolas abandonaban el puerto de San Lorenzo con su pabellón abatido, tronaban los cañones en el fuerte de Buenos Aires anunciando al pueblo que se había aña-

dido un laurel más á la corona de la Patria y que se podía grabar en letras de oro — el triunfo obtenido por San Martín, junto con San José y con Suipacha —

Donde el brazo Argentino triunfó!

Allí, en el entonces pobre villorrio que es hoy una de las importantes ciudades de Santa Fé, conquistó el coronel de San Martín sus primeros lauros y ensayaron por vez primera el filo de sus sables los famosos granaderos que debían ir más tarde de victoria en victoria, hasta llevar sus caballos de pelea á apagar la sed en las puras corrientes del Rimac.

XXXI

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

XXXI

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Á PROPÓSITO DE UNA FIESTA ESCOLAR

1845

I

El 28 del *mes de América* del año 1845, Santa Fé de la Vera Cruz se encontraba de fiesta; no eran por cierto los regocijos federales tan comunes en esa época de recordación tristísima los que congregaban á los habitantes de la capital santafesina á agruparse bajo los corredores ó á divagar en la plazoleta que dan frente al viejo convento de San Francisco.

Era un paréntesis abierto á la vida agitada de esos tiempos luctuosos en que entre la algarabía infernal de la turba desenfrenada que daba gritos de ¡viva Rosas y mueran los salvajes unitarios!! y entre los toques diabólicos de la charanga federal, sobresalían algunas veces los ayes de las víctimas del mazorquero, ebrio de sangre, que cercenaba con diestra mano la garganta de un desgraciado ó rasgaba á latigazos las espaldas de algún paisano infeliz que se había olvidado de vestir la librea con que Rosas afrentó á sus conciudadanos.

Era un lampo de luz, pasajero pero brillante, que iluminaba al pueblo en medio de la tenebrosa noche de la tiranía........ Iba á inaugurarse nuevamente el «Instituto Filosófico Literario de San Jerónimo» creado en 1832 por el general don Estanislao López y clausurado después de su muerte por falta de protección.

Era iniciador de esa idea el *Ilustre Restaurador del Sociego Público*, Brigadier General don Pascual Echagüe, Gobernador y Capitán General de la Provincia, y á su realización contribuyó eficazmente, prestándole oficial y particularmente su concurso.

El general Echagüe que antes de cruzar su pecho con las insignias del mando militar había llevado las borlas del doctorado, era una inteligencia cultivada y sobresaliente en su época. Hombre de estudio, los acontecimientos de su agitada vida pública en época tan tormentosa no le impidieron dedicarse á aumentar el caudal de sus conocimientos y prestó á la causa de la educación servicios importantes.

Puesto al frente del gobierno de la Provincia por el general Oribe, con carácter de provisorio, en Abril de 1842, fué electo en propiedad por la H. Sala de Representantes el 8 de Setiembre del mismo año, debiendo contarse el período gubernativo desde el 1° de Enero de 1843.

En Julio de este año expedía un decreto el general Echagüe nombrando preceptor del Gimnasio de Santa Fé á don Manuel Ignacio Pujato y estableciendo que debía enseñarse en esa escuela por el sistema Lan-

casteriano; las asignaturas eran lectura, escritura y gramática.

En los considerandos de ese decreto se decía: « Contraída muy particularmente la atención del Gobierno « al importante objeto de mejorar en cuanto sea posible « los establecimientos de enseñanza pública de la ju- « ventud de esta Provincia, como que es el primer paso « que abre el camino á la civilización, prosperidad y « engrandecimiento de los pueblos, y debiendo enco- « mendar su dirección á personas de conocido juicio, « moralidad, amor al país y suficiente instrucción y « capacidad para el más exacto desempeño de tan sa- « grada obligación............ ».

Y siguiendo el gobernante el impulso de sus deseos por el fomento de la educación, trabajó por reabrir á la juventud estudiosa el Instituto Literario del que frutos tan opimos se prometiera el general López, su fundador.

II

No era, pues, de extrañarse, que el día 28 del *mes de América* se congregasen bajo las bóvedas de San Francisco y llenasen sus galerías exteriores gran número de personas pertenecientes á todas las clases sociales; damas distinguidas que llevaban con orgullo apellidos pertenecientes á la vieja aristocracia colonial, mujeres del pueblo atraídas por la solemnidad de los festejos, sacerdotes distinguidos por su ciencia ó sus virtudes, militares y magistrados, comerciantes y obreros se

agrupaban en el sitio designado para la solemne ceremonia de la inauguración del Instituto.

¡Cuántos nobles patricios que llegaron á dudar de una reacción favorable para la libertad de su patria, no sentirían abrirse sus almas á la esperanza en esa hora, exclamando, como decía el doctor Avellaneda que exclamaban los patriotas cordobeses en la época de la tiranía, al escuchar la campana del colegio: *¡No, la libertad no ha muerto, porque aun hay niños que se educan!*

El templo de San Francisco se hallaba severamente adornado; en el centro del crucero se había colocado una mesa cubierta de terciopelo rojo y sobre ella rica escribanía de plata — á uno de los costados una cátedra adornada con trofeos de banderas y con guirnaldas de flores estaba destinada para el padrino de honor en aquella ceremonia.

A las diez de la mañana el general Echagüe de gran parada, acompañado de las corporaciones civiles y militares penetraba en la Iglesia donde le esperaban el clero secular y regular y los ciudadanos más expectables de la ciudad de Santa Fé.

Colocóse en el sitial correspondiente teniendo detrás á sus edecanes; á su derecha los jefes y oficiales encabezados por el célebre coronel Santa Coloma: á su frente el doctor Amenábar, rector del Instituto, con el R. P. Francisco Pastrana, catedrático de Filosofía, siguiendo el clero y las corporaciones, los padrinos de los estudiantes, éstos y las autoridades civiles y el pueblo en fin, que habia concurrido á presenciar el acto.

Después que la banda de música del batallón *Guardia de la Federación* ejecutó una pieza escogida y ensayada para ese momento, el general Echagüe pronunció el discurso de apertura tomando por tema las palabras del Cap. XIII. v. I de la Sabiduría:

« En este augusto recinto — decía en su introducción « — y á presencia de concurso tan respetable como nu« meroso, yo no me atrevería á dirigiros la palabra, « jóvenes de grandes esperanzas, si los intereses sagra« dos de la religión y de mi patria no los mirase como « superiores á toda consideración. Está en el fondo del « corazón del hombre profundamente grabado el deseo « de su felicidad, y esta noble y justa aspiración ha « empeñado en todas las edades á los genios más escla« recidos á buscar el orígen de todos los males. Los « tiranos, han proclamado que no es otro, sino el amor « á la libertad, y los pueblos han sostenido, que el « orígen de sus infortunios es el abuso del poder. Esto « es exacto, pero aun no es la primera fuente. La igno« rancia y la corrupción de las costumbres son las que « nos precipitan á los desórdenes y á las calamidades. « Indispensable es, pues. al hombre para evitarlas co« nocer sus deberes y sus derechos.

« La educación únicamente puede desenvolver sus « facultades intelectuales, hacerle distinguir el error de « la verdad, separar lo bueno de lo malo y no confundir « las causas con sus efectos; ved aquí los primordiales « objetos de vuestra contracción ».

Y después de hablarles sobre lo que eran é importaban la Lógica y la Metafísica, la Física y la Ética, y

después de entregar al catedrático de filosofía un diploma especial, terminó el general Echagüe su alocución con estas palabras:

¡Padres y madres de familia, gloriaos de ver á vuestros hijos pisando ya el templo augusto de la sabiduría! - No permitáis desistan de la noble empresa que han acometido. Para sostenerlos en ella emplead el irresistible ascendiente que la razón y la naturaleza os dan sobre sus tiernos corazones. No ceséis de alentarlos hasta que les veáis ó ya inspirando la virtud y predicando la verdad en el sagrado ministerio del sacerdocio, ya en la tribuna sosteniendo los sagrados derechos de su patria, ya en los campos de batalla heroicamente decididos á derramar su sangre para sostenerlos contra los infames abusos del más fuerte, ya en fin, protegiendo en el foro la inocencia oprimida, contra los ataques del avaro poderoso.

Y vosotros jóvenes amables, estad apercibidos que desde ahora faltaríais á vuestros primeros deberes sino consagráis todos vuestros esfuerzos para haceros tan útiles á la patria como ella tiene derecho á exigiros. Ella puede reclamaros el sacrificio de vuestras luces, de vuestras vidas, de vuestro honor mismo. Temed su severo juicio y que alguna vez os llame y diga: Aquí es donde vosotros habéis recibido el ser que tenéis. Aquí os he proporcionado instituciones sabias para perfeccionar y enriquecer vuestra razón. Aquí mis leyes velan en la seguridad hasta del menor de mis conciudadanos, y vosotros habéis hecho un so-

« lemne ó tácito juramento de consagrarme vuestra « existencia. Ved aquí mis títulos y cuales son los « vuestros; pues no tardaréis en adquirir esos conoci- « mientos útiles que harán vuestro mérito y mi gloria ». « Preparaos, pues, por medio de una aplicación asidua « á salvar con honor tan justa como temible reconven- « ción. *Los que madrugan en busca de la sabiduría « la hallarán.* Espero que vosotros así lo haréis, permi- « tidme sin embargo, os lo encarezca nuevamente. No « desperdiciéis un tiempo que vuela para no más apa- « recer ».

Siguió el doctor José de Amenábar en el uso de la palabra, recordando en frases oportunas que Santa Fé fué semillero de hijos ilustres, desparramados en la extensión de Sud América; habló de los célebres jesuítas santafesinos Suárez el astrónomo, é Iturri el historiador y crítico; el Dean Echagüe, consejero de San Martín en Lima; de Troncoso, canónigo de Charcas; del Magistral Maziel reformador de los estudios en el Plata; de Barrenechea, Dean en Ayacucho; de Soto y Delgadillo en el Paraguay y de Rodríguez en Córdoba, terminando con palabras de aliento á los jóvenes estudiantes.

El licenciado don Nicasio Romero habló después; era el padrino de los estudiantes y su palabra debió llenar de entusiasmo sus corazones juveniles. « Hoy se renue- « van las glorias de Santa Fé — exclamaba — hoy em- « pieza su juventud á participar de la mejor dicha, que « es el estudio de las ciencias y las artes liberales. Mi « corazón parace que se rejuvenece, y transportado á

« los días de la culta Grecia, espero ver en esta tierra « hombres que igualen á esos héroes de la antigüedad « en saber virtudes y patriotismo ».

Terminados los discursos entre las armonías de la música y las aclamaciones del auditorio, el general Echagüe ocupó la tribuna para dictar á los alumnos la lección primera de filosofía.

Eran los estudiantes don Ramón Cabal siendo su padrino el padre mercedario fray José Plácido Camacho; don Antonio María Paez, padrino don José Elías Galisteo; don José María Echagüe, padrino don José Ruperto Pérez, años más tarde miembro del Congreso Nacional Constituyente; don José Lassaga, padrino el doctor José María Gelabert, actual Obispo del Litoral; don Juan A. de los Santos, padrino el doctor Pedro Celestino Parras, y don Exequiel Puyana cuyo padrino fué don Laurentino Candioti.

Entregados á los alumnos los útiles de escribir por sus padrinos respectivos, el general Echagüe dictó la lección, tomando las primeras líneas del tratado de filosofía de Altieri, terminando el acto solemne con esta ceremonia.

III

Pero esa festividad rara en los tiempos de la tiranía, fué deslucida con un acto de bajeza digna de esa época nefanda.

El lampo de luz desapareció en un momento y fueron las tinieblas más espesas: el paréntesis abierto por

fiesta tan simpática tuvo que cerrarse fatalmente por una acción reprochable, pero lógica entonces, pues, había debilidad en los espíritus, apocamiento en los caracteres y terror en los corazones.

Rosas había envenenado la atmósfera con gases deletéreos y los individuos poseídos de miedo, aterrorizados con el diario espectáculo de crímenes atroces no trepidaban en hacer ostentación de la depresión moral en que se hallaban.

Desde el uno hasta el otro extremo de la República repetíanse á diario actos de servilismo copiados muchas veces con exageración, de los que era objeto el dictador en Buenos Aires.

Santa Fé se contaminó también en medio de esa atmósfera mortífera, y los altivos descendientes de los Blandengues de Belgrano y los hijos ó compañeros de los Dragones de López inclinaron también sumisos la cerviz.

Mientras el gobernador Echagüe y sus acompañantes terminaban la fiesta inaugural del Instituto, un grupo de ciudadanos hizo llegar un coche á las puertas del convento y desenganchando los caballos se prepararon ¡oh vergüenza! á arrastrar el carruaje que debía llevar á su domicilio al gobernante.

Echagüe rehusó tan *galante* ofrecimiento, manifestando que chocaba esa resolución — son sus palabras textuales — *con los principios republicanos que siempre habían reglado su vida pública.*

No obstante esta declaración exigiéronle los autores de tan descabellada idea aceptase su agasajo, pero el

gobernante levantando la voz les hizo presente *cuan obligatorias le eran tan generosas y para él inmerecidas demostraciones, las más satisfactorias para su corazón y en prueba de que sabía estimarlas como ellas valían, depositaba en el honroso lugar que se le designaba, las insignias con que como á su primer magistrado le había condecorado la Provincia*

Y uniendo la acción á la palabra desciñóse la espada y la depositó en el coche junto con el bastón simbólico del mando.

Varios ciudadanos arrastraron el carruaje hasta llegar al domicilio del general Echagüe, y ya en este entregáronle las insignias aclamándolo con un frenesí verdaderamente *federal.*

Es un raro contraste el que presenció el pueblo de Santa Fé el día 28 del *mes de América* de 1845.

Primero la inauguración de un establecimiento donde la juventud debía beber las aguas puras de la ciencia. Después un acto de servilismo que debía servirle de pernicioso ejemplo.

¡Civilización y barbarie!

XXXII

HERÁLDICA SANTAFESINA



Banderas usadas por la Provincia de Santa Fé

XXXII

HERÁLDICA SANTAFESINA

BANDERAS Y ESCUDOS

I

Desde la organización definitiva de la República hanse suprimido las banderas provinciales, que no tenían razón de existir desde el momento en que la Argentina, libre, unida y constituída entraba de lleno á figurar entre el concierto de las naciones de la tierra.

La Provincia de Santa Fé fué la primera en saludar la que es hoy gloriosa enseña de la Patria, pues fué en su territorio—en el Rosario—donde el inmortal Belgrano la levantára con brazo fuerte, lanzando de esta manera un reto á muerte á la Metrópoli, á despecho de las convenciones diplomáticas que entorpecían la realización del pensamiento de los revolucionarios de Mayo, pretendiendo que no se hablase de independencia cuando esta idea llenaba todos los cerebros y enardecía todos los corazones.

Allí, en la humilde aldea de principios del siglo XIX. hoy ciudad rica y populosa, el futuro vencedor en Tucumán y Salta simbolizó en el nombre de las forta-

lezas levantadas bajo la dirección de Monasterio, el pensamiento y el ideal de los Argentinos: *Independencia y Libertad.*

Más tarde la guerra civil, cuyas múltiples causas han de estudiarse con detenimiento prolijo para dar á cada partido y á cada hombre el premio ó el castigo á que merecedor se hiciera, hizo, sino olvidar, dejar transitoriamente á un lado la enseña gloriosa de Belgrano para levantar al frente de los ejércitos ó en los edificios públicos banderas provinciales, que sino representaban todas las tendencias separatistas, por lo menos manifestaban que los citados argentinos, presa de la discordia, se hallaban separados y convulsionados fatalmente.

Santa Fé entró también en el número de los estados que levantaron bandera diferente á la que creára el inmortal Belgrano; su actitud belicosa y su levantamiento unánime fueron obra de los desaciertos del gobierno general, que sin darse cuenta de las consecuencias fatales que pudiera traer una política absorbente del todo, obligó al pueblo á sublevarse contra el poder central y á proclamar su propia autonomía.

Electo gobernador interino de Santa Fé, declarada ya provincia independiente bajo el protectorado del general Artigas, el ciudadano Francisco Antonio Candioti, después de la revolución de Marzo de 1815, las pasiones políticas se enardecieron con el convencimiento de que muy pronto tendrían que lidiar los ciudadanos con tropas aguerridas, pues llegaban noticias de los bélicos aprestos que se hacían en la Atenas argentina

para sojuzgar al pueblo que había rechazado los gobernantes enviados desde allí contra la voluntad, claramente manifestada de los santafesinos.

El general Artigas por su parte, halagaba los sentimientos localistas ó provinciales, y antes de conocerse que su política más que federal era separatista, Santa Fé lo proclamó como su protector.

De ese protectorado surgió le idea de enarbolar como enseña la bandera de la *Libertad*, las damas santafesinas cotizáronse para costearla, y á raíz de la elección de Candioti hecha por el Cabildo, presentáronla al pueblo reunido en la plaza principal para que le prestasen el juramento debido.

Componíase de una faja blanca en el centro y dos celestes á los lados horizontalmente colocadas, cruzada en banda por una faja roja. (24 de Marzo de 1815).

¡Tal fué el estandarte que las discordias políticas pusieron en manos de los hijos de la Provincia que hacía muy pocos años había jurado la bandera azul y blanca de Belgrano!

Sin embargo, y para honra de los ciudadanos de esa época, jamás se enarboló la bandera de la *Libertad*, ni ninguna otra, en el Cabildo ni en las iglesias, sin que flamease á su lado la que representaba á la Nación Argentina.

Más tarde, reconocida la autonomía provincial por el Gobierno general, relegóse al olvido la bandera del *Protector de los pueblos libres* y adoptóse como enseña la que flameó en los edificios públicos y al frente de los ejércitos provinciales, hasta el momento en que or-

ganizada definitivamente la Nación, no reconocieron los pueblos argentinos más bandera que la que los ejércitos de las Provincias Unidas pasearon triunfantes en toda la extensión de Sud América.

Era el pabellón que sustituyera al de Artigas, tricolor: rojo, blanco y azul, llevando los colores de la revolución francesa, á fajas horizontales. (Sesión de la Honorable Junta de Representantes, del 3 de Agosto de 1822).

Pero como si se buscase la unificación de la bandera provincial con los colores nacionales, muy pronto el general López envió á la Junta de Representantes un mensaje en que comunicaba que correspondiendo á Santa Fé como libre é independiente, gozar de la regalía de tener bandera particular y, no habiendo otra oficialmente reconocida que la del general Artigas, y que á la sazón se usaba en el ejército de Entre Ríos, pedía se adoptase como enseña alguno de los seis diseños que acompañaba á su nota.

La Junta compuesta por lo más expectable del vecindario, dándose cuenta de la importancia que tal cambio tenía, adoptó como bandera de Santa Fé, el 11 de Abril de 1825, uno de los diseños enviados por el general López, de *forma cuadrilonga, centro blanco, una lista celeste en los dos costados y un triángulo en cada extremo.*

Así, la Junta de Representantes de Santa Fé excluía de la enseña provincial el *sangriento rojo, blasón de todos los pueblos* y adoptaba el *color celeste*—que como decía el General Sarmiento — no tiene escritura propia en la heráldica.

Pudo más sin embargo, la costumbre que la Ley, y el pabellón de 1825 cayó en desuso volviendo á aparecer el tricolor que el pueblo inventára y usára, sustituyendo con él al del Protector de los pueblos libres.

II

Del escudo usado como arma defensiva por los antiguos guerreros se deriva el escudo heráldico que diferencia á las naciones, los pueblos y las familias mismas en los países monárquicos.

Su orígen se remonta al parecer á la época de las cruzadas y multiplícanse hasta lo infinito sus formas y sus figuras.

El primer escudo heráldico de Santa Fé, dióselo Don Juan de Garay, su ilustre fundador: consistía en el mismo *escudo español, alternando en él las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo.*

Ignórase cual haya sido la colocación de las *llagas*, que lo distinguían del de la metrópoli, porque quizá se extraviaría el modelo como extravióse por malicia ó por incuria el acta de la fundación de la ciudad.

En el papel sellado que se conserva de los documentos coloniales, figura únicamente el español.

Recién después de algunos años de la revolución de Mayo, empezóse á crear como escudo propio, no ya de la ciudad capital sino de la Provincia, un escudo ovalado, cortado horizontalmente, con esmalte azul en la parte superior y plata ó metal blanco en la inferior. Destácanse en el centro cruzadas en forma de cruz de

San Andrés dos flechas volcadas en señal de vencimiento, atravesadas de arriba abajo por una lanza.

¿Quién fué el inventor de este escudo?—No lo hemos podido averiguar, á pesar de muchos esfuerzos; solamente y como tradición recibida se puede consignar que en el lenguaje simbólico de ese escudo, las flechas cruzadas y la lanza vertical, significan:

La barbarie del salvaje vencida por la lanza del caballero cristiano.

Como gran sello de la Provincia, usóse un escudo ovalado dentro de cuya orla se encuentran las siguientes figuras:

Un castellano de pie sobre tierra firme, cubierta la cabeza y el pecho con sólida armadura, sostiene una *lanza*, en cuyo extremo superior se halla un trofeo compuesto de un *sable* y una *tercerola* cruzadas sobre el asta: atadas á ella van unas *boleadoras* y entrelazadas por una corona de laurel.

A la derecha del castellano y al pie de un árbol, en cuya copa se ven algunas aves, un lago del que sale un *yacaré*, y á la izquierda otro árbol en cuyo tronco se apoya un *tigre*. La orla del escudo tiene la inscripción siguiente: *Provincia invencible de Santa Fé de la Vera Cruz*. Un sol naciente lo corona y trofeos de banderas lo circundan; cuatro estrellas de oro.

Este escudo creado por el Dr. Juan Francisco Seguí, y grabado en plata, figura actualmente en el Museo Histórico de Buenos Aires, donado por el Dr. Estanislao S. Zeballos, á quien el Dr. Simón de Iriondo lo regalára.

Sus blasones representan:

—El castellano, como recuerdo de los conquistadores.

—Las armas, á los soldados criollos ó indígenas que defendieron la autonomía provincial.

—El lago, las corrientes de agua que cruzan la Provincia.

—Los árboles, aves, etc., la fauna y flora de Santa Fé.

—El sol naciente, el astro rey que iluminó al pueblo argentino en la jornada áurea de Mayo.

—Las estrellas de oro, los departamentos en que se hallaba entonces dividido el territorio santafesino.

Sellóse con este escudo, el tratado de alianza entre el Cabildo de Montevideo y la Provincia *libertadora* de Santa Fé en 13 de Marzo de 1823, acordando una liga ofensiva y defensiva contra el Imperio del Brasil.

Este mismo escudo usóse también en el gobierno del general Pascual de Echagüe y figura en algunos grabados (artísticos y hermosos) hechos en Roma representando algunos santos de la Orden Franciscana.

En documentos de 1847 figura un nuevo escudo: es también ovalado, conteniendo en el centro las flechas vencidas y la lanza vencedora; está rodeado por trofeos de armas y banderas y lo coronan dos estandartes uno rojo y el otro blanco, con sol luciente.

III

Usóse en la Provincia del segundo escudo descrito, hasta que por la Ley de 12 de Julio de 1865 la Provin-

cia de Santa Fé adoptaba *para sí el escudo de armas de la Nación con la supresión del trofeo militar* (que nunca lo tuvo) *llevando debajo de las banderas la inscripción siguiente:* PROVINCIA DE SANTA FÉ.

Esta Ley promulgada dos días después por el gobernador don Nicasio Oroño, cayó en desuso á la caída de ese magistrado y continuó figurando como escudo oficial de Santa Fé el de las flechas y la lanza.

Posteriormente la Legislatura lo ha adoptado agregando una estrella por cada uno de los departamentos. [1]

ROSARIO DE SANTA FÉ

Ha adoptado para escudo Municipal el propuesto por el distinguido periodista don Eudoro Carrasco, que reunía á una inteligencia sobresaliente una ilustración poco común.

En él figuran el Paraná majestuoso, surcado por algunas naves representando el comercio que ha hecho del Rosario una ciudad populosa; á la ribera derecha una fortaleza en recuerdo de la levantada en 1812, y sobre ella se alza un brazo que contiene una bandera nacional, en conmemoración de la creación y juramento de la enseña Argentina, tremolada por vez primera por el general Manuel Belgrano en aquel sitio.

El sol naciente corona ese escudo heráldico que habla al patriotismo con elocuencia en su mudo lenguaje y

(1) Este proyecto fué presentado por el Senador Comas y redactado por el autor de este libro.

que recuerda acontecimientos memorables en la historia de la República Argentina.

La ordenanza adoptando ese escudo fué promulgada el 4 de Mayo de 1862.

Escudo municipal de Santa Fé

Habiendo la Legislatura adoptado oficialmente por escudo provincial el propuesto por el Senador Comas, el mismo que usára la Municipalidad de la Capital, creóse por ésta como propio, un escudo ideado por el autor de este libro y dibujado por el señor Jorge M. Lubary.

Es ovalado, cortado en su centro por una línea horizontal en dos partes — la superior *plata* y la inferior *azur*. En el centro, sol naciente iluminando el gorro de la libertad que se destaca sobre dos tablas simbolizando la constitución, en que se hallan las fechas de las cinco convenciones nacionales reunidas en el Cabildo histórico de Santa Fé, á saber:

Convención.................	1828
»	1831
»	1853
»	1860
»	1866

Sobre el sol la fecha 1580, recordando la célebre revolución de los siete jefes que proclamaron la separación de Santa Fé de la Metrópoli en aquellos tiempos lejanos, muriendo mártires de su arrojo, y debajo la

de 1810, en conmemoración de la gloriosa revolución de Mayo

Rodea el escudo una orla de laurel unida por cintas con los colores nacionales y los fragmentos de cadenas representan la idea que guió á los revolucionarios de 1580 y 1810 al lanzarse intrépidos á retar, no contando sino con su patriotismo y decisión, á todo el poder de la metrópoli española.

Escudo de Esperanza

Un *arado* fué el primer símbolo heráldico que usaron los colonos al plantar en tierra santafesina sus tiendas de peregrinos.

Más tarde empezó el engrandecimiento de Esperanza y su Municipalidad adoptó como escudo un óvalo en cuyo centro se destaca una ancla rodeada de hojas y espigas de trigo.

¿Tuvo sanción oficial?

No se conoce, pero el uso lo ha sancionado y figura ya al frente del hermoso Cabildo de aquella ciudad y en los sellos municipales.

El ancla representa el pensamiento del Gobierno de Santa Fé y el ideal de los primeros colonizadores.

Ese ideal está ya realizado; la barbarie vencida ha dado paso al trabajador honesto, y en lugar del desierto de otros tiempos, levántanse en el territorio santafesino más de trescientos pueblos y villas, que unidos por el riel de acero son el plantel de ciudades populosas.

La «Esperanza» de Castellanos, es ya hoy la hermosa realidad de la República Argentina.

IV

En 1873 el Presidente Sarmiento decía en el magistral discurso pronunciado en la inauguración de la estatua de Belgrano:

« Las naciones hijas de la guerra, levantaron por « insignias para anunciarse á los otros pueblos, lobos « y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero « en las de nuestro escudo ni hipógrifos fabulosos, ni « unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados « pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la ci« vilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; « la libertad con el gorro frigio sostenido por manos « fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una « oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel « para las nobles virtudes; he aquí cuanto ofrecieron « nuestros padres y lo que hemos venido cumpliendo « nosotros como república y harán extensivo á todas « estas regiones, como nación, nuestros hijos. »

¡Razón tenia el ilustre publicista! Ni la Nación, ni las provincias han colocado en sus escudos heráldicos las figuras que ostentaban en los suyos los estados hijos de la guerra!

En la heráldica santafesina encuéntranse representadas las heroicas hazañas de sus próceres, su fama y su gloria, su comercio y su industria, sus aspiraciones nobles y sus hermosos ideales.

TRADICIONES Y RECUERDOS HISTÓRICOS

ÍNDICE

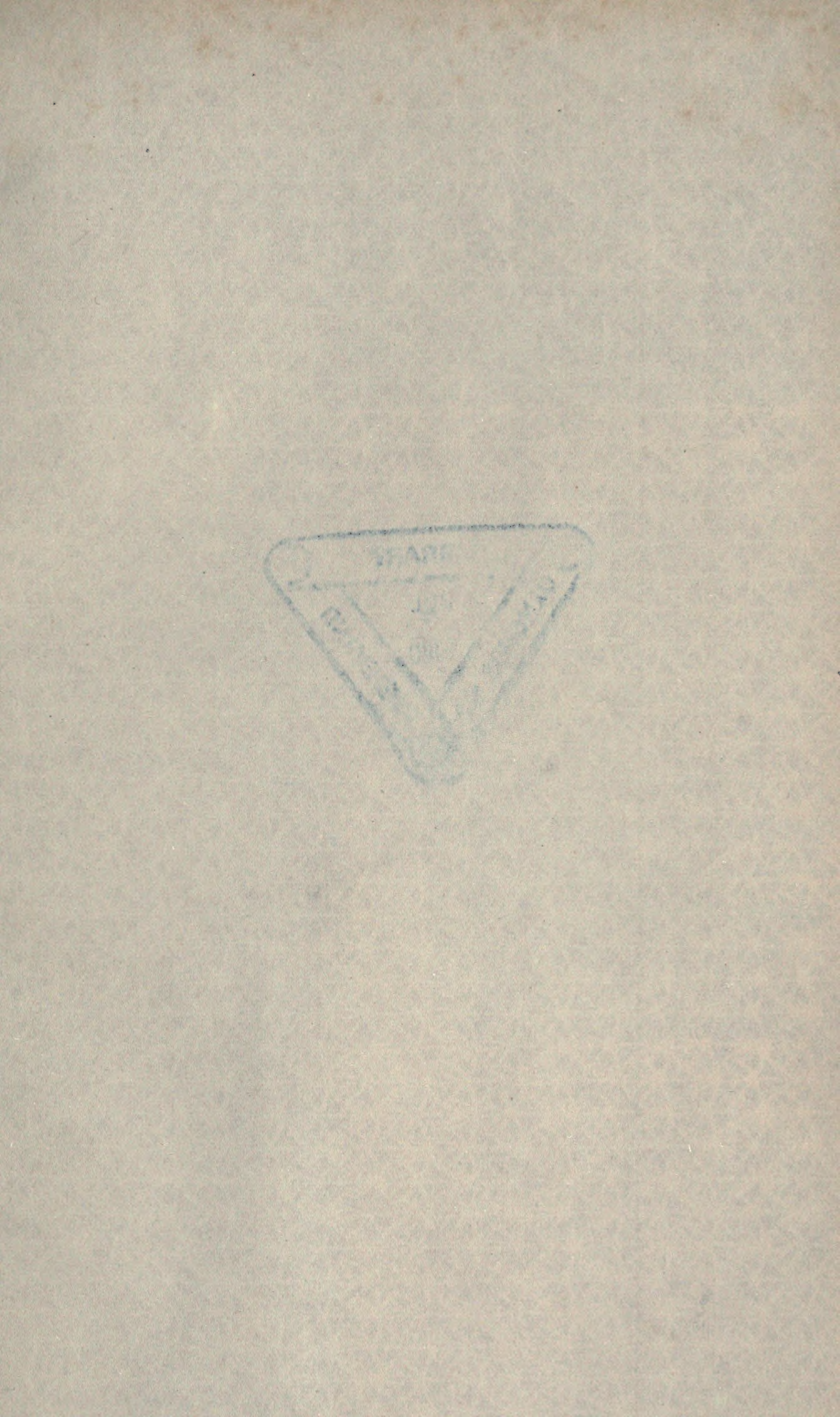
Capítulos		Páginas
—	Fuentes históricas	7
I	Santa Fé — Apuntes sobre su fundación	19
II	La Cruz de Santa Fé	35
III	Garay y Cabrera — Conflictos entre ambos fundadores	47
IV	La primera revolución en Santa Fé, 1577	77
V	Los precursores de la Independencia — Revolución de los siete jefes, 1580	107
VI	El primer escribano	135
VII	El primer maestro de escuela	145
VIII	Los ahorros de nuestros abuelos	163
IX	Los bandos y revistas de Juan Arias de Saavedra — 1658 á 1659	177
X	La moneda de lienzo	207
XI	Un real regalo	217
XII	El milagro del agua — 4 de Marzo de 1718	227
XIII	Quien no tiembla, no miente	241
XIV	Sancti Spíritus, 1526-1885	255
XV	El Santuario de Guadalupe	275
XVI	Gloriosa nobleza	295
XVII	Vendiendo valor	305
XVIII	Lo que hace Dios	319
XIX	Gratitud de un gaucho	329
XX	Los santos milagrosos	347

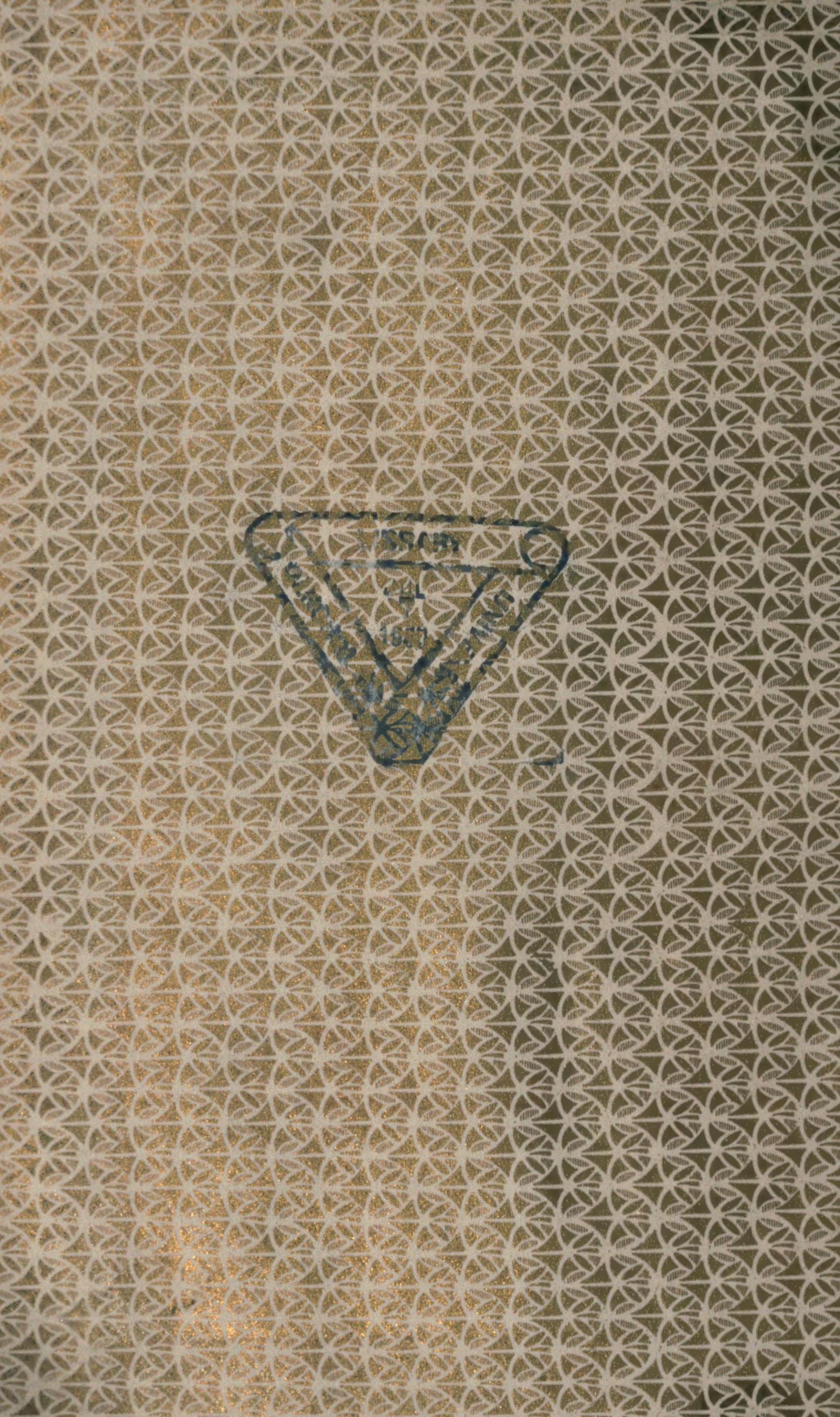
CAPÍTULOS		PÁGINAS
XXI	Improvisaciones	357
XXII	Las damas santafesinas — Episodio de 1818	369
XXIII	Golpe frustrado	381
XXIV	El Tobías de Santa Fé	389
XXV	El Doctor Luis J. Fontán	409
XXVI	¿Santafesino ó cordobés?	463
XXVII	Un santafesino en Chile	475
XXVIII	El tambor de Tucumán	487
XXIX	Creación de la bandera nacional — 1812	507
XXX	El bautismo de gloria — San Lorenzo, 1813	521
XXXI	Civilización y barbarie — 1845	533
XXXII	Heráldica santafesina	545

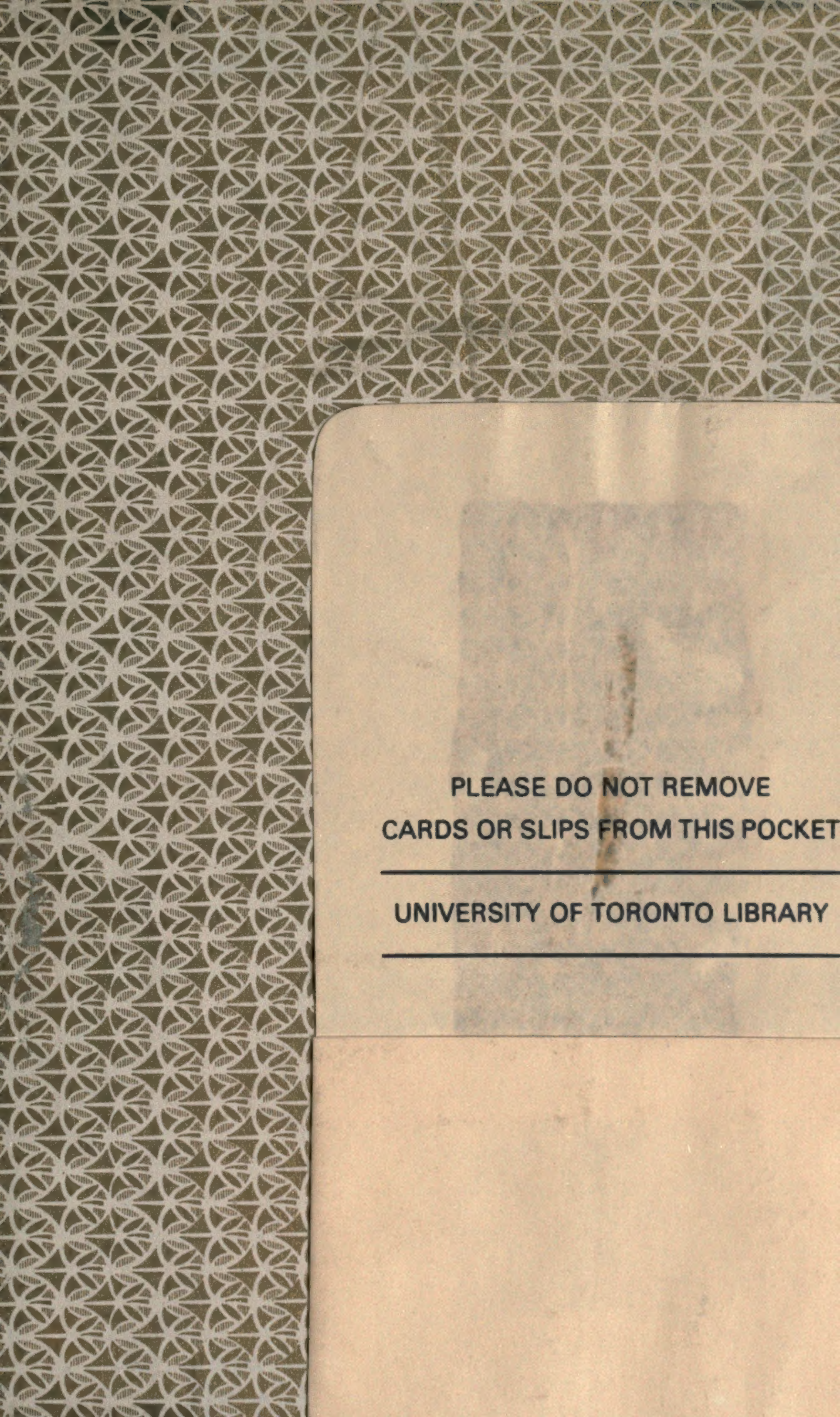
COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

		PÁGINAS
	Retrato de Lassaga (portada).	
I	Facsímile de algunas firmas de personas que acompañaron á Garay en la fundación de Santa Fé	19
II	Facsímile de las firmas de algunos revolucionarios de 1580	107
III	Banderas usadas por la Provincia de Santa Fé.	545

Acabóse de imprimir este libro el día
17 de Setiembre de 1896.






PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

